

**Nada que no solucione una buena taza de chocolate**

**Luz Trujillo**

**Miguel Ángel Olmedo Fornas**

Edición de 2012

Nunca imaginó que le fuera a pasar, ni que para superarlo tuviera que ayudarse con la misma intensidad y urgencia que ofrecería a una persona querida. Hasta que sucede, y entonces descubre que no estaba exenta de sufrir una traición. Y después del impacto, el desconcierto y la caída, se pregunta cuándo empezó, en qué se ha equivocado, dónde ha fallado y por qué no se ha dado cuenta antes.

### **Cuando sucede lo que no está previsto**

Sensación de bienestar en el atardecer de ese día último de vacaciones mediado agosto. El mar se dibuja en calma, muy cerca y atractivo; el cielo aparece despejado envolviendo un cuadro de armonía; la temperatura es la idónea para cubrir apenas el cuerpo bronceado por una quincena de caricias solares. Y ese sonido que murmura alrededor, ajeno a cualquier voz humana que no sea la propia, también es amable y discreto.

Macarena vive un momento feliz a solas consigo misma frente a la placidez del Mediterráneo, respirando la brisa que aparece a esa hora en que el calor remite y las imágenes alternan entre lo hecho y lo que vendrá después, cuando la noche relumbra con su habitual esplendor festivo y la despedida se celebre a trío con una nostalgia risueña.

Todo es como debe, piensa Macarena, queriendo convencerse de que su benévola interpretación de la vida en torno es cierta, perdurable y compartida. Acomoda su espléndido cuerpo sobre la tumbona y se deja seducir por el aliento de la satisfacción. Nada asoma por el horizonte que advierta de un peligro inminente; nada insistente y veterano, mensajero de épocas pasadas pero no tan distantes como para haberlas desalojado de la memoria, la despierta del ensueño o le condiciona en los límites de la complacencia. Eleva despacio los párpados para que sus ojos, protegidos por gafas de sol, observen el mundo inmediato. No hay amenaza de tormenta a la vista y el estómago, aletargado en la medida de su intuición, hace caso omiso a los avisos pertinentes. Vuelve al ensimismamiento, apoya una de sus manos en el vientre, la otra junto al muslo, y deja que el tiempo fluya sin novedad hasta el acontecimiento siguiente.

Hoy, una fecha sin mayor trascendencia que la anecdótica, es la víspera del regreso a la cotidianidad en Madrid; luego preparará la maleta y en su habitación

suspirará quedo por el fin de las vacaciones que tanto ansiaba tras un año de actividad frenética, porque Macarena se implica sin reservas en los asuntos que le atañen. Lo ha pasado bien en la costa mediterránea, en casa de su amiga Begoña, una amistad compartida con Ricardo, y eso es lo que cuenta. Mañana será otro día, piensa Macarena siguiendo el declive del Sol con los ojos cerrados, mecida por la calidez soportable del primer crepúsculo. Quisiera que la venciera un sueño que no modificara el paisaje y, a ser posible, que tampoco perturbara ese presente en el que lo fundamental, cree, está en orden: su matrimonio, su profesión, sus relaciones sociales y sus expectativas de diversa índole.

Sumida en gratos pensamientos, Macarena oye un rumor de pasos acompañados de voces que se acerca. Es una distorsión conocida que reconoce de inmediato, esperada porque su soledad era un paréntesis, y nada fuera de lo normal cuando se comparte espacio y tiempo con otras dos personas en las que se ha depositado la máxima confianza. A un metro de sus pies y mirándola joviales desde la desigual altura de uno y otra, Ricardo Samper y Begoña Osma, le dirigen la palabra para comunicarle que van a bañarse en la piscina del complejo residencial.

—El último baño de las vacaciones —dice ella.

—Apetece disfrutar de la piscina ahora que no hay nadie —enfatisa él.

A Begoña le sobran los centímetros que a Ricardo escatimaron sus padres.

Macarena no sabe si es una proposición que la incluye o la descarta. Decide no acompañarles y los despide con un “hasta luego”. Prefiere seguir inmersa en su agradable letargo, dejando transcurrir los minutos de ese último día de vacaciones hasta que no haya más remedio que atender a las consabidas obligaciones que repasa diligente.

Macarena desea estar sola un rato más.

El tiempo vuela, ya es hora de ponerse en marcha. Han pasado unos minutos, suficientes para hacerse a la idea de que esto se ha acabado. Macarena echa un vistazo nostálgico a su adorado mar, prolonga la mirada allende la línea del horizonte imaginando en idílica representación la antesala del infinito, y se despide con un “hasta pronto” que sus oídos conocen de antiguo. Coge su bolso

playero y enfile el sendero enlosado que bordeando la piscina conduce a los apartamentos.

Da unos pasos abstraída en algún pensamiento que no recuerda un segundo después y se detiene. Percibe algo dentro de sí; parece una voz. Es como una indicación de que algo diferente ocurre en las inmediaciones, al desembocar de aquella ruta que es nueva para ella. Un suceso del que ha de ser testigo.

¿Por qué he elegido venir por aquí?, todavía no se pregunta.

Para encaminarse al edificio donde tiene el apartamento Begoña —que ella y su entonces marido, compraron a un matrimonio británico en retirada de las zonas turísticas—, nunca había pasado por allí. ¿Por qué hoy? ¿Por qué ahora?

Macarena todavía no se lo pregunta.

Metidos en la piscina aparecen dos ocupantes que comparten un espacio mínimo. Las figuras se han apostado en un lateral, junto a la pared azulejada de celeste, esmeradas en la tarea de esculpir un caduceo que el agua deforma de hombros para abajo. Es una visión peculiar.

Una visión que sorprende a Macarena, a la que no da crédito, ante la que su cabeza y su cuerpo responden al unísono bloqueándola.

El primer crepúsculo transita metódico y sereno. Macarena ha quedado parada a distancia de observación recíproca. Fugaz le deslumbra el recuerdo, tal vez sarcástico, tal vez ingenuo, de que iba a levantar su mano en señal de saludo al darse cuenta de que se acercaba a ellos por aquel ignorado corredor que ahora servía de atalaya para contemplar otro crepúsculo.

El espectáculo está servido y ella es la invitada al estreno... al ensayo general... a una de las representaciones.

Su invitación no ha sido cursada por el método tradicional, lo que significa que su presencia no es grata ni advertida. Por eso la escena no reviste tapujos ni censura; es un fresco realista que firman a cuatro manos y dos bocas sus autores.

Le falta capacidad de reacción, desvanecido su espíritu de mujer resuelta. En un instante ha dejado de ser ella para convertirse en una estatua ornamental que estorba en esa parte del urbanismo ocioso.

Está paralizada de fuera hacia dentro y a la inversa; aun así, la inercia y quizá la curiosidad o el asombro, aditamentos de las circunstancias imprevistas, la empujan al filo del abismo. Su equilibrio es precario y la blancura instantánea de

su rostro no está originada por los factores de protección solar con los que cuida su piel de las radiaciones.

¿Cómo describir su estado de ánimo?

Vacío, con la sangre helada, incrédula.

¿Cómo definir lo que ha visto?

En apariencia se explica por sí mismo. Es aquello de: a las pruebas me remito. Objetivamente, la evidencia es demoledora.

Macarena no aparta su mirada del escenario, a lo mejor quiere pero no puede desaparecer retrocediendo hacia el punto de origen o continuando hacia la siguiente casilla que aparece como un refugio para mitigar la sacudida que llegará. “No he visto nada.” “No ha pasado nada.” “Tengo cosas que hacer.” “Estoy cansada, muy ocupada.”

Ha sido espectadora de una larga secuencia cuyo impacto emocional comienza a gestarse. Le supone un esfuerzo ímprobo tomar conciencia de lo que está viviendo. El presente se eterniza, la convierte en una estatua de sal y los hechos, en una situación inesperada en grado sumo, no se diluyen de buenas a primeras.

¿Por qué no acude en su rescate un manto de oscuridad?

La tarde veraniega desciende parsimoniosa, indiferente a disputas en público, dilemas privados o a la presunción de tres conciencias en litigio.

¿Dónde está la conciencia de cada cual?, todavía no se pregunta Macarena. A un metro del agua, rodeada de vacío, soporta la rigidez que impone su tribulación y las punzadas en la cabeza, crecientes en intensidad y dolor al consumarse ese día ahora fatídico.

Ve y no ve. Mira y no mira. Es una sombra que se acerca nadando, es un pequeño bulto que ha cruzado la piscina provocando una sucesión de ondas que rompen su geometría al chocar bajo sus pies. La otra sombra permanece alejada, es un bulto grande e insonoro al margen de lo que vaya a acontecer entre los cónyuges.

—¿No ibas a hacer la maleta? —comenta Ricardo con aplomo.

Iba a hacer el equipaje, cierto. Macarena duda, ha oído la voz pero le cuesta situar la realidad en el plano concreto.

—Has dicho que ibas a hacer la maleta —reitera apoyando sus manos en el pretil  
—¿Te vas a hacer la maleta?

Hay eco, es el eco, casi ironiza Macarena con su letargo. Ella está por encima de su interlocutor, siempre ha estado muy por encima, pero no repara en ello. “¿Te acuerdas de..., Macarena?”, ese hombre con el que lleva casada dieciocho años y al que creía conocer perfectamente; bueno, mucho; es decir, lo suficiente para descartar a priori recelos o sospechas. “¿De verdad, Macarena?”

Parpadea despacio, confusa.

“Debo haberme quedado dormida y me ataca una pesadilla. Quiero abrir los ojos, quiero respirar hondo, quiero un vaso de agua, quiero salir de este atolladero, quiero volar a un espacio íntimo donde no haya más presencia que la mía, quiero despertar.”

Esto no es posible, se dice Macarena. No está sucediendo.

Ricardo transmite desfachatez. No ha dicho: “Aquí no ha pasado nada que te incumba”, pero suena parecido y amplía su desasosiego y la herida. Tanto disimulo es una pose estudiada, le previene a Macarena su instinto.

¿Por qué no escapa del sarcasmo con dignidad? O, gratificante opción, ¿por qué no dispara una patada certera a la boca de Ricardo?

Debería irse. Siente la proximidad erosiva del ridículo mientras se esfuma la admisión de culpa en la parte ejecutora de la traición. A veces, un golpe de efecto a tiempo revierte el curso de los acontecimientos; pero Macarena es una figura expuesta a la intemperie y queda a merced de los elementos invocando una respuesta.

Por fin logra articular palabra, y con voz entrecortada dice:

—Sí... voy a hacer la maleta.

Entre la piscina y el bloque en el que se inserta el apartamento de Begoña surge una zona ajardinada. Macarena anda flotando en la pesadilla, pero mantiene la lucidez en un aspecto: le indigna que Ricardo, a la sazón su marido, no corra a explicarse; le da rabia y le asquea que en vez de apresurarse a dar una satisfacción a su mujer, Ricardo permanezca con Begoña como si tal cosa, braceando en la piscina o, de común acuerdo, elaborando la estrategia de negación o defensa según se requiera una u otra.

“No puedo creerlo”, se dice Macarena en un hilo de voz. Y cae al suelo al amparo del jardín vencida por la tensión.

Ha sido un desvanecimiento, luego lo recordará con un ápice de vergüenza. “¿Qué habrá pensado ese hombre?” Unos brazos le ayudan a incorporarse, es un extranjero de mediana edad que refleja preocupación en su rostro coloradote. Macarena sacude una brizna verdosa de su blusa ibicenca.

—No es nada...

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí, sí... Gracias.

No mira atrás, acelera el paso y llega al apartamento con el estómago oprimiendo su garganta. Nadie le ha seguido. “¿Pero qué está pasando?”, escucha la interrogación de una voz que se parece a la suya. Cierra la puerta y coge aire. Intenta tranquilizarse, le vendría bien una dosis generosa de serenidad. Tiene que oxigenarse con la mayor cantidad de aire o se ahogará en un océano de contradicciones. “¿Qué maldito juego es este?”

Se siente mal, débil. El abatimiento gana terreno y pugna en igualdad de condiciones contra la frustración. Gane quien gane ella pierde. Quiere reaccionar, se lo exige. Pero le falla el propósito, cree que está mareada y le flaquea el músculo. A lo mejor con una descarga de adrenalina decide algo coherente que le devuelva su genuino porte, su valentía y la fortaleza que le ha permitido a lo largo de su vida afrontar situaciones adversas con la debida entereza y objetividad. Eso destacan en Macarena su familia y amistades: “Ella es una mujer fuerte y valiente.”

Ahora tiene que demostrarlo, pero antes necesita un punto de apoyo y lo más al alcance de su desconcierto es el sofá del comedor. A él se dirige para descansar y reflexionar. Pero lo que ocurre es que se le nubla la mirada, le atenaza la inseguridad y, en suave caída síntoma de agotamiento, su torso se reclina hasta abrazar las piernas.

En su corazón y en sus neuronas se escribe una certidumbre: “Mi matrimonio se ha ido a la mierda.”

Han pasado veinte minutos, puede que más. Es el plazo en cifra redonda que marca el paréntesis de la separación. Macarena mira su reloj cuando oye abrir la puerta del apartamento. Comprueba la hora y abandona el sofá, ágil y silenciosa, para dirigirse al cuarto de baño que está en la habitación de matrimonio. Ellos son dos y actúan de acuerdo; ella es una y no sabe a qué atenerse.



“Es mucho tiempo”, deduce.

Allí dentro, algo protegida y algo reservada, se encuentra con su imagen y quiere identificar el reflejo. Extiende los brazos y apoya las manos en la encimera de mármol fija su mirada en ella. “Soy yo”, declara. Respira con malestar, nota el ambiente enrarecido y una adherencia rasposa en la garganta que lo incrementa.

La pareja habla en el salón. El cuchicheo llega a Macarena como un rumor que no equivale al del mar o al del viento o al de una música que incita a bailar en los momentos alegres, placenteros. Pasa el tiempo, siempre a lo suyo, y lo único permanente en el mundo a esa hora vespertina es Macarena frente al espejo y sus contradicciones.

Cesan las palabras a dos voces. Ahora el sonido es de aproximación. Ricardo entra en la habitación llamándola, su tono es prudente. El cuarto de baño filtra luz y como la puerta entreabierta no es un obstáculo hace su aparición por la espalda. Llama a Macarena cuando ya es innecesario, le habla cuando el paréntesis ya es grande y le reclama su atención cuando ya domina la penumbra. Ella calla, ella escucha el fragor de la tormenta que brota en su interior. La cabeza de Macarena gira a velocidad astronómica impulsada por la lucha fratricida de sentimientos.

“Me voy”, ignora si es lo mejor. “No me voy”, ignora si es lo peor.

Una lucha de desgaste que la inmoviliza, que la bloquea.

“¿Qué hago?”

Aunque la evidencia es abrumadora, quiere convencerse de que hay una explicación para lo sucedido. Le obsesiona encontrar un argumento válido que aclare el panorama y, a la vez, libere su cuerpo y sus facultades de aquella perplejidad. Ella es una mujer lógica, ponderada, con un elevado sentido de la justicia; una mujer de mundo versada en el trato humano, que ha fomentado desde joven, y con dotes, hartas demostradas, para comprender las diversas reacciones en el prójimo. Se obliga a no caer en el desespero, ni tampoco en la conformidad de la ceguera o en un ímpetu más que justificado que aparte de su vida inmediatamente y bajo dedo acusador a los culpables del perjuicio.

Un agitado repaso a los acontecimientos no le aporta luz.

Ricardo habla con un recurso estudiado.

—Lo que has visto no es lo que parece —dice.

Una frase manida, abominable.

Se acerca limitando la precaución, oculta su figura en el espejo por la de Macarena.

—No es lo que parece.

Cuando va a poner las manos en sus hombros, ella lo rechaza.

—No me toques.

Ricardo insiste en la negativa.

—No es lo que parece.

Y Macarena en la actitud que principia su reacción.

—No me toques... Aléjate de mí.

Con ademán firme se sacude el acercamiento. Sin gritar, volviendo su cuerpo lo suficiente para que toda su expresión alcance el objetivo, califica a Ricardo con un amplio repertorio de improperios.

—Eres un hijo de puta. Sé lo que he visto. Me has destrozado la vida. Eres un cabrón —culmina esta fase del desahogo.

Los dardos en la diana no modifican la versión de los hechos en Ricardo que, conciliador a su manera, le pide que se tranquilice.

—Sólo le he dado un beso en la nariz.

¿Cinismo o cobardía?, se pregunta Macarena.

Ella es contundente en su réplica.

—No insultes mi inteligencia. Llevaba un rato allí y lo he visto todo —le desafía—. Eres un cabrón, hijo de puta. Me has destrozado la vida —eso le dice Macarena sin que se le quiebre la voz, sin que se descompongan sus facciones más allá del impacto que soporta.

El volcán ha hecho erupción, y la lava y las cenizas avanzan.

—No es lo que parece. Tranquilízate.

Un nuevo intento de aproximación es abortado por Macarena.

—¡No me toques. No me toques!

—Pero... es que te equivocas...

—Si no es lo que parece, ¿por qué no has venido en seguida detrás de mí? Hace más de media hora que estoy sola en el apartamento. Ya basta de negar la evidencia.

Ricardo cambia de táctica.

—Déjame que te explique.

—No tienes nada que explicar. Está claro —ataja ella—. Qué vergüenza... En la piscina, que os puede ver cualquiera.

Macarena esgrime su sentido de la ética aun en esa circunstancia en la que es la principal afectada.

Ricardo agacha la cabeza capeando el temporal. Sabe de antiguo que Macarena necesita exteriorizar su enfado, pero que es pasajero y, al cabo, le permitirá contarle lo que desea. Por ejemplo, que no la ha seguido porque a instancia de Begoña, que es quien lo propone, ha preferido dejar que pase un tiempo para que el efecto fuera minimizándose y la reflexión diera paso a creer que todo había sido un mal entendido.

—Hay que restar importancia a lo que no la tiene, Macarena.

Lo que verdaderamente incomoda a Ricardo es haber sido descubierto.

—¿Quién te manda estar allí? —le suelta—. ¿Por qué has tenido que verlo?. Ha sido un impulso, nada más que un “piquito”, porque Begoña estaba triste. Se acaban las vacaciones y nos vamos. Begoña se ha puesto a llorar y yo la consolaba. Eso es lo que hace un amigo, ¿no? Entiende que es una tontería a la que no hay que dar importancia.

Macarena lo echa de su lado. Ricardo sale del cuarto de baño y de la habitación, y ella, que necesita un nuevo punto de apoyo para moderar el temblor que le nace de dentro, se sienta en la cama con la mirada en la pared. Entonces toma el relevo de las justificaciones Begoña, como si hubieran convenido el intercambio de responsabilidad para borrar la imagen delatora.

El turno de actuación de Begoña se asemeja tanto al de Ricardo que salvo el físico del actor y el timbre de voz, lo demás es consonante hasta en las pausas. También sentada, rozando el cuerpo de su amiga, Begoña habla de un incidente sin maldad que la ha pillado por sorpresa.

—Yo no lo esperaba ni lo he provocado, Macarena. No le des importancia porque no la tiene. Yo os quiero mucho a los dos, tú lo sabes, y deseo que nuestra relación siga igual. Lo pasamos muy bien juntos. Tú sabes que Ricardo y yo somos muy parecidos... somos dos almas gemelas, espontáneos en lo que hacemos y decimos, sin maldad. Tú lo sabes.

Macarena no ha vuelto su mirada hacia Begoña. Oye su voz monocorde, calculadamente cordial, pero la ignora en su contenido porque quiere alejarse de una complicidad que la arrastraría a la estupidez. Mantiene una postura digna,

impasible en la apariencia, fría y distante, algo totalmente ajeno a ella; pero el sentimiento de dolor y frustración se revuelve en sus entrañas. “Me quiero morir.”

Begoña le pide que la mire, que le hable, que reaccione, que si quiere la insulte o pegue; todo eso le pide Begoña.

—Soy una señora y nunca pierdo los papeles —le dice sin mirarla—. Tendré una conversación con mi marido; contigo no tengo nada que hablar.

“Y me queda por hacer la maleta.”

Macarena cumple fielmente con las obligaciones que se impone.

“Hoy es el último día.”

La frase es una conmoción que le abre la boca en busca de aire.

La vida sigue su curso y nada es suficiente para detener un tiempo estricto en su cometido e imparcial.

“¿Cuánto falta para que caiga la noche?”

Begoña se ha ido, Ricardo no asoma por la puerta de la habitación ni habla a su cómplice forzando otra tentativa de olvido, una nueva hipocresía que borre imágenes y sospechas, lo que alivia a Macarena. Se pondrá con la maleta en unos minutos...

“¿Cuánto falta para saber lo que ha pasado?”

Tiene que hablar con él y no le conviene esperar; cree que el dejar correr las horas no va a jugar a su favor. Pero cómo va a enfrentarse con un actor de pantomima en aquel estado. No es suficiente percibir la realidad, de la que es consciente sin atajos o fisuras, sino que además debe superar su desconcierto para liberarse de la envolvente catatonia.

“¿Desde cuándo?”

Entereza, se exige. Ha conseguido levantarse de la cama con el pulso estable y las piernas firmes, pero siente que su cuerpo sufre un desdoblamiento parejo al de sus emociones y al de su comprensión. “No es una película”, lamenta. Se mira en el espejo del cuarto de baño y ve una imagen distorsionada de sí misma, cosa que no le asombra. Como tampoco debería sorprenderle lo que ha pasado. Ha de pensar en los avisos que no atendió, algunos muy cercanos al presente, nítidos ahora y entonces, de haberlos interpretado sin concesiones al autoengaño. Admite desde su pretendido aislamiento que le aporta sosiego, que ha sido una incauta al confiar que las apariencias fueran sólo eso. Es un primer reproche que se hace. La sospecha ya se cernía sobre ellos dos, pero la había debilitado para no

caer en la estúpida paranoia de la mujer celosa, de la mujer insegura, de la mujer que gasta energía en imaginar el efecto de las causas que merodean su matrimonio. Nada de eso.

Macarena siempre ha empleado su imaginación en tareas creativas, previniéndose de la inactividad o la monotonía más que de los riesgos. Porque es una mujer valiente, decidida, sincera; que mira de frente, que lleva la cara alta y habla para que se la entienda.

“Soy una mujer valiente...”

El susto viene a continuación. Otra sorpresa indeseada. Begoña moquea a su espalda, le ha puesto las manos en los hombros, le da un beso.

Begoña está en su casa, recuerda Macarena. El matrimonio pasa sus vacaciones en la casa de una amiga compartida. ¿Te das cuenta de dónde estás, Macarena?

“Estás en su casa, y hoy es el último día de vacaciones. Tengo que hacer la maleta.”

Begoña le habla. Todavía no le ha puesto las manos en los hombros ni le ha dado un beso en la mejilla ni se ha acercado sigilosa al cuarto de baño.

—Por favor, Macarena... Somos amigas. Los tres somos muy buenos amigos... No ha pasado nada... Es una tontería... Yo te quiero... Anda, arréglate y vámonos. Nos hará bien salir.

Le pone las manos —las manazas— en los hombros, se inclina hacia su cuello —una masa compungida— y le besa en la mejilla desprotegida de cabello —una incisión cáustica.

Macarena la rechaza con voz y gesto. Begoña retrocede y desaparece llevada por su instinto de conservación. Habla con Ricardo y él toma nuevamente el relevo, consonante en el discurso y en la petición conciliadora.

—Es una tontería. No tienes que amargarte... No ha pasado nada. Venga, arréglate y nos vamos los tres.

Se pregunta Macarena, con un recurso de sarcasmo que alivia su tensión, por qué la insistencia en que se arregle, ella que es una mujer elegante hasta en la intimidad, que, desde luego, no suele acudir a un compromiso de la índole que sea, incluso el paseo y la cena de la despedida de las vacaciones, sin lucir unas prendas acordes a la ocasión y al deseo de gustarse con su ropa.

—No quiero salir. Iros vosotros dos.

Le falta madurar su reacción. La noche comienza a descender desplegando un decorado de ficticia reconciliación para los conflictos inesperados que sacuden a la víctima solitaria, abrumada e indecisa de qué partido tomar; y la maleta aún está por hacer.

Una cosa es que quieran engañarla y otra, muy distinta, que lo acepte dando por buena la versión dúo de los cómplices. La realidad no se altera con palabras sino con la voluntad de ignorarla: “Vale, aquí no ha pasado nada y tal día hará un año.” Tendrá que pasar mucho tiempo, piensa Macarena, para que ella perdone y olvide, y armarse de ambos propósitos además de eliminar el testimonio de sus cinco sentidos y el sexto, femenino y audaz.

“Es imposible.”

Va a ser difícil, pero no lo descarta. Dentro de sí hilvana una obligación con un deber: va a conocer la verdad y va a mostrarse ecuánime en el veredicto; así es Macarena. Sus facciones se relajan un tanto y distiende los brazos cuya musculatura ha sometido a una prueba de fuerza. Su ánimo rehúye la crispación, así es Macarena, y se suaviza el arco de sus pies.

A Ricardo, que observa a prudente distancia pendiente de los signos, le parece que ella recobra su ser natural. Momento que aprovecha para entrar reiterando la oferta conciliadora.

—Te arreglas y salimos los tres.

—Sí...

Es un triunfo de su estrategia, deduce Ricardo. Cree que lo peor ha pasado y que a partir de ahora, dispensando generosas raciones de atención a Macarena y esmerada servidumbre conyugal, la recuperará. También cree que los años de convivencia y los episodios que sirven de ejemplo a las situaciones conflictivas juegan a su favor. Muy en contra ha de ponerse todo, o ella cambiar radicalmente su línea de conducta, para que Macarena no le conceda el beneficio de la duda y, en breve, el aspirado borrón y cuenta nueva.

“Lo conseguiré”, apuesta Ricardo.

—Sí... voy a salir.

Cada veraneo tiene regalo para sus sobrinos. Macarena no va a presentarse en Madrid sin el consabido detalle y ya se agota el plazo para la compra en cualquiera de los establecimientos que ofertan caprichos o utilidades a pie de calle.

“Luego haré la maleta.”

Suspira quedo. Ha de recomponer su figura para ofrecer al mundo, singularmente a sus más inmediatos observadores, una imagen de normalidad. Lo inverosímil del suceso, y sus presumibles secuelas que apuntan hacia varias direcciones, recomienda acumular cautela en el comportamiento público.

“Modérate y espera.”

El color de su piel es atractivo, favorecido por un metódico bronceado. Eso quiere decir que no se ha quedado dormida al sol y, también, que la realidad se impone a un mal sueño que pese a la carga de inquietud vertida en un momento, que tiene vida propia, concede la oportunidad de la advertencia para poner remedio a ese presagio o kilómetros de distancia.

“¿Por qué no pido un taxi...?”

A veces se necesita una improvisada colaboración para escapar de un círculo vicioso que hasta la fecha no era imaginable.

“Abre los ojos, Macarena; quítate la venda.”

El aderezo de patrañas huele fatal y sabe peor, es muy perjudicial para la salud. Aunque no se queda atrás, por lo demoledor, la pugna del discurso de la evidencia contra el alegato de la incredulidad.

“Vístete como habías pensado.”

Macarena se sacude de los oídos esas disculpas, torpes y recurrentes —un brindis al sol que no quema—, surgidas del acuerdo entre los traidores que Begoña y Ricardo pronuncian alternados.

Begoña conduce, a su lado Ricardo, ambos en silencio y con las facciones acompañadas. Begoña escudriña a Macarena por el retrovisor, en apariencia ausente de la vigilancia y de la insobornable tensión de la velada. Los regalos a sus sobrinos justifican el trance y la vergüenza compartida que, no obstante, permite recrearse a título individual en el disimulo. La noche es como las anteriores de puertas afuera, cálida y entretenida, con sus características pinceladas estivales en la gente, en los comercios, restaurantes y locales de ocio. Desfilan ante la pesarosa indiferencia de Macarena, desviada su mirada hacia la ventanilla a su derecha, el conjunto nocturno de posibilidades para convertir la última noche de vacaciones en una celebración especial. Muy diferente, tremendamente original. ¿Quién se lo iba a decir a ella, sentada detrás como el testigo de cargo cuya integridad ha sido encomendada a la pinza de los imputados

en el delito? Paradojas de la vida con un refrán de fondo: dos es compañía, tres es multitud.

Está de más, pero quiere oír alto y claro que la suya es la presencia que sobra, que ella es la tercera en discordia aun siendo la esposa y la amiga, por este orden.

—Aparcamos aquí y vamos andando —propone Begoña.

Macarena flota en la ingravidez del absurdo cuando recorre las calles un paso por detrás de sus dos empalagosos ángeles custodios. La paradoja sigue y aumenta el tamaño del esperpento. La zorra y el zorro guardan a la confiada víctima propiciatoria de la componenda. Ricardo no se aparta de ella, de pronto reconvertido en lazarillo gesticulante implorando al modo de los pícaros novelados una bienaventurada adopción, mientras solícito le señala establecimientos aquí y allá y posibles regalos para los sobrinos.

—¿Qué te parece esto? Aquello no está mal. ¡Mira qué original!; seguro que les gusta.

Y frases por el estilo que zumban en los oídos de Macarena.

Ella decide la compra y una vez realizada le apetecería desaparecer de la influencia picajosa de la pareja de insectos. Un prodigio, susurra Macarena al espíritu de la magia: que le crezcan dos alas simétricas, sedosas e iridiscentes; los apéndices de la liberación. Con ese poder estelar a su mando volaría lejos de la mentira alrededor y del agobio callejero con tinte lúdico.

Begoña se distancia en cuerpo y ánimo de las tentativas conciliadoras que Ricardo profesa a Macarena; en ella se concita el ambiente desabrido característico de quien ve perder una oportunidad inmejorable para manifestar un acontecimiento.

—Vamos a cenar —invita Ricardo, echando cara a su preocupación en esos instantes nada simulada. Una cena puede suavizar el trato e incluso arrastrar a un pozo ciego las imágenes que nunca debieron fijarse en la retina de Macarena—. Tenemos mesa reservada.

Aunque cede a Macarena el privilegio de la elección de la última cena de un veraneo inolvidable, por si prefiere anular la reserva.

—No.

La oposición de Macarena es frágil.

—No —habla en sueños al aire templado de la noche mediterránea.

—Estamos llegando al restaurante.



El espíritu de la magia ha traspasado el negocio y la vacante está por cubrir. Macarena no cuenta con aliados que la rescaten del embaucador influjo, de corte mafioso, del pacto del encubrimiento.

—No.

Pero sí. La mayoría gana la votación y Macarena se sienta a la mesa flanqueada por los diferentes reproches intercalados. Ricardo y Begoña cortan la tensión improvisando frases que rememoran los días felices de una amistad sólida. Begoña recurre a su teléfono móvil mientras Ricardo, pendiente de lanzar cables a diestra y siniestra, aspira a aplacar el ánimo de Macarena forzando un diálogo de supervivencia que le redima de su carga. Begoña recela, Ricardo siente un temor vago que le violenta y dificulta acceder a la pretensión de Begoña de acapararlo.

Macarena es un convidado de piedra e inapetente al que Ricardo se dirige para incitar su voz.

—Están tus platos favoritos —dice Ricardo.

Quiere que participe como si no hubiera pasado nada —aquí no ha pasado nada—, para conocer si su pensamiento se va adaptando a la nueva forma de convivencia elaborada en un convenio regulador privado, unilateral y escrito a la carrera, tras el inconveniente testimonio ocular de la ofendida.

Pero el esfuerzo de Ricardo para incorporarla a la parodia es en vano. Macarena se ha encaramado a otra esfera de conciencia asqueada de tanta hipocresía, y aunque su percepción capta hasta las anécdotas, sólo presta mundana atención a una sugerencia culinaria del camarero y a la música que suena en vivo cerca de su femenina presencia. Es un desahogo que mueve sus pies bajo la mesa y le transmite el mínimo bienestar que necesita para sentirse menos estúpida y un tanto menos burlada.

“Me gusta esta música.”

Le gusta bailar, sabe bailar. Da la mano a la música y baila frente al mundo en un escenario apto para una discreta evasión. Y al poner su alma en el baile nota un principio de reconciliación consigo misma que le aporta aire fresco a la vez que aguza su instinto, que había postergado indebidamente, y potencia sus sentidos hasta el punto de mostrarle los rasgos de la envidia en Begoña, su amiga, y los del egoísmo y la traición en Ricardo, su marido.

“Son tan insignificantes vistos así.”

La nitidez de la visión le anuncia que esos rasgos son síntomas de otras patologías complementarias. Pero todavía le puede la confusión, todo es muy reciente y de las pesadillas se acaba por despertar aunque sus actores se reproduzcan a ojos abiertos.

“Quiero irme.”

Dentro de Macarena late un impulso de lava. A la noche le queda un capítulo que excluye a Begoña. La amiga en cuyo apartamento ha pasado sus vacaciones el matrimonio, aislada en su habitación ahora sí oye la voz tonante de una mujer herida vertiendo su dolor, su decepción y su sentencia a un Ricardo arrinconado en ese asalto en el que la iniciativa es por fin de Macarena.

—Pero... estás equivocada...

—Eres un mierda, un egoísta, un nadie.

Macarena se expresa con la frialdad de una cordura recuperada.

—Eres un mal nacido, un sinvergüenza, un falso.

Empieza a ser consciente de que a partir de hoy su vida puede desviarse hacia ese tortuoso camino donde otras mujeres, algunas de su círculo de amistades, han tropezado, han sucumbido perdiendo la salud y la identidad o se han visto abocadas a cambiar la forma de hacer y pensar con la que se sentían realizadas.

—Eres un canalla, un cobarde y un mentiroso.

Macarena da rienda suelta a su voz para que diga lo que ha callado a lo largo de dieciocho años de matrimonio, cuando hubo motivos para anticiparse a este desenlace.

—¿Para esto me he casado? Ha sido un error el casarme contigo.

Ricardo aguanta el ímpetu desatado de Macarena cobijado en un patetismo cínico de mirada esquiva, las manos indecisas y los pies en precario sostén de un cuerpo entonces exiguo. El acoso es notable pero no concluye en derribo.

—Eres un miserable.

Algunas piezas de ropa masculina han salido del armario proyectadas encima de la cama.

“Ya es tarde para hacer la maleta, estoy cansada y mañana por la mañana me da tiempo para organizarme”, decide Macarena.

Sin embargo, la pregunta que llama insistente a una reflexión le va a impedir refugiarse en el pasajero alivio de un sueño profundo.

“¿Por qué no he cogido mis cosas, he pedido un taxi y he regresado a Madrid en el tren o en avión? Un golpe de efecto a media tarde que vale por mil palabras y deja a cada uno en su lugar.

## **La segunda parte del primer acto**

El trayecto a la estación es largo y tedioso.

Macarena quiere llegar cuanto antes a Madrid, perder de vista a Begoña y su contagiosa actitud hipócrita, deshacer el equipaje, guardar la maleta y meterse debajo de la ducha a ver si la terapia de agua fresca en el retiro de su cuarto de baño clarifica el panorama.

Conduce Begoña con Ricardo de acompañante. El dibujo dentro del coche es idéntico al de la noche anterior, tensión palpable y silencio forzado incluidos. Macarena mira a todas partes con la pretensión de capturar un detalle en él o en ella que le facilite una sentencia condenatoria o absolutoria. Sobran las palabras en su cabeza —han sido tantas y coincidentes las vertidas por Ricardo y Begoña desde el fatídico descubrimiento—, y faltan los hechos inapelables de pasado y presente —la relación causa a efecto— que faciliten la sentencia definitiva.

Macarena confía en una explicación lógica que actúe como el viento que se lleva por delante los errores y las malas influencias, sanando a la memoria de sus dudas, vacilaciones y juicios; cree que una vez fuera de lo que percibe como círculo vicioso, ella y Ricardo podrán hablar con franqueza de lo sucedido y hasta puede que borrarlo si él logra convencerla de que las apariencias engañan. O, en caso contrario, y ya libre de la voluminosa sombra de Begoña, tomar una decisión drástica sin temor a equivocarse.

A ese juego de posibilidades da vueltas Macarena mientras llegan a la estación, aparcan el coche en doble fila y, billetes en mano, se despiden de Begoña.

—Procura tranquilizarte. Haz el favor.

Eso le dice Begoña impostando la voz.

Macarena no responde como le gustaría, sus maneras en público impiden que una o dos frases demoledoras pongan a cada cual en su sitio. A veces, y sólo durante unos escasos minutos, Macarena se arrepiente de su sentido de la urbanidad.

Madrid queda lejos de la costa mediterránea meridional. El viaje en tren acentúa el tiempo de prórroga, la incomodidad de los cuerpos que mantienen una postura de compromiso y las reflexiones de Macarena en torno a una salida coherente a la situación de la pareja.

Les espera en la estación con su coche Clara, la hermana de Ricardo. Disimulo ante ella, frases protocolarias: “unos días estupendos”, “un poco calurosos, pero ya se sabe”, “en el agua se estaba divinamente”.

Ricardo estaba divinamente con Begoña dentro de la piscina. La imagen empuja provocadora a Macarena al asiento trasero, le tapa la boca y le abre los oídos: “Estás en segundo plano.”

“Mi momento está en casa”, se consuela. Falta menos.

Este trayecto por la ciudad también es largo y tedioso, monótono como el paisaje de las estepas o la reiteración de un discurso vacío de argumento que exige ser aceptado sin reservas.

Clara comenta a su hermano las pequeñas novedades que atañen a ambos por los lazos de sangre, nada trascendente que obligue a informar a la familia política por si su concurso fuera necesario.

Macarena hace como que no oye. Mira por la ventanilla ese mundo que bien conoce, en el que se siente a gusto y con el que se identifica desde que tiene uso de razón, “Ya he vuelto de mis vacaciones.” Su Madrid la recibe con una pregunta: ¿Qué te pasa? Ella no contesta porque no sabe cuál es la respuesta y no quiere mentir; odia la mentira y nunca se ha visto en el cobarde trance de necesitar el engaño para sostenerse en pie.

Madrid le incita a desahogarse: ¿Ha ocurrido algo inevitable? Dime, ¿es tan grave? Dime, ¿podrás con ello o...?

Tiene que serenarse para pedir explicaciones y para obtener respuestas, y sólo lo conseguirá en su casa.

“Compréndelo.”

Su querido Madrid asiente; no va a ser él quien la presione. En él puede confiar: Tómate tu tiempo, aconseja.

“Gracias. ¿Cómo va todo por aquí?”

Los hermanos se asemejan mucho en el físico, en los gestos y en el carácter, aprecia Macarena. Es algo obvio en lo que ha reparado siempre y que ahora le provoca una desazón añadida.

“Son muy parecidos.” La naturaleza ha obrado una complicidad que empieza a manifestarse adversa, según interpreta Macarena del improvisado análisis patrocinado por su opresora desazón. “¿Otro frente?” Traga saliva, respira hondo, destapa los oídos y se lleva una mano a la sien: “¿Por qué lo pienso?”

Clara ayuda a subir el equipaje al piso. Se despide en seguida y Macarena le acompaña de vuelta a la calle para sentirla y porque va a comprar lo imprescindible.

—Algo te preocupa —dice Clara.

Le cuenta lo básico para que se haga a la idea y para ver su reacción. La incredulidad se refleja en el rostro de Clara, aunque no tarda en explayarse contra los hombres recurriendo a la experiencia.

—¿Dónde tienen la cabeza? ¡Son todos iguales! ¡Lo que tenemos que aguantar! Cada palo su vela, piensa Macarena.

Pese al enfado, Clara le recomienda ser prudente y tener paciencia.

—Son cosas que pasan.

—Que no tendrían que pasar —dice Macarena.

Ha llegado el momento de un cara a cara, de las cartas sobre la mesa, ella y Ricardo apartados de cualquier influencia y sin que menudeen las excusas que han sostenido en precario una versión a todas luces falsa.

—Quiero saber la verdad —pide Macarena.

Y lo que escucha atenta y serena es la retahíla de justificaciones que han viajado junto al equipaje.

Ricardo explica de modo parco y cansino que ha sucumbido a la tentación.

—Un impulso al que no debes dar importancia. Yo nunca haría nada que te perjudicara... lo sabes. Yo nunca haría nada que pudiera hacerte daño... ya lo sabes.

—Cómo...

—Yo me he dejado llevar, simplemente eso, sin otra intención que la de animar a Begoña... nuestra amiga Begoña..., triste porque se acababan las vacaciones. Lo habíamos pasado tan bien... los tres... y ella se queda sola una semana... Estaba

apenada y yo..., un impulso, una tontería, he sentido la necesidad de darle un beso... infantil. Nada, en realidad.

“Desconoce lo que he visto.”

—Hay que tener poca vergüenza... —se duele Macarena.

Estupor es la palabra que la define.

Le permite contar la misma historia hasta que a fuerza de reiteración la voz se pierde en las habitaciones y se cuelga bajo el mobiliario. Ricardo cree haber ganado la batalla de las alegaciones y, de paso, un tiempo precioso para que Macarena acepte su versión y definitivamente reste importancia al episodio.

Repite el eco: Sólo un beso, créele Macarena. La tentación del buen samaritano, créele Macarena. Es sincero y está arrepentido, créele Macarena. Un impulso bienintencionado, créele Macarena.

Ella todavía no sabe qué creer. Si da crédito a lo que han captado sus ojos y lo que traduce su percepción e instinto de mujer, lo echaría de casa; si, por el contrario, da crédito al envoltorio de excusas que ha proferido Ricardo desde que ha tenido que defenderse de la sólida acusación, ha de pasar página perdonando y olvidando, en ese orden.

“Perdona y olvida.”

En un estado de permanente contradicción como el que domina a Macarena, la conciencia emite su mensaje en una frecuencia restringida, tendiendo a favorecer una reconciliación basada en la segunda oportunidad, vitalizando a ojos cerrados y oídos sordos la confianza mermada.

“Perdona y olvida.”

La herida es terrible, pero afecta menos que el autoengaño. Macarena está a punto de cruzar la frontera de la dignidad, de lo que no es muy consciente, y del trastorno que supone negar la evidencia solapándola con unos principios que no exigen tal renuncia. Quiere salvar su matrimonio, en esencia de eso se trata, pero también a sí misma; y no ve la forma humana de conciliar ambas posturas entonces en oposición.

Se concede una pausa que frene el amago de náusea y las incipientes punzadas en la zona posterior de su cabeza. Necesita respirar el aire íntimo de su cuarto de baño.

“Me suena...”

Una llamada al teléfono móvil de Ricardo.

El corazón de Macarena late deprisa. La tregua de cuarto de baño ha sido efímera, insuficiente para reducir a lo tolerable el malestar físico y aún menos el creciente abatimiento que enraíza contra su voluntad. Abre la puerta y con medio cuerpo fuera agudiza el oído sin que recoja más que el tono confidencial de una conversación llevada al otro extremo del piso.

Una sospecha con visos de certidumbre matiza la voz de Macarena al preguntar por la llamada.

—¿Era Begoña?

—Era mi madre... para saber cómo estamos.

Macarena le mira fijamente negando con la cabeza. Recuerda que ha llegado el momento y pide lo que nunca imaginaba saldría de su boca.

—Déjame ver tu móvil.

A Ricardo se le descompone la cara y se atraganta con la inesperada exigencia. Macarena es otra, empieza a entender; pero todavía puede sostener un duelo de: “cómo es posible que me pidas esto”, “es mi espacio privado”, “me disgusta que dudes de mi palabra”, “esto no es propio de ti.”

—Dame el móvil para que compruebe quién te ha llamado.

—Es una falta de confianza que me ofende. Tú ya sabes que soy incapaz de engañarte.

—Quiero ver de quién es la llamada.

Ricardo teme que está perdido. La voz de Macarena no admite escapatoria. Es una voz nueva que no admite la transacción sentimental del: confía en mí porque soy tu marido, hasta la fecha concluyente. Los compartimentos estancos en Ricardo que ahora percibe Macarena, superan con creces las concesiones —en un plano de teoría y concepto— que uno a otro se habían otorgado, sin entrar a valorar el acierto o la equivocación del acuerdo, algunas de las cuales motivadas por un deterioro temporal en la relación que, peor o mejor solucionado, fluía sinuoso a través de la mentira y la ocultación.

En unos segundos, Macarena visualiza el pasado reciente —cuatro, cinco años— y unos apuntes de presente reveladores. Demasiada fuerza en las pruebas destapadas para ignorar su lectura pese al profundo deseo por despertar de la pesadilla.

—Me estás ofendiendo.

—Quiero comprobar la llamada.

Dos, tres minutos de tira y afloja que no merma la decisión de Macarena.

—Allá tú si no me crees.

Le da el teléfono y ella encuentra la llamada. Ricardo ha olvidado borrar el registro una vez eliminada la relación de llamadas realizadas y recibidas.

“Mala suerte, embaucador”, calla Macarena.

—Es de Begoña. ¿Por qué me has mentido?

La mentira suministra un argumento conmisericordioso a Ricardo.

—Lo he negado para no preocuparte. Estás muy nerviosa, igual que ella, y yo no quiero alterarte por algo sin importancia. Begoña se siente mal, muy inquieta por ti. Me ha dicho que te tranquilices y que te quiere mucho; que, por favor, olvida esta tontería y que todo vuelva a ser como antes. Me ha pedido que te cuide y que te haga comprender que nuestra amistad es lo que verdaderamente importa y ella está dispuesta a demostrártelo en cuanto regrese dentro de una semana.

“Patrañas”, clama una parte de la conciencia de Macarena. “Acepta la excusa, pero mantente vigilante”, recomienda la otra parte.

—Los dos estáis muy preocupados por mí —ironiza amargamente Macarena.

Ricardo guarda el móvil en su bolsillo y va a por un vaso de agua.

Macarena se acerca al balcón, apoya la frente en la puerta acristalada y posa su mirada tan lejos como lo permite el horizonte urbano.

“Qué hago, Dios mío.”

Sólo han pasado veinticuatro horas.

“Sólo ha pasado un día”, se obliga a evaluar Macarena.

En este lapso de tiempo contienden dos ideas irreconciliables, expresadas en sendas frases: “Mi matrimonio se ha ido a la mierda” vs. “Tengo que salvar mi matrimonio.”

Su lucha interna será una constante que ocupará todas las horas del día, y cuanto más toma partido por la opción de perdonar y olvidar, la otra tiende a una sonora rebelión conjugando las lógicas deducciones.

“No paran de hablar.”

La impresión a la que se aferra Macarena es la de que él siente culpa, una culpa sincera aunque no plenamente confesada; por lo que tirando de ese hilo ella quiere creer que en Ricardo anida el arrepentimiento que hará posible el retorno



de las aguas a su antiguo cauce, pese a que la analogía acuática no sea la más adecuada para el caso. El convencimiento del que hace gala ante sí misma cuando reprime la voz acusadora, abriga la esperanza de que la pesadilla finalice pronto y a su casi entera satisfacción.

“Perdona, olvida y sigue.”

Desconfiando y alerta.

“No han parado de hablar.”

Transcurre una semana de llamadas alternativas entre Begoña y Ricardo que Macarena fiscaliza a base de preguntas, sinsabores y desvelo. Un sinvivir estúpido, reconoce; pero se mantiene en sus trece de archivar el informe acusador para una ocasión que no contempla posible.

Las explicaciones de Ricardo son innecesarias por sabidas y tópicas en un contexto salpicado de reproches omitidos. Las disculpas abundan en ese paisaje monótono que recorta la iniciativa a un simple tanteo de esgrima. Ella lanza sus ofensivas mientras él, sin excesiva complicación, las sorteas desde el juego de enredo con el que la propia Macarena le permite cubrirse y avanzar casillas en busca de una salida airosa.

Cuando se ve más apurado, Ricardo suelta un discurso lacrimoso que invoca la nostalgia del tiempo feliz y —el toque maestro, la conmoción de la fibra sensible— el raciocinio de Macarena en todas las circunstancias de la vida, las adversas y las propicias. Ella es tan justa, tan equilibrada, un dechado de virtudes sociales, tan ecuánime, tan cabal, tan caritativa con el prójimo descarriado —vulgo el hijo pródigo—, un compendio de objetividad y sensatez; es tan así que su sino es el de creer su versión de los hechos. Un enmarañado despliegue de lisonjas en el marco de una realidad arbitrariamente negada a dos bandas.

Calma tensa, un paréntesis.

Es una ficción consentida la que dirige a la pareja; y en Macarena el humano miedo a lo desconocido.

“¿Cómo será mi vida si rompo la que tengo?”

Empezar de cero sin haber descubierto los hilos de la trama le da escalofríos.

“¿Por qué he de ser yo quien rompa?”

Presiente que sea cual sea la actitud que tome en adelante, su matrimonio tenderá a incurrir en esa inercia que aprueba los defectos y los vicios,

degenerando en una pantomima donde los cónyuges actúan de espalda a la confianza, el proyecto común, el respeto y el amor. Conoce varias situaciones con ese cariz e incluso, y como amiga, ha recibido confesiones y confirmaciones de lo que nunca había imaginado sería su caso. La sugerencia que pronunciaba cuando le requerían la opinión era una, directa y sencilla de comprender: “Averigua la verdad y luego decide en consecuencia.”

Eso es exactamente lo que debía aplicarse: ser consecuente consigo misma, sin eludir responsabilidades, supuestos que traza con perfil grueso la prevención o la advertencia de indicios muy elocuentes.

—Hoy regresa Begoña —dice Ricardo por la mañana.

Ha pasado una semana. Begoña finaliza sus vacaciones en la costa y vuelve a Madrid en tren. Llega a mediodía y Ricardo se ha ofrecido para recogerla en la estación.

—Tengo que ir a buscar a Begoña.

Macarena sale de la cocina mordiéndose la lengua y con un ligero temblor en las piernas. En su garganta tropiezan las frases de reproche con aquellas de matiz irónico que sirven de aderezo para un diálogo de sordos, pero poco más y desesperado.

—Que coja un taxi o ande con los bártulos Castellana arriba, que le irá bien — sólo se le ocurre.

Ricardo desde el pasillo replica.

—Hay que ir a buscarla.

Su timbre de voz enfada a Macarena. Se dirigen la palabra sin mirarse y separados por unos metros de mobiliario.

—¿Por qué hay que ir a buscarla?

La respuesta fluye como una parábola.

—Hemos pasado quince días en su casa. Es nuestra amiga y merece que la tratemos como ella a nosotros. Le ha afectado mucho el malentendido, no tiene la culpa de nada y yo ahora me siento en la obligación de normalizar nuestras relaciones. Todo ha de volver a ser como antes.

“Como antes”, repite el eco.

Macarena camina hacia él.

—Vamos a buscarla.

Ricardo plantea una objeción.

—Es mejor que yo me encargue de esto. Begoña está muy nerviosa y tú también estás alterada. Yo hablo con ella de lo que ha pasado y le dejo claro que no tiene importancia. Que lo único que nos importa a los tres es mantener nuestra amistad.

“Mantener nuestra amistad”, repite como el eco un pariente del sarcasmo.

—No tardo.

“¿Es tarde o no es tarde?”, se pregunta débilmente Macarena sentada en el sofá con las manos en la cara.

Con la cara tapada, a solas y en silencio la casa, Macarena confunde la voz del eco con la de su conciencia. El reloj de sobremesa del salón marca un tiempo de ausencia corrosivo, pero a la vez extrañamente piadoso.

Hurgando en su punto débil, muy al descubierto, Ricardo encarece a Macarena para que sea condescendiente.

—Begoña se siente mal, no tiene ninguna culpa —le falta un pelo para calificarla como víctima—. El atrevimiento ha sido mío y por tanto mía es la culpa.

El dilema se muestra en todo su esplendor, envolvente y capcioso para mayor fatiga de las neuronas de Macarena. Es tal su desconcierto —incrementado por el griterío y correrías del escarnio—, que atrofia el mecanismo de respuesta de su intuición; no obstante, acota los límites de la tolerancia conyugal a un espacio supervisado por la estrategia. Piensa que es un recurso fiable para afrontar con entereza y espíritu crítico lo que venga.

“Lo que se me viene encima.”

Por ejemplo, una reunión para limar asperezas.

—Begoña te llamará dentro de un rato. Quiere verte —anuncia Ricardo—. Quiere que habléis las dos.

Ha vuelto de recoger a Begoña en la estación y se le ve expectante.

La impaciencia de Ricardo contrasta en la artificiosa calma del hogar con la expresión distraída de Macarena. Hace unos minutos ha percibido una nueva amenaza que suma intensidad a todos sus celos. Es una nube de energía negativa de la que es única destinataria.

“Va a por mí.”

Es un ataque intermitente, deslavazado y encubierto, con la firma de su autora legible en esas características, que lejos de sorprenderla confirma en Macarena la existencia de un enemigo que busca lo que es suyo.

“O era mío.”

Ricardo se prodiga en amabilidad y deseo por satisfacer el de Begoña. Da la imagen, poco edificante por lo servil, del emisario de un acuerdo que se juega su destino si no es atendida en tiempo y forma la petición de quien le manda.

—Quiere que habléis...

—Te he oído.

“No te canses.”

—Es importante para los tres.

“No me canses.”

Llama Begoña para formalizar una reunión de mujeres y Macarena acepta. Equidistante de los respectivos domicilios hay una cafetería donde quedan citadas al cabo de un rato.

—Te lo agradezco mucho —solloza Begoña.

Sin comentario añadido, Macarena se arregla, viste y sale de casa con la mirada en retrospectiva.

—Luego me paso —dice Ricardo.

Pisa la calle con seguridad, aunque le flaquea el ánimo. Sabe lo que Begoña le va a decir y está preparada para aguantar disculpas, ruegos y explicaciones redundantes; pero no sabe cómo le va a responder si alguna de sus preguntas desborda el marco de lo previsible. Begoña es una mujer en conflicto con su historia, frágil menos en su constitución física, de carácter inestable —quizá a propósito— y conducta veleidosa cuando la presionan supuestos factores endógenos que revela a media voz y en privado a su exiguo círculo de amistades o bien manifiesta en un estilo histriónico vulgar. Macarena la convirtió en su amiga por inercia, porque un día, dos años antes, la casualidad quiso que aflorara un nexo de unión en terreno abonado a instancia de parte. En realidad, ambas sólo tenían en común su condición femenina, algo insuficiente para consolidar una relación amistosa y aún menos de amistad íntima, pero Macarena sintió el estado de necesidad de Begoña y su natural sociable hizo el resto. Los extractos de benevolencia ayudaron lo suyo y de la noche a la mañana, Begoña se integró en el paisaje con el peso de una montaña y la raíz de un centenario sauce llorón.

“Quién me lo iba a decir.”

La tarde se perfila en una ambientación grisácea. Madrid languidece a esa hora, con sus gentes aisladas en peculiares reservados y los comercios difusos. Se avecina el ocaso estival y acto seguido el balance del curso pasado y la proyección del que viene. Son pocos los ruidos de la ciudad que estorban la reflexión en presente continuo de Macarena. Cuando quiere ahondar en los meses anteriores topa con una resistencia inusual, perseverante como era su voluntad hasta la fecha, originada en una negación de la evidencia de la que es causa y efecto.

“¿Me estoy engañando y no me doy cuenta?”

Le obsesiona la verdad, ahora y siempre, Ha sido y es enemiga declarada de la mentira.

“Una mentira es consecuencia de otra”, decían sus padres y enseña la experiencia. “La mentita tiene las patas muy cortas.”

La verdad, reconoce, es tan simple como atenerse a la evidencia. Basta abrir los ojos para ver.

Para ver a Begoña, que ha llegado primero, acercarse con los brazos abiertos, su habitual vestimenta de corte lascivo, rozando la ordinariez —en la que Macarena no había reparado como elemento de atracción del morbo masculino— y la expresión contrita.

—Amiga mía, me alegra que hayas venido.

Abraza y besa a Macarena.

—Esto hay que solucionarlo ya.

Después la envuelve con frases que suenan parecidas a las de un culebrón televisivo —o de los seriales radiofónicos de la época en que la vida se desarrollaba a un ritmo más pausado y vecinal. Pero no se disculpa y da por hecho que Macarena va a borrar de su memoria esas imágenes dañinas para los tres.

—Dime que lo has olvidado.

Insiste Begoña en su inocencia y en la traición de las apariencias.

—Hay cosas más importantes en la vida —dice sin especificar a qué se refiere.

El cielo es de un color plomizo y el aire se condensa alrededor de la mesa esquinada que ocupan las dos mujeres.

—Nuestra amistad es lo más importante.

Macarena eleva la mirada hacia el manto nuboso. Supone que si llueve la madrugada traerá una brisa limpia que ayude a respirar.

—Ya estoy aquí.

Ricardo ha llegado a tiempo para la reconciliación. Los tres hablan de lo que suelen los viejos conocidos cuando se encuentran para tomar una cerveza al final de una jornada cualquiera. La conversación es distendida y salvo por la atención que presta Macarena a la voz de Begoña, nada hace pensar en una situación embarazosa con secuelas a corto y medio plazo.

“Tiene dos caras”, piensa de Begoña.

Y dos voces, una melosa y seductora dedicada a Ricardo y otra completamente opuesta destinada a ella.

“¿Actúa conmigo o con él?”

Al enemigo hay que controlarlo y dejar que se confíe para conocer sus movimientos, defenderse de los ataques y extraerle el odio y la envidia sin que le dé ocasión de prevenirse. Es la determinación que adopta Macarena.

## **El reparto de personajes**

Se llama Macarena Ruiz de Mendizábal, tiene cuarenta y ocho años y es madrileña. Casada desde hace dieciocho, con domicilio en El Viso y dedicada al interiorismo de inmuebles. Comparte la actividad profesional con su socia Cora, de cuarenta y nueve años, también casada.

Cora y Macarena además son amigas. Su amistad, que cumple quince años, nació en el aula de un curso de dirección de empresas en el que ambas se inscribieron para completar su formación académica, la economista Cora, y la siempre inquieta y con ambición de aprender Macarena, para descubrir los entresijos de la dirección y gestión de negocios o empresas.

Macarena aspiraba a independizarse en el mundo laboral. Su experiencia por aquel entonces era suficiente y valiosa, pero restringida al ámbito del trabajo por cuenta ajena. Estaba satisfecha con el desempeño de las tareas que le encomendaban, crecía su reputación en solvencia y eficacia a la par que su nombre circulaba por bocas y proyectos. Pese a las coyunturas de crisis, cíclicas y en grado variable, no le faltaron ofertas de incorporación a firmas de prestigio ni, en la actualidad, la necesaria carga de trabajo para mantener el estudio, la ilusión y la sociedad.

Cora no tuvo la misma suerte o el acierto al elegir y darse a conocer que su amiga.

—Mi currículum es bueno, pero a lo mejor es demasiada la competencia —lamentaba Cora.

—O pocos los contactos —señaló Macarena.

Una vez finalizado el curso, Macarena le propuso iniciar la aventura de un negocio en el que la responsabilidad sería de su exclusiva competencia.

—Nuestro estudio de interiorismo, Cora. Sé que saldrá bien.

—¿Estás completamente segura?

—Sí.

La cena de raciones y batidos en una terraza de Chamartín selló el acuerdo de voluntades, ratificado en breve por la constitución de la sociedad.

—Depende de nosotras el éxito o el fracaso.

—Por mí no va a quedar —aseguró Cora llena de esperanza.

Macarena hizo realidad uno de sus sueños.

Cora es la primera en llegar al estudio y atiende los aspectos burocráticos, la contabilidad y en igual medida que su socia el trato con los proveedores.

Macarena se ocupa del plano exterior, de las relaciones públicas y la meticulosa concreción de los proyectos.

—Eres una perfeccionista —le alaba Cora.

—Lo que puede llegar a ser un defecto y una rémora —confiesa Macarena refiriéndose a todas las instancias de la vida.

—Tú eres así.

—Y no voy a cambiar —sentencia en un tono que no admite duda.

Es una forma de ser opuesta a la mediocridad y la indolencia, y un pase de estreno en su contencioso contra el mundo resignado.

Cora saluda a Macarena que trae mala cara.

—¿Cosas tuyas o cosas nuestras? —pregunta levantando la vista de unos documentos.

—Mías. ¿Tanto se me nota?

—A kilómetros.

Los que unen o separan Madrid de la soleada costa meridional, ironiza Macarena para sus adentros.

Y le refiere la historia con pocas omisiones.

—Así estamos.

—Lo siento... no me lo imaginaba —dice Cora.

—Ni yo.

La mañana se prodiga en comentarios y supuestos que redundan en la extrañeza, el desconcierto y las posibles vías de actuación que Cora escucha intercalando alguna sugerencia.

—Me pongo en tu piel, pero no es lo mismo.

—Ya. Del dicho al hecho va mucho trecho y tiro porque me toca. Me río, lloro, me hago mil preguntas y las respondo yo sola. No sé si acierto o me equivoco, es una situación caótica y por lo que parece soy la única que quiere sinceridad y que me muevo sobre arenas movedizas.

“Ojo y paciencia”, sigue recomendándose entre suspiros.

—Es una papeleta.

—De lo peor, Cora.

Noticia en directo sin reportero ni fotografía: Provoca un accidente de circulación y se da a la fuga.

Macarena fue testigo del suceso aquel anochecer de invierno, solitario en las aceras, frío y nublado. Caminaba hacia su coche aparcado en un garaje cercano al gabinete de arquitectos, finalizada la reunión con un acuerdo importante bajo el brazo.

La exposición de su proyecto y las ideas de acompañamiento que surgían al hilo, que ella gustaba incluir si la expectación era la adecuada, había complacido a los tres socios del gabinete —parientes en línea directa—, de manera que el veredicto unánime le sonó a música celestial. Iba a telefonar a Cora en ese instante para decírselo.

“Eh...”

Con el teléfono móvil en la mano presintió que se avecinaba un peligro.

“Qué hace...”

El semáforo estaba en rojo para ese coche que atravesó el carril por donde circulaba otro con una mujer al volante. Ella esquivó la embestida apartándose



bruscamente de la trayectoria, pero no pudo evitar la colisión con una moto que circulaba en paralelo a su derecha. El motorista dio con los huesos y la sorpresa en el asfalto, cayendo de lado con un deslizamiento corto y libre de obstáculos, sin que su integridad sufriera merma considerable: unos rasguños, el susto y el enfado.

El causante de lo que pudo ser una tragedia escapó acelerando, con lo que el cuadro a corta distancia presentaba un vehículo de cuatro ruedas ocupando la calzada en diagonal, con su conductora estupefacta, y un vehículo de dos ruedas volcado, con el motorista palpando los posibles daños en su físico. Reaccionó primero el caído, un hombre joven, que ayudado por una pareja de edad similar, rápida en el auxilio pero no exacta en la descripción de los hechos, tanteó el suelo con sus piernas recobrando la verticalidad.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —repetía la pareja al aturdido motorista.

—¿Está bien? —preguntó un hombre mayor que a paso calmo se aproximó con un matiz de gravedad en el rostro.

—Dice que sí —le respondieron ella y él.

Macarena observaba a la conductora. Ella estaba atónita, con la mirada en el infinito y las manos aferradas al volante.

Una mujer que llegaba apretando el paso empezó a increparla en un tono severo carente de justificación.

—Se ha tirado encima del pobre chico. Lo podía haber matado.

Fue como la salva festiva que permite el acoso popular a la presunta culpable, inhabilitada por un patente bloqueo para su defensa, con reproches y manotazos en la ventanilla. El repertorio de calificativos progresaba según ella mantenía esa actitud amorfa, que a alguno daría a entender que libre de la vehemencia cívica de los testigos a la mínima salía huyendo de la escena del crimen.

Antes de acercarse a la conductora, Macarena marcó el 112 en su teléfono para que se diera aviso a la Policía. Luego penetró en la red de ciudadanos indignados con la falta de respuesta de la conductora.

“Tengo que ayudarla.”

Consiguió abrir hueco y acceder al pasmo de la mujer abriendo despacio su puerta. Con voz suave pero firme le pidió que desconectara el motor y se relajara.

El gesto de amable autoridad impresionó a unos y otra. La situación perdía tensión para ganar emotividad. Aunque tardaron en descender por sus mejillas,

las inconscientes lágrimas de la conductora acabaron de moderar el ambiente, lo que le permitió explicar al motorista y resto de asistentes la verdad de lo sucedido, asombrada ella de que nadie hubiera reparado en la culpabilidad del conductor del vehículo a la fuga. Se tragó las ganas de exclamar: ¡Es que no tienen ojos en la cara!

“Quizá es que prefieren cebarse con el débil, el indefenso, en quien ha sufrido una conmoción y queda inválido para actuar con racionalidad.”

Con diligencia y fluidez, su voz relató a la Policía los hechos y como los daños se redujeron a las carrocerías y, transitoriamente, a las emociones, y Begoña Osma —el nombre de la conductora—, empezaba a superar el símil catatónico recuperando el control de sus actos, la cosa no pasó a mayores.

Se presentó a Begoña, le tendió la mano y le ofreció una tarjeta profesional por si necesitaba su testimonio en adelante. Un ligero temblor destacaba el nerviosismo en Begoña, pálida y ojerosa al recoger la cortesía de aquella mujer valiente y afable. Balbuceó su agradecimiento con ojos apocados y a punto estuvo Macarena de invitarle a conversación en un banco de la calle o en un bar.

“A ver si la tranquilizo.”

Pero en ese momento, aún presidido por la turbación y una manifiesta inseguridad en su comportamiento, Begoña no tenía ganas de contar la historia de cuarenta y seis años de frustraciones. Guardó la tarjeta en su bolso y se despidió esbozando una sonrisa que a Macarena no le pareció forzada.

—Gracias.

—Ya sabes.

De esto hace año y medio.

Es una palabra repetida hasta la saciedad.

—Crisis. Es la crisis.

—¿Cuál de ellas? —bromeó un empleado con años de antigüedad en el negocio y experiencia en coyunturas—. ¿La económica, la de valores, la medioambiental, la política, la de los medios de comunicación o la de la edad?

—La de la venta de coches, por ejemplo.

Ricardo Samper prefería sentirse atrapado en la crisis de la edad; al menos era personal, disimulable y se justificaba por sí misma. A diferencia de la que

perjudicaba su responsabilidad como jefe de ventas de un concesionario de automóviles con el balance anual en negativo.

—Llevamos dos ejercicios de pena—lamentaba.

—Y lo que te rondaré.

El experto en coyunturas objetó el pesimismo proponiendo una solución en manos de terceros.

—Un cambio de gobierno generaría confianza dentro y fuera.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Por aquí todos estamos de acuerdo.

Los cambios son un aliciente, considera Ricardo metido en su despacho.

Un impulso natural, aceptablemente egoísta, para sentirse mejor.

—Cincuenta años ya... —suspira abstraído.

Macarena desconoce cuánto tiempo hace de esta reflexión en quien es su marido.

Macarena llega tarde a la comida. Le ha volado la mañana con idas y venidas en coche y andando, lo que no había previsto. Le duelen los pies izados a los tacones, pero no se concede un respiro. Le molesta la impuntualidad, le desagrada ser la protagonista del retraso cuando se ha superado con creces el límite de los minutos de gracia, justificados y nunca excesivos.

“Tanta prisa para llegar tarde.”

Aunque el calor no aprieta tiene la sensación de ahogo propia del malestar.

“Y esto que no baja y lo otro que no se arregla, al contrario.”

Es un lamento que se imprime en su cara, la parte menos piadosa de su cuerpo a la hora de disimular fatigas, disgustos o problemas de calado.

“Lo que me espera esta tarde. Y esta noche, ¿qué me espera?”

Su amiga Patricia hojea una revista sentada a la mesa del restaurante donde se citan cuando van a comer juntas.

—Bueno, me parece que las vacaciones te han regalado una bolsa de estrés —recibe a Macarena.

—¡Uf! Un baúl cargado hasta los topes.

—Si es lo que yo digo: hay que recuperarse de las vacaciones cambiando de aires y de todo lo demás. Después de las vacaciones rutinarias conviene irse de vacaciones para hacer todo lo contrario. Vamos, una cura de desintoxicación.

“El dedo en la llaga. Cambios y tentaciones, qué harta estoy de oír esta canción. ¿Es una epidemia?”

Piden del menú y Macarena le cuenta el epílogo de sus vacaciones. Como va a faltar tiempo para una conversación en toda regla —ironías aparte—, expuesto lo básico con algún añadido al que se le permite escapar de la jaula de la paciencia, es Patricia quien toma el relevo sintetizando sus días ociosos, pocos y este año sin novedad digna de mención, y los planes inmediatos en la esfera laboral.

—Todavía no me han echado con lo que está cayendo. No las tenía todas conmigo al regreso de vacaciones. Pero mira, sigo de comercial en el vistoso mundo de la moda.

—Me alegro por ti.

—Con cara de funeral y dolor de cabeza.

—El catálogo de dolores baja y sube para mi desgracia. Imagínalo.

Patricia puso sobre la mesa un voluminoso catálogo.

—Dame tu opinión.

Macarena se relaja con las fotografías y los textos.

—Ropa, calzado, complementos. Interesante.

—Tu historia también lo es —dice Patricia cruzando los brazos bajo el pecho.

Un lugar público y concurrido, como el supermercado de un centro comercial a las seis de la tarde, ayuda al disimulo.

Begoña y Ricardo se encuentran a la hora acordada ante un muestrario de pescado y marisco frescos. Ella elige la cena con una idea preconcebida, y él paga y luego avisa a Macarena para que ambos sean anfitriones a las diez de la noche.

—Begoña me ha llamado para decirme que quiere cenar con nosotros, en casa. Ella se encarga de la comida y la bebida. ¿Te apetece?

No le apetece, pero se muerde la lengua y apenas objeta su extrañeza y la falta de tiempo para organizarse debidamente.

—Begoña traerá la comida y la bebida; tú no te preocupes por nada.

“Es una burla”, piensa Macarena al colgar. “Se burlan de mí.”

Begoña hace la compra despacio y en silencio, ausente del mundo en torno y también del porteador que carga las viandas en el cesto de ruedas siguiendo el ritmo de la mano que coge, entrega, aparta o deja. Tarda más de lo esperado,

recreándose en la selección o en la demora, y eso pone nervioso a Ricardo que va echando vistazos al reloj.

—¿Tienes prisa? —le pregunta en un tono que se asemeja al reproche.

—Llevamos bastante rato, ¿no crees?

—Bueno, algunas cosas hay que tomarlas con calma.

—No conviene excederse, Begoña.

Ella lo mira con aire de suficiencia.

—Merece la pena. Lo hago por ti.

Ricardo asiente, le gusta oírlo pero está incómodo.

—¿Ya has acabado?

—Yo sí. ¿Y tú? ¿Cuándo nos vamos de fin de semana?

—Este no, el siguiente.

—Mañana te digo donde iremos —decide Begoña—. Y si no se te ocurre una buena excusa para Macarena ya te la daré yo. No me falles, que yo lo estoy dando todo por ti.

—Lo sé.

Ricardo y Begoña entonan esa noche de cena privada un canto a la amistad, compenetrados en ofrecer una imagen feliz que no acompaña la inquieta de Macarena, reflejada en el gesto y en la parquedad de sus opiniones cuando interviene en tal o cual asunto que aparece a propósito o de manera casual en la conversación.

— ¿Estás bien? ¿Te noto distante? —se interesa Begoña dulcificando la voz.

Entonces Macarena clava su mirada en ella.

—Estoy cansada. Ha sido un día duro y mañana ración doble. Yo no soy funcionaria. Qué suerte la tuya; quién pudiera estar en tu piel a ratos. Enhorabuena.

Frases cortas, pronunciadas con perfecta dicción.

Begoña se debate entre dar una respuesta acorde a lo que califica de ofensa o bien, tras una consulta fugaz con la apariencia conciliadora de Ricardo, salvar ese escollo incidiendo en el valor imperturbable de la amistad.

—He descubierto en vosotros el mundo que siempre había deseado.

Brinda e invita a participar de la degustación gastronómica y del placer de la mutua compañía.

—Sois lo que más quiero —enfatisa. Y dirigiéndose a Macarena dice, en un guiño de complicidad—: Tenemos mucha suerte al saber compartir. ¿Tú crees que fue la casualidad, pasabas por allí cuando se me echó encima aquel coche o ha sido cosa del destino que nos puso en el mismo camino? —Aguarda un segundo con la expresión nerviosa, los dedos de su mano izquierda tamborileando en la mesa cubierta por un mantel blanco de encaje, y pregunta a Ricardo—: ¿Tú que crees, es la casualidad o el destino?

Ricardo bebe un par de sorbos de vino, encoge los hombros y espira a la noche tibia un soplo de aire distraído.

—Sea lo que sea la cuestión es que estamos juntos y la cena es estupenda. ¿Qué más se puede pedir?

Macarena acaricia con mano delicada su copa de vino, que sólo ha probado.

—Las cosas pasan por algo —dice acuciada por un pensamiento de color tan pálido como el vino—. Pero eso no significa que ese algo vaya a ser positivo o deseado. A lo mejor las cosas pasan en un momento determinado porque a lo largo de la vida, más o menos conscientemente, se han buscado o se han provocado. Y eso puede significar que son el inicio o el final de una etapa o hasta de la vida. ¿Me entiendes? ¿Me entendéis los dos?

Es un vino con denominación de origen que le va a sentar mal.

No es una pesadilla lo que asola a Macarena.

“Dios, qué cansada estoy.”

Le pesa el cuerpo de cintura hacia abajo y le duele la cabeza al levantarse de la cama o al incorporarse del sofá si se ha quedado dormida con el televisor encendido. Despereza los párpados y mira sus piernas como si en ellas fuera a encontrar un argumento sólido con el que afrontar cada día desde hace un mes.

“Las piernas son un símbolo.”

De sostén, de dominio o de alejamiento. Sus piernas son proporcionadas a su metro setenta y esbeltas, modeladas por el deporte y cuidadas con esmero femenino; lo mismo que el resto de su cuerpo.

“Es peor que una pesadilla.”

Ricardo cierra su bolsa de mano y se despide junto a la puerta. La convención de directivos y jefes de ventas el fin de semana es en Valencia, en el recinto de la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

Macarena ni siquiera ha hecho mención de ir con él. Esperaba la noticia con indiferencia, como cuando se lee la posdata de una carta cuyo contenido se encierra en ese epílogo que no admite réplica ni, en ciertas ocasiones, se le otorga. En otro tiempo —que ahora pierde definición— se añadía al anuncio un sobre cerrado con la declaración de intenciones subrayada por una metáfora concisa de uso alternativo: parcela privada, espacio reservado, compartimiento estanco.

La puerta se ha cerrado con un sonido especial que ahora sí capta Macarena.

“Huele a cambio, a tierra removida antes de pisarla. Es un olor alterado. Es una trampa.”

El sonido que ahora escucha con una tonalidad diferente es la suma de varios encadenados, como esos olores cuya estela de advertencia cosquillea desagradable en la nariz y habla al oído cuando no lo impide una obstinación equivocada.

“Me falta el aire y me sobran dudas. ¿Son dudas? ¿Se llaman así? ¿En qué diccionario encuentro la definición de lo que me pasa?”

Tiene sueño al regresar del estudio ese viernes. Pesan los párpados, cuesta mover las piernas que ve hinchadas y con un color tostado propio de quemadura, y la cabeza baila en suposiciones que hieren y aturden. Sentada en el sofá pierde la mirada con intención de aislarse del mundo los días siguientes.

“Dormiré hasta cansarme de dormir y entonces ya será lunes. Una cura de sueño para olvidarme de todo... y ya se verá. Cierro los ojos y me duermo tal cual.”

Pero lo que ve es el teléfono y lo que le pide su intuición es que llame a Begoña. Primero al hijo: “no lo coge.”

Begoña tarda en coger su teléfono móvil y cuando lo hace titubea y se excusa por no aceptar la invitación de Macarena.

—Esta noche he quedado con mi hermana... asuntos de familia, ya sabes... Mañana iré a casa de mi madre... Sí, sí... era los domingos... a veces, claro, no siempre... una casualidad... qué pena... me hubiera gustado... Lo siento, Macarena... Yo... no sé... espera... a lo mejor el domingo... Pero...

—El domingo estoy ocupada, Begoña.

No cree una palabra ni el tono de voz le inspira confianza. Al contrario, acentúa la sospecha, pero se niega a ir más allá comprobando la versión de Ricardo.

“Todavía no.”

Bastaría una llamada.

“Todavía no.”

En la cocina prepara una cena ligera que come despacio, abstraída.

“¿Por qué todavía no?”

Las horas discurren lentas y amargas el fin de semana, escuecen los ojos e irritan la garganta con un rasgueo de canción triste. El sábado se queda en casa soportando un vaivén de emociones incompatibles entre sí; lo sabe, lo lamenta, lo permite. Cerca de la medianoche sale a la calle a por una dosis de cordura. La vida aflora en su vertiente lúdica alrededor del coche. Conduce sin destino ni velocidad programada, con las manos firmes en el volante y una música que la relaja. Busca el consejo de la serenidad y un equilibrio —aunque forzado— en la balanza de los pros y los contras. Quiere ser justa, quiere descifrar el enigma a través de los hechos de pasado y presente que alternan en protagonismo, pruebas y testimonios de cargo, pero aún no se atreve a impartir justicia porque le faltan respuestas y su sentimiento —parcial, mimado y vanidoso— le condiciona las iniciativas.

Aparca unos minutos al margen del bullicio de la zona donde ha buscado involucrarse en una aventura nocturna sin propósito. Conoce donde está y la clase de gente que frecuenta los restaurantes, las aceras, los aparcamientos y los locales. Hubiera podido vivir esa noche de otra manera menos íntima y reflexiva, disipando momentáneamente el agobio, aquella maldita tensión que oprime el estómago, encoge el corazón y ofusca la consciencia al silenciar un buen número de neuronas. Mira pero no ve a un metro más allá de los cristales con su residuo urbano que sólo limpia un lavado a fondo, como si personas, mobiliario y fachadas ofrecieran una cara borrosa, indiferente al matiz que distingue unos de otros, y lo que siente en ese estado de indecisión le condiciona apartándola de la realidad inmediata.

“Hubiera podido ser de otra manera.”

Se refiere a tantas cosas a la vez que la frase suena hueca. Conduce el coche a ninguna parte pero sabiendo dónde va, en busca de ese aire vivificador que juega a esquivarla mientras ella juega a limitarse. Para y sigue. Anda un trecho acompañada de sombras y ecos de una noche larga, festiva para un público heterogéneo que la disfruta. La historia registra una página de lectura simple esa noche de mundo habitual.



“Estoy bien”, dice en voz alta.

Nada ha cambiado en Macarena de regreso a casa, aunque ahora sí acusa las diferencias en los colores de las calles, los parques y los edificios que ya pertenecen al nuevo día.

“Me ha sentado bien el paseo.”

Una ducha, un bocado dulce y a la cama. Duerme tres horas y al despertar recuerda la película que ha soñado. Estaba en el sofá, sola, cómoda, tumbada con la cabeza sobre el grueso brazo y dos cojines, con la mirada libre hacia la puerta acristalada. Oye una llamada que parece de teléfono, es un sonido difuso que enlaza con otro que suena a teclado y a ratón. El timbre del teléfono es femenino, suave, quizá disimulado; es masculina la respuesta, escrita con agilidad, intención y mimo. Pero está oculta en una carpeta de nombre doméstico, con fecha de envío, y no es única y sigue un orden que desvela la trama. Ella, una mujer de formas ampliadas, prepara varias maletas en una habitación desnuda y, al cabo, entra en una dependencia de olor agrio y fosforescencia verdosa donde mora la envidia; él, un hombre de formas reducidas, dispone raudo y cauto una bolsa de viaje en una casa rebosante de muebles y objetos diversos y en la escena siguiente teclea un mensaje de literatura críptica que permanece bloqueado sin encontrar el camino de salida.

Despierta con la garganta seca y una fuerte presión en el estómago que asciende a la cara transformándola en una mueca de malestar. Al mirarse en el espejo del cuarto de baño se pregunta si los cambios en su vida también graban la piel con la marca de la descomposición, y si este síntoma la va a identificar en el futuro como una víctima que carga su pena y su desconcierto a ojos de una sociedad diversificada entre afectados con experiencia para dar y vender, solícitos consejeros de teorías jamás puestas en práctica, adustos comentaristas de los sinsabores cotidianos o indiferentes a los que ninguna marea salpica.

“¿Me preocupa lo que piensen de mí?”

Si se rinde o cae, desaparece Macarena y eso es inaceptable para su orgullo y su dignidad.

“Quien pierde la dignidad lo ha perdido todo. Reacciona.”

Una ducha tibia, el maquillaje adecuado, cuerpo erguido y ropa que devuelve la autoestima.

“Reacciona. Descubre. Imponte. Vive.”

El domingo transcurre lánguido, poco incitador a peripecias que alegren o exciten el ánimo decaído, confuso y en no poca medida coartado, pero su personalidad ha recuperado el estilo de quien la ha ido forjando desde la infancia a favor y en contra de múltiples avatares.

“Soy yo, la de siempre, no me voy a derrumbar.”

La terapia surte efecto, y en su mirada destella un brillo de inteligencia que lamenta haber apagado por un cálculo erróneo de la comprensión y el conocimiento ajenos. Esperar a los acontecimientos equivale a ceder la iniciativa, sucumbir al engaño y enfangarse en el asqueroso juego de manipulación sentimental servido en bandeja de chantaje.

“Tengo que moverme, he de hacer cosas.”

Revista su hogar aplicando el toque de dueña y señora al conjunto, concentrada en la tarea de afirmarse en lo que es suyo por elección. Ha pasado una hora inspeccionando cuando enciende el equipo de música para escuchar un disco concreto que le evoca buenos momentos, coge una revista que aún no ha acabado de leer y toma asiento en su lado del sofá.

“Sé lo que estoy haciendo.”

Suspira. Alterna su mirada entre las copas de los árboles que aprecia a una distancia asequible, el decorativo aposento del equipo de música y el televisor y las atractivas ilustraciones de la revista.

“Quiero estar en paz conmigo.”

En ese viaje intimista hay cabida para un reposo confortable, estirado el cuerpo sobre el sofá, con la cabeza y los pies en un plano elevado.

“Algún día pasará todo... Pero, ¿en qué sentido?”

El hojear la revista le distrae, el escuchar su música le relaja y el suave balanceo de las ramas altas de los árboles la transporta a un delicado lecho, muelle y fragante.

“Algún día todo quedará atrás... ¿Y qué viviré por delante?”

Piensa en sus padres: “He de hablarles”, en sus hermanos: “He de contárselo”, en su estricto círculo de amistades: “Lo irán sabiendo. Su consejo es decisivo, ¿verdad, Macarena? Tienes que escucharles, necesitas segundas opiniones, ¿verdad, Macarena?”

Un agradable sopor, una caricia reconfortante en un espacio de luz infinita, protegida por lazos entrañables que invoca musitando una llamada a los aliados.

Distendida, libre al fin de inquietudes, camina adelante para reunirse con el mundo que le pertenece, el que ha ido creando desde que pudo elegir su vida con las únicas limitaciones que impone la condición humana, ese mundo sentimental que nunca la traicionaría y que mantiene las puertas abiertas de par en par ajeno al riesgo de una infiltración perniciosa.

“¿Sois vosotros?”

Ese mundo de memoria selectiva y afectos generosos donde se admite una segunda oportunidad. Sólo hay que pedirla y el paso queda franco para las circunstancias que se definen pasajeras. Demasiada confianza en los tiempos que corren, alguna vez ha escuchado a modo de consejo en persona respetada.

“¿Quiénes sois?”

Una perturbación atraviesa el espacio privado y la golpea. Le ha pillado desprevenida, muy ausente de aquel peligro. Duele el impacto que la arrastra lejos de lo que considera suyo y seguro. Entreabre los labios emitiendo una leve queja que no escapa del paladar, y a tientas busca en ese inmenso vacío del que no tenía noticia una defensa, por modesta que sea, incluso un precario asidero que le permita rehacerse de la inesperada sacudida.

“¿Qué está pasando?”

Quiere una explicación. La pide a las sombras que coordinadas la envuelven, pero ellas, alternadas en la denuncia, le reprobaban su actitud intolerante.

—Eres injusta. Me acusas sin pruebas. Me conoces de toda la vida. Te dejas llevar por un arrebató sin sentido. Es como si te cegaran los celos. Tienes la imaginación desbocada. Te equivocas, te equivocas, te equivocas...

—¡Basta!

—Somos amigos, nada más. Begoña es una buena amiga para los dos. Piensa en nosotros, hace planes para los tres, nos invita...

—¡Basta!

—Tranquilízate. Estás sacando las cosas de quicio y ves fantasmas por todas partes.

—Ricardo tiene razón, Macarena. Eres una niña mimada que ha cogido una rabieta porque se ha quedado fuera del juego. ¿No te das cuenta de que haces el ridículo?

—¡Basta!

—Begoña es una mujer razonable. Ricardo es un hombre justo. Tú déjate llevar por nosotros y olvida esos celos que te afean la conducta. Nuestra pobre Macarena, si te vieras con cara de pasmo, el cuerpo nervioso, cansada y aturdida. ¡Pobre Macarena! No armes escándalos, no sospeches, no metas la nariz en los asuntos de otros. Créenos, Macarena; esto no va contigo. Tú no pintas nada en esta película, ni siquiera como espectadora.

—¡Basta he dicho!

—Niña ingenua, si tú supieras...

—¡¡Basta!! —grita Macarena.

Otra sacudida y el estallido de su protesta en los oídos. Despierta con el corazón disparado y el cuello dolorido. Los cojines del sofá yacen en el suelo y le tiemblan los brazos y las piernas, le escuecen los ojos y la visión es borrosa, nota los labios hinchados y advierte su cuerpo deslavazado, como el de una contorsionista en el apogeo de su ejercicio circense, sin tener la certeza de que sea así. Ha soñado una conversación absurda en la que su participación era simbólica ante la desconsiderada oratoria de sus interlocutores, rodeada de sarcasmo y pedagogía cínica para eliminar cualquier oposición a los hechos consumados.

“Estoy rodeada de mentiras. ¿Por qué me dejo engañar?”

Tambaleante, sudorosa, bebe un vaso de agua.

“¿Me engaño a mí misma?”

La realidad viaja hacia el ocaso e inmerso en él algo que la sobrecoge. Es una presencia sibilante merodeando a centímetros de su espalda, con el aliento amargo y frío, que murmura sonidos distorsionados, graves y huecos, y frases cortadas que extienden una amenaza de sus hombros a la cabeza, recorriendo lasciva el cuello, la nuca, enredando unos dedos filosos en el cabello suelto y lacio empapado en sudor.

Caricia, seducción.

“Es una amenaza, la siento.”

Tacto morboso.

“No puedo moverme, no puedo hablar, no puedo pensar.”

Le enajena la voluntad y la convierte en una figura de carne y hueso que ha perdido el favor de su dueña.

“Me ahogo.”

Es una agua turbia, helada, que penetra su piel. Dos manos poderosas sobre su cabeza sumergen el cuerpo con un goce sádico expresado en un murmullo altivo, también obsceno aunque de imposible traducción.

“Me ahogo.”

Por dentro y por fuera el líquido la posee, hace de ella un lastre, y la hunde en un abismo de lodo cercado de piedras.

“Me ahogo...”

Una tumba donde yace anónimo su cuerpo.

—No eres mejor que yo, nunca has sido más que yo —anuncia Begoña, rigiendo en las profundidades—. Uno, dos...

—¡Basta!

—Ahora ya no eres nadie, te has quedado sola, y todo lo que creías tuyo es mío — proclama estridente Begoña—. Tres...

—¡¡Basta!! —grita Macarena.

Su voz percute con el timbre del teléfono que llama por cuarta vez.

Adrián insiste a su hermana:

—¿Te encuentras bien?

—Sí..., me has pillado dormida. Estoy perfectamente.

Macarena se repone a marchas forzadas.

—Me parece que no, pero tú sabrás.

—Yo lo sé, eso es, Adrián. No pasa nada. ¿Estás con Marian, dices?

—Tus dos hermanos juntos y con muchas ganas de verte. Hemos de contarnos las vacaciones. Yo acabo de llegar.

Macarena bebe un vaso de agua.

—Tenía sed, perdona. La semana que viene, ¿vale?

—Por mí de acuerdo. Te paso a Marian.

Diez minutos de conversación entretenida y cuelga el teléfono. Un minuto después recibe un mensaje de Ricardo en el móvil: “Llegaré tarde. Todo bien. Besos. Ricardo”

Son las nueve de la noche de un domingo en apariencia anodino, en calma la ciudad, con la casa impecable, la cena ligera a punto, el televisor encendido a bajo volumen y los cojines del sofá recuperados en su estética.

“Todo está bien. Todos estamos bien. ¿Qué más puedo pedir a la vida?”, ironiza Macarena en su cuarto de baño de cara al espejo.

Son las ocho y media de la mañana de un jueves laborable. El desayuno toca a su fin, las noticias repasan los acontecimientos de la jornada precedente y avanzan los probables del día.

—Hoy es el cumpleaños de Begoña —informa Ricardo.

Macarena no aparta su atención de las otras noticias.

—Nos invita a cenar el sábado.

La mueca de Macarena es notable.

—Ha elegido un restaurante muy especial.

Macarena suspira profundamente y carraspea antes de hablar.

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Begoña es nuestra amiga y yo no olvido las fechas —contesta Ricardo saliendo de la cocina.

—Yo tampoco, ni los nombres ni los lugares ni los acontecimientos. No suelo olvidar nada, salvo que quiera hacerlo.

Ricardo ignora el comentario.

—Será una velada divertida, estoy seguro.

—Divertida, interesante, una velada magnífica en un restaurante muy especial, has dicho. ¿Vamos a ir?

—Qué cosas tienes.

—Sí, cosas mías, Ricardo, muy mías. ¿Has decidido que vamos a ir?

—Tenemos que ir.

—¿Por qué?... Disculpa, ya lo sé. Tenemos que ir porque es nuestra amiga y no podemos hacerle un feo. ¿Cuántas veces al día hablas con “nuestra amiga”?

Ricardo entra y sale de su cuarto de baño.

—Se me hace tarde. Luego hablamos.

—Claro, luego hablamos. ¿Ya está hecha la reserva?

—Creo que sí.

—¿La has hecho tú? —lanza el dardo Macarena. Ricardo asoma una sonrisa indulgente—. ¿Te hace gracia mi pregunta? Pues a ver si sueltas una carcajada con esta otra: ¿Vamos a pagar nosotros la invitación de “nuestra íntima amiga” Begoña?

Ricardo ofrece un semblante serio.

—No me hace ninguna gracia. Es impropio de ti lo que estás suponiendo. Lamento decirte que no te conozco, Macarena, no eres tú; y me duele en el alma este cambio absurdo que no nos beneficia a ninguno.

Macarena se solivianta pero, aunque a duras penas, mordiéndose la lengua, mantiene las formas.

—¿A quién te refieres? ¿Hablas de mí? ¿Hablas de nosotros o de un triángulo mágico que por mi culpa, parece ser, anda metido en dudas y recelos?

—Hablo de ti. Y también de nosotros...

—¿Dos o tres? Dime, ¿cuántos somos?

Ricardo junta las manos en señal de conciliación.

—El restaurante merece la pena. Es un sitio diferente, con estilo propio y una cocina novedosa. Seguro que has oído hablar de él. Te encantará. Begoña lo ha elegido especialmente para la ocasión.

“Un lugar especial, especialmente elegido, con especialidades únicas, para gente especialísima”, quisiera reírse Macarena de la situación. Pero lo que acude a sus ojos es una mezcla urticante de impotencia y mordacidad combativa, la última versión de su dilema que con fatídica tenaza le desactiva la personalidad.

—Hasta luego —se despide Ricardo.

Ella se apoya en el fregadero perdiendo su mirada en las noticias de ayer.

“Me ahogo.”

La decoración del restaurante reproduce un fondo marino. Sentados a la mesa ese sábado de cumpleaños con el sello y la invitación de Begoña, los tres experimentan un viaje imposible con el atractivo de respirar libres de asistencia mecánica. Pero Macarena, asimilando como puede la coincidencia entre una realidad infiltrada de alucinación y la ficción onírica de aquel sueño que la sumergía en la profundidad de un abismo húmedo y viscoso, intensamente vivido pocos días atrás, sufre una presión en el pecho ajena a las profundidades recreadas y una especie de mareo motivado por el aire enrarecido que visita sus pulmones.

“Esto es demasiado.”

Ricardo y Begoña enfatizan su admiración por la idea y se disponen a dar lectura a la carta.

—¿Habías estado aquí antes? —pregunta Ricardo.

—No. Lo reservaba para nosotros —responde Begoña.

Las sugerencias enumeradas por el maestresala hablan con acento acuático; y el vino, al gusto de Begoña y a disgusto de Macarena, es espumoso.

“Burbujas.”

Mil burbujas salpicando cuerpos, voces y miradas; pequeñas burbujas alineadas en vertical, creciendo; grandes burbujas posadas en el fondo, creciendo; enormes burbujas varadas en la superficie, creciendo. Espejos convexos que alimentan la deformación hasta la obscenidad, provocando según el testigo la risa grosera o la arcada, la confabulación de dos o la repulsa solitaria de una.

Begoña y Ricardo ríen por algo que no regala los oídos de Macarena.

“Qué hago yo aquí.”

La estancia demorada en el aseo empeora las condiciones de la velada.

“¿Ceno y me voy o me largo ahora por la escotilla y en media hora cierro la puerta de mi casa a la traición y al engaño?”

Ricardo y Begoña sonríen por algo que no halaga los ojos de Macarena.

—Has tardado bastante —dice Ricardo.

—Sí, has tardado mucho. ¿Te encuentras bien? —pregunta Begoña.

—Estoy cansada, sólo eso —responde Macarena sin mirarlos.

Begoña chasca la lengua, introduce las comisuras de los labios en las mejillas y dirige el balanceo de su cabeza hacia Macarena.

—Últimamente estás acumulando fatiga. Cada vez que hablamos me lo dices: “Begoña, estoy cansada.” Me preocupas. Si fuera posible quisiera ayudarte. ¿Qué puedo hacer por ti? Pídeme lo que sea. Tú eres mi mejor amiga. Te quiero, ya lo sabes.

“Hipócrita, por no decir otra cosa.”

—¿También te lo dice a ti, Ricardo?

Ricardo encoge los hombros.

—A mí me dice que no para, y es verdad. Macarena siempre ha sido una mujer muy activa. Si el día tuviera treinta horas las aprovecharía para seguir haciendo cosas.

—Pero tienes que descansar —tercia Begoña con reprimenda maternal.

—Ya.



—Y divertirte. Como nosotros dos, que estamos disfrutando de esta velada, de una comida deliciosa y de este ambiente tan original, ¿verdad, Ricardo? Tenemos que enseñar a Macarena a divertirse. Venga, Macarena, no todo en la vida es trabajo. Hay tiempo para todo, ¿verdad, Ricardo?

Ricardo imita el gesto facial de Begoña, dobla y desdobla su servilleta y se posiciona indiferente al amago de polémica.

—La vida ofrece una serie de alicientes que la hacen más agradable —dice sin entonación.

“Una vida mejor, una vida disipada. ¿A eso te refieres, canalla?”

Begoña eleva su copa.

—El brindis anterior ha sido por mí. Este propongo que sea por nosotros.

—Por nosotros —acompaña Ricardo.

“Hipócrita.”

Begoña observa el deslizarse de las lágrimas en su copa vacía.

Excelente espumoso —opina, y añade tras unos segundos—: Hemos de salir más a menudo, ¿no os parece?

—Será un placer —confirma Ricardo.

—Procuraré descansar recordando que en la vida hay alicientes y que tengo que atender a las amistades que me quieren. Vamos, que no todo es trabajo, familia u hogar. ¿Verdad, Begoña?

“Qué hago yo aquí, maldita sea.”

A eso de las once de la mañana, en un receso laboral, Cora saborea una taza de café.

—Es raro, muy raro. Pero no sé lo que es más raro, si lo que hace él o lo que haces tú. Me gustaría que te pararas a pensar en ello, Macarena.

—Es lo que más tiempo me ocupa a lo largo del día. Y a pesar de eso continuo perdida, con dudas. Estoy agotada de tanto dar vueltas a la noria para nada. ¿Me comprendes?

—Te comprendo a ratos, sólo a ratos. Me pongo en tu piel y me echo a temblar, no sé qué haría yo. Pero creo que así, sin decidirte por lo que sea, no puedes seguir.

Un sol otoñal barniza la mesa de trabajo de Macarena.

—Ya, lo mismo me pasa a mí, que me comprendo a ratos. Es desesperante...  
Quién me lo iba a decir.

Patricia está molesta con la actitud de Macarena.

—Si miras a distancia y con objetividad —le sugiere con soltura, muy puesta en el papel de consejera—, te darás cuenta que la sorpresa es relativa. A mí se me da bien el calar a la gente a la primera, y aunque algunas veces he fallado en lo que me ha inspirado tal o cual, son las menos. Hay quien lleva escrito en la cara sus intenciones, basta con fijarse. En cambio, las mosquitas muertas son un peligro, hombres o mujeres: confías y te la pegan por detrás. Tengo experiencia, como sabes.

—Sí, a ti esto no te viene de nuevo... Pero a mí.

—Créeme aunque te duela: no me extraña lo que te está pasando. Yo soy desconfiada por naturaleza y por palos, las veo venir y no presumo de lista. No, no me extraña, Macarena, perdona mi franqueza.

—Ahora es fácil el juicio.

Patricia frunce el semblante.

—Oye, dicen en mi tierra que las penas ahogan más que el mar. El mundo está abierto para los valientes y tú lo eres. Échale valor al asunto y pon las cosas en su sitio. Esto tiene muy mala pinta.

—Y huele fatal.

—¡Claro! No te arrugues y saca lo que llevas dentro. Eres una mujer con carácter y con un par.

Macarena respira hondo. Ha comido sin apetito, le pesa la cabeza, le incomoda su vientre agitado y le zumban los oídos con las advertencias, los reproches y las preguntas sin respuesta.

—Por qué consiento que una niña me hable así.

Patricia suelta una risa infantil.

—Porque tengo razón, porque mi forma de expresarme es brusca pero contigo sincera y porque te estás consumiendo en un sinvivir. ¿Se dice sinvivir? Mientras esos dos despachan una doble vida en raciones grandes y calientes.

—Son unos cobardes, Patricia, no te engañes. Se esconden...

—Son una mierda. Este tío y esta tía son una mierda y tendrías que haberles dado una patada hace tiempo; primero a él y luego a ella. ¿Me miras incrédula?

Pues mírame con los tres ojos, porque de esta no sales si no reaccionas hoy mejor que mañana.

—Las prisas no son buenas...

—No busques excusas, que eso es lo que hacen los cobardes cuando los pillan. Los cobardes ocultan sus intenciones, fingen inocencia y lloran indefensos, pero viven —dice Patricia con un antiguo dolor rebrotado—. Viven de rodillas, en las cloacas, en la mierda, en la mentira... Pero viven. No les consume la decepción, el engaño o el no saber qué hacer porque la cosa no se esperaba.

Casticismos aparte, la voz de Patricia barre un telón de niebla.

La última semana de septiembre empieza con prisa y con algo más que un sueño.

Macarena corre hasta dolerle los pulmones empujada por una fuerza irresistible. Jadea y le lloran los ojos pero no puede parar. A su lado, en tanto lo permite la visión periférica, y enfrente, sólo aparece una superficie deslizante que mantiene un equilibrio precario al mínimo contacto con sus pies.

“¿Dónde me llevas?”

El impulso es ahora tan potente que transforma la pregunta: “¿Dónde estás?”, y la amplía con otra que es hija del mismo deseo por conocer: “¿Desde cuándo?”

Macarena divisa a su altura la flecha del tiempo en competencia agresiva, mientras corre sobre su dilema llevada por un viento liberado de condicionantes mundanos.

—¿Desde cuándo? —pregunta Marian.

—No estoy segura —responde Macarena a su hermana.

Adrián evidencia su enfado.

—Esto no puede ser, Macarena. ¿Quieres que intervenga? A lo mejor conmigo se sincera. Entre hombres quizá sea más fácil para él. Aunque se haya vuelto un cabrón, digo yo que a mí me va a respetar; siquiera porque le saco un palmo.

—Yo también puedo hablar con él. Dinos qué necesitas y te ayudamos.

Macarena niega suavemente con la cabeza. Muestra gratitud hacia sus hermanos, pero los quiere fuera del asunto.

—Es cosa mía.

—¿Y papá y mamá? ¿Has hablado con ellos?

—No. Y, por favor, guardad silencio. Es cosa mía. Yo lo voy a resolver.

Adrián no se muestra tan comprensivo con su hermana como Marian.

—Me gustaría creerte —dice en un tono de amonestación.

—Pues créeme.

Marian asume su papel de hermana mayor.

—Vale. Tú haz lo que te parezca porque siempre has actuado por libre. Tú has entrado y has salido por donde te ha dado la gana sin encomendarte a Dios o al diablo y sigues igual; pero te pedimos que sea pronto. Por favor, escúchanos esta vez.

—Pronto, Macarena —apostilla Adrián.

Marian asiente.

—Nos tienes informados y te prometo que estaremos a tu lado en todo momento. Nos llamas a cualquier hora y Adrián o yo, o los dos juntos, acudimos a tu casa a lo que haga falta. Tú no estás sola en el mundo.

—Gracias. Os quiero mucho.

—Y nosotros a ti, Macarena.

Adrián insiste.

—Que sea pronto o me meto por medio y este hijo de puta confiesa la verdad y la firma en un papel si es preciso.

—Sí, de acuerdo. Pero calma y...

—Papá y mamá quedan al margen, de acuerdo. Creo que te equivocas ocultándolo. Antes o después vas a tener que decirles lo que ha pasado. Espero que para entonces tengas las cosas claras y hayas resuelto tu conflicto interior.

—Gracias. Tengo que hacerlo a mi manera. Ya me conocéis.

Es un sueño recurrente, incitador, que la visita en cuanto cierra los ojos.

Macarena corre un páramo desnudo. A punto de la extenuación, el suelo dibuja un estrechamiento tan pronunciado como la pendiente en la que desemboca.

“Voy a caer.”

Por un tobogán de perfecto trazado recto en el que no hay donde asirse. Su velocidad es enorme, pero ha remitido la presión en el pecho y casi desaparecido la inquietud del estómago y ese miedo natural al vacío que se apropia de la voluntad.

“¿Qué es eso?”

Un objeto de uso común colocado en el final del trayecto, contra el que va a estrellarse si no pone remedio su ángel de la guarda. O, por ejemplo, un ruido fuerte en el piso de arriba, un golpe seco de carpeta desplazada sin cuidado de una estantería a una cajonera.

Lo había intuido hace semanas y como no puede quitárselo de la cabeza no lo demora más. Acude al ordenador y busca una pista, un indicio, en definitiva esa respuesta que encuentra al cabo en una carpeta cuyo nombre indica que allí se archivan documentos relativos a la administración del hogar. Para ella es nuevo el directorio que almacena la carpeta y su contenido: la correspondencia entre Ricardo y Begoña desde la primavera. Cinco meses de mensajes cruzados que confirman las distintas sospechas. Un descaro cruel sumado a la reiteración en la mentira.

“Más claro el agua. Se acabaron las excusas.”

Macarena llora su herida antes de que Ricardo entre en casa ese viernes en el que ha dicho que cenaba con dos amigos. La madrugada va camino del amanecer cuando la voz de Macarena sentencia tras una discusión estéril salvo en el epílogo:

—Vete de mi casa.

Ese resto de noche duerme sin soñar, muy pegada a su extremo de la cama, con frío a pesar de que la temperatura es agradable, con desconsuelo pese a haber hecho lo que debía. Inquieta porque el mundo se confirma distinto a lo que había establecido para su vida. Con la persiana de la habitación en alto y la cortina a medio correr.

### **Puerta cerrada, puerta abierta**

En el colegio no era popular. Su aspecto llamativo para el cuchicheo y el recelo, junto a una característica timidez nacida de complejos, la marginaban del trato habitual entre compañeras. La dejaban aparte en el recreo y también fuera del horario escolar, tolerándola en una mínima concesión de número como si esa niña de cuerpo acelerado en su evolución, mirada torva y cara despistada, encarnara una mala influencia, un anticipo de fracaso. Begoña Osma era una figura torpona, reprimida por un peculiar instinto de conservación y de

curiosidad alelada, que acompañaba a prudente distancia el curso de los acontecimientos de un mundo extraño a su percepción y siempre ajeno.

De ella se rumoreaba lo que apetecía a la imaginación infantil y luego adolescente, con la misma intensidad y señalado alejamiento. Era blanco favorito de maledicencias y escarnios, acogiendo en su persona, mal que le pesara —y alguna vez se rebeló contra ese destino adjudicado—, todo un compendio de motes y supuestas alteraciones de la conducta que, dada su actitud aislacionista y ensoñada con gesto y voz privados, nada ayudaban en su integración.

Probablemente, ella confiaba en la anormalidad de su estado. Quizá porque sentía que desde aquella soledad que era castigo de un grupo social cerrado, con sus reglas y sus modos representativos configurando el futuro, alcanzaba una complacencia suficiente para sus aspiraciones inmediatas. Adentrarse en el pensamiento de Begoña era una aventura difícil de asumir para sus semejantes, pero hubo quien lo intentó, y el resultado, por inesperado para ambas partes, decidió el que en adelante sería su comportamiento público. Le costaba abrirse a la amistad; pese a los esfuerzos de algunas compañeras apenas daba ocasión a un diálogo de acercamiento, parca en la iniciativa y breve en la observación, enfocando su mirada alrededor de quien la persuadía con el fin de introducirla en la relación cotidiana. Para que Begoña fuera una más, una chica normal, con sus gustos, sus aficiones, deseos y confianzas; de eso se trataba. Cosa que ella eludía, no por un espíritu de superación ante situaciones que hay que olvidar, si no para mantener esa identidad extraña que al paso del tiempo pervierte el afecto y la comprensión.

“Lo tuyo será mío.”

Disimulaba al principio, se dejaba querer, aparentaba haberse perdido en una vorágine que la había pillado desprevenida.

—Pobre Begoña. Yo te ayudo.

—Gracias.

La cara adoptando un matiz pasmado, casi estúpido, que llama a la conmiseración.

Macarena recuerda los días posteriores al episodio que entrelazó sus vidas.

—Yo soy tu amiga.

—Gracias.

“Será mío. Puedo hacerlo.”

Begoña sabe lo que quiere, pero sobre ella es muy poco lo que se sabe. La historia que cuenta a Macarena es discontinua y triste, lacrimógena, plagada de incertidumbre. Es verdad que abundan las incoherencias y se perfilan las omisiones como oposición al relato de unos hechos desagradables. Macarena reflexiona pero no analiza con detenimiento ni advierte un peligro o acecho. Le basta creer que hace un bien a esa mujer que ha llegado casualmente a su vida y, a su manera desaliñada y brusca, le demuestra la gratitud y el cariño de un ser indefenso.

“Es como un animal desvalido. Como una hermana menor con muchos menos años de los que tiene”, piensa Macarena.

Begoña se muestra feliz con su nueva amiga. Y empieza a participar de esa nueva vida que la casualidad ha propiciado.

La nueva vida que condiciona la puerta cerrada por Macarena desestabiliza a Ricardo. No pretendía una modificación sustancial en su presente, ni imaginaba esa determinación en ella que le empuja lejos de una situación que creía controlada. Ahora el mundo le enseña una cara desafiante, quizá vengativa en su prolongación y, desde luego, inesperada, que le obliga a buscar entre sus recursos aquel que mejor encaje en la piadosa sensibilidad de Macarena.

“He de recuperar mi lugar.”

Y hacerse notar en todas partes alternando presencia y voz. Los primeros días, en los que fingiendo pública serenidad anda vacilante, se aloja en casa de su hermana Clara, de la que espera un tiempo y un espacio para decidir qué hacer sin agobios. Clara no tiene inconveniente en alojarlo, prepara su habitación y le entrega la llave de la casa. Cree a pie juntillas la historia que Ricardo cuenta, incluidos los énfasis y las improvisadas apostillas que convierte en argumentos de autoridad, y le da junto a una extensa opinión, que combina la reflexión con la suposición y el juicio gratuito de cuñada con cuentas pendientes, su voto de confianza.

Ricardo oye la voz de su hermana a intervalos egoístas: “Se las da de lista”, intrigantes: “Es una prepotente”, manipuladores: “Mira por encima del hombro como si fuera más que nosotros”, coincidentes con sus estados de ánimo y la idea para alcanzar un estatus satisfactorio en breve.

Ha de dejar pasar la tormenta —el estallido de Macarena—, que las aguas se remansen —con Macarena dispuesta a la conversación y al acuerdo— y entonces, con las circunstancias a favor, reclamar una vuelta a la armonía precedente.

“Todo ha sido un malentendido”, le dirá.

“Tú eres lo más importante”, le dirá.

“Yo soy un hombre fiel y enamorado”, le dirá.

“Soy sincero, quiero estar contigo, no te defraudaré, nada te oculto, sólo me interesas tú y nuestra felicidad”, le dirá.

A lo largo de octubre, Ricardo dosificará sus frases para obtener el resultado esperado. Es imposible que Macarena permanezca inmutable, aún más, insensible, ante sus demandas de comprensión y apelaciones al cariño que los años en común han sedimentado. Piensa eso y que la costumbre es un arma en su poder, beneficiosa si la utiliza adecuadamente. Está seguro de que ella no ha podido cambiar tanto de repente, de que se trata de un impulso que hará más mella en Macarena que en él si sabe aguantar y juega bien sus bazas.

Pero su reforzada confianza no evita que al atardecer, y a veces en la madrugada, cierto miedo al vacío se apodere de su persona oprimiéndole el pecho y huroneando en su vientre. Son momentos que cortan el aliento, reprimidos con fría voluntad de triunfo.

Ricardo nunca había destacado por su inteligencia, ni alardeaba de contar con un intelecto competitivo; no era un hombre brillante, ingenioso ni audaz en sus dichos o en sus hechos. Pero sabía comportarse en segundo plano, cordial, amable y simpático, eligiendo desde una íntima discreción el espacio propio donde presidir el mundo aspirado; y veía a distancia con claridad. Ese era su propósito en la vida, del que no informaba a nadie.

Begoña está contenta.

—Tenemos que organizarnos —dice a Ricardo.

Ricardo sonríe, acomodado en el sofá.

—Me gusta tu casa —dice posando la mirada en el mobiliario del salón comedor—. Pero yo haría algunos cambios que me hagan sentir como en casa.

—Lo hablamos.

Es sábado, no hay prisa y la noche está en calma. Begoña descorcha una botella de vino para celebrarlo.



La primera y la segunda noches de puerta cerrada, Macarena cedió al cansancio acumulado y a un rasgo de dignidad del que pudo alimentarse a sorbos. Pero la tercera noche que va a pasar sola en la que es su casa, ahora libre de mentiras, presagia desvelo; nota que va a envolverla con su carga de agobio y preguntas exigiendo respuesta y lo teme. Macarena detesta esa soledad inoportuna, ajena a la voluntad, rumorosa de voces confundidas, desvaída por las sombras inquietas infiltradas desde el exterior, deprimente y turbadora. Intuye que esa tercera noche va a ser una tortura. Y Ricardo volverá a llamar por teléfono.

—Me da la gana pasar la noche contigo. No tengo nada mejor que hacer. Así que no te dejo opción —anuncia Patricia.

Le ha llamado por teléfono antes de que empezara a cenar.

—¿Te recojo y nos damos un paseo?

—No, Patricia, gracias. Tengo cosas que hacer en casa. Últimamente he descuidado las tareas...

—Últimamente estás olvidando quien eres. En vez de ganar parece que pierdes.

—No digas eso. Necesito adaptarme. Necesito tiempo.

—Mira, te equivocas respecto a lo que necesitas. Yo que no tengo tu inteligencia ni tu clase ni tu vida ni tu círculo de amistades, que ya me gustaría, sé lo que necesita alguien que no tiene claro por dónde va a tirar. Así que en un rato estoy ahí con una muda y paso la noche contigo. Me da lo mismo despertarme en tu casa o en la mía, porque nadie me libra de coger el metro para ir a trabajar. ¿Quieres que compre algo para la cena?

—No. Tengo comida pero no tengo apetito.

—Te la meteré en la boca como a los críos.

Macarena lo prefiere. Por lo que sea, esa noche se perfila amarga; la compañía jovial y acentuadamente espontánea de Patricia supone un alivio, puede que un cobijo que resguarda de la intemperie cuando el camino elegido atraviesa un yermo de ineludible paso.

—Es tu casa, Macarena. Estás en tu casa, ¿no te das cuenta? Es una maravilla sentirse en casa, a tus anchas, en tu mundo y que suene la música —sonríe Patricia.

Ella comparte piso con su hermana y aún no ve el horizonte de independencia que debería concederle su nómina.

Una cena informal.

Macarena baja el volumen de la música para descolgar el teléfono. Patricia frunce el ceño; ella ignoraría la llamada.

—No lo cojas —sugiere.

Macarena contesta. Es Ricardo.

—Soy yo. ¿Cómo estás?

Hablan diez minutos; demasiado tiempo, piensa Patricia.

Tantea el ánimo de Macarena, la mantiene pegada al auricular, le explica su día y le desea buenas noches. Sin exaltarse Macarena —eso es bueno, deduce Patricia—, sin frialdad —eso es malo, deduce Patricia.

Macarena ha dicho poco, porque no quiere entablar una conversación hueca y porque no está sola. El desconcierto le afea la cara y le encoge el cuerpo; navega a la deriva sin acertar con el rumbo.

—Es un canalla —suelta Patricia.

—Ya...

La noche discurre acomodada a la circunstancia. Macarena duerme algo más confiada mientras Patricia, belicosa y reivindicativa, lo hace a pierna suelta. Era tarde cuando pusieron fin a la velada de mujeres en charla confidencial. Pero Macarena sigue empeñada en sus amarras, que no oculta del todo, lo que impide un diálogo franco con inserciones de experiencia. Todavía no hay hueco en Macarena para esos intercambios que trazan la frontera entre ayer y mañana.

“¿Cuándo amanecerá?”

Patricia se despide con la promesa de cuidar de ella. Macarena le muestra su gratitud empañada de impotencia; la suya es una tristeza sentimental, un nudo que aprieta el punto débil con tino y con saña.

“¿Cuándo, Dios mío?”

—Estoy a un golpe de teléfono —recuerda Patricia.

Se lo recuerda Cora: “Para lo que necesites”; sus hermanos: “No estás sola en esto”; y sus padres, tras hablar con ellos cuando ya no ha podido seguir manteniéndolos mantenerlos al margen, le ofrecen una casa donde aislarse de la presión de la memoria, el deseo, las contradicciones, el dilema y el teléfono.

Patricia insiste en que mire adelante ahora que ha dado el paso.

—Olvida y empieza una nueva vida. Yo te sirvo de experiencia y aunque cada caso es un mundo, yo sé lo que me digo. En una película con un título raro... no

me acuerdo... a ver... da igual, pues eso, que era una película con toque romántico, muchas lágrimas y una frase. De esa frase me acuerdo. Escucha: “La vida empieza hoy.”

Hoy es una palabra y un concepto. Hoy, lunes, vuelve a sonar el teléfono en los oídos de Macarena al filo de la madrugada. Es Ricardo.

—Soy yo.

Cinco, diez, quince minutos. Martes, miércoles.

—Estoy en casa de mi hermana. Te echo de menos —dice Ricardo con voz contrita—. Me paso las horas hablando de ti con Clara. Es posible que la semana que viene me vaya unos días con mis padres. Están muy preocupados, no entienden qué pasa. No entiende nadie por qué me has echado de casa. ¿Cuándo nos veremos tú y yo? Tenemos que hablar, Macarena...

Madrid hermosea en octubre.

—Adoro esta ciudad —suspira Mirta aspirando el aroma del otoño joven.

—Yo también.

Macarena observa el trasiego cotidiano de media mañana sosteniendo un vaso con zumo de naranja.

—Pero nos ocupa otro asunto, ¿verdad, mi niña?

Mirta suele llamarla “mi niña” cuando el tema de conversación afecta a los sentimientos.

—Te lo he contado...

Le ha contado la parte pública de su historia. Pero no menciona la íntima, que aunque trasluce desde una mirada apagada, tan opuesta a la suya en condiciones normales, no revela por motivos que tampoco confiesa y que hasta para ella misma son un misterio.

—Lo siento, eso en primer lugar. En segundo lugar, luego me acerco a tu casa y compruebo la situación real. ¿Estás comiendo como Dios manda?

—Me esfuerzo.

—No basta. ¿Cómo tienes la nevera? No me lo digas que me asustas. Nunca has sabido mentir y te falta práctica con el disimulo. No me gusta nada lo que veo, Macarena. Pero nada. Luego paso por tu casa con la compra.

—Que no hace falta... Por favor, estoy bien.

—Sin comentario.

Mirta sonríe maternal. Le acaricia la mejilla y se despiden con un c ldido abrazo.  
—Hasta dentro de un rato.

Madrid suena a vida a cualquier hora, lo que alegra infinito a Macarena.

Al llegar a casa de Macarena, Mirta suelta cuatro bolsas de comida y sus zapatos.

—Les ha dado por hacerme la pascua. Claro que la culpa es mía por recorrerme todo el supermercado con estos tacones. Y antes de que me preguntes por qué me he vestido como si en dos horas nos tuviéramos que ir a celebrar lo que sea, te comento que he reservado mesa para dos —mueve el dedo índice de su mano derecha indicando a quien se refiere—, en mi restaurante favorito, que t  ya conoces. O sea que tenemos dos horas para que me pongas al corriente de todo, otra vez y sin omitir nada que tu vieja amiga deba saber, y para que te arregles para estar más guapa que un sol. Exactamente lo que eres.

La experiencia entregada con verdadero afecto que contempla a Macarena la predispone a tomarse un respiro en su guerra particular. Mirta sabe de lo que habla cuando le anima a recuperar el ser.

—Si caes en el pozo te darás cuenta tarde de que no tiene fondo —advierte—. Puedes complicarte la existencia a tu gusto, que para eso te han parido libre y tú te has movido por ti misma hasta la fecha, pero siempre y cuando determines quién es quien en esta historia.

—Creo que lo sé.

— Lo crees?  Qu  clase de pesadumbre ha entrado en tu cabeza! Sigue así y en tres días no te reconozco. Nadie que se precie de carácter y personalidad te va a echar un cable.  D nde está mi niña?

“Con la cintura en el pozo, me temo.”

Mirta exige una actitud decidida.

—No buscas un pañuelo para enjugar tus lágrimas,  verdad? Porque tú no andas a la caza y captura de un hombro en el que llorar,  verdad?

—No.

—Entonces eleva la barbilla, mira de frente y cómete el mundo.

—Vale.

—Con sana envidia te digo que luces los tacones como nadie —alaba Mirta.

—Gracias.

Los cincuenta años de Mirta han colonizado su cara y sus manos. Ella se queja de esta evidencia a la que no desea poner remedio quirúrgico.

—Me hubiese metido en un quirófano por él. Yo quise compartir su cáncer a ver si con el reparto de salud y de enfermedad la cosa terminaba en tablas y los dos superábamos la prueba. Pero no...

El marido de Mirta falleció a causa de un cáncer en el páncreas hace poco menos de tres años.

—El otoño es por naturaleza melancólico. Será porque da generosa cabida a las depresiones y las tristezas que arrastran los días acotados. A mí me gusta octubre, y este mes es hijo de otoño; como el mío lo es de su padre y de su madre.

Mirta está orgullosa de su hijo.

—Se ha proyectado francamente bien a sus veinticinco años. Es un encanto. Se parece a él...

—Y a ti —apostilla Macarena desde su habitación.

—Sí, también a mí; sobre todo en su ansia de superación y en los impulsos. Oye... dime... ¿soy muy impulsiva?

—Eres una bendición —agradece Macarena—. Lista. ¿Estoy bien?

Mirta asiente y le pide que camine en ida y vuelta por el pasillo.

—Espléndida —dice desde la sinceridad—. No cambies, Macarena, que tú puedes con todo. Eres una gran mujer, pero sólo valdrás lo que te cotices; tú, yo o cualquiera.

—Gracias; eres un cielo.

Mirta le coge las manos, las aprieta y clava su mirada en la ahora vivificada de Macarena.

—Escúchame si quieres y si no haz oídos sordos, que tu vida es tuya y la tienes que vivir puesta en pie como dicen en mi tierra.

—Dime.

—Encontrarás un hombre especial, o un hombre especial te encontrará a ti; lo sé. Y ya me callo, que a buen entendedor pocas palabras bastan.

—Eso dicen en mi tierra —sonríe Macarena—. Pero eso me trae sin cuidado.

Mirta da una sonora palmada y enfila la puerta.

—Con el frigorífico lleno y este par de sonrisas, vamos a por aire que hoy nos merecemos un paréntesis.

Ricardo es cuidadoso al desplazarse en coche o a pie por Madrid, temiendo que una desafortunada casualidad le descubra el juego. Procura no ser visto por Macarena, pero a la vez no quiere que Begoña dé por sentado que pasa a depender de ella. Mide los tiempos, las acciones y las palabras, tarea delicada y hartamente fatigosa, asignando a cada una de sus mujeres: “Macarena es mía”, “Begoña es mía”, un guion en presencia y ausencia digno de crédito y según sea una o la otra, quizá también alternando, compasión y ansia por poseer.

Egoísta y vanidoso bajo una capa de afabilidad, Ricardo alardea de conocer y excitar, en propio beneficio, los puntos débiles de ambas. Descarta una confrontación directa, que por otra parte nunca aceptaría Macarena y, además, se pregunta para qué, si de esta manera sigilosa y constante su objetivo, mejor que peor, se va cumpliendo. Porque no duda que Macarena le abrirá la puerta cuando presione con adecuada intensidad en su fibra sensible.

—Tenemos que hablar. No sé qué me está pasando. Es como si en mí hubiera dos personas, cada una tirando hacia un lado. Pero yo quiero estar contigo. No puedo perderte. No lo soportaría —expone de corrido a Macarena—. Tenemos que vernos —le ruega.

Y controla a Begoña con la habilidad del que ofrece lo que por encima de todo se desea.

Al acabar de hablar por teléfono, entra en casa de Begoña con las primeras sombras de la noche.

—Podríamos salir a cenar, mañana es fiesta —sugiere Begoña.

—Otro día. Estoy cansado, aquí se está muy bien y tú cocinas de maravilla.

Ricardo se mueve con la prudencia del que nada y guarda la ropa. Pudiera ser que esa noche también a Macarena se le ocurra salir con alguna amiga y le asusta imaginarse las consecuencias de un encuentro fortuito.

“El mundo es un pañuelo.”

Los domicilios están relativamente próximos y el azar es veleidoso. Un paso en falso le acarrearía desagradables consecuencias y tener que dar muchas explicaciones para ganar la respectiva confianza de sus mujeres.

“No merece la pena el riesgo.”

—Me apetece salir a cenar y a tomar una copa.

—Estará todo lleno.

—No he preparado nada para cenar. Mi idea es salir y luego, se me acaba de ocurrir, podemos ir a bailar. Es aquí cerca, iremos andando.

Ricardo descifra la voluntad de Begoña y eso le inquieta.

—¿No prefieres una velada íntima? Una buena botella de vino, unos canapés. ¿Los encargo por teléfono?

Un silencio espeso marca la distancia de una propuesta a la siguiente.

—Quiero salir esta noche —anuncia Begoña clavando los ojos en el parpadeo nervioso de Ricardo—. Sé dónde vamos a ir y lo que haremos.

Mientras Begoña selecciona despacio, lascivo el gesto, el modelo a enfundarse entre su atrevido vestuario, Ricardo empieza a elaborar en su cabeza una estrategia defensiva por si acaso esa noche depara una sorpresa inconveniente.

Lejos de volatilizarse en un horizonte por fin nítido, el dilema cobra impulso y se acerca a su apogeo. Y es que a Macarena le disgustan las medias tintas, le molesta el no leer simple y llanamente el relato de unos hechos que le afectan y la condicionan en todos los ámbitos de su vida. Macarena no hace distinciones con sus sentimientos o, por lo menos, no en la medida que unos solapen a esos otros exigentes en su atención, en su inquietud y en el constante desvelo que le provocan.

Cuando reflexiona aislada de presiones sentimentales y paisajes neblinosos que van y vienen, que dibujan el presente y el futuro deslavazados e inestables, su apreciación es una, concisa y definitiva: “Mi matrimonio se ha acabado. A partir de ahora todo lo que era de una manera tiene que ser de otra. Va a ser de otra manera.” Pero esta reflexión, aun siendo cierta y certera, aun estando avalada por su círculo íntimo, se disipa en un mar de dudas que ella patrocina desde una voluntad terca e ingenua en idéntica proporción. Es como si quisiera una cosa y la contraria sin reparar en lo imposible del deseo y en el aparejado desgaste que penetra su conciencia, altera sus emociones y dirige su ánimo.

Sobre una mesa despejada de utensilios o adornos, en una habitación de su casa que ha visto reducida su personalidad por ceder sin necesidad a una propuesta de la que nunca se sintió integrante —ni el egoísmo de Ricardo lo esperaba tan fácil—, Macarena hinca los codos y con sus manos tapa la cara a la visión real dando pábulo a las visiones distorsionadas, inducidas incluso a su pesar, que marcan la agenda interior y deciden apostar por la metáfora, que ayuda a explicar lo

increíble, y por la magnanimidad hacia Ricardo. Insiste él en su inocencia, ignorando la relación causa a efecto que ha protagonizado —puede que continúe protagonizando, pero ese extremo debe ser enjuiciado por Macarena y a medida que transcurre el mes de octubre ella tiende a creer en la sinceridad de la voz de Ricardo y en el abandono, que él reitera a diario a unos oídos predispuestos, de las anteriores acciones nocivas para la salud del matrimonio—, consintiendo ella, víctima y cómplice a un tiempo, que el engaño crezca y menudee en ambos.

Mirta se acuerda de su marido al filo de la hora de comer. Está en su despacho de la sucursal bancaria con las puertas cerradas al público, ejerciendo su cargo de directora al margen de motivaciones personales. Sobre su mesa destaca un expediente voluminoso, con marchamo de solicitud, al que ha de dar una respuesta rápida; sólo de ella depende que el asunto sea posible, tiene ese poder de decisión que la convierte en juez del destino.

“Voy a llamarla.”

También se acuerda de Macarena. No deja de pensar en su niña Macarena.

“Tiene que tomar una decisión antes de que las dudas la trastornen y le hagan equivocarse.”

En el banco se ven cosas que ponen los pelos de punta. Pero las dificultades, aconseja Mirta, se superan con voluntad. Hay que tener las ideas claras para afrontar las circunstancias de la vida con valor y acierto. Primero un paso, y una vez dado, a por el siguiente.

“No mires atrás, Macarena, le voy a decir. ¿Se lo he dicho ya?”

Ningún lamento devuelve el tiempo pasado, sabe Mirta. El recuerdo de su marido le acompaña a diario, y eso la hace feliz, le da fuerza y le entrega esperanza en el mañana.

“Una mañana complicada.”

No ha parado desde las siete y media. Le duelen los pies, le molestan los zapatos, le incomodan las piernas y le atosiga la responsabilidad.

“Nada nuevo.”

Sonríe. Su marido le guiña un ojo. Mirta sabe que no hay distancia para el amor; ni siquiera la inconmensurable distancia de la muerte. Y si ella puede traspasar el vacío, si ha podido enfrentarse a la soledad y al devenir del tiempo con coraje, elegancia y decoro, si sus lágrimas vertidas a cientos, si el desespero y un dolor



ulcerante prolongado hasta el límite de lo soportable no la doblegaron, si su dignidad se ha impuesto a todas las adversidades, dilemas y miedos, “qué no ha de poder Macarena”, momentáneamente sumida en una perniciosa contradicción.

—De puertas afuera se ve muy bien —dice a Macarena—. Traga saliva y tira adelante. Sitúate en la barrera, mira tu vida como una película, pero que no sea el sueño que la proyecte. Has de ser tú, porque es tu vida, y lo que hagas hoy repercutirá mañana y para mucho tiempo o para siempre.

Mirta siente en carne propia lo que no ha conocido antes.

“Es teoría, pero tengo razón.”

—Macarena, escúchame —le pide.

En su despacho ha oído historias de todo tipo; algunas le sobrecogen al recordarlas. Historias con identidad propia y parecido común, porque cada una es un mundo pero está en el mundo junto a las demás. De cada historia saca una conclusión: que es humana, protagonizada por seres humanos con sus virtudes y defectos en juego. Ha visto el drama de la discusión en tono elevado, ha vivido la tragedia de la pelea, de la recíproca acusación, y el alivio en última instancia del hasta aquí hemos llegado.

—Una decisión valiente no es que ayude a vivir, es que es la vida —dice a Macarena.

Y se atreve a más, por teléfono.

—Haz oídos sordos a los cantos de sirena —le pide, y a Macarena le suena a ruego y la conmueve—. La mentira tiene la patas muy cortas, pero es astuta, escurridiza, descarada y se mueve deprisa sorteando la indecisión con enorme habilidad. Si se le da un resquicio toma posesión de todo y vuelve a echar raíces.

“Huele el engaño, no te tapes la nariz.”

Decía el marido de Mirta, hombre parco en palabras y poco dado a la sociabilidad, que la mala hierba prolifera en mayor medida por desistimiento; en la ignorancia voluntaria, en la negación de la evidencia, en el querer pasar página a toda costa aduciendo un estado de necesidad o un compromiso de tradicional impronta, encuentra su gran aliado. El mentiroso es egoísta y va a lo suyo, sentenciaba el marido de Mirta.

“Convéncete de dar el paso.”

Queda con Macarena. Se ha propuesto cuidar de ella siempre que se lo permita. Macarena no se lo va a pedir, pero intuye que le viene bien ese apoyo a tiro de taxi, a una llamada de teléfono, a una voz íntima que expresa lo que la boca calla.

“Le haré la compra”.

Sobre su mesa de despacho, con las puertas de la sucursal cerradas al público, a solas con su diligencia, el expediente reclama toda su atención.

Las situaciones nuevas requieren un tiempo de adaptación.

“Tengo que mentalizarme”, se dice Macarena.

Pero su exigencia es mínima, inconsistente; más bien una solicitud de prórroga indefinida para decidir lo que tiene que hacer. Aun siendo consciente de que la mejor solución es el punto final, dentro de sí no va a dar ese paso hasta despejar las incógnitas que siguen acosándola con fuerza coactiva.

A ratos, cuando el análisis cede terreno a una profunda sensación de vértigo: “Y ahora qué”, “Dónde me sitúo yo”, “Cómo dominar mis sentimientos y cuál de ellos es el que mejor aconseja”, “¿Soy tan débil como me veo o tan fuerte como aparento o viceversa o esta vorágine va a acabar conmigo antes de que yo acabe con ella?”, Macarena cree posible una solución intermedia entre sus deseos y sus aspiraciones. Todavía no ha cerrado definitivamente la puerta, lo sabe ella y lo sabe Ricardo; lo saben sus amistades y lo presiente su familia.

“No es indecisión”, excusa ella, “es que tengo que estar segura de todo para tomar mi decisión; y no lo estoy.”

Cree posible recuperar su matrimonio sin perder la dignidad ni admitir la derrota que supone una traición. Impulsada por una benevolencia innata, atiende las reiteradas demandas de Ricardo para ser perdonado, para que ella posibilite una reedición de su vida anterior —la que ella no ha investigado ni observa objetiva y prudente—, para que ella sucumba a un respeto, a un querer y un amor que él presenta como argumentos para la reconciliación y, sobre todo, para aceptar el olvido y la vuelta a una confianza tácita que exculpa eliminando las pruebas que condenan.

Dice Ricardo por teléfono:

—Soy sincero. No sé qué me ha pasado, parece como si otra persona se hubiera apoderado de mi voluntad. Necesito encontrarme a mí mismo, es cierto, un tiempo a solas me viene bien. Pero no quiero separarme de ti.

Begoña es una mujer que le atrae y le comprende. Se lo insinúa a Macarena en una de las conversaciones telefónicas que duran entre cinco y quince minutos. Es Macarena quien las termina y cuelga primero, pero sólo cuando él ha repetido lo que llevaba preparado para ese día que ella ha escuchado participando más o menos y en un tono de voz en nada cortante, agrio u ofensivo.

—He de encontrarme, Macarena.

“¿Encontrarse?”

Insiste:

—No sé lo que me pasa, pero yo quiero volver a nuestra casa contigo.

“¿No lo sabe?”

Más adelante:

—Y empezar como si no hubiera pasado nada. ¡Es que no ha pasado nada!, te lo prometo. No es nada.

“¿No es nada?”, se pregunta Macarena.

Se pregunta Macarena por qué acepta el juego de llamadas. Se pregunta por qué no cuelga con un golpe seco el teléfono al oír su voz y la retahíla de frases esperadas, o por qué no le dice: “Mientes. Se ha acabado para siempre. Déjame en paz. Que cada uno viva su vida. Adiós.”

—Si pudieras verme —solloza Ricardo.

“Esto se ha terminado. Adiós.”

—Tú sabrás lo que haces —dice Macarena despidiéndose por esa noche.

Cuelga el teléfono, vuelve a su pensamiento en soledad y entonces y le asalta un alud de realismo: la incertidumbre, los trámites legales de separación, el divorcio, la quiebra de la confianza, los sentimientos dañados, el amor burlado y el respeto perdido. Repasa con el espíritu turbado los años compartidos, los momentos que acuden a la llamada de la memoria, pero ahora, y si lo permitiera sin ningún tipo de censura, aportando unas lecciones que pueden explicar el presente.

“Estoy hecha un lío.”

Es una tarea desagradable, abrumadora. En vez de sentirse liberada por haber obrado en consecuencia se siente presa de su determinación, confusa y alterada. Ricardo dice que no está bien, que no sabe lo que le pasa pero que no ha pasado nada y está viviendo con su hermana hasta que le deje volver. Macarena no cree una palabra, aunque sí lo de que no está en sus cabales. También imagina que algo ha debido ocurrir entre Ricardo y Begoña; quizá una pelea que haya puesto

las cosas en su lugar. Por lo que sea, supone Macarena, el ambiente enrarecido sobrevuela las cabezas de los tres; y al pensar en el perverso triángulo le da un vuelco el corazón y una arcada le rasga el estómago.

“Tengo que poner fin a esto.”

—Si me vieras —dice Ricardo a la noche siguiente.

Otra vez las mismas frases y esa cadencia en la voz que adormece.

—Tú sabrás lo que haces.

—No sé lo que me pasa. Tenemos que hablar.

Cada día habla él y ella escucha y cuelga primero. Es un ritual absorbente que la agota, pero al que no pone un remedio eficaz.

“No está bien”, deduce Macarena. Es algo en lo que él insiste, contrito y machacón. Quiere ofrecer por teléfono una imagen distinta a esa que apenas unas semanas antes le hacía concebir esperanzas de poder llevar el doble juego sin merma en sus ambiciones. “Es un canalla, es un traidor, pero no está bien.”

Macarena da vueltas a la historia en común para encontrar indicios racionales que expliquen el actual comportamiento de Ricardo, pero los ha ido borrando a fuerza de ignorar o interpretarlos en clave de tolerancia conyugal.

“Yo no estoy bien.”

Tiene esa certeza, lo que le empuja a la debilidad, a la inconsistencia de ánimo y a tomar partido por soluciones escurridizas que, al cabo, no son tales.

“No sé qué hacer”, lamenta un instante; al siguiente exclama sin voz su desconcierto: “¿Voy a equivocarme si...?”

Su veredicto de culpa lo dirige a Begoña. Hay para los dos, pero en un juicio que Macarena configura de mujer a mujer es a ella a quien culpa en mayor grado: la causa del mal causado. Los hombres son débiles en general, algunos carecen de suficiente personalidad y los mueve el egoísmo y el afán de notoriedad y reconocimiento público que no consiguen en su matrimonio, en su vida privada o en la parcela profesional.

“Es débil. Es egoísta. Le falta personalidad”, piensa de Ricardo.

Pero si todo es susceptible de empeorar, se dice, también puede serlo de mejorar, confía.

Esa es la ilusión de Macarena, en realidad un deseo que ya ha decidido poner en práctica pese a las voces, por ella solicitadas, que se manifiestan en contra o, sin llegar a pronunciarse tajantes, sí anticipan ciertas dificultades venideras,

obstáculos de silueta imponente, que ella arrostra desde un convencimiento rígido, obsesivo, en línea con la actitud íntima que va ganando espacio en su ser desde que cerró la puerta a esa doble vida insultante que ahora Ricardo declara concluida.

“Me engaña”, presiente Macarena. Una certidumbre insuficiente para negarle un encuentro que tiene lugar en las postrimerías de octubre; un mes en el que Madrid hermosea templado, vivaz y afable.

“A lo mejor es verdad y sólo ha sido un desliz, un capricho pasajero; algo sin importancia que podemos superar juntos.”

Ve a Begoña en la calle. Algún día tenía que pasar.

Begoña, que anda sola, apresurada y con la cabeza baja, no ve a Macarena.

“¿Quién me lo iba a decir?”

La sigue un rato, por inercia, con curiosidad, van en la misma dirección. Begoña no mira ni ve, los brazos inquietos; parece que oculta una traducción de sí misma que, exenta de control, proclama su vestimenta y esa peculiar manera de balancear su abundosa fisonomía. De repente gira a la izquierda y corretea para cruzar con el semáforo parpadeante.

“Es siniestra.”

Macarena se detiene un momento, respirando del aire que ha quedado flotando entre las dos.

No los imagina juntos. No quiere imaginar a Ricardo y Begoña compartiendo casa, habitación, secretos, risas, correos, llamadas, coche, viajes y mentiras.

“¿Por qué me ha hecho esto?”

Excluye a Ricardo de la pregunta, casi lo exime de culpa por haber sucumbido a la atracción de una mujer que persigue lo que a otra pertenece. Pero, lo incluye en la respuesta.

“He de saberlo por él.”

La respuesta es un objetivo irrenunciable, como la recuperación de su matrimonio.

Begoña desaparece en el tráfico urbano, con el Sol calentando las aceras. Y Macarena retoma el camino de su quehacer, discreta y con paso ágil, confirmada en la segunda oportunidad.

Macarena está dispuesta a perdonar; de hecho ha perdonado a Ricardo. Otra cosa es que sea capaz de olvidar.

“¿Podré olvidar? ¿He de olvidar?”

No escucha las advertencias de su fuero interno. Ha decidido seguir adelante con su plan de reconciliación.

“Yo decido sobre mi vida.”

Ve posibilidades de un retorno a esa normalidad asumida y confortable que le llama con insistencia, desconsuelo y súplica, que le pide una determinación caritativa para lograrlo.

Macarena acepta el cara a cara. Nada mejor para ella en su examen que tener enfrente a Ricardo para constatar la sinceridad de su voz, de sus expresiones, de la historia que quiere contarle para convencerla de su arrepentimiento.

—Es agua pasada —le dice—. Déjame volver a casa. No hay razón para que nos separemos, créeme. Ella no significa nada. Tú no tienes que preocuparte por ella.

Le preocupa él, pero reserva la contundencia de ese sentimiento por si llega el momento de esgrimirlo. Y lo deposita junto a ese otro que pese a su incomunicación sigue hablando alto, de noche y de día, y pronunciando claro, de día y de noche, con una sola frase que el eco mensajero centuplica: “Me preocupas tú.”

Le pone condiciones para volver a casa, para recomponer la confianza en la pareja y que él promete cumplir. Ella le exige que recapacite y que, por encima de todo, entienda que ella no va a competir con ninguna mujer; no lo necesita, advierte, ni está en su ánimo rebajarse a ese duelo con quien no le llega a la suela en ningún concepto.

Las condiciones son de obligado cumplimiento, le recuerda

—Sin excusas, sin mentiras. Basta ya de engaños.

—No te preocupes —asegura Ricardo.

“¿Estoy preocupada? Sí, estoy preocupada. Me preocupa todo.”

Macarena abre la puerta que había cerrado, satisfecha a medias, no obstante. Considera que ha triunfado o, al menos, que sale reforzada como persona con la devolución del objeto robado, aunque la victoria no haya despejado el horizonte de dudas y celos. Precavida pese a su deseo por olvidar lo sucedido desde que

tuvo noticia, intuye que algo escapa al control que dispone tanteando en el inmediato futuro.

“Depende de mí, sólo de mí y no puedo fallarme. Tengo que comprobarlo”, eso le dice una ráfaga de advertencia al abrir la puerta. Palabras que el momento confunde, aparta y en seguida ignora.

Ese algo es una prolongación de Ricardo que se infiltra con él intencionada, sibilante, al entrar en casa.

—Esta es mi casa —dice.

### **Entre paréntesis**

En apariencia reina la calma. Tras la tormenta, un decorado de armonía preside la vida hogareña de la pareja. Los buenos modos, intervenidos por ese ápice de artificiosidad que impone la circunstancia, alternan con las actitudes positivas a la recíproca. En el hogar se respira cautela y empeño en dosis que prescriben las horas que reúnen a Macarena y Ricardo en torno a la mesa, el salón y el dormitorio; una voluntariosa puesta en escena para que la delatora memoria del pasado remita en el suministro de información y advertencia.

Ricardo vive y habla como antes, como siempre, durante unos días. Así lo cree Macarena, que vive y habla casi como antes, casi como de costumbre, esos primeros días a prueba.

—Es una época difícil —comenta Ricardo refiriéndose a su trabajo.

—Lo es para todos, y puede que aún sea peor lo que viene.

—Soy optimista —dice Ricardo—. Me he propuesto ser optimista, ¿qué te parece? Al mal tiempo buena cara. Le pongo una sonrisa a las malas noticias y pienso que a ti te afecta menos que a mí esta crisis. No te falta trabajo, estás bien relacionada y te llevas de maravilla con tu socia. Eso me consuela.

Macarena se lleva una mano al cabello. Ladea la cabeza y con los ojos vueltos al exterior mira las copas de los árboles y un retazo de cielo, matizando la noche de noviembre cuando el mes gatea por el mundo lleno de curiosidad y gestos nerviosos.

—Me dejo la piel cada día, y mi socia también. Esta crisis, que abarca muchas facetas, quizá todas, va a hacer fuertes a los fuertes y va a hundir a los débiles, a

los cobardes y a los embusteros. A mí no me consuela lo que dices, porque mañana pueden cambiar las tornas y si la cosa se complica Cora y yo tenemos que cerrar el estudio. ¿Qué te parece?

Ricardo chasca la lengua y niega con las dos manos. Se le nota de buen humor.

—Eso no va a pasar, lo sé.

A Macarena le provoca cierto recelo su tono.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Tienes salidas de sobra —dice Ricardo—. Tus contactos te ayudarían a salir de un problema si lo tuvieras. ¿Me equivoco?

—Procuro hacerme valer, Ricardo. Mis padres me lo enseñaron y yo lo aprendí en seguida. Sabiendo lo que quieres y poniendo todos los medios para alcanzarlo se consigue.

—Hay que ser ambicioso, por supuesto. La vida pasa muy deprisa y yo creo que si se deja pasar una oportunidad que llama a la puerta, luego uno se arrepiente y ya nada es igual —dice Ricardo, reservando algo que calla. Su mirada tiende a la dispersión, una característica de su conducta que molesta a Macarena, incapaz de fijarla en ella cuando hablan, aún más si los antecedentes revelan una postura ficticia, egoísmo, un engaño.

Macarena exhala un soplo de su aliento a un jarrón con flores frescas, compradas la víspera por ella, dibujado en su boca un atractivo perfil de beso. En ese momento quiere olvidar lo que ha sucedido y centrarse en el futuro; desea que todo vuelva a ser como antes, que cada día amanezca con una esperanza y se despida con una nueva ilusión que traiga descanso al sueño. Pero no rehúye dar su opinión a lo que ha oído.

—La vida ofrece oportunidades a quien las busca, y funciona el hoy por ti mañana por mí si hay honradez y dignidad en lo que se propone y se hace —explica con voz pausada—. Me gusta lo que hago, lo he elegido yo. Me gusta con quien estoy, porque también he elegido yo a quien me acompaña en la aventura. La confianza y la seguridad son dos factores claves para el éxito y para la convivencia. Confianza y seguridad, Ricardo.

“Amor, querer, confianza y seguridad”, enumera Macarena indagando en la esquiva mirada de Ricardo.

Por un instante que la conmociona se pregunta qué hace allí sentada con él, tan cerca de alguien extraño que un día fue su marido y antes su novio, al viejo estilo,



paso a paso, y antes... Se dice a sí misma que ha de recuperar la memoria; se dice que ha de mantener la cordura y los cinco sentidos alerta. Se pregunta quién es Ricardo ahora; se contesta tragando saliva, parpadeando fuerte, ignorando el antes, el después y la respuesta. Su decisión es la que es. Punto.

—Confianza y seguridad —pronuncia despacio él, recreándose en una imagen que a continuación describe—. Quiero tener confianza en el futuro y llenarme de seguridad. Me gustaría ser funcionario, no un funcionario cualquiera, claro, puestos a pedir. Me gustaría tener garantizado el sueldo y los demás beneficios de los que presumen los funcionarios que yo conozco, con esos horarios que dejan tiempo libre para hacer lo que apetezca, y no estar sujeto a unas horas determinadas para salir o entrar, estar en un lugar o en otro sin la presión del tiempo en la espalda —suspira Ricardo inmerso en su aspiración. Macarena no da crédito a lo que oye, “he tomado una decisión, es mi decisión, he decidido lo que quiero”, se le contraen los labios y renace en su estómago un pesar agobiante—. En su defecto —sigue él, divertido, arrellanado en el sofá—, la solución es ser millonario. Sí, me gustaría ser millonario; yo tendría que haber sido millonario. Hay algunas cosas que sólo las da el dinero, ¿no te parece? Con dinero se compran muchas cosas.

—No todo se compra con dinero —opone Macarena incómoda, intrigada. La conversación le aburre por lo insustancial, pero también le advierte de una novedad que, sin serlo estrictamente, despunta libre, osada y cínica en la por ella renacida situación de pareja.

Ricardo se frota las manos y suelta una risa de corto alcance que ironiza su vanidad.

—Cuentos chinos. Si tienes dinero compras lo que quieres y eso te hace feliz o muy feliz, depende de las pretensiones de cada uno. Con dinero todo es fácil.

A Macarena le llega de improviso la voz de Begoña. Es tal su sobresalto que le empuja a ponerse de pie y alejarse a otro escenario con mayor privacidad para sus dudas. Pero se convence de que son imaginaciones producto de una gran tensión acumulada, que poco a poco irá diluyéndose en un mar apacible hasta desaparecer del paisaje. Un mar cálido, de dulce rumor, fragante al amanecer y el atardecer.

“He de confiar. He de ser precavida.”

Está en la cocina bebiendo un vaso de agua al sonar el teléfono inalámbrico. Otro susto. Lo coge, es Marian. Por el pasillo oye el timbre del teléfono móvil de Ricardo. Dos, tres, cuatro toques. ¿Espera o entra en su cuarto de baño? Teme que sea Begoña. De nuevo le asalta su presencia ocupando el espacio entre ella y Ricardo.

“¿Por qué va a ser Begoña?”

—¿Te encuentras bien? —pregunta Marian.

Macarena carraspea el nudo en la garganta.

—Espera —le pide.

Se moja la cara y bebe agua.

Cierra la puerta de su cuarto de baño, quizá para no oír o porque no quiere ser escuchada.

—Estoy bien, Marian.

—No sé...

—Sí, estoy bien. Hago lo que tengo que hacer.

—¿Cómo ves a Ricardo?

Responde a medias.

—Yo creo que te precipitas —dice Adrián.

—Es cosa mía.

—¿Cómo se comporta él?

Macarena responde a medias. Necesita tiempo.

—Me estoy dando tiempo, Adrián.

—Pero él sigue a lo suyo, no te engañes.

—Te equivocas —replica Macarena, cerca del enfado.

—Quiero verte... queremos verte.

—Necesito tiempo para mí. Estoy arreglando mi matrimonio, ¿no os días cuenta? Es mi decisión.

—Piénsalo.

—Lo he pensado y lo tengo decidido.

—Te apoyamos —se despide Marian.

Se moja la cara y bebe agua. Sale del cuarto de baño molesta con la actitud de Adrián y algo menos con la de Marian. Quiere que se mantengan en segundo plano, informados por ella. Comprende a su hermano, ella actuaría igual, pero

tanto recelo le causa dolor de cabeza y angustia. Necesita tiempo, tranquilidad, sentirse segura con su apuesta y empezar de cero.

“Empezar de cero es imposible. No quiero empezar de cero. Lo que quiero es tiempo para nosotros.”

—Era mi hermana.

Muestra el teléfono a un Ricardo que mira la televisión.

—Me ha preguntado por ti.

—Dale recuerdos.

Es un resumen de las noticias de la jornada.

Macarena respira hondo ajena a la pantalla.

—¿Quién te ha llamado? —pregunta conteniendo un amago de impaciencia.

—Mi amigo Jorge. Hace mucho que no nos vemos. He quedado para la semana que viene. Me ha dado recuerdos para ti.

Pendiente de la pantalla.

“Miente. Le creo.”

Le falta desamarrar un cabo para preguntarle dónde ha vivido las semanas que ha pasado fuera de casa.

“Me ha engañado. Es sincero.”

Macarena pasa página, abandona el salón despacio y se mete en la cocina a preparar una taza de chocolate. No quiere pensar, no quiere sentir, no quiere un interrogatorio, no quiere recordar, no quiere ver, escuchar o intuir. Quiere su taza de chocolate a la temperatura que le gusta, y tomarla a solas. Y volver a ser dueña de su vida.

Llueve. La mañana se tiñe de atasco, malhumor generalizado, aparcamientos en doble fila y retrasos. Un accidente leve irrumpe en la dirección de Macarena.

—Dile lo que pasa y que llego en cuanto pueda, Cora.

—Se hace cargo. Tú conduce tranquila.

Hay que cuidar a los clientes.

“¿Por qué no se me va de la cabeza este presentimiento?”

La mañana corre mientras el tráfico se estanca.

“Yo sé lo que me hago, ¿vale? Déjame en paz.”

A los clientes hay que dispensarles un trato exquisito.

—Como tu pastel de albaricoque.

Cora ríe. La reunión ha terminado y por lo que deducen ambas con resultado positivo.

—Voy a tomarme el viernes libre, lo necesito —anuncia Macarena.

—Ningún problema.

—Estoy preparando un viaje.

—¿Un viaje o una salida de fin de semana largo?

—Como un puente pero sin aglomeraciones. Cogeré el tren, pero aún no tengo decidido a dónde.

—Probablemente yo haría lo mismo. Aunque sean pocos, unos días en otra parte te ayudarán en este trance —dice Cora. Aguarda unos segundos en los que Macarena aparece sumida en alguna reflexión para añadir—: ¿Lo sabe él?

Macarena, los codos en la mesa, cruza las manos bajo su barbilla. Sopla y cierra los ojos.

—Vamos juntos. Lo estoy organizando para los dos.

Contempla a Cora con expresión serena que no oculta una incertidumbre. Cuando le dijo que Ricardo había vuelto, sin entrar en detalles, traslucía su contento aliñado con visos de prevención. Cora se alegró por ella: “Si esto es lo que quieres”, callando lo que le dictaba la mirada periférica: “No estás bien, Macarena; tienes varios frentes abiertos pero sólo te importa cerrar uno. ¿Eres consciente de ello?”

Su resolución no le ha cauterizado el dolor. Macarena no es la que era, salta a la vista. Nadie que la haya conocido en el pasado diría que se encuentra en una etapa dulce de su vida, hermosa, activa, alegre e ilusionada. Al contrario, este periodo es amargo, conflictivo, tramposo.

Cora le habla de una experiencia semejante, antigua pese a no haber transcurrido muchos años. Macarena recuerda la historia, asiente y escucha aunque conoce el final y deduce la moraleja. Cora habla del vacío que se origina alrededor de uno cuando falta el apoyo a las iniciativas que definen a la persona. Ella era lo que es, emprendedora, activa con instinto de superación, eficaz en la tarea y fiable; deseaba ser ella misma proyectada en su obra, útil a una idea, a una iniciativa al cabo plasmada en una sociedad, una pequeña empresa con el esfuerzo compartido, aportando cada una lo que se le puede exigir.

—Estoy a gusto contigo. Me siento feliz, me siento realizada; mi vida es otra desde que nos dedicamos a esta actividad apasionante. Gracias por ofrecerme esta oportunidad, Macarena —le repite.

Macarena siente un nudo en la garganta, se le nublan los ojos y a su memoria acuden voces e imágenes protagonizados por ambas y otras personas afines, también sus respectivas parejas.

—Sin el apoyo del círculo íntimo nos perdemos o nos frustramos, ¿verdad? A una persona emprendedora hay que ayudarla a realizar su sueño, hay que confiar en ella.

El marido de Cora entiende a los emprendedores, puso su granito de arena para que ella fuera capaz de elegir y lanzarse a la aventura con el aliciente de una comprensión sincera.

—En casa tengo el viento a favor —dijo Cora a Macarena.

A su estilo ambiguo, Ricardo cuestionaba la ambición y los pormenores, situando sus observaciones al respecto de la iniciativa empresarial de Macarena en una aséptica equidistancia entre las posibilidades de negocio: captación de clientes, lugar de trabajo, medios de promoción, régimen interior de la sociedad, y la capitalización del negocio, el riesgo por factores externos como los ciclos económicos, la saturación de la oferta o la escasez de demanda, amén de los presumibles roces entre ellas —piensa Ricardo que los hombres se desenvuelven mejor en el mundo de los negocios, las sociedades y las empresas que las mujeres; quizá con un hombre dentro de la estructura su opinión hubiera diferido—; y el tema insoslayable del reparto de beneficios, si los hay, y la no menos preocupante del sueldo.

—¿Y si la cosa falla? —preguntó de nuevo Ricardo en una fase avanzada del proyecto—. ¿Cómo tienes previsto salir adelante si te comen las deudas, tienes trabajo pero no te pagan o, y puede ocurrir en cualquier momento, se acaban los clientes y te quedas sin financiación. ¿Lo has pensado?

—Pienso mucho, Ricardo. Soy valiente y creo en mí —respondió Macarena.

“Egoísta, fatuo y machista. No tuve apoyo, me lie la manta a la cabeza y me ha ido bien; a él también conmigo.”

Cora le desea buena suerte en su viaje de tres días adonde sea.

A media distancia. Un cambio de aires y una toma de contacto a la realidad fuera de los límites de la casa, familia, amistades y ciudad.

Antes de comprar los billetes Macarena consulta el viaje sorpresa.

—Vale —acepta Ricardo.

—A mí me apetece.

—Vale.

Patricia es un tanto más extensa en su comentario.

—Si es lo que quieres, adelante y suerte.

No le ha venido de nuevo la puerta abierta a Ricardo. Con franqueza se lo expone a Macarena durante la comida.

—Mira, yo no creo en los milagros. Cada uno tiene que cargar con lo suyo y arreglarse como pueda para salir de un problema. Yo puedo pensar de una manera y tú de otra respecto del mismo asunto, lo hablamos como dos amigas, me cuentas lo que quieres o lo que puedes, te desahogas y yo te digo lo que me viene a la cabeza, alguna burrada suelto y aquí no pasa nada. Después tú a tu casa y yo a la mía, y como ya estás acompañada por él yo me he de quedar tranquila porque ha sido tu elección. ¿Me estoy enrollando? Ya me conoces.

—Sigue, no te prives.

—Sigo, sigo —ríe Patricia—. No me burlo de la situación, de verdad. Me da la risa de pensar en lo que haría yo en tu caso. No sé, no sé. Mira, yo no creo en los conjuros para atraer a la persona que quieres o para quitarte de encima a un plomo, y lo bien que me hubieran ido... Sí, sí, ya sabes a que me refiero.

—Lo sé.

—Pero sí creo en el arrepentimiento. ¿Está arrepentido? —En el acto se disculpa por el atrevimiento—. Perdona. Me muerdo la lengua. Lo que quiero decir...

—Te entiendo, no te disculpes, que soy yo quien da pie para hablar. Dice que está arrepentido, que se ha equivocado y que ya ha acabado todo con ella.

—Te lo ha dicho. Vale. De ti depende.

Patricia se revuelve en su asiento, juega con el tenedor y se mordisquea los labios.

Macarena dibuja en los suyos una sonrisa tenue, portadora de fatiga y un matiz de recelo.

—De mí depende, es cierto. Pero no te muerdas la lengua ahora. La pregunta que callas es: ¿Le crees? O esta otra: ¿Miente? —Patricia afirma con la cabeza—. Tú lo has dicho, depende de mí. ¿Qué más vas a decirme? Quiero oírlo.

—Que las cosas no cambian en veinticuatro horas, pero que si tú estás bien tira para delante; yo te apoyo.

“Las cosas no cambian en veinticuatro horas.”

Macarena entorna los ojos. Nota una llamada que trasciende el momento, y ve una imagen que le resulta grata. También es una advertencia y una súbita necesidad.

—Las cosas vienen de lejos, dice un amigo. Yo digo que suceden por algo, lo que pasa es siempre por algo; y él dice que vienen de lejos.

Patricia asiente.

—Pues eso. Que depende de ti porque, en definitiva, es tu vida.

Macarena se abstrae recordando.

“¿Dónde estará?”, se pregunta con curiosidad, con interés. “Me gustaría contarle todo esto y que diera su opinión.”

La penúltima noticia de él es que salía de viaje. Iba a exponer sus cuadros en el extranjero. Aquella conversación fue larga, sincera y entretenida. Le avanzó que después pasaría un tiempo buscando algo —“que me dijo quería encontrar”— que no logra definir. Por más que fuerza su memoria a lo máximo que llega es a situar la despedida y el deseo de éxito.

—Sé que saldrá bien —dijo Macarena.

—Gracias. Te mantendré informada.

—Buen viaje, Alejandro.

Es una impresión de entonces que recupera en el presente mientras prepara la maleta. En la mirada de Alejandro leyó una carta que era de despedida y de bienvenida a la vez, escrita desde el convencimiento de que era así. Iba a buscar, dijo, lo que quería encontrar; repite Macarena con voz interior, con idéntico propósito y un destello de esperanza que brilla independiente con luz propia. Ella intuyó que esa búsqueda tenía sentido y que él, como ahora ella, jugaba al todo o nada para encontrar una aspiración, una respuesta, un nuevo capítulo en la historia personal —y hacerse con la victoria en la partida—, o desistir de perpetuarse en un error o una obsesión.

El equipaje dispuesto, los billetes en el bolso y el taxi en la puerta. Macarena pide a Ricardo que se dé prisa; el tren no espera y seguro que el tráfico es denso por las calles de Madrid camino de la estación.

Ricardo mira su reloj y dirige un gesto de calma a Macarena. Le queda un asunto pendiente antes de salir de casa, no le dice, pero es así. Entra en la habitación que hace las veces de despacho compartido, alternados en el uso, y se sienta frente al ordenador que todavía no ha cerrado. Escribe un correo breve, lo envía y acto seguido borra el registro.

—Es tarde.

—Voy.

Macarena no ha asomado la cabeza, quiere ignorar todo lo que enturbie esos tres días organizados a conciencia para los dos.

—Venga, no tenemos ni un minuto.

La sangre le golpea las sienes impulsada por unos latidos fuertes, sonoros, pero se resiste a dar el paso.

“Basta de precauciones. Luce el Sol en el cielo y estoy feliz con los billetes en el bolso. Tres días para nosotros, para empezar de cero.”

Recuerda que ha perdonado y eso la obliga a seguir con el plan de recuperación de la confianza en él y la seguridad de que la historia no volverá a repetirse.

“Se ha acabado, me lo ha dicho y le creo.”

Cada uno mira por su ventanilla las calles de Madrid y ve un paisaje. Permanecen en silencio, acomodados en sus respectivas ideas. La cara de Ricardo trasluce indiferencia; la de Macarena intención. Ha apostado su resto porque tiene que conseguirlo.

“Depende de mí.”

En lo tocante a su matrimonio todo parece depender de ella.

“Es mi responsabilidad.”

Un peso abrumador portado entre contradicciones.

“No puedo desfallecer. No me rindo. No voy a ceder un milímetro. No me va a quitar lo que es mío.”

El viaje en tren es casi un calco. Pocas frases y pensamientos incompletos reflejados en el cristal. Macarena disimula mal; su cara no guarda secretos.

—Voy al lavabo.



Un rato a solas. En esos tres días buscará los instantes de intimidad que alivian una tensión latente. Ricardo se deja llevar, acepta lo que ella propone y en apariencia se muestra complacido por la iniciativa.

Amable, cordial, disculpa sus escapadas al aseo en las cafeterías y los restaurantes.

Macarena mira su reloj cada vez que él se ausenta.

—Hay gente por todas partes —protesta Ricardo, justificando su tardanza.

“Hay gente”, acompaña Macarena.

No paran. Ricardo corre, como movido por la prisa que no tenía en Madrid, y ella anda despacio reteniendo las horas.

“Está impaciente por regresar.”

Pero desecha ese temor.

“Lo estoy imaginando. Tengo que serenarme.”

Es producto de una incipiente paranoia que ha de atajar de inmediato, se convence.

Por la noche duerme a intervalos de sospecha, pegada a su extremo de cama, motivado el desvelo por unos sueños burlones que escapan al amanecer.

“Esta llamada no es de ella.”

Al día siguiente pregunta a Ricardo quién era.

—Mi amigo Tomás.

Los sueños nacen en un pasado lejano...

—Mi amigo Luis.

y mueren en un estricto presente.

—Mi amigo Jorge.

Macarena se frota los ojos. Por más que lo intenta no logra atar las alas de sus sueños. El agua fría en la cara mejora su humor. Aún queda un día.

—El último día.

Macarena prepara la maleta.

—Tenemos todo el día —dice en tono de réplica—. El tren no sale hasta la noche.

Ricardo pasea ocioso por la habitación.

—¿Tan tarde? —cuestiona. Pero rectifica cuando topa con la mirada de Macarena—. No me entiendes.

—Explícate.

—Quiero decir que mañana trabajamos los dos. Si llegamos muy tarde...

—Son unas vacaciones—le espeta.

Ricardo entra en el cuarto de baño y entorna la puerta.

—No me quieres entender. Por mí no hay problema, me da igual que lleguemos a las once, a las doce o a la una de la madrugada. Lo estoy pasando muy bien.

Macarena recoge el percutir de un dedo en el teclado del teléfono móvil. Está a punto de meterse en el cuarto de baño empujando la puerta pero se contiene.

“Tranquilízate.”

—Has tenido una idea genial —felicitó Ricardo—. Nos hacía falta. —Sigue hablando con voz que cubre de paredes a suelo y techo—. Me ha gustado mucho todo lo que hemos visto, qué buena organizadora eres —alaba con énfasis. El dedo pulgar picoteando las teclas de su teléfono móvil, percibe Macarena. Entonces describe los itinerarios como en una redacción de colegio, alargando la exposición—. El hotel es espectacular, qué bien eliges los hoteles. Y las comidas sensacionales. ¿Te das cuenta de lo que hemos comido? —concluye saliendo del cuarto de baño—. A partir de mañana a régimen, que me noto hinchado —anuncia frente a Macarena con las manos ciñendo su barriga.

Macarena continúa disponiendo la ropa en la maleta.

“Son imaginaciones tuyas”, se dice autoritaria. “No ha mandado ningún mensaje.”

Ella se pregunta y ella se responde. Viaja con una incertidumbre amansada que le hurga el ánimo por momentos, pero sólo eso. Por la noche y ya en casa, con la ropa sucia dentro de la lavadora y Ricardo entretenido con un programa de televisión que se ha puesto de moda, sentada en la cocina hojeando una revista para profesionales del diseño mobiliario, Macarena examina su relación con nuevos elementos que aportan si no conclusiones al menos indicios de lo que funciona y de lo que continúa averiado. Los tres días arrojan un balance prometedor, se dice. Ricardo ha cumplido su papel con ligeras oscilaciones, con alguna vacilación, reconoce ella, cuestiones a las que resta importancia pues, opina con esa voluntad, no enturbian un panorama libre de nubarrones.

“Voy a conseguirlo.”

Es benévola en el juicio hacia ambos. Y hace oídos sordos, si es que llega a oírlo, a un timbre corto cuyo aviso rebota en el bolsillo del pantalón de Ricardo.

Indecisa Macarena.

Es un mediodía tranquilo, con poca gente en la calle y los establecimientos bostezando. Pasa cerca de la sucursal bancaria donde trabaja Mirta y echa un vistazo; Mirta prefiere que las cortinas de su despacho dejen ver la calle y no le molesta que la vean. Tiene una visita.

“Lástima.”

Le apetece hablar con ella. Un intercambio de pareceres entre amigas.

“¿Qué hago?”

No quiere estorbarla. Pero tampoco quiere irse. Enfrente del despacho de Mirta hay una cafetería; a veces conversan los minutos de la pausa para el segundo desayuno. Mirta desayuna en casa, nunca sale a la calle en ayunas; dice que se siente mal, torpe y pesada, con el estómago vacío.

—Me doy tiempo para el desayuno en casa.

—Yo también —acompaña Macarena.

“Buf.”

Lleva un rato en la acera, curioseando los escaparates. El ambiente invita a pasear o a hacer tiempo. Lo intenta de nuevo. Mirta la ve, la saluda, le indica que sale. Va a tomarse un respiro.

—Muchos problemas. Estoy preocupada.

—La cosa está muy seria —apostilla Macarena.

—¿Y tú qué tal?

—Bueno... creo que mejor. ¿Te cuento?

—Me cuentas.

Sentadas a una mesa desde la que Mirta observa los movimientos en la sucursal, Macarena explica el viaje de tres días y sus impresiones, omitiendo esas particularidades que revelan demasiado cuando no se pretende de otra voz que la propia un análisis completo de la realidad.

Mirta le dijo que tuviera cuidado al enterarse de la vuelta consentida de Ricardo.

—¿Estás satisfecha?

—He perdonado, pero todavía no sé si puedo olvidar. Mi conciencia me pide que le dé esta oportunidad, mi conciencia manda sobre mí, ya sabes. Ha insistido mucho. Me ha prometido que quiere estar conmigo y que se ha acabado su relación con ella. Le he visto triste, confuso, arrepentido por lo que ha pasado...

—¿Por lo que te ha hecho?

—Sí, por lo que me ha hecho.

—¿Le crees?

Macarena cierra los ojos y cruza los dedos de sus manos. Coge aire y lo retiene en sus pulmones.

—Sí.

Abre los ojos, expele despacio. Mirta acaricia la punta de su nariz; sonrío cálida, maternal. Ha escuchado más allá del monosílabo. Lee en Macarena su dilema, sus contradicciones, esa pugna fratricida entre el pensar y el sentir que debe asfixiarla en lo más íntimo de su ser.

No se muerde la lengua, es su obligación moral y está dispuesta a asumir las consecuencias. Ella es así.

—Cuando algo se estropea hasta ese extremo no tiene arreglo —sentencia. Espera la reacción de Macarena sin curiosidad, que no se produce, lo que le da pie a ilustrar la frase—. Un jarrón, por ejemplo, cuando se hace añicos es imposible recomponerlo; siempre parecerá que es un apaño porque se ha roto tanto que nada es capaz de devolverlo a su estado anterior. Aunque se puede intentar pegar las piezas para conseguir un efecto óptico que incluso resulte atractivo. Pero la quiebra está ahí y, lo que es peor, la fragilidad. Por mucho cuidado que se ponga en adelante, cualquier corriente de aire, cualquier pequeño movimiento, un roce, ni que decir un seísmo, acaba con la obra en el suelo todavía más troceada. Fracaso sobre fracaso, lo llamo yo.

Macarena sostiene la mirada sin desafío.

—Te entiendo —dice.

—El jarrón nunca será lo que fue. Pero puede servir como adorno o trofeo.

—Ya.

Mirta echa un vistazo a la sucursal. Aún no remite el flujo de gente.

—Hay tantos problemas —murmura.

“Es una epidemia”, se dice Macarena.

—Ten cuidado —aconseja Mirta.

Lánguido discurre ese día.

Las noches cobran un tributo de insomnio.

Macarena se acuesta cansada. Procura agotarse en la actividad para que a primera hora de la madrugada el sueño la venza y le deje recuperar fuerza y espíritu.

“Quiero dormir.”

En su lado de la cama hace frío. Oye a Ricardo dormir y a ella pensar. Se aparta lo que puede hacia el límite del colchón. El hueco entre ambos es apto para una tercera persona.

“Olvidalo.”

Esa tercera persona está. Es grande, abulta y empuja.

“Se ha acabado.”

También la oye respirar, la nota acomodarse junto a Ricardo mientras con los brazos y las piernas la desplaza fuera de la cama.

“Soy una paranoica.”

Está en todas partes, cubre por entero la habitación. Con sus enormes brazos tira de ella para que caiga. Y Macarena cae de la cama pero no golpea el suelo. Sigue cayendo en el vacío que está oscuro. Hace frío. Es un frío húmedo que penetra la carne y aprieta los huesos.

“¿Qué es esto?”

Le duele el cuerpo, le domina la fatiga y no sabe dónde está. Se ha quedado sin voz y su movilidad se reduce a un lento y pesado parpadeo. Algo más, puede mover los dedos de las manos. Siente alivio. De repente toca fondo. No. Es otra cosa. Por debajo de ella no hay nada. Flota. Por encima vuela el mundo. Ve su casa, la cocina, el dormitorio. En la cocina hay luz. Para llegar a la cocina tiene que atravesar un curso de agua trepidante. La puerta de su cuarto de baño está cerrada.

“Es mi espacio.”

Busca intimidad en el vacío. Está sola. No. En mitad del pasillo nace una escalera sin final, recta y de peldaños deslizantes.

“Yo he vivido esto.”

Ricardo duerme acompañado de una sombra extendida sobre toda la cama.

La luz que brilla intermitente en la cocina es de color blanco. Según asciende los peligrosos escalones la luz oscila: se apaga, se enciende.

“Yo he estado aquí.”

El lugar le resulta conocido, y el olor. Huele el aire quieto, estancado que irrita la nariz. Tose, moquea, llora. Con los dedos de las manos cuenta sus pasos. Sube. Baja. La luz de la cocina tiembla por una ráfaga de viento que viene de cara y sacude la escalera. Dos brazos gigantescos y dos piernas desmesuradas la atrapan y la arrojan fuera del mundo. Cae. Muy a lo lejos distingue un punto de luz. Hace calor. Se atraganta. Debajo ruge un torrente de agua cáustica que borbotea y salpica; arriba planean espesas nubes y fulgores de tormenta.

“No se ha ido.”

En equilibrio precario pasa de un mundo a otro, de un mundo conocido a un mundo temido, zarandeada por un vaivén de opresión. Llega a alguna parte para no quedarse, nerviosa, tambaleante, seguida por unos ojos opacos que irradian ira.

“Está aquí.”

Una persecución taimada, de un ser cobarde que camufla sus movimientos en el engaño. Quiere decirle que la ha visto y que lo sabe todo, que ya no sirven las mentiras ni las excusas. ¿A quién va a decírselo? Quiere decírselo, pero deja que pase el tiempo. Está dormida. Él duerme y ella vigila. Son dos que ocupan los extremos de la habitación, del pasillo, de la cocina.

“Tengo sueño.”

El salón está libre de amenazas, rugidos y crepitaciones. El sofá se ofrece acogedor, el televisor encendido emite un programa de entretenimiento en el que tres concursantes han de adivinar qué hace cada uno y dónde está cuando no los recoge la cámara; y hay una pequeña luz, quizá un foco lejano, enfrente. Como una señal, le parece. Quizá la indicación para una salida que todavía no busca.

Por una puerta que no sabe dónde da se filtra una voz pastosa. Conoce esa voz pero no lo que explica.

“¿Qué está contando?”

Su versión de los hechos. Relata una película nada original. Dice: “El matrimonio estaba en crisis.” “No es culpa mía”, dice. “En fase terminal”, afirma con lo que suena a un graznido orgulloso.

El ave gigantesca araña el suelo con sus garras, emprende vuelo hacia ella con la vista baja, aletea pesada sobre su cuerpo tendido. Gorgotea un habla deforme mientras cerca la casa. Ha desaparecido el techo, han desaparecido los muebles del salón, también los cuadros, la ropa de los armarios, las cortinas, las alfombras

y la cama. Es una casa desnuda. No hay nadie en la casa. En realidad, no hay casa ni escalera de un mundo a otro ni más compañía que un punto de luz móvil enfrente.

Amanece. Los sonidos de la mañana progresan en sus oídos. A ojos abiertos respira con ansia y se cubre hasta la barbilla con la sábana y el edredón.

“Ya ha pasado”, suspira.

Ricardo duerme. Macarena parpadea, traga saliva y estira las piernas en su lado de la cama. El nuevo día ha nacido igual que los anteriores, ajeno a una inquietud que se abre paso cuando su convencimiento se relaja por una fatiga que no acaba de desprenderse.

“He de ser positiva y confiar en mí.”

Ricardo coge el teléfono en la calle.

—¿Qué quieres ahora?

Es la cuarta vez que Macarena le llama.

—No encuentro la llave del trastero. ¿Sabes dónde está? —responde.

—En su sitio, claro.

—No está en su sitio.

“Nada está en su sitio”, lamenta.

—Busca bien. Tiene que estar allí.

Ricardo está comiendo con unos amigos comunes, pero Macarena duda que sea verdad. Podía haber ido con él o podría ignorar cualquier sospecha por insinuante que fuera. No le cree, tiene la certeza de que le miente.

—Pásame a José Antonio que voy a saludarle.

Ricardo refunfuña molesto.

—Me pides que entre en el restaurante y lo saque a la calle para decirle: “Hola, José Antonio.” La cobertura es mala, no puedes hablar con nadie dentro y estamos comiendo —dice de corrido—. Hoy estás muy rara.

Será que tiene motivos para que la desconfianza supere a su empecinada credulidad.

—Apaga el cigarrillo y sigue comiendo —se despide Macarena.

Busca la llave del trastero antes de regresar al estudio. Mira en todas partes donde una llave puede descuidarse, caer de la mano en un traslado múltiple o quedar ignorada hasta que la necesidad obligue a encontrarla. Sin resultado.

“No puede haber desaparecido.”

Quiere tranquilizarse. Los objetos no se evaporan como los pensamientos, ciertos impulsos y aquellas intenciones que provocan una segunda o una tercera opinión. Tiene que concentrarse en la búsqueda revisando sin precipitación los sitios donde una llave puede esperar. Pero cuando ese objeto de uso cotidiano y compartido no está donde ha estado desde siempre, es fácil que la imaginación interprete que algo oculta esa desaparición. Y, además, la copia de la llave del trastero se perdió hace mucho y ninguno de los dos se preocupó por hacer una nueva y guardarla en el armario con los duplicados...

“¿Dentro de un armario?”

Pero no está allí, en el armario del recibidor, comprueba al volver a mirar. Entonces se dirige a esa habitación que hace las funciones de despacho y archivador, donde con orden doméstico se guarda la intimidad documental que Macarena ha entregado desde el principio a la custodia de Ricardo.

“¿Este armario?”

Presiente que está cerca. La puerta del armario está cerrada y con la llave puesta. La abre. ¿Cuánto hace de la última vez? Cuatro cajones abarrotados, carpetas de diferente grosor, cajas llenas, envoltorios de regalos que se conservan por su estilo y, quizá, también por lo que en su momento significaron, sobres grandes que abultan. En resumen, el inventario de una casa y sus ocupantes. Ninguna llave a la vista, nada que llame la atención sin revolver entre las posesiones salvo...

“¿Y esto?”

Un elemento fuera de lugar, cree Macarena. Es un estuche sin peso. El encendedor debe viajar con el afortunado poseedor de ese caro detalle que, por otra parte, no ha tomado la elemental precaución de esconderlo mejor o tirarlo para evitar que quien no debe lo encuentre por casualidad.

“¿Y esto?”

Un paquete de tabaco vacío, arrugado pero no roto ni descompuesto, con su funda de plástico salpicada de hebras ennegrecidas, bien pudiera ser una pieza de coleccionista con aroma de viejo café oriental. Como Macarena no es fumadora ignora la procedencia o la antigüedad de los cigarrillos.

“¿Y esto?”



Es lo que parece: correspondencia suelta, amontonada a un lado de la curiosidad y el recuento de pertenencias en común. Duda entre sacar a la luz esas cartas o pasar de largo hasta de su primera impresión. Duda entre rescatarlas de su escondite, poniendo fin al juego, “he ganado, punto y final”, o pedirle a Ricardo que las justifique a su peculiar manera: “No es lo que parece, ¿pero cómo han llegado hasta aquí?, ¿tú por qué metes la nariz en mis cosas?”

Son pocas, tres o cuatro, depositadas en una consigna con la llave puesta. Ese abuso de confianza, ese desprecio a la persona con la que se convive y que ha cedido toda vigilancia por propia voluntad, también duele a Macarena.

“Ni rastro de la llave del trastero.”

La tiene que encontrar, es una cuestión prioritaria. Sabe que va a pasar muy mala tarde si no da con la dichosa llave, no va a poder quitárselo de la cabeza, “¿por qué, por qué, por qué?”

Ya es la hora, no puede demorarse. O avisa a Cora de que llegará tarde o se arranca de la cabeza la obsesión.

“No, no, no, maldita sea.”

Es una posibilidad. Corre al trastero. De allí al coche y al estudio, disimulando por si no la ha encontrado; disimulando si encuentra lo impensado; disimulando si no supera las ganas de remover el trastero, los armarios y las estanterías de casa. Cora no ha de darse por enterada. Nadie ha de interrogarla por su estado hasta que ella lo permita.

“Yo decido. ¿Está claro?”

Disimula la tensión por si tropieza con algún vecino. Disimula para sí su paso acelerado repitiéndose que se le hace tarde.

“Tengo prisa.”

Acierta con la posibilidad. Distingue una rendija de luz alfombrando una línea de pasillo. La puerta del trastero se abre cediendo a la presión de su mano firme, casi violenta, con el empuje de los latidos del corazón, y la luz encendida alumbra el reducido espacio atestado de lo que recuerda. ¿Cuánto hace que ha estado en el trastero? Poco, al trasladar ropa de temporada. La bombilla arde, enfadada por la desconsideración de la anterior visita.

“Está todo, sin cambio.”

La llave en una esquina de la estantería metálica.

“¿Qué haces aquí?”

Un descuido, seguramente. Piensa que la causa ha sido la prisa. La causa de la luz encendida puede haber sido la prisa.

“Iba de prisa. ¿Por qué?”

Dice el padre de Macarena que las prisas son para los malos toreros, los mentirosos y los delincuentes.

“Y para las que llegamos tarde.”

El tráfico en Madrid es una buena excusa.

La excusa es que ha olvidado ponerse el anillo que le regaló su hermana.

—Un segundo —pide Macarena.

Ricardo llama al ascensor mientras ella se apresura a comprobar una cosa en el armario que días atrás le deparó la sorpresa de un estuche vacío, un paquete de tabaco fuera de mercado y unas cartas apiladas en un lateral. Los tres elementos distorsionadores de la convivencia siguen esperando pacientes la atención de su propietario. Pero hay algo diferente que aviva alarma y oprime el estómago. El encendedor reposa en su estuche, decorativo, elegante, un obsequio en toda regla, un acicate a la presunción de la que se hace gala en esas ocasiones de encuentro entre la dadora y el receptor; sin la desestabilizadora injerencia de la tercera persona.

“¿Qué hago?”

Es tarde. Van a llegar tarde a la cena con sus hermanos y sus respectivas parejas. De Marian ha sido la idea, para evaluar si el propósito de enmienda de Ricardo es cierto o, como supone Adrián, un cuento chino, un camelo, una patraña. Adrián sostiene al igual que Macarena que las cosas pasan por algo, y añade que las pruebas deben ser públicas y concluyentes: obras son amores y no buenas razones.

—También son privadas —adujo Macarena por teléfono.

—Esas pruebas por definición son subjetivas —replicó Adrián.

El ascensor ayuda a Macarena. Cuando cierra la puerta del piso aún desciende del ático.

“Estuvo comiendo con Begoña. Pasó el día con ella.”

Los intentos de Adrián por extraer una confesión de culpa o arrepentimiento a Ricardo esa noche de cena familiar en un restaurante elegido por Marian son baldíos. Le hubiera gustado mostrarse tan incisivo como sarcástico con su cuñado

—empezaba a repugnarle el parentesco—, pero ni su mujer ni Marian, y por supuesto Macarena, permitieron que se excediera en el celo interrogador. Por otra parte, a Ricardo se le ve tranquilo, confiado en la providencia y tan parecido a sí mismo como lo recuerdan todos.

—Tenía ganas de veros —dijo alegre al saludar.

Marian piensa que finge, que oculta un secreto. Adrián piensa, y así se lo comunica a sus hermanas, que es un hipócrita.

—Esto es cosa mía —insiste Macarena, harta de las conjeturas y el proteccionismo.

Trascurre la velada entre omisiones y miradas que, con mayor o menor fortuna, sorteán varias barreras.

“¿Leo o no leo las cartas?”, se pregunta Macarena.

La despedida intercambia buenos deseos y recomendaciones sueltas, más o menos sutiles, que Ricardo hace como que no van con él.

—Es una joya —dice Marian de su hermana—. Cuidala.

—La cuido muy bien —solemniza Ricardo.

Adrián ha puesto tierra de por medio. Su cara es el reflejo de lo que siente y aún no quiere protagonizar un espectáculo que sus hermanas reprobarían puestas en diplomacias.

“No es el momento ni el lugar”, dirían al unísono.

—Es cosa mía —repite Macarena al oído de sus hermanos.

Ya en la cama, con Ricardo dormido y esquinado, Macarena concede unos minutos de libertad a sus contradicciones, y ellas la transportan a un sueño de espejos y reflejos donde la realidad es lo que se percibe. Y esa realidad es un cruce de caminos con siluetas oscilantes. El escenario es simple, con todos los elementos a la vista: personajes con identidad definida, reconocibles con alguno de los sentidos; objetos dispersos pero enlazados con hilo vibrante a sus poseedores; un juego de cartas —no es una baraja, no son naipes boca abajo, boca arriba, distribuidos sobre una mesa—; el humo denso de un cigarrillo descomunal que fuma una boca masculina, cuya ceniza, al desprenderse, cubre una porción de suelo equivalente a la sombra que proyecta el cilindro de fuego.

“¿Quemará las cartas?”

Tose. Le pica la garganta, le escuecen los ojos. Hace calor. A ella le gusta el calor del Sol, la calidez del hogar, la energía que suministra sin contrato el verdadero

amor, el querer sincero. Adora la luz. La luz es vida. Siente la vida como un regalo perfecto; el perfecto regalo para compartir con la familia, con las amistades que se confirman auténticas y, por encima de lo demás, con esa persona a la que se elige para respirar del mismo aliento, para querer, amar, adorar, desear y admirar cada día, creando un mundo propio.

“Quiero ser feliz”, dice su voz en sueños.

Tose. Nota la atmósfera enrarecida. Es un olor acre, lejano pero intenso, envolvente. Tose y traga saliva. Olor de humo condensado en un espacio reducido que impregna las paredes, las cajas, y en danza sinuosa, hipnótica, desliza su ponzoña en busca del testigo inconveniente.

“¿Soy la víctima?”

Gira el cuerpo hacia la luz de la ventana. Hace bochorno. Puede que llueva.

“¿Quién soy yo?”

Empieza a llover. La luz que penetra a través de las rendijas de la persiana es débil. El sonido de la lluvia mece sus párpados en un momento de confesión a dos voces.

—“¿Te preguntas quién eres?”

—“Ahora no sé quién soy.”

—“¿Desde cuándo no sabes quién eres?”

—“Hace...”

—“Pierdes el tiempo.”

—“Estoy a tiempo.”

—“¿De qué?”

—“Tengo tiempo. ¿Lo tengo?”

—“No tienes tiempo.”

Carraspea, respinga. La lluvia acompasa una canción melancólica, la luz que se filtra por la ventana es pálida y tímida.

—“¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo?”

Melodía triste en un amanecer anodino.

—“Otro día para olvidar. ¿Hasta cuándo?”

Despierta con ansia y sed en su lado de la cama, muy orillada, con la garganta ronca y el peso de la incertidumbre atenazando las piernas y los brazos.

“Otro día”, murmura en su cuarto de baño, sentada en la tapa del inodoro. Con su espalda pegada a la cisterna y el cuello echado hacia atrás, cierra los ojos para soportar el acuciante dolor que la embarga esa mañana.

Hay una esperanza de mejora cuando deja de llover; y un aliciente que se perfila en su intuición en las horas vespertinas. Macarena presiente una sonrisa de la fortuna, quizá un guiño o un gesto benefactor a su desasosiego.

“Es obstinación”, corrige esa voz que no la abandona.

Cora ha salido antes del estudio para una visita médica con cita previa; un control rutinario. Macarena se queda sola entre proyectos y reflexiones, tranquila con su conciencia pero no así con su estado de ánimo. Su intuición, que es como un recordatorio, ha presentado algo bueno, algo esperado.

“¿Qué necesito?”

Un segundo después de la pregunta suena el teléfono y en la pantalla aparece un nombre renacido.

—¡Alejandro!

—Todavía me llamo así, Macarena. Qué alegría escucharte.

Alejandro el paseante, el preguntón y el viajero, llamaba Macarena a su amigo según la circunstancia o el modo de conversar.

—¿Has vuelto? ¿Te quedas?

—Sí. Es de sabios rectificar.

Aproximadamente un año, recuerda Macarena.

—Ha pasado un montón de tiempo desde la última vez que hablamos.

—Si buscas para encontrar, y como sabes es mi caso, la medida no la da el tiempo.

—Tú no pierdes las buenas costumbres —ríe Macarena.

Está satisfecha. El día le ha concedido un alivio que por inesperado todavía más gratificante. Lo intuía. Su intuición funciona, pero no siempre la acepta como consejera.

—Espero que tú tampoco, Macarena.

Tienen mucho que contarse, pero no les mueve la impaciencia. Habrá ocasión. Pero la curiosidad de Macarena provoca un anticipo.

—Dime, ¿ha sido fructífera la búsqueda?

Alejandro juega con el silencio cómplice y retiene la afirmación; es un momento.

—Sí.

—Eso significa que has encontrado —supone Macarena, aunque cree percibir una dimensión virgen en la periferia de la respuesta.

—Sí.

Contundente.

—Ya me contarás —incita al viejo amigo, y en el acto añade—. ¿Me lo contarás?

—Sí.

Begoña envía un mensaje de teléfono a Ricardo indicando el lugar y la hora. Al minuto recibe la confirmación. Faltan dos tediosas horas y cuarto hasta la cita. No sabe qué hacer, y lo que se le ocurre en principio para matar ese tiempo y saciar su ansia le da pereza. Pero es una idea. Se sienta a pensar en su posible desarrollo.

“Puede ser.”

A esa hora Macarena sale de casa para ir al estudio o para acudir a una entrevista.

“Es una buena idea.”

Macarena suele ir en coche, pero a veces se dirige andando a su destino.

“A lo mejor...”

Decide probar suerte. Se viste para el encuentro con Ricardo y pisa la calle invocando entre dientes a la casualidad. Eleva su cabeza y se dispone para que no escape nada de su interés. Sabe lo que busca, pero no quiere que trascienda. Ha de mantener la prudencia y no dejarse atrapar.

“A ver...”

Agacha la cabeza cuando le parece que la ha descubierto. Le tiemblan las manos, está nerviosa, lo que es un factor en contra, y comienza a transpirar, lo que es un fastidio. Tendrá que cambiarse de ropa.

“No es un problema.”

Macarena camina elegante y ágil, a lo suyo. Viste traje de chaqueta con el bolso y los zapatos a juego, y porta un maletín de piel. Begoña recoge una información que conoce. Han sido amigas, se han visto muchas veces, han hablado a menudo

y han compartido casa en vacaciones. No hay novedad a la vista. Pero se fija y la sigue. Clava los ojos en la figura deseada y se adosa a su ritmo donde la lleve.

“Me sobra tiempo.”

Le gusta el papel de cazador. Ella es la presa cotizada, el verdadero motivo de la estrategia y de todas las acciones aparejadas. Su objetivo es Macarena. Disfruta con esos minutos de triunfo que le otorgan el dominio sin riesgo a ser percibida. Así, de espalda, pensando en lo que tiene que hacer, Macarena aparece frágil, indefensa.

“Puedo con ella.”

La imagina inmersa en sus proyectos de trabajo, un tanto olvidadiza en los asuntos personales porque no se puede vivir arrastrando el peso de la duda. Esa carga que día a día mina la resistencia de la mente y del cuerpo y la confianza en uno mismo. El trabajo es un alivio, la actividad continuada ayuda a fluir los celos. La imagina ocupando su tiempo en tareas sin pausa para que al llegar la noche la venza el sueño. Un descanso reparador, merecido y optimista

“Eso querría.”

Durante la noche se magnifican los temores y las angustias; el ansia crece, oprime y grita. El sueño es una trampa. Las calles atestadas son un incordio sobrevenido. No puede distraerse con esas conjeturas.

“Le está pasando.”

Si se centra en la descripción de los síntomas que afectan a Macarena se despistará y va a perderla a la vuelta de la siguiente esquina. Aún la distingue en su vestuario y en el cuidado del cabello. Ellas dos no se parecen en nada.

“Lo vive.”

Begoña esboza una sonrisa. Ahora la tiene a su merced, por completo ausente de la vigilancia y tan agobiada por inquietudes de todo tipo que podría hacer con ella lo que quisiera. Pero sólo le interesa una cosa.

“Voy a ganar.”

Begoña se da por satisfecha, y le duelen los pies. Ha calculado mal su calzado; es un error seguir a alguien con alas en los tobillos con zapatos de horma escasa para el tamaño a enfundar. Pero le hiere más la metáfora. Es un atentado contra sí misma que le devuelve a su condición esquivada y huraña. Un fiasco, una traición del subconsciente.

Para mitigar su enojo manda un nuevo mensaje a Ricardo: “Ven antes.”

Por teléfono.

—Esto es lo que me ha pasado, a grandes rasgos—concluye Macarena.

Alejandro guarda un silencio analítico que reproduce para una comprensión íntima el relato de Macarena, al cabo del cual habla de su primera impresión y de la segunda.

—Cuando me dan a leer algo o cuando me invitan a contemplar una obra artística, sin entrar en consideraciones sobre lo que es o no arte, procuro aquilatar la objetividad con la subjetividad, que aun siendo ambas mías, la una por la otra se complementan para que el resultado satisfaga mi ejercicio crítico y el deseo de respuesta de quien confía en mi opinión. Estoy en ello ahora mismo, pero no voy a llegar a la tercera impresión porque esa la reservo para más adelante, si me la pides.

—Te la pediré, por supuesto.

—Aunque no te regale los oídos.

Macarena garabatea una hoja de papel mientras recuerda, evoca y escucha. Cora también habla por teléfono en su despacho. Son las siete y veinte de una tarde marcadamente otoñal.

—Nunca he sido vanidosa —sonríe Macarena.

—Lo sé. Pero eso no quita para que seas tremendamente obstinada, tanto como yo.

—¿Crees que me obsesiono?

—Tanto como yo.

—Vale. Estamos en tablas —zanja la cuestión. Traza con un lápiz de punta gruesa varias rayas diagonales en el centro de la hoja de papel—. Cuéntame tu última peripecia vital.

—Te cuento lo que no te va a aburrir.

Macarena se acomoda en la butaca. Aparta la hoja y el lápiz, retira una carpeta con los planos y la memoria de calidades de un edificio en avanzada construcción que pueden conseguir para decorar las viviendas, ocho en total, e imagina al alcance de su mano una taza de chocolate de paladar suave y textura compacta, a la temperatura idónea para su degustación en buena compañía.

Alejandro sintetiza su aventura internacional en diez minutos.

—Lo demás, que para mí es lo importante, irá saliendo a medida que hablemos.



—Como siempre.

Macarena se siente tranquila y nota a Alejandro más a gusto consigo mismo.

“Es una buena señal para él.”

—¿Me permites una pregunta?

“¿Dónde están las buenas señales para mí?”

—Ya me extrañaba —bromea Macarena—. Claro, las que quieras.

—¿Por qué no haces referencia al presente? Me has contado el pasado, pero del presente no haces mención. Esto es lo que te pregunto, por el presente.

Ha echado a Ricardo de casa y ahí se ha quedado. Había un motivo para no seguir fiel a la cronología hasta otra conversación, una ridiculez entiende. Ahora retoma el hilo y expone los hechos en pugna con su dilema.

—Ha vuelto. Le he dejado volver. Quiero salvar mi matrimonio. Soy una mujer de principios, ya me conoces. He perdonado, pero no sé si podré olvidar —confiesa y toma aire—. Si no olvido es difícil que la cosa funcione. Me cuesta... Pero lo estoy intentando con todas mis fuerzas, Alejandro.

—Ya. Tú eres Macarena.

—Sí.

Es una pausa reflexiva a dos bandas. Macarena sabe que Alejandro va a emitir un juicio que ella consiente. Le pide un momento. Ella acepta. Es sólo una pausa entre lo que se quiere decir y lo que se va a decir. Resumido, didáctico. Alejandro se toma su tiempo.

Una eternidad para Macarena. El silencio no es tal de oído a oído.

—¿Tú confías en mí?

—Qué pregunta.

Alejandro entorna los párpados.

—Una tontería. Disculpa.

Macarena asiente con la cabeza. Tiene toda su atención volcada a lo que le diga; en ese instante nada hay más importante en el mundo. Y cuando escucha la frase no le sorprende.

—Te traiciona.

Dice Alejandro. Quizá una suposición.

Hoy hace frío en Madrid. La transición de noviembre a diciembre es un hecho. Cora, que es friolera, ha elevado un par de grados la temperatura del termostato. Sin embargo, Macarena nota un acceso de calor, casi un sofoco.

## **Diciembre es un mes muy suyo**

*Cada actuación individual responde a una lógica que marca el carácter o las circunstancias. Ante un mismo hecho, y más si afecta a dos personas vinculadas por un proyecto de vida, el modo de comportarse de cada uno define tanto la asunción de responsabilidades para facilitar la convivencia como manifiesta el interés hacia el mutuo entendimiento.*

Este es un párrafo de un extenso artículo, firmado por un psicólogo, que Macarena lee de madrugada. Recostada en el sofá, cómoda y en lo que cabe tranquila, sin ceder aún al cansancio de una jornada laborable con visita incluida, el televisor encendido en un canal cualquiera y a bajo volumen, hojeaba una revista femenina cuando un título con gancho tiro de ella para que le dedicara algún tiempo: ***¿Has alcanzado tu ideal de vida?***

Es una pregunta con trampa, se dice Macarena; pero no es la única pregunta que reclama una reflexión sincera, pausada. *¿Has conseguido todo o mucho de lo que te habías propuesto desde que empezaste a tomar conciencia de ti misma?*

La trampa consiste en quedarse a medias en el examen del pasado y el presente, deduce Macarena. Si hace memoria, y siendo objetiva en la medida de lo posible, debe contestar que en líneas generales su vida es como la había imaginado; matices, sorpresas y peculiaridades aparte.

“He llegado bien a mi edad, creo.”

La inseguridad es un factor nuevo, hasta la fecha desconocido, contra el que ha de oponer su convencimiento en lo que siente, piensa y hace. Nunca se ha sometido a la rutina, supone, pues aunque le gusta el orden doméstico y la estabilidad emocional, ha dejado margen para las iniciativas propias y ajenas que redundan en el deseo por vivir —la máxima aspiración— y la ilusión por compartir esa vida que se ofrece y que se toma en un acto simultáneo.

“Familia, conocidos, relaciones, amistades, marido”, en un platillo de la balanza; en el otro, buscando el perfecto equilibrio, “estudios, aficiones, trabajo, ideas, planes.”

Si Macarena tuviera que calificar su vida según el baremo convencional se aprobaría.

“Estoy satisfecha.”

No alardea. No va con ella la presunción ni es arrogante o vanidosa. Otros son sus defectos, algunos todavía por admitir en su completa dimensión.

“Todo esto me ayuda a conocerme.”

Quiere hacer de la necesidad virtud esa madrugada sin sueño, remitido el dolor de cabeza y soportables las punzadas en el estómago, como tantas noches anteriores de diálogo íntimo que ahora revolotean por el salón en demanda de una memoria crítica.

“Estoy sola en esto, cierto, es mi voluntad o así me lo impongo, lo he dicho y lo demuestro. Pero también estoy acompañada, también estoy protegida y me gusta que sea así. Quiero sentirme acompañada y protegida.”

Piensa en su gente. Apaga el televisor y devuelve la revista al espacio decorativo. Llama a la puerta de su círculo de afines y pronuncia cada uno de los nombres que lo habita, escucha las voces que se preocupan por ella sin entrometerse donde no han sido invitados a participar. Es una sensación vivificante la de saberlos tan cerca y tan dispuestos a ejercer en el papel correspondiente.

“Quiero tener lo que doy.”

Los ve, les habla, les pide que sigan ahí y les promete cuidar de sí misma y no cambiar. Bebe un vaso de agua en la cocina, se despide de ellos con la promesa de no engañarse y la de mantener su dignidad.

“De lo contrario no me lo perdonaría.”

En ese punto lo deja, camino de la habitación; un segundo antes de que viaje en descenso de garganta a vientre un inconfundible pesar que ensombrece su ánimo por mucho que lo aliente a fuerza de voluntad.

Todo tiene su lógica. A Macarena le parece correcto lo que hace. Una vez tras otra esgrime ante las dudas que alternan preguntas con impulsos su compromiso para la defensa de lo que es suyo, con una frase que empieza de la misma manera: “Mi conciencia dice...” Si le embarga la tristeza: “Mi conciencia dice...”; si es el ansia por desasirse de una malla de engaños y burlas: “Mi conciencia dice...”; cuando a sus deliberaciones privadas, que comunica a unos destinatarios concretos, se opone el parecer ajeno, aunque tales opiniones tengan cabida en su persona

porque las solicita con la voz o con la mirada: “Mi conciencia dice...”; o cuando el dilema recrudece su pugna provocando en ella arcadas de confusión, angustia e impotencia: “Mi conciencia dice...”

Lo que dicta su conciencia es el camino a seguir. Así resuelve momentáneamente los estados críticos que acucian su ánimo y el juicio crítico al que solía consultar en la toma de decisiones. Ahora sabe que es débil por culpa de sus debilidades, “es gracioso”, una paradoja, “tengo que curarme”, y un contrasentido perjudicial en extremo que le arrastra a la inacción o, “sería terrible”, al bloqueo.

“¿Qué hago?”

Bromea, incluso sonrío. Macarena renace a diario de su desconcierto, zafándose como puede de la fatiga que la apresa. Pasa las horas de la mañana, de la tarde y la noche intentando ser positiva, acopiando primero optimismo y luego esperanza, concentrado su pensamiento y su energía en las tareas que la definen en los ámbitos social y profesional.

“La vida es un regalo, el mejor.”

Un regalo que ha querido compartir desde que tiene uso de razón.

“Tengo motivos para ser feliz.”

Pone buena cara al mal tiempo, canta mientras se ducha, desayuna con apetito y atiende las noticias de ayer sintetizadas hoy.

“La vida es una aventura maravillosa.”

En la cocina está a gusto, en su mundo, con sus cosas; necesita ese espacio vital desde que dio comienzo la crisis. Durante unos minutos disfruta de paz interior vaciada la mente de agobios e inquietudes. Unos minutos que procura regalarse a diario para salir a la calle pisando fuerte.

No recuerda haber soñado ni tiene sueño. Falta poco para que el despertador la saque de la cama y a diferencia de otras veces, consciente de que el sueño no le va a jugar una mala pasada, desconecta la alarma, observa la claridad filtrada por las rendijas de la persiana y estira las piernas gozosa de no rozar ningún obstáculo. Toda la cama es para ella.

“Tengo muchas cosas que hacer.”

Pero aún no se levanta. Boca arriba, la mirada en el techo, espaciando los parpadeos, y el cuerpo ganando terreno hacia la tierra de nadie que es el centro

de la cama. Cruza la divisoria con el brazo, a continuación una pierna y vuelve a su lado indiferente a la exploración. Hay un silencio impropio en la casa.

“Demasiado silencio.”

Es una apreciación sin importancia, quizá una casualidad. Hace unos días que nota algo a lo que no ha dado mayor importancia, porque es posible que sea una casualidad. Ricardo no destaca por el orden doméstico, es distraído para con sus enseres que aparecen y desaparecen con suma facilidad; pero no los pierde y ya es tal la costumbre de preguntar por ellos a Macarena: “¿Sabes dónde está...?; ¿dónde he metido...?; ¿has visto...?; no encuentro, que no, nada de nada, parece mentira...”, que ella niega con un gesto y espera que al rato Ricardo comente: “Vaya, estaba aquí..., lo había metido en..., lo he dejado en...”

“Me extraña.”

Abandona la cama con un suspiro acentuado, se abriga con la bata, “por qué soy tan friolera”, levanta la persiana y descorre las cortinas. “Nublado, tristón, qué le vamos a hacer.” Mira en la mesilla de noche de Ricardo. “No está.” Entra en su baño, sale del baño y revisa la mesilla de noche de Ricardo y el tocador. “No está.” Se ajusta la bata y va a la cocina, pero antes echa un vistazo a las otras habitaciones “por si lo ha dejado...” No.

“No entiendo.”

Repasa las dos habitaciones sin hallar lo que busca.

“Es como si lo llevara encima.”

Se atreve con los cajones una vez comprobado que sobre las respectivas mesas no aparece.

“Es muy raro.”

El siguiente punto de atención tendría que ser el cuarto de baño de Ricardo, pero pasa de largo y se dirige al salón. “Nada.” En la mesa del comedor tampoco. Ni rastro en la cocina, y supone que ni en la galería ni en la terraza lo va a encontrar adormilado y solitario.

“No puede ser...”

La curiosidad le sitúa a la puerta del cuarto de baño de Ricardo, cerrada, fronteriza. Tiene esa percepción; y su estómago la refrenda. Acerca el oído, aguanta la respiración. Se siente mal espiando; también se sintió mal cuando tuvo que probar la existencia de llamadas y mensajes en el teléfono móvil de Ricardo

y en el ordenador de la casa. “Eres un mentiroso, sigues engañándome.” La cara de pasmo de él, sus excusas absurdas, irritantes, un insulto a la inteligencia.

“¿Sigue lo mismo? No...”

Es su voz. Ricardo habla por teléfono con alguien. Es discreto en el tono y suena lejos, todo lo lejos que da de sí el cuarto de baño.

“Desde la bañera.”

Pero lo peor para Macarena es que él la descubra espiando. “¿Qué me diría?” Puede imaginarlo.

“No está pasando, es un sueño, tengo otra maldita pesadilla. ¿Cuántas van?”

Se hace tarde.

“Tengo que desayunar, tengo que vestirme.”

Le basta con haber oído su voz. Era innecesario buscar el teléfono por toda la casa.

“Hace tiempo que lo lleva encima.”

Ese era el detalle al que no había prestado importancia, ese algo insignificante que le ataca con saña en el cuello y en los hombros.

“Tengo que hacer muchas cosas”, se exige.

Trastea en la cocina haciendo ruido, lo que es inusual en ella. Abre al máximo el grifo del agua para que percuta en el fregadero con estrépito. Desplaza platos y vasos y eleva el volumen del televisor para que desborde las barreras mobiliarias.

“Muchas cosas”, repite.

Y espera el desenlace de los acontecimientos matinales sumida en ese caos improvisado.

—¿Qué pasa?

Ricardo entra en la cocina bostezando. Macarena cierra el grifo y baja el volumen del televisor; su cara es seria y la voz grave.

—Eso digo yo. ¿Qué pasa, Ricardo?

—A mí nada. ¿Qué estabas haciendo? He oído el ruido y creía...

—Creías que no me iba a enterar —interrumpe Macarena.

“Esto es ridículo.”

Ricardo no sabe lo que le conviene, le ha pillado desprevenido, demasiado confiado en su suerte. Mira el suelo, compone una imagen acorde con la de Macarena, busca una salida ocurrente al trance que intuye perjudicial para él y disimula.

—¿De qué hablas? No entiendo nada.

“Es patético.”

—Hablo de tu teléfono. Hablo de tus llamadas. Hablo de que te has encerrado en el baño para... ¿Me lo dices tú o lo adivino?

“Tenía que ser eso”, lamenta Ricardo. Le sostiene la mirada un instante y la desvía a un rincón de la cocina. El escabel obsequio de Marian le contempla con asco.

—Me estaba duchando. Seguramente me has oído cantar. A veces canto en la ducha.

Es una sonrisa amarga la de Macarena, una oposición activa y personal al cinismo.

—¿Te has duchado antes o después de llamar? ¿O te ha llamado ella? Dime, Ricardo, ¿has llamado tú o ha llamado ella?

Acostumbrado a negar la evidencia, Ricardo elude responder con una frase corta, sincera. Dice a Macarena que es verdad lo de la llamada, pero que no era a Begoña, dando por sentado que se refiere a ella, sino a Jorge.

—Me había pedido una consulta. Quiere cambiar de coche y está comparando ofertas. Yo le he dicho lo que tenemos y lo que puedo intentar.

—Le has llamado a esta hora y metido en el baño.

—Podía molestarte si me pongo a hablar cerca de la habitación. Estabas durmiendo cuando me he levantado.

—Eres muy considerado.

Pero como su explicación sólo está hilvanada, un detalle la modifica en lo sustancial.

—Hay una competencia feroz en el mercado. Los clientes buscan la ganga sin entender que nosotros no vendemos coches de segunda mano —cuenta Ricardo con rostro sombrío—. O te la piden como si estuvieras obligado a ceder a todas sus exigencias para vender. Ya ofrecemos bastante y los precios no admiten más ajustes; como amigo se lo he dicho a Marcelo hoy —respinga y vaticina—: Si no cambia la cosa empezarán los despidos, me temo.

Macarena cruza los brazos e inclina hacia delante el torso.

—¿Tu amigo Marcelo también quiere comprar un coche?

—Sí. Te lo estoy contando.

—O sea, que has hablado esta mañana con Jorge y Marcelo para venderles sendos coches.

—No...

—¿Los dos quieren el mismo modelo? A lo mejor, es una sugerencia que te hago, por la compra simultánea de dos vehículos de cierto nivel podéis rebajarles el precio o equiparlos con todos los accesorios del catálogo. A ellos les encantaría.

Ricardo levanta las manos para pedir que calle.

—Te confundes.

—¿Yo?

—No me lías. Te he dicho que estaba hablando...

Macarena rechaza la versión amañada.

—Tú te lías. Estás mintiendo —acusa pronunciando despacio—. Eres un mentiroso. Has hablado con ella.

—Y dale con la monomanía. No y no.

—Basta, Ricardo. —Hay desprecio en su voz.

Él se revuelve arisco, ofendido, pero con la mirada huidiza, cobarde.

—Eso digo yo. Basta, Macarena. Estoy harto y se me hace tarde. ¿No tienes otra cosa en la cabeza? —Con medio cuerpo fuera de la cocina pregunta condolido, la voz quebradiza—: ¿Por qué no confías en mí? ¿Qué más puedo hacer para que me creas? Entre ella y yo no hay nada. Te equivocas por completo.

Macarena mira sin ver a quien de perfil tiene delante, aguanta el silencio tenso y sostiene un pulso consigo misma.

“Me estoy consumiendo para nada.”

Aliviado por el paréntesis, Ricardo se escabulle hacia el cuarto de baño. Quizá sin darse cuenta da un portazo, no excesivo, que estalla obsceno en los oídos de Macarena.

“No le conozco.”

El ímpetu por averiguar se desvanece. Es otro episodio que cercena la relación pero no la anula hasta liquidarla; no está dispuesta a que eso ocurra.

“Sería tan fácil.”

Le aterra ir más allá, remontar el tiempo, sincerarse.

“No puedo...”

Esa es la gran prueba.

“Qué me ha pasado.” Y su traslación al presente: “Qué me pasa?”



A su vez, se aísla en la cocina cerrada la puerta con delicadeza. Macarena deplora las escenas.

“Tengo mucho que hacer.”

Un acceso de llanto en la garganta asciende lento, implacable, convertido en lágrimas.

“Quiero llorar. No quiero llorar.”

Un minuto, dos, tres. Suficiente. Es tarde, tiene prisa. Ha comenzado el día con mal pie, pero eso no va a modificar su agenda. La vida continúa.

“La vida es un regalo.”

Un maravilloso regalo si, además, puede compartirse con la familia, las amistades y esa persona especial que se ha buscado y por fin se ha encontrado. Piensa en ello mientras desayuna, se asea y viste, creciendo en intensidad hasta que al abrir la puerta de la casa la sacude un escalofrío que combina la aflicción con el placer.

Es martes de puente. Cora ha cogido esos días de vacaciones.

—Estas navidades van a ser complicadas para mí, lo presiento —dijo a Macarena—. La familia anda algo revuelta, en realidad por cosas nimias pero que se han enquistado. Nadie da el brazo a torcer, yo la primera que me mantengo erre que erre, y esto augura problemas.

Macarena presiente lo mismo.

—Ya estamos en Navidad, cómo pasa el tiempo —dijo escudriñando el futuro inmediato.

—Y mi madre está delicada, con miedo a la operación —añade Cora.

—No me extraña.

—Todo se junta.

—Disfruta del puente.

—¿Tú que vas a hacer?

Macarena prefiere trabajar en el estudio. Siempre hay algo pendiente que en una ocasión así encuentra su momento. Sabe que nadie llamará por teléfono o a la puerta, y si suena el teléfono o el timbre de la puerta ella no será quien lo descuelgue o la abra.

“Tengo que pensar.”

Le apetece estar sola en esa parcela de mundo preservada de contaminación, en su butaca o de pie, distraída con mil asuntos o concentrada en el que más le afecta; esa es la principal motivación.

“Tengo que hacerme a la idea.”

Desea que hoy las horas pasen despacio, concediéndole tiempo para sopesar lo que ha pasado en su vida y lo que puede pasar. Y si fuera posible, “es mucho pedir”, le gustaría que un puente de verdad uniera el siete de diciembre con el diez de enero, suprimiendo la Navidad.

Teme estas fechas. Le preocupa que su disimulo no sea efectivo, porque le va a tocar disimular.

“Prepárate, Macarena.”

¿Hasta cuándo mi dilema?, se pregunta. Se responde negando con la cabeza, inquieta. Intuye que Begoña va a actuar. ¿Por qué en Navidad? Es una suposición. Intuye que Begoña continúa influyendo en Ricardo, pero no intuye la posición de él. Lo que es peor.

“Es incomprendible.”

¿Qué es incomprendible, Macarena?, se pregunta. ¿Tu actitud, la de él, la de ella, este teatro, el dejarse engañar, el mirar para otro lado?

“Nochebuena, Navidad, Nochevieja, Año Nuevo, Reyes. Lo que me espera.”

*Carpe diem.* Macarena aprovecha la mañana y la tarde. Lo está consiguiendo a pesar de los fantasmas merodeando a su espalda.

“¿Me traerán los Reyes Magos lo que les pido?”

A las seis da por concluida su jornada laboral. Ahora quiere pasear por el Madrid cercano, sin prisa. Mañana es fiesta, la Inmaculada Concepción. En un pequeño joyero que le cedió su hermana al cumplir diez años, guarda una medalla de la Virgen y otra de Jesús de Medinaceli, ambas de oro, con historia y sus respectivas cadenas de fino diseño; y la sortija de la primera comunión, un pasador con perlas diminutas, tres pulseras de fantasía que en su momento tuvieron significado y la esfera de su primer reloj.

“Yo era una niña revoltosa, pero obediente y muy femenina.”

Si mañana acude al estudio un rato, a mediodía, por ejemplo, le dirá a Ricardo que pase a buscarla para tomar el aperitivo o para ir a comer. ¿Propuso algo Ricardo para el puente?

“No recuerdo.”

Ricardo le dijo que si él trabajaba el martes, entonces no iría a casa hasta la noche. Ella ha comido en casa con poco apetito, rodeada de obligaciones, y al salir del estudio tiene hambre. Luego paseará en cualquier dirección, “es tan agradable sentirse viva”, y de regreso al estudio cogerá su maletín y escribirá una nota felicitándose por su diligencia, “lo necesito”.

En el *Café Ideal* la animación es moderada.

—Chocolate con picatostes.

Una merienda a la vieja usanza que templará el ánimo, una cortesía para el paladar.

“No deberíamos perder las buenas costumbres.”

Saca las llaves del bolso para llevarlas en la mano camino del estudio y mira el teléfono por si ha recibido sin advertirlo una llamada o un mensaje. Ya en la calle escucha una voz conmovedora: ¿Qué pides a los Reyes Magos, Macarena?

“Queridos Reyes Magos...”

¿Te has portado bien? Se sincera, a ellos no les puedes engañar.

Piensa que es una tontería volver mañana al estudio, sólo queda una cosa por hacer que no es prioritaria. Aun así, toma asiento y revisa la documentación. Son las siete, las calles metidas en la noche que anticipa el invierno, y la voz pregunta: ¿Qué le pides a la magia, Macarena?

El cristal empañado dificulta la lectura, humedece las pestañas. Suspira, cierra los ojos, le domina una emoción íntima.

“Pido...”

Quisiera llorar para después hablar. Es insoportable tanto secreto, “me ahogo”, es un peso excesivo al que se añaden dudas, recelos y fingimientos. Por si no fuera bastante, a ello se suman las negaciones ingeniadas desde la confabulación que dispensan los personajes del drama, “yo en el medio”, introduciendo ese lastre que amenaza con arrastrarla a un pozo sin fondo, “yo acertando, yo equivocada, yo”.

La voz pregunta: ¿Qué le pides a la vida, Macarena?

Una bocanada de aire fresco.

“¿Quién...?”

Suena el teléfono del estudio. Le ha asustado, pero la saca del marasmo y la aparta del precipicio. Descuelga sin mirar el visor.

—Te imaginaba trabajando —saluda Alejandro—. ¿Es una anomalía nuestra, cuestión genética o es una reivindicación de la diferencia?

—Somos especiales —ríe Macarena.

—Unos desaprensivos es lo que somos. Así no contribuimos a la recuperación económica en el sector turístico. Deberíamos solidarizarnos con el común de los mortales respetando las fiestas y las aglomeraciones. Nos pasará factura esta independencia de criterio.

—Te aseguro que en otras circunstancias yo no estaría hoy aquí.

—Lo supongo. Pero tu decisión no es mala, dadas las circunstancias —subraya Alejandro la frase de Macarena—. Alguien debe mantenerse al frente de sus responsabilidades mientras las tenga, las fomente y se realice con ellas.

—¿Me has llamado para felicitarme por mi sacrificio?

—Puestos a juzgar, tu sacrificio me resulta estéril como poco. Dejo mi opinión completa flotando en el ambiente, ¿de acuerdo?

Macarena respira hondo.

—Tengo mis razones —declara sin ponerse a la defensiva—. ¿Me vas a reprochar lo que hago? Soy curiosa por naturaleza —le recuerda—. Dime, ¿mi amigo Alejandro me llama para amonestarme por lo que cree que hago o por lo que dejo de hacer? ¿O es que cuando se mira de puertas afuera todo es diáfano como el proyecto de decoración que tengo sobre la mesa?

La pregunta contiene implícita una petición de intercambio de pareceres en estricta confidencialidad.

—Soy selectivo mirando y eso me da ventaja al distinguir entre lo que me interesa o lo que califico de intrascendente para mis sentimientos. ¿Te resumo un episodio cuya titularidad me pertenece en parte? El resto tiene autor, un tipo generoso con las almas expuestas a las que cede su derecho de copia y difusión.

Macarena escucha.

*Todas las mañanas saludaba con su presencia; y en el epílogo del atardecer, un poco antes de la plena oscuridad, era su figura en despedida el recuerdo de otro día pasado con sus bondades y sinsabores. Aquel hombre —o mujer— descifraba el paso del tiempo para el prójimo porque se había convertido en el intérprete del más temido juez. Él solucionaba de esta sencilla manera un*

*problema que empezó a serlo el día que no fue visto por los que ya habían dejado de creer en su poder.*

*Entonces, quizá como defensa improvisada ante lo que se avecinaba, surgió la indiferencia hacia aquel hombre que fue izado a la gloria, por decisión pública, y descendido al infierno por la misma discrecionalidad. “Quién era? ¿Qué hizo por nosotros? ¿Qué sabíamos de él? No era nadie. Nunca estuvo donde estaba. Ya es historia y como tal se desecha y a otra cosa.” Los que antes alabaron ahora denunciaban y exigían el olvido. Pero en vano, porque la ausencia se dejaba sentir con inusitada fuerza y no tardó en emerger la acusación hipócrita por los males al acecho. Sin ese apoyo incondicional, el suelo y el cielo amenazaban con caer y engullir. ¿De quién va a ser causa el infortunio si no del ave de mal agüero? Tanto ir y venir sin más misión que esa, no podía traer nada bueno a la sociedad en su mundo. ¿Alguna duda? Ninguna. De ahí el veredicto de culpa. Y con la sentencia, un nuevo servicio que exonera de cualquier responsabilidad presente o futura a los constituidos en tribunal. Qué ingrata actitud la de esas gentes que a la vida imponen su egoísmo. ¿Es que nadie pensó un instante en la suerte corrida por el vecino? Si ayer era y hoy no es, ¿qué le habrá sucedido? Es una duda censurada por los que han asumido la representación del conjunto. Ellos hablan mientras los demás callan incluso su curiosidad.*

*Pronto la memoria se convierte en vago recuerdo, apenas una imagen desvirtuada que no alcanza a sacudir la conciencia. Y otra vez a rendir culto a la costumbre que daña, confunde y acobarda. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido hasta hoy, el día que se relata? No hay cálculo fiable, pues aquel hombre que con su sola presencia marcaba las horas y los minutos y que con su sombra en creciente o menguante guiaba a quienes con él se cruzaban ya no es ni está. Aunque tal afirmación es inexacta y se explica a continuación.*

*Un día tras otro los ánimos terciaban en litigio. Era como si a esa sociedad en su mundo le fallara el cimiento, por lo que cada uno de sus componentes buscaba su identidad y un refugio al margen de los demás, recelosos del prójimo, huraños y esquivos en el trato. Una situación al cabo insostenible donde de las quejas se pasó a las fricciones y de éstas a una agresión generalizada que enfrentó a ciegos contra sordos, a ignorantes contra vanidosos en el espacio abierto, y a cada uno contra sí mismo en el espacio privado.*

*Todo a causa de un desprecio. Durante esas jornadas de encono y trampa por conseguir el dominio de la sociedad en su mundo, a los alrededores del escenario llegó un pintor con los útiles de su arte, atraído por la noticia que le diera un hombre que dos pasos a su espalda observaba la lucha y sus estrategias con expresión distante. El pintor puso manos a la obra y fue dando vida a la muerte. A medida que trasladaba la realidad al lienzo, abstraído en la tarea, difuminaba el origen consiguiendo vaciar el paisaje de sus caracterizados elementos. Una obra maestra.*

*Un lugar nuevo. El artista, firmado el cuadro, paseó con aquel hombre el suelo y el cielo renacidos. La vida aflorando aún discreta, cuesta de disipar el miedo y todas las prevenciones son pocas para evitar algo como lo sucedido, pero con ganas, ilusionada, seductora.*

Macarena absorbe.

—He resumido la historia.

—¿Has pintado ese cuadro? —pregunta Macarena.

—No sé cuándo lo terminaré, tampoco recuerdo cuando lo empecé —intenta hacer memoria sin éxito—. Puede que en una semana. Me he propuesto acabarlo y eso ya es mucho. Veremos.

Macarena trae a colación la promesa que le hizo.

—Tienes que contarme más cosas.

—Sí. Las estoy ordenando en mi cabeza y en un cuaderno. Son apuntes, son dibujos, son ideas, son deseos.

Son casi las ocho. Macarena quiere volver a casa.

—Te entiendo.

—Hablamos en unos días.

—Vale. Yo te llamo... en una semana. A ver si has acabado el cuadro y me lo enseñas.

A las ocho llama a casa, pero Ricardo no contesta. Prueba en el concesionario y tampoco lo encuentra. Sale del estudio contrariada, con el presente volcado sobre sus hombros.

“Ha sido un día raro.”

Quiere llegar a casa y hablar con él. Quiere tenerlo delante y leer en sus ojos. Sabe que no es como ella, pero es imposible cambiar tanto de repente. Va a confiar en él, va a dejar de sospechar.

“Sé que puedo.”

Camina con la cabeza alta, el cuerpo erguido, elegante, dueña de sus emociones. Hoy se siente mejor que ayer, con menos inconvenientes a cuestas, y capaz de superar lo que se le ponga por delante. Las casualidades existen, forman parte de la vida, pero les da un valor relativo.

“Hay una explicación para todo. Sólo pido eso.”

Una sencilla explicación convincente.

“Quiero saber el motivo. En cuanto lo sepa me quedará tranquila.”

Pero si por enésima vez le induce a confesar, quien anuncia a las claras su recelo es ella.

“He de actuar con tacto.”

Es ella la que se exige medir sus actos y sus palabras, ha de ser comprensiva. Llegará a casa mostrando una total disposición para la convivencia, es preciso que ni su cara ni su voz denoten duda cuando él hable desde una sinceridad provocada.

“Borrón y cuenta nueva.”

Tiene la esperanza puesta en el amanecer.

“Pasaré esta maldita página.”

Imagina un día radiante, limpio, y el aire como una caricia. Un día de invierno en la cima de un paraje singular coloreado por un espléndido sol. Ella con su deseo en una fotografía que enmarcará al llegar a casa. “¿Dónde la voy a poner?” Extiende los brazos y toca el cielo. “Esta es la fotografía que quiero”, presidiendo el salón. Para mirarla con los ojos abiertos y para verla con los ojos cerrados. “Depende de mí.” Le basta apretar el disparador, en cuanto oiga el clic lo habrá conseguido y al llegar a casa elegirá el marco que acogerá su futuro.

“Esta noche hablaré con Ricardo.”

Llama a casa para decirle que no tarda. Ricardo no coge el teléfono. Piensa Macarena que todavía es pronto si ha tenido que salir de Madrid. “Estará conduciendo”, supone, por eso no llama al móvil.

Guarda el suyo, se protege el cuello del frío que empieza a cercarla y aprieta el paso. Por entretener el recorrido, observa las delicias gastronómicas y los diseños

de moda que se alinean con brillo propio a lo largo de la acera, una tentación visual de la que no se sustrae nunca y que analiza como mujer y como profesional. Hay gente en la calle y es fácil tropezar el cuerpo.

Ante el escaparate de una zapatería se detiene y comprueba si ha recibido una llamada o un mensaje en el móvil.

“¿Y si compro algo para la cena? Un capricho.”

Le gusta la idea.

“Ya sé...”

Un timbre, dos. El bullicio a su lado no le impide oír el teléfono.

—Hola, Marian.

Su hermana quiere verla. Quedan el sábado por la mañana en El Retiro.

“Qué casualidad.”

Hoy, en pleno puente, la han llamado Alejandro y Marian, pero ella no encuentra a Ricardo.

—Disculpe... —Le sorprende una voz masculina. Instintivamente aferra el bolso y su maletín—. ¿Tiene fuego?

El sentido del humor acude a la punta de su lengua: “En un armario de mi casa. Es un encendedor caro, muy bonito; un regalo de alguien que me odia.”

—No. Yo no fumo.

Es una imagen preciosa. El cielo nítido, el aire puro y la naturaleza dadivosa; una imagen idílica. Demasiado perfecta. Macarena repara en el silencio, “otra vez el maldito silencio”, una advertencia que viene de lejos atravesando esa armoniosa recreación. Es un trueno, percute a modo de la señal acústica de un alud. Ni un atisbo de amenaza en el horizonte. ¿Falsa alarma? Las hojas quietas, pendientes de un asidero endeble, los árboles lánguidos, siempre a la expectativa en su postración; un sutil poema de fuga escrito en la tierra con la punta renegrida de las ramas amputadas por el rayo. Un oído atento percibe la caída del manto ficticio, el anticipo de la tormenta y una más que presumible devastación.

Lo intenta en la proximidad de su casa, a la tercera va la vencida. Pero Ricardo no descuelga el teléfono y Macarena no quiere llamar al móvil por si está conduciendo. Son las nueve de un día extraño; mañana es fiesta, va a preparar una cena romántica y no quiere preocuparse por nada mientras le quede margen.

“Yo decido.”



Sábado, doce de un mediodía frío y gris. Marian sube por la calle de Alcalá y espera a su hermana en la puerta de El Retiro. La ve llegar a los pocos minutos con las mejillas encendidas y sale a su encuentro. Cogidas del brazo entran en el parque.

Marian habla sin rodeos de lo que piensan ella y Adrián sobre Ricardo y la situación que soporta con su sigilo y esa forma peculiar de afrontar el problema.

—Porque es un problema, Macarena, no nos engañemos.

La hermana mayor ejerciendo.

—Es mi problema.

—Y el nuestro.

De sus padres hace una mínima mención que incomoda a Macarena.

—Sé lo que me hago, Marian; no te preocupes. No os preocupéis por mí, ya soy mayor para solucionar mis asuntos. Mis asuntos —recalca—. Y estoy perfectamente, así que basta.

—Tu cara me dice lo contrario.

Marian no está dispuesta a zanjar el asunto por la voluntad de su hermana.

—¡Bah! Me conoces de sobra —se defiende Macarena—. Todos los matrimonios pasan por crisis. No voy a negar la gravedad del asunto, pero ya ha pasado. Convenceros igual que yo —pide expeliendo vaho por la boca—. Mi matrimonio se salva. Ricardo y yo queremos salvar nuestro matrimonio.

Con otras palabras pero con esa intención se lo dijo a Ricardo el martes por la noche. Cuando ella abrió la puerta de casa, poco después de las nueve, él ya estaba.

—He llegado hace nada. Menudo día. ¿Desde cuándo los puentes son tan complicados? —lamentaba Ricardo.

—El año que viene nos largamos de Madrid —propuso Macarena.

—Es una buena idea. ¿Qué tal te ha ido?

—Nada especial, pero he adelantado trabajo. Me doy por satisfecha.

Macarena fue a la cocina a preparar la cena. Ricardo se cambió de ropa y conectó el televisor.

—He comprado esto y esto.

—Muy apetitoso.

Comieron en silencio, mirando la televisión. Cruzaron algunas palabras con relación al programa que Ricardo había puesto, pero hasta que Macarena retiró

las bandejas y los platos la conversación no tuvo la trascendencia que ella pretendía.

—Hablemos un rato. Me da igual que apagues la televisión, pero baja el volumen.

—Vale.

Ricardo apagó su cigarrillo, enmudeció el televisor y formal como un alumno de colegio que quiere causar buena impresión se dispuso a escuchar.

“Con tacto”, presionaba Macarena a su de por sí retenida inquietud.

Con la boca pequeña, dando circunloquios, para decir que tienen que esforzarse los dos en arreglar definitivamente su matrimonio. Tienen que poner lo máximo cada uno desde la sinceridad.

—¿Sabes a que me refiero?

Ricardo asentía.

“La cosa va bien”, pensaba ella.

Y siguió con su didáctica, entonces algo más suelta pero sin relajar el control a su monólogo. Porque era eso. Ricardo callado y otorgando. Respondía a preguntas sin compromiso con una afirmación o una negación, y si apostillaba era para redundar en su postura.

“Es positivo.”

Una hora de toma de contacto y dos cigarrillos después, encendidos con un mechero de plástico, Macarena apoyaba la espalda en su mitad de sofá y estiraba las piernas por debajo de la mesa.

—Confío en ti. No me falles.

—No te fallo —acompañó Ricardo.

Del estante al *Ángel caído*, cada una metida en su papel.

—Ya ha pasado, Marian. Estoy segura.

—Lo que me has contado es una buena señal, pero me temo que no es definitivo. No te ciegues, no seas ingenua.

Macarena se molesta.

—¿Qué quieres decir? No soy una criatura.

—Digo que tienes un punto de ingenuidad que te hace ser demasiado confiada; por lo menos en esto lo eres.

—¡Hablamos de mi matrimonio!

Marian le aprieta el brazo.

—Hablo de ti.

Le cuenta que el martes Adrián les vio juntos, por la tarde.

—¿Dónde? —pregunta al instante, rasgada la voz por el frío y la sorpresa.

Macarena deja de caminar.

“No puede ser.”

—Por Alonso Martínez. Una casualidad que Adrián estuviera por allí.

Aturdida por el golpe, Macarena da la espalda a su hermana.

—Cómo...

Una corriente de angustia sacude su cuerpo y le cierra la boca.

“No...”

—Ven, chiquitina.

Le abraza, pero Macarena no reacciona.

“Imposible.”

—Vamos a sentarnos.

El frío le traspasa la ropa.

—No...

Marian la conduce de regreso al estanque, despacio, acompasadas.

—Deja que hablemos. Te hará bien.

“Tenemos que hablar, Ricardo, nos hará bien a los dos.”

—¿Has venido en coche? —pregunta Marian.

—Sí.

—¿Hablamos dentro del coche?

—No.

—Tengo que hablarte, Macarena.

—Vale. Pero andando. No quiero parar, no quiero sentarme, no quiero tener nadie al lado.

Bordean el estanque. Marian prologa con la experiencia de una amiga, “todas las historias tienen algo en común”, lo que ha hablado con Adrián y ha quedado en decirle este sábado.

Macarena cuenta el número de alumnos de Bellas Artes reproduciendo con estilo propio el monumento a Alfonso XIII, “siete, ocho”.

—¿Qué cuadro de Madrid te gustaría que colgara en tu casa? —pregunta a Marian.

Frente a los aspirantes a artistas hay uno que observa el paseo ocioso de las dos mujeres. Macarena le distingue abstraído “a medida que traslada al boceto lo que percibe”, consignando las diferencias que la obsesión oculta, y le anima a contemplarla para que le diga qué ve en ella.

—No sé... Son tantas las imágenes. De la Plaza Colón quizá, o del Jardín Botánico —elige mientras adorna las paredes—. Claro que no estaría nada mal un cuadro del Palacio de Oriente. ¿Y qué me dices de la Cripta de la Almudena?

—Sí, me impresiona la Cripta.

—¿Qué cuadro prefieres?

—Si es sólo uno, el de los Jardines del Templo de Debod.

Marian sonríe.

—Éramos jóvenes.

—¿Dieciocho, diecinueve años tenía yo? Fue divertido.

—Un atrevimiento es lo que fue —recuerda Marian—, pero muy divertido.

¿Seríamos capaces ahora?

“¿Podría?”

Macarena piensa en ese cuadro que le gustaría colgar en el salón.

—Lo intentamos en mayo. ¿Era mayo?

—Junio.

—Soy mala para las fechas.

Las fatídicas las elimina el tiempo “y el deseo por sacarlas de mi vida”.

Marian aconseja que tome la iniciativa.

—¿Has pensado en la separación?

“Sí.”

—No.

Marian habla de abogados.

—¿Conoces algún abogado que sea de confianza?

“Sí. Le llamaré un día de estos, cuando lo necesite.”

—No. No sé. Tendría que pensarlo.

—Yo conozco, Adrián también. Un amigo suyo...

Macarena chasquea la lengua.

—Hay abogados a patadas.

—Un especialista.

—Los hay a montones y de todos los precios.

Marian sugiere que estudie el reparto de los bienes.

—Estás en régimen de gananciales. Pero lo que tú has aportado es mucho.  
¿Hacemos un rápido inventario?

“Me quedaré con lo que es mío.”

—¿Lo dejamos aquí, eh? Por favor.

Marian comprende que es inútil forzarla.

—Vale. Perdona si...

—No tengo nada que perdonar, al contrario. Gracias, cariño. Pero por hoy ya basta. Según pasen las cosas tomaré mis decisiones y os iré contando —suelta el aire almacenado en los pulmones con fuerza—. Dile a Adrián que esté tranquilo. Si puedo... —entorna los párpados—, ya veremos cómo pinta la cosa, en la comida de Navidad hablo con él. He de ser yo quien dé los pasos, ¿me comprendes? Quiero estar absolutamente segura antes de hacer nada que sea definitivo. Porque cuando haga algo será definitivo.

—Me pongo en tu lugar. ¿Hablo yo con papá y mamá?

—Les llamo mañana mismo. Eso también es de mi incumbencia, Marian. Si no me oyen va a ser peor.

—Tienes razón.

—¿Te llevo a casa?

Es un cielo de nieve, una dificultad añadida para los alumnos de Bellas Artes. El invierno se avecina duro, así lo indican los pronósticos meteorológicos y el sexto sentido. Macarena detesta el frío.

Frío, lluvia y niebla el martes catorce de diciembre al anochecer. Macarena mira por la ventana y arruga el semblante.

“Mala hora para viajar.”

Pero como no hay alternativa y el cliente es importante, y de él ha partido la fecha y la hora, “no quiero retrasar más la decisión y esta es la última semana hábil para todos”, le dijo ayer, se dispone a coger el coche para ir a El Escorial.

Cora le entrega el resto de la documentación.

—¿Has reservado mesa en *Casa Domingo*?

Este año le ha correspondido a Macarena elegir el restaurante para la cena de empresa, una tradición que emplaza a los dos matrimonios en una velada distendida donde se habla de todo menos de trabajo.

—Dijimos el viernes diecisiete, sí. Llamo.

Luego toca copa y baile, en un lugar a elección de Cora.

—Scheherezade, en Juan Bravo.

—Para mí es nuevo.

—Te gustará —afirma Cora—. Lo pasaremos bien.

“Ojalá.”

Ricardo acepta sin entusiasmo. “Dónde dices que está.” Lo de bailar no va con él y como le aburre el marido de Cora la perspectiva es poco halagüeña. “¿Con quién nos juntamos después?” La tradición manda que la segunda parte de la fiesta reúna a otros matrimonios con los que las dos parejas se avienen.

Tráfico lento a la salida de Madrid. Son las ocho menos cuarto y procura relajarse. Apaga la radio, conecta el manos libres y llama a Alejandro.

—Hace una semana. ¿Has acabado el cuadro o las musas siguen de vacaciones?

—Estoy en tratos con ellas —dice Alejandro—. Son unas negociadoras exentas de compromisos, indiferentes a los ruegos de los mortales y sus estados de necesidad tan vinculados a las obsesiones. Sigo con mi intención, pero poco más.

—Vaya. Tendré que pedirles que sean generosas contigo si quiero verlo acabado.

—Me iría muy bien que tuvieras mano con ellas. Cosa que no me extrañaría. Por cierto, ¿es un intermitente lo que oigo?

—Sí. Estoy en el coche.

—Entonces cuelga. No me gusta hablar por teléfono con alguien que conduce. Macarena ignora el comentario.

—Voy a El Escorial.

—¿A estas horas?

—Estoy citada con un cliente para el que el tiempo es una circunstancia pasajera. Vamos, que si quieres pescado te has de mojar el culo.

Alejandro observa la calle.

—Está lloviendo.

—Llueve, atasco y niebla —confirma Macarena—. Un panorama acogedor. ¿Me invitas a una taza de chocolate caliente?

—La preparo si me permites acompañarte.

—Encantada. Ponte el cinturón de seguridad y cuéntame el misterio de tu año sabático. ¿Ha sido eso?

—No.

—Para que te sitúes, estoy a la altura de la Carretera de Castilla. ¿Me cuentas algo?

—Sí.

Había expuesto en septiembre de 2009 una muestra de paisajes urbanos ficticios. Era la primera vez que otorgaba protagonismo a la arquitectura de ciudades imaginarias.

—Pero muy parecidas a las que soportamos y nos sufren.

La confusión entre invención y realidad era el objetivo a producir en el espectador de los cuadros. Las ciudades eran contempladas a vista de transeúnte de dos y cuatro patas, de ocioso apoyado su hombro en el marco de la ventana y de pájaro de escasa envergadura, logrado el efecto por la voluntad del intérprete. Sin elemento humano en la composición.

—Me gustó mucho —recuerda Macarena—. Admiro tu obra. Tuviste buenas críticas.

—Te pareció inquietante por la simplicidad. Eso me dijiste.

—Sí, y lo entendiste. Una ciudad vacía no es como un paisaje de campo o de mar. A mí me produjo... desasosiego.

—Tú eres más urbana que yo.

—Bastante más. No concibo una ciudad vacía de gente.

—Mi idea era mostrar una ciudad por estrenar.

Las críticas fueron en el peor de los casos benevolentes con el ensayo. “Es un tramo del camino que me queda por recorrer”, dijo Alejandro a un periodista.

Una quincena, prorrogada a tres semanas, de exposición abierta al público y a continuación el balance. “Desaparezco un tiempo”, comunicó a su representante. “Tengo ganas de perderme para encontrarme.”

—¿Le dijiste eso? —pregunta Macarena a la altura de Majadahonda.

—Te lo digo a ti ahora. Esto es lo que deseaba.

—Hace más de un año.

Tenía pendiente conocer rincones de la vieja Europa y el dinero suficiente, confiando que las ventas restituyeran el dispendio, para dedicarse a esa aventura que también debía aportar luz.

—¿Eso buscabas?

—Necesito confiar en mí mismo. Mi actividad no era previsible hace dos décadas, y hace una no pasaba de dudosa. Lo mío es una constante reivindicación de lo posible —ironiza Alejandro.

—Pintas de maravilla. Esto es lo tuyo.

—Gracias. Nunca me has dicho o insinuado lo contrario, eso significa que sigues igual de ciega aunque te asista la razón.

Macarena sonríe.

—Tú y los dobles sentidos. Yo sé de lo que hablo.

Lugares incógnitos para él señalados en un mapa de Europa tamaño folio con las divisiones políticas sin actualizar. Seis en total: Escocia, Baviera, el Tirol, el Cabo Norte, Flandes y Praga.

—¿Por dónde empezaste?

—Por España. Nada mejor que empezar por el principio. Carretera y manta sin ideas preconcebidas salvo la de aislarme. Pensaba que volver a lo propio me iba a ayudar en mi búsqueda. Porque buscaba para encontrar.

Viajes sin fecha por tierras que contaban su experiencia íntima. Las salidas al extranjero fueron viajes de tres a siete días intensamente vividos. Avión, barco fluvial, tren y coche. Sintetiza a Macarena las sensaciones recogidas en su memoria, fuentes de reflexión más que de inspiración. Pasea con la voz aquellos días al margen del mundo, sin noticia de los acontecimientos que afectan a los semejantes en la dimensión personal ni acudir a las referencias de lo conocido para comparar nada de lo descubierto.

—Me encantan esos lugares —comparte Macarena—. De ellos sólo me queda por visitar el Cabo Norte, y lo haré. ¿Te han gustado o te han decepcionado? Tú miras con ojos de artista y esa es otra realidad, imagino. A mí me gustaron mucho. Quiero volver.

—Me ha gustado todo. Y te digo que he mirado con mis ojos y he visto lo que tú, lo mismo que ve cualquiera que quiera mirar.

A partir de Torrelodones la circulación es más fluida.

—¿Has contemplado una Aurora Boreal?

—Sí.

—¿Qué se siente? Debe sobrecoger, debe ser como una fantasía —idealiza Macarena.

—Yo sentí y pensé.



La naturaleza habla sin segundas intenciones impartiendo pedagogía; a veces su voz es tonante, fragorosa, terrible en su dialéctica; mientras otras, las más, susurra, aconseja en sordina. Algunas obras de arte, al igual que algunos libros con firma indeleble, explican desde otra óptica los sucesos personales y así, desde esa interpretación concedida, resultan comprensibles para ser asumidos o para ser combatidos.

—Sentía y pensaba al hilo de una revisión minuciosa de mi vida.

Macarena toma el desvío hacia El Escorial por la M-600.

—Como una puesta a punto.

—Pues sí —acepta Alejandro.

—Aquí no hay tráfico.

—¿Y la niebla?

—Densa, y en el exterior hace mucho frío. Pero tú no te preocupes que sé cuidarme.

—Tanto como yo.

Alejandro mira la calle, mira por la ventanilla, mira el retrovisor, mira las luces y el cielo. Sigue contando su peripecia vital, en realidad detalles, las anécdotas que escriben en letra cursiva los capítulos privados.

Macarena anuncia las luces de El Escorial.

—Puede que nieve esta noche. ¿A qué hora regresas?

—No creo que antes de las once.

Le pide un favor.

—¿Me avisas cuando llegues a Madrid?

—Claro. ¿O prefieres acompañarme, como has hecho en la ida? —propone Macarena en tono distendido.

—Es una buena idea que depende de ti.

Para encontrar rápido la dirección del cliente conecta el navegador.

Macarena se sienta en el sofá y enciende el televisor. Ricardo hace lo propio al poco tiempo; lleva una hora metido en la habitación despacho sin apenas hacer ruido.

—He pensado que nos iría bien un viaje. A mí me apetece pasar la Nochevieja fuera.

Ricardo encoge los hombros. Imagina que Macarena se refiere a pasar una o dos noches en un hotel con encanto en los alrededores de Madrid o a no más de cien kilómetros de la capital.

—¿Dónde?

—Lo tengo medio decidido. Antes quiero saber si estás de acuerdo.

—Me da igual irnos o quedarnos. La Nochevieja no me hace especialmente feliz como sabes. Todas estas fiestas me cargan. Menos mal que tardan un año en volver. Pero dime, ¿dónde quieres que vayamos?

Macarena le busca la mirada.

—Al extranjero.

Ricardo da un respingo.

—Vaya... ¿Dónde se te ha ocurrido ir?

—¿Te acuerdas de mi amiga Elisa, la que está casada con Fernando? El año pasado me dijo que fuéramos a visitarlos a su casa de Oporto, esa que heredó Fernando; él es portugués. Bueno, la casa está a las afueras de Oporto, en un pueblo, me parece. ¿Te acuerdas de ellos dos?

—Hace años que no los veo.

—Yo a Elisa sí la he visto recientemente, y hablo con ella a menudo. Tampoco hace tanto que hemos cenado con ellos.

—Me falla la memoria —alega Ricardo jugueteando con el cenicero.

—He pensado aceptar la invitación —dice Macarena—. Quiero cambiar de aires.

Ricardo va a por tabaco. Enciende un cigarrillo y el humo pronto siluetea su desgana.

—Ya sabes que me da miedo volar.

—Es un trayecto corto.

—Pero hay que coger un avión.

—Sería muy pesado conducir, pero siempre nos queda el tren —ironiza ella—. ¿Nos subimos al tren?

Ricardo fuma en silencio, con los ojos sobre el televisor.

“El viernes tenemos cena y baile”, lamenta sin mover un músculo de la cara.

Macarena insiste. Ella quiere pasar la Nochevieja en Oporto, que es lo más alejado de Madrid que tiene a mano sin el recurso a la agencia de viajes.

—¿Qué? ¿Nos vamos?

—Podemos pensarlo. ¿No hay nada mejor por aquí?

—No. Y te he dicho que me apetece. El año pasado fue cosa tuya la Nochevieja, este año me toca a mí. Venga —apremia.

—Si ya lo has decidido qué voy a decir.

Macarena dibuja una sonrisa en su boca.

—Es un vuelo corto. Y si te hará más corto si duermes. Yo me quedo el asiento de ventanilla.

Los dos matrimonios cenan en *Casa Domingo*. En apariencia se divierten los cuatro. A Ricardo no le cae demasiado bien Antonio, el marido de Cora; dice de él que es un hombre de segundo plano, tan discreto, tan comedido, una pieza de ornamento más que un ser humano.

—Le falta chispa —le dijo una vez a Macarena—; no sabe lo que es divertirse.

—Es un buen conversador y le gusta bailar.

Ricardo tampoco aprecia en exceso a Cora.

“Hacen buena pareja, son tal para cual”, los califica burlón. Piensa de ellos que han nacido para estar juntos, “almas gemelas”, en tono despreciativo. La conversación es amena pero él casi no participa. Intenta recordar a Elisa, a Fernando y cómo es un vuelo placentero.

—Qué bien hemos cenado —dice Cora.

Antonio asiente y abunda en el comentario.

—Me gusta mucho este sitio —dice Macarena—. Venía con mis padres.

Ricardo quiere fumar y se excusa para salir a la calle.

—Sólo es un momento, para calmar el ansia.

Macarena se pregunta qué encendedor utilizará, pero de inmediato riñe su sarcasmo. “He de confiar.”

Media hora después se reúnen en Scheherezade con los tres matrimonios convocados a la velada.

Ricardo mantiene la cara de circunstancias. Es un anticipo de Nochevieja, con la misma traza que le disgusta. Y esa noche tiene unas irresistibles ganas de fumar.

Unas copas, charla entretenida, buen ambiente.

—El tiempo que tarde en fumarlo —le dice a Macarena antes de buscar la calle.

“Algo le pasa, pero yo confío en él.”

—¡Vamos a bailar! —exclama Cora disfrutando de la noche.

—Yo espero que vuelva Ricardo, será un minuto —dice Macarena. Quiere bailar con él, sentir que lo peor ha pasado y que participe de la fiesta. Ha de ser un día feliz para los dos.

—Lo entiendo.

La música seduce.

Ricardo aparece cabizbajo, ajeno a cuanto le rodea, con paso corto y las manos en los bolsillos.

—Vamos a bailar —le pide Macarena—. Te estaba esperando.

—No me apetece. Baila tú.

Macarena le sonrío.

—Anímate, hazlo por mí.

—Luego. Te lo prometo.

Macarena baila con ganas. Lo ha intentado, pone lo máximo de su parte. “No te preocupes y diviértete, ya sabes que no le gusta bailar.”

El año pasado fue distinto. Ricardo estaba contento, se le notaba suelto, divertido; estuvo encantador, recuerda Macarena, aunque quizá exagera porque no resiste la comparación con el presente.

“El año pasado vino ella.”

Macarena le dijo a Begoña si quería unirse al grupo. Daba igual si iba acompañada o no, todos eran amigos.

—Gracias. Eres tan amable, tan buena amiga.

Begoña lo pasó bien hace un año, y Ricardo a sus anchas, un modelo de cordialidad, la encarnación del espíritu navideño.

— Lo he pasado fenomenal —agradeció a Macarena.

“El año pasado estuvieron bien los dos, compenetrados, y yo estaba satisfecha de mi buena acción. Éramos una pareja de tres”, admite Macarena.

Un instante de duda le ensombrece el rostro. “¿Un presagio?” Pero lo maquilla en el aseo. “He de confiar en él.” Macarena cree en los presagios. “Creo en su promesa.”

Baila con Ricardo. Luego sigue bailando mientras él fuma en la calle o permanece sentado solo o habla con quien se presta para matar el tiempo.

“No está aquí”, teme Macarena.

Baila, se divierte, vive la celebración con sus amigos y observa a Ricardo a cada giro, a cada nueva canción.

“No está conmigo.”

Es una frase lapidaria que se recrimina. “Me equivoco.” Sonríe al mundo en torno, siente la música, se deja llevar por la ilusión que la invade. “Imaginaciones mías. A Ricardo le aburren estas cosas, no hay nada más.”

—¡Feliz Navidad!

Corre el deseo. Diciembre trae un sinfín de bondades y altruismos. Ricardo se despide con mejor humor y ya en casa parece reconfortado.

—Estoy hecho polvo. Me voy a dormir.

Se acuesta en su lado de la cama y duerme como un niño. Macarena lo mira desde una objetividad impuesta para descubrir qué oculta. Pero sus ojos no ven y sus piernas aguantan lo justo para entrar en el cuarto de baño, restituir a la piel su textura y enfundarse el camisón.

—Buenas noches —murmura.

Silencio. Y al cabo una respiración pesada, de sueño profundo, liberador.

“He de confiar en mí. Yo decido.”

Le costará dormir si repasa la película de esa noche.

Es un vuelo plácido el que les lleva a Oporto el 31 de diciembre. Ricardo, en su asiento de pasillo, dormita con los auriculares puestos; Macarena, en el de ventanilla, contempla el mosaico de cintas, salpicaduras y brochazos que se extiende bajo el avión.

“He acertado.”

Hacía años que no abandonaba España en esta fecha de entrada y salida, tantos como los que lleva casada.

“Y el noviazgo, otros cinco.”

La mayoría de sus Nocheviejas las ha celebrado en Madrid, con la familia o con amigos. Guarda magníficos recuerdos, aunque no cree haber hecho nada extraordinario en ninguna de ellas.

“Soy una mujer normal, con aspiraciones normales.”

Es la penúltima escala de las fiestas navideñas. Si a Ricardo se le hacen eternas, este año a Macarena le han ocasionado desazón.

“Horrible Nochebuena, terrible Navidad. ¿Me estoy pasando al calificarlas tan desastrosas.” Le ha supuesto enfrentarse a un juicio paralelo, como si no tuviera bastante con su dilema, en el que surgen testigos de todas partes aportando una

verdad dolorosa que no puede corroborar. “¿Quiero hacerlo?” Saben algo que ella ignora o niega esté sucediendo, “me valgo por mí misma”, que le cuentan en un inciso provocado mientras el mundo fluye con su característica normalidad. Ella escucha, se muerde los labios y la lengua o averigua en la medida que no le delate la ansiedad, respira hondo y no pregunta “¿estás seguro?, ¿crees lo que dices?”

En Nochebuena fue Clara, en la cocina las dos preparando uno de los platos. Ricardo hablaba con sus padres, unos tíos con la mitad de sus hijos que se unieron a la cena después de una década de incomunicación física, y su cuñado sentados a la mesa. Ella y Clara hablaban de los adornos, los regalos y los compromisos cuando las nimiedades terciaron en confidencia.

—A mi hermano siempre le han gustado las mujeres.

Macarena la miró extrañada, porque aquello no venía a cuento y porque era una declaración sobrante. Dicho así sonaba como si Clara estuviera revelando un gran secreto mantenido en la caja fuerte de la familia.

—Ya lo sé. Soy su mujer y no he notado nada raro al respecto a lo largo de nuestro matrimonio —dijo en un tono que reprimía un asombro jocoso—. ¿A qué viene eso?

Clara negó con la cabeza.

—Me has entendido.

—No.

—¿Es que no conoces a los hombres?

Macarena se puso a la defensiva. El cariz que estaba tomando la situación le disgustaba. Acumulaba suficientes enigmas en su vida privada como para que se sumara un acertijo desde la ineludible periferia.

—Tanto como cualquier mujer casada —espetó buscándole la mirada. La tenía tan inestable como su hermano y su madre; el único que la sostenía al ser preguntado era el padre, pero como hablaba poco y para sentar cátedra según su concepto de las cosas, el examen quedaba invalidado.

Su respuesta fue espontánea pero endeble. Iba a decirle que a ella sólo le importa el suyo, a quien debía conocer siquiera por el tiempo compartido; y que no todos los hombres, o todas las mujeres, son iguales. “Tópicos.”

Clara sonrió con aire de triunfo.

—Yo no me engaño. ¿Has oído lo de que la cabra tira al monte?

“Grotesco, vulgar.”

—Es una frase comodín. Tanto se aplica para un roto como para un descosido, a hombres y a mujeres. ¿Habías oído tú esta?

Clara ignoró el comentario y la pregunta.

—Las mujeres somos comprensivas por naturaleza, pero de tontas nada, y eso nos da ventaja a la hora de actuar —dijo secándose las manos en el delantal—. Podemos hacer la vista gorda delante de una... —moviendo las manos buscaba la palabra— un desliz...

—¿Desliz?

—Una tontería. Nada importante.

—¿Cómo qué? —preguntó Macarena con un aleteo de presagio en el estómago. Clara sacudió la cabeza. Sus manos cobraron vida propia, mareantes.

—Me has entendido, no me hagas hablar.

—Habla.

—Otro día. Nos vemos otro día y hablamos —propuso bajando la voz—. Lo que ahora quiero decirte es que... ¡es tan fácil darse cuenta! —conteniendo la voz.

—¿De qué?

—De que a veces los hombres necesitan... reivindicarse. Ven en otra mujer algo que les atrae y... juegan... porque es un juego. Lo de las crisis, ya sabes.

Macarena se agitaba por dentro, era ridícula aquella conversación e insustancial.

—¿Las crisis? ¿Qué me quieres decir? —apremió—. ¿Acaso tu marido te engaña?

Clara acusó el golpe.

—Eso es agua pasada. ¿Puedes decir lo mismo? —soltó torciendo el gesto. Pero antes de que Macarena le replicara añadió conciliadora—. No nos enfademos, yo quiero que hagamos causa común.

—¿Por qué?

—La experiencia de una mujer puede servir a las demás.

—¿Tu experiencia?

—La mía, la tuya, un montón. El mundo está lleno de pequeñas infidelidades.

—Las infidelidades nunca son pequeñas —opuso Macarena—. Son traiciones. Cuando se traiciona se rompe la confianza y sin confianza no hay nada sincero, nada noble. Nada. No hay nada —subrayó persuadida de su afirmación.

Introdujo los cubiertos sucios en el lavavajillas para un lavado rápido, harta de consejos y sorprendida por su reacción. “He dicho lo que pienso en voz alta. Me he escuchado criticándome.” Tenía ganas de respirar aire fresco y aún no había comenzado la cena de Nochebuena en casa de sus suegros.

Clara aprovechó el último minuto en la cocina.

—Hay que atarles corto. Pero también hay que perdonar y hay que olvidar.

—¿Cuántas veces has perdonado a Nacho? ¿Cuántas veces te ha engañado? ¿Cuántas veces has olvidado?

Clara abrió el frigorífico, cogió una botella de vino blanco y se la ofreció a Macarena.

—¿Y a ti? ¿Cuántas veces te ha engañado Ricardo? Le gustan mucho las mujeres, ¿sabes? Pero no es un traidor ni una mala persona. Tienes que tratarlo bien.

Macarena no daba crédito.

—Esto es absurdo. No entiendo nada de lo que me has dicho.

—Pues está muy claro.

La Nochebuena fue larga y tediosa para Macarena, una continuación corregida y aumentada de la charla con Clara, sin que la polémica o el tema abordado por Clara tuvieran cabida durante la cena o en la sobremesa. Recuerda que sobre la frontera hispano portuguesa pensó en muchas cosas dispares mientras hacía de tripas corazón para que se le notara lo mínimo su malestar.

En el coche tanteó a Ricardo, que se mostraba de buen humor.

—No has parado de hablar con Nacho, y de reiros.

—Mi cuñado es un tipo alegre, muy divertido. Ya le conoces.

“No sé a quién conozco en esta familia.”

—Tu cuñado es un juerguista y un caradura.

Ricardo emitió una risita de disculpa.

—Bah. Le gusta salir de vez en cuando. ¿Hay algo malo en eso?

—Si es con su mujer no —dijo ella contundente—. A ti te gusta salir conmigo, ¿verdad?

—Claro, vaya pregunta.

—Y a mí contigo, es lo natural. ¿De qué habéis hablado después de cenar? Yo he estado muy ocupada con tus primos y tus tíos. Poco caso les has hecho tú.

—Lo justo. Prefiero otras compañías.



—Pero es Navidad.

—Me da igual. No soy hipócrita.

“No es hipócrita, es hipócrita. Soy tonta, no soy tonta.”

En casa continuó indagando.

—Habéis estado mucho rato metidos en una habitación, ¿qué hacíais?

Ricardo encendió un cigarrillo. Estaba cansado, quería irse a dormir.

—Nada. Quería hablarme de un asunto personal. Cosas de Nacho.

—¿Quiere comprar un coche?

Nubes de humo, olor a tabaco rubio en el salón.

—De momento no, lástima. Pero algo de eso me ha comentado. No se te escapa una. ¿Vamos a dormir?

Macarena se sirvió un vaso de agua.

—No tengo sueño. Voy a ver un rato la televisión.

—Vale. Hasta mañana.

Una mañana nublada y fría la del 25 de diciembre.

“Feliz Navidad, mundo”, desea Macarena.

Ricardo remoloneando en la cama, luego en el cuarto de baño y por último al vestirse para comer en casa de sus suegros.

—Estas fiestas están demasiado juntas —dijo fastidiado.

—No te quejes, que yo también las soporto.

Macarena le apremia, no quiere llegar tarde como cada año.

“Otra vez la última no.”

Conduce ella, los dos callados, atento Ricardo a la caza y captura de una emisora de radio que juega a esconderse.

—Esta misma, ¿vale? —pidió Macarena.

“Otra vez la última.”

Sus padres; Marian, esposo y tres hijos; Adrián, esposa y un hijo; y *Traviesa*, la perrita de la casa.

En la cocina se reunieron la madre y sus dos hijas interpretando una escena diferente a la de la víspera. Preguntas recurrentes, silencios comprensivos o resignados a la férrea voluntad de Macarena y el apoyo de la familia.

—Gracias. Estamos saliendo adelante —las tranquilizó Macarena.

Su madre asintió circunspecta.

—Si nos necesitas ya sabes donde estamos —dijo en idéntico tono.

Marian apretó la mano de su hermana y se la llevó a la mesa.

Una educada cordialidad presidió la comida, y a los postres el ambiente era grato, típicamente navideño. Las rondas de café, infusiones y licor aderezaron la sobremesa tratando esos asuntos de actualidad sobre los que informan los medios de comunicación y se difunden de boca a oído en los lugares más insospechados. Entonces aprovechó Adrián para citar a Macarena en un aparte.

—Tengo la información que me pediste —le dijo delante de todos—. Acompáñame y te la entrego.

Había dispuesto un sobre grande en la que fuera habitación de Macarena.

—Fotocopias, notas a mano mías y una foto.

Macarena dudaba entre mostrarse agradecida o molesta.

—Los viste, me lo dijo Marian.

—En Alonso Martínez, el día siete por la tarde. A las...

—Vale. ¿Y esto?

—La demostración.

—¿De que estaban juntos? ¿Y si ha sido una casualidad? Ricardo podía visitar a un cliente y ella... estaba de compras o iba al cine o a encontrarse con una amiga. ¿Qué prueba todo esto?

Adrián calla lo que le hubiera gustado preguntar a su hermana: “¿Te muestras así de vehemente con él o eso lo reservas para los que no te traicionamos? ¿Quieres que también nos engañemos nosotros? ¿Para qué, en definitiva?”

—Me he tomado la libertad de hacer algunas comprobaciones. Lo que he averiguado está en el sobre. Ábrelo cuando te apetezca.

Macarena miró el sobre, luego a su hermano.

—¿No prefieres contármelo?

—No sé si merece la pena.

—Inténtalo.

Macarena sentía el vértigo de lo probable ascendiendo desde sus pies a la cabeza.

—Le dijiste a Marian que estabas segura de que había acabado la relación entre ellos. Ni un correo ni un mensaje ni una llamada, punto y final. Suponiendo que sea cierto, debes referirte al ámbito doméstico, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

Adrián puso su mano encima del sobre.

—Que hay muchas maneras de comunicarse si es lo que se quiere. Por ejemplo a través del correo de empresa, las comunidades de *chats*, la mensajería instantánea o las redes sociales. Ricardo no va a comunicarse con Begoña o con quien le dé la gana desde casa o desde su teléfono móvil para que tú lo descubras. A eso me refiero.

Macarena negó con la cabeza.

—Yo... estas cosas... yo no las he utilizado nunca.

—Tú no, pero alguna vez me has preguntado, ¿te acuerdas?

—Bueno... es normal, ¿no?

—Claro que es normal. Y al alcance de cualquiera. Ricardo dispone de correo de empresa, ¿verdad?

—Sí. Igual que yo, o Cora.

—O yo, y tu hermana y medio mundo.

—Vale, ¿y?

—Piensa antes de responder, ¿estás segura de que Ricardo no participa en una red social? —volvió a tocar el sobre—. No puedo asegurarte que se comunique con ella o con quien sea por *chat* o por mensajería; pero sí que tiene cuenta en una red social, igual que ella. Claro que las casualidades existen.

Macarena cruzó los brazos en el pecho, alterada pero imponiéndose control.

—Vale, Adrián. Eres muy listo. Miraré todos estos papeles cuando tenga tiempo. Muchas gracias y perdona tanta molestia innecesaria. Sé cuidar de mí misma.

Adrián la cogió por los hombros. Se le notaba apenado.

—Estas semanas he venido a menudo a casa de nuestros padres y en cada ocasión he entrado aquí. La habitación conserva tu esencia, tu carácter que Marian y yo, cual maestros de la fierecilla, calificábamos de intrépido quizá con algo de burla porque eras la pequeña, porque te admirábamos en tu naturalidad y porque nos contagiaba el brillo de tus ojos y el viento que levantabas al correr de un lado a otro. Yo no sé si tú en la infancia o en la adolescencia has querido ser como yo o como Marian; pero yo sí he querido parecerme a ti cuando me hiciera mayor, para no dejar de ser nunca un espíritu independiente que comparte su vida por vocación, generoso hasta la médula y noble. Así eres tú, Macarena; no permitas que nadie se sirva de tus cualidades para su propio beneficio que, además, te daña y anula.

Navidad es una fiesta entrañable que recoge una enorme cantidad de lágrimas por metro cuadrado.

—¿Falta mucho? —pregunta Ricardo mohíno consultando su reloj.

—No. Sigue durmiendo que te avisaré cuando vayamos a aterrizar.

“Buena actitud la de este. ¿Me reserva una sorpresa?”, teme Macarena devolviendo su mirada a la ventanilla.

Tras la comida de Navidad, en el coche de vuelta a casa, Ricardo obsequió a Macarena con una dosis de sus preguntas en Nochebuena. El mismo argumento con los papeles invertidos.

—Has pasado media tarde a solas con tu hermano, ¿qué hacíais?

Macarena recordaba cada frase de lo hablado con Adrián.

—Cosas de familia.

—¿Te ha contado una de esas historias a las que es tan aficionado o es que quiere un proyecto de decoración?

Adrián obedecía a un impulso mezcla de sangre, justicia y animadversión. Su deseo era inequívoco al entregarle aquel sobre grande exento de indicaciones en el anverso y el reverso. Pero la decisión de abrirlo como la de utilizar su contenido le correspondía a ella. “Son probabilidades”, se dijo. Y el sobre continuaba ignorado dentro de un cajón. “Lo prefiero. Sé lo que me hago.”

—Me ha buscado un cliente, sí. Quería contarme de que se trata antes de ponerme en contacto con él. De eso hemos hablado en mi habitación.

—¡Ajá! —exclamó Ricardo—. Es lo mismo que me pasó a mí ayer y yo no me he mosqueado. Hay que ver las cosas con naturalidad, te lo tengo dicho.

Todo era normal, se convencía Macarena.

De hecho, el viaje a Oporto para celebrar la Nochevieja lejos de pasiones o influencias le da materia para oponerse a los recelos de Adrián.

—Por fin —suspira liberado Ricardo.

—Ha sido un paseo —dice Macarena.

—Dejo estos paseos para los ángeles, que tienen alas. Yo soy de tierra firme.

Elisa Castro y Fernando Pires salen a su encuentro en la terminal. El clima es cálido para la época del año, pero asoman nubes de mal aspecto hacia el crepúsculo.

—¿Qué tal el vuelo?

Ricardo despliega el catálogo de reclamaciones.

—Asientos incómodos, el espacio entre las butacas es muy estrecho y, en general, un servicio pésimo —enumera con los dedos y la cara.

—Nos alegra estar aquí —compensa Macarena.

Es mediodía. Los anfitriones pasean en coche a sus invitados. En el asiento trasero las dos mujeres hablan y miran alrededor, Macarena pendiente de la respuesta de Ricardo a la amabilidad de Fernando que se cansa de sostener una conversación inexistente. Entonces se dirige a ellas para explicar según transitan un acontecimiento histórico conmemorado por una escultura, el urbanismo de un barrio, la antigüedad y producción de la bodega donde él había trabajado en su juventud, la calidad de tal o cual restaurante y la descripción del lugar elegido para entrar el Año Nuevo.

—Cenaremos en casa con otras dos parejas, una española y la otra portuguesa que habla español, e iremos allí a celebrarlo con más gente conocida.

Ricardo vive sin entusiasmo la detallada exposición del guía privado, le aburre, le da sueño el itinerario y el programa de actos. En el fondo agradece esa cordial ignorancia hacia su persona que le confiere cierto anonimato para, por ejemplo, bajar los párpados tras las gafas de sol.

—Es muy bonito lo que nos enseñáis y muy interesante —alaba Macarena—. Lástima el poco tiempo que tenemos para disfrutar de la estancia con vosotros.

—Esta noche da mucho de sí —dice Elisa—. Nos divertiremos.

“Demasiado larga y movida”, en opinión de Ricardo.

Fernando señala con la mano hacia la derecha en una intersección de carretera.

—Mañana os llevaremos a un pueblo en la costa que os va a encantar —dice.

—Tiene familia. Son pescadores —completa Elisa.

—Hay un restaurante estupendo. Es pequeño pero muy coqueto —sigue Fernando.

—Especialidades marineras, supongo —tercia Ricardo trasladando su pesar ante la oferta culinaria.

Macarena está al quite. “Esto no es normal.”

—A Ricardo no le entusiasma el pescado pero lo come.

Fernando gesticula tranquilizando el paladar limitado.

—La carta es amplia y los vinos excelentes. Claro que podemos ir a otro restaurante...

Macarena aborta la alternativa.

—¿Qué te pasa? —pregunta en voz contenida a Ricardo cuando se quedan a solas dentro de la habitación.

Ricardo sacude la cabeza levanta los hombros.

—Nada. El viaje. Estoy algo cansado. Si duermo un rato me encontraré mejor. ¿No quieres echarte en la cama? Parece cómoda.

—Nos han invitado a su casa, compórtate como un adulto —recuerda Macarena colocando la ropa en el armario—. Han contratado un catering para la cena, me ha contado Elisa; algo exquisito y elegante. Espero que estés a la altura de las circunstancias.

—Y yo espero que me dejes descansar un rato. ¿Es mucho pedir? He pasado mala noche.

—No me lo habías dicho.

—Puedes imaginar que si tengo que subir a un avión me asalten pesadillas por la noche. ¿Te cuesta entenderlo?

Le cuesta entender ese matiz de indisposición.

—Vale. Descansa. Te dejo solo.

—Sí, gracias. Después será otra cosa, ya verás.

Se reúne con Elisa en el jardín.

—Estaba muy bueno lo que hemos picado.

—Me gusta el sitio y las raciones son las adecuadas. No conviene llenar el estómago porque la cena será abundante. Es la primera vez que contrato un servicio de comidas a domicilio y ha sido por recomendación; a ver que resulta.

Unos golpecitos resuenan en el enlosado. Un postigo en el piso superior percute soñoliento contra la ventana.

Macarena rodea el jardín con su oído captando los crujidos de la madera y el parco zumbido de los insectos que desafían el invierno. “Son como picoteos.” De la casa emergen las notas melancólicas de un trío de violín, piano y violonchelo.

—Fernando prueba la ambientación. Adora la música de cámara y no concibe una comida o una cena especial sin ese acompañamiento.

—También a mí me gusta.

—Habrá variedad, me lo ha prometido —sonríe Elisa.

“Son como pulsaciones.”

Las de un corazón alerta que busca en lo alto la cadencia de un mensaje.

—¿Esa ventana es la de nuestra habitación? —pregunta a Elisa.

—No. Vuestra habitación está en ese lado —señala hacia Poniente.

Concierto de clarinete, sonata para piano, concierto para violín y piano, sinfonía concertante, nocturno. Fernando sigue con las probaturas. Pero el sonido que percibe Macarena flota dentro de sí y es de compás simple, muy tenue, esfumado en la brisa que viene del océano.

Elisa observa la atención de Macarena.

—Es una casa vieja, un caserón dice mi hermano. Hay ruidos y fantasmas que se multiplican de noche —bromea—. Con el tiempo te acostumbras y cuando no estoy aquí los echo de menos.

“Ruidos, voces y fantasmas.”

—He creído oír algo... Pero no me hagas caso. Debe ser el efecto de la Nochevieja.

—¿Qué efecto? Cuéntame.

—Decía mi abuelo paterno que en Nochevieja se reúnen el pasado y el futuro, ignorando al presente, para hablar de lo que fue y de lo que será. El presente se molesta por el desprecio y, de una manera tenebrosa, participa incordiando con sonidos difusos, parecidos a voces en apuros, gritos cortados y otros ruidos que estremecen al que los escucha.

—Vaya historia.

—Cosas de mi abuelo, un hombre muy ocurrente y amigo de los sarcasmos, según mi padre.

—Por si acaso, esta Nochevieja dispondremos un cubierto para el presente. No quiero sorpresas desagradables ni malos modos a la mesa o en la fiesta posterior. ¿Estás de acuerdo?

—Totalmente —ríe Macarena, algo más distendida.

Poco después de las siete sube a la habitación. Ricardo duerme y no hay rastro de su teléfono.

“Hoy se envían millones de mensajes. Probablemente yo sea la única persona que felicita el año de viva voz. No hay nada raro en que Ricardo mande o reciba un mensaje; él suele comunicarse de esta manera con su familia y sus amigos.”

Macarena se ducha, se maquilla y se viste. Cuando ha terminado le despierta.

—Nos queda media hora para bajar. Aquí el horario no es como en España, todo se hace antes y entramos el año en la sala de fiestas, así que date prisa.

A las nueve cenan. Con el postre Ricardo se excusa para ir al baño en el piso superior.

“Tarda bastante.”

A las once menos cuarto los cuatro matrimonios concluyen la sobremesa y se disponen a salir en dos coches.

—¿Te encuentras bien?

Ricardo afirma.

—Sí, claro. Estaba buena la cena. Tenía apetito.

—Como has estado tiempo metido en el baño.

—Arreglándome la camisa para que no se vea una arruga. Yo creo que he adelgazado. ¿No te lo parece?

Macarena le mira el abdomen.

—Tendré que fijarme. O sea, que estás bien.

—Sólo necesitaba echarme un rato para quedar como nuevo. Vamos a divertirnos.

Macarena respira aliviada con la última frase.

“Demasiada imaginación”, se acusa, “me afecta el estrés”.

Que irá en aumento con el transcurso de la noche festiva.

—A qué es un sitio agradable.

Elisa actúa como anfitriona, pendiente de las reacciones de sus invitados.

—Sí lo es —felicit a Macarena.

El grupo celebra la llegada del año nuevo con parabienes recíprocos. Macarena desea felicidad a Ricardo, a sus amigos y al prójimo; y para ella reserva un conciso balance y una petición convencional.

“Por fin despido el 2010. Espero que 2011 me depare más ilusiones que decepciones.”

Espacio reservado, brindis con champán, conversación abierta y variada, baile de simetría y de cuerpos trenzados. Caras sonrientes, intercambio de recuerdos y anécdotas, la primera pausa para reponer fuerzas.

—Voy al lavabo —dice Ricardo.

Macarena habla con Elisa. Dos minutos, cinco. Fernando habla con Macarena. Diez minutos. Elisa sigue la mirada de su amiga.

“Tarda mucho.”



—Está lleno de gente —tercia Elisa imaginando la causa de la mutación en el rostro de Macarena.

—Sí, es verdad. Debe haber cola para entrar en el aseo.

—¿Quieres que vayamos?

—No, no.

“Maldita sea.”

Elisa pide a Fernando que le traiga un vaso de agua.

—Yo bebo poco; con una copa tengo suficiente para toda la noche.

—Igual que yo.

Quince minutos.

—¿Un poco de agua?

—Sí, gracias.

Macarena bebe un sorbo. Le gustaría saber disimular, “como él”.

Elisa se preocupa al cabo de otros cinco minutos.

—¿Le habrá sentado algo mal?

—No sé.

Elisa hace una seña a Fernando para que vaya al aseo y averigüe. Pero Macarena rechaza la ayuda.

“Voy a por aire.”

—Me apetece que me dé el aire. Voy un momento fuera.

La fiesta está en su apogeo, el mundo en torno se divierte y comparte el propósito de entrar el año con buen pie.

Macarena sale a la calle. El portero saluda y hace amago de pedir un taxi. Ella niega con la cabeza. Se aparta unos metros de la puerta y coge su teléfono. Lo aprieta, vacila, abre la solapa.

“¿Y?”

El portero deduce que ella avisa a quien le vaya a recoger. Un número de teléfono con la marcación abreviada, de uso frecuente, memorizado.

“¿Sí o no?”

Busca en la agenda un nombre y su número de teléfono.

“Aquí está. ¿Y ahora qué?”

Es el número de la persona con la que querría comunicar si se decide a utilizar el teléfono.

## Frío, frío. Caliente, caliente

Lunes 3 de enero. Primer día laborable del año.

“Qué pereza.”

Macarena digiere su enfado en la cocina.

“Cinco minutos y me voy al estudio.”

Macarena acumula al cansancio del viaje el de una noche de poco dormir y mucho pensar. Demasiado agobio para salir a la calle como si tal cosa. Le duele la cabeza por causas ajenas a la fatiga y aún le afecta al estómago la tensión de la Nochevieja —como si lo estuviera viviendo recuerda su mano sosteniendo el teléfono—, el disimulo elegante que le cerraba la boca, el día de Año Nuevo poniendo buena cara al mal tiempo interior; la maldita sospecha adueñada de cada frase de Ricardo, en cada uno de sus gestos, con la mirada inestable, con un grabado de inocencia y sacrificio en sus facciones. También él víctima de la fatiga, porque en una cama extraña cuesta dormir las primeras noches, y del miedo, pero relacionado con el avión.

Cuando el domingo aterrizaron en Barajas suspiraron a dúo aunque por motivos diferentes.

“Un fracaso”, admitió Macarena, “tengo que afrontarlo como es.”

Ricardo llegó a casa congestionado.

—Me duele la barriga —dijo—, y es posible que me haya resfriado.

—Tienes unos días de vacaciones, podrás curar lo que sea. Yo, en cambio, mañana trabajo.

Macarena deshizo el equipaje y entró en el baño para meterse debajo de la ducha hasta que tuviera claro qué iba a hacer o decir esa noche.

—Quiero hablar contigo.

Ricardo había tomado un paracetamol.

—Dime.

Directa, concisa, enfadada pero paciente.

—¿Cuántas veces la has llamado este fin de semana?

—¿A quién?

Como un niño mentiroso al que sólo le queda una escapatoria.

—A Begoña. Esa mujer que no es nada para ti según me has jurado.

Ricardo apeló a la cordura.

—¿A qué viene eso?

—No me hagas parecer tonta, Ricardo. Me he sentido ridícula delante de mis amigos y ellos lo han notado. Mantengo las apariencias donde sea y mido mis palabras porque soy enemiga de escándalos, no hay otra razón. Es imperdonable tu comportamiento, y el mío penoso. Sí, el mío es peor que el tuyo porque me dejo engañar.

Ricardo se llevó una mano a los ojos, aparentaba abatimiento.

—Todo esto me supera. No sé de qué me hablas. No sé de qué me acusas. Hago lo que puedo para complacerte y tú me echas en cara una cosa tras otra. ¡No he hablado con Begoña! ¿Cómo quieres que te lo diga?

—No tienes la menor consideración hacia mí. Tú eres un miserable, un mentiroso, un canalla. Y yo, a ver si te enteras, no soy una estúpida. Pero lo peor es el juego que te traes. ¿Lo vas a negar?

—¿Juego? Yo no juego. Eso no va conmigo. Te he dicho la verdad desde el principio.

—Eres perverso. Eres falso. Esto no puede seguir así, Ricardo.

“No voy a consentir que acabe con mi autoestima.”

—Si no me crees es tu problema.

—No te creo.

“Nunca perderé la dignidad.”

Ricardo encendió un cigarrillo, tosió, fumaba con ansia, fue a la cocina por un vaso de agua regresando con la cabeza baja y la marca de la ofensa destacada en los labios. Había ideado una estrategia defensiva.

—Me suena a trampa, Macarena. Yo no puedo hacer que me creas si ya no confías en mí. ¿Me escuchas? O sea, que nada de lo que diga tiene valor para ti porque sólo vas a oír lo que te interesa —dijo muy pendiente de la reacción de Macarena—. ¿No será que te has cansado de mí y buscas la manera de culparme para que no te remuerda la conciencia? Voy a empezar a pensarlo.

Macarena no esperaba esa salida. Apretó las mandíbulas para anular un ligero temblor y guardó silencio durante unos segundos mientras recomponía su imagen.

—Mi conciencia está limpia —dijo con seguridad—. Tengo conciencia y está limpia —repitió despacio, con voz profunda.

Ricardo le muestra un perfil de mano en el bolsillo.

—No quiero pelearme contigo.

—Yo no quiero seguir con la farsa. No quiero —dijo exhalando amargura— Esto no va a terminar nunca, ¿verdad? Todo sigue igual.

Ricardo ignoró la afirmación y la pregunta. Negaba sin lugar a resquicio que hubiese hablado con Begoña ese fin de semana ni en los días anteriores, salvo la víspera de Nochebuena para felicitarle la Navidad.

—Soy una buena persona, Macarena, me conoces desde hace años y no puedes decir lo contrario —sostuvo su mirada en la de ella—. En Navidad debemos tener consideración con los menos favorecidos. Tú y yo tenemos suerte, estamos juntos, nuestra vida es completa, viajamos, nos relacionamos y no nos falta cariño. Begoña está sola, nos ha perdido y eso la atormenta. Se siente culpable por aquello. Ella ha intentado explicártelo pero tú... —atajó la protesta de Macarena—, vale, sí, es una forma de hablar. En definitiva, yo también me he esforzado para que lo entendieras.

—Todo estaba muy claro.

—¡No! Ese ha sido tu error —exclamó Ricardo—. No era nada, pero tú lo magnificaste y eso nos lleva a una situación... difícil. Tú me acusabas de lo que no era cierto y yo trataba de explicarte, y ella me pedía que hiciera lo posible para que continuara nuestra amistad, ¡la de los tres! Yo en medio y con tu actitud como una espada sobre mi cabeza. ¡Una locura!

Macarena cierra los ojos y niega suavemente con la cabeza.

—¿Por qué estás en medio? Tu mujer soy yo. Tienes que estar junto a mí. Aquí no hay término medio que valga. O estás conmigo o estás con ella.

Ricardo, sentado, miraba el suelo.

Tiene que ir a trabajar.

“¿Cuáles fueron las palabras exactas de Adrián?”

Desea salir de casa y respirar a pleno pulmón el aire de la calle. La primera semana de enero es de trámite; una mixtura de vacaciones con los preparativos de la última celebración navideña y la mentalización de que tras los Reyes Magos da inicio el nuevo año. Son unos días aptos para combinar el ocio con la obligación sin merma de los quehaceres y en armonía la influencia del uno o de la otra al paso de las horas o el descanso, en sentido estricto, con una actividad frenética.

Ricardo duerme con un brazo fuera de la cama, la boca entreabierta emitiendo pequeños ronquidos. Antes de acostarse volvió a decir que le acosaba un resfriado, que le pesaban los ojos y que notaba pinchazos en las sienes. A su modo zanjaba la discusión con Macarena. Era consciente de que había llegado a la zona de peligro y que ella estaba dispuesta a traspasar la frontera de la duda, como hiciera en septiembre, y hasta la de su convencimiento a favor de él, si continuaba esquivando golpes en vez de lanzarse a la ofensiva. Decidido por esta solución, apuntó a la fibra sensible de Macarena devaluando al máximo su estado general, “me duele todo el cuerpo, tengo escalofríos, esto huele a gripazo” y, acto seguido, entregado su orgullo a la noble causa de la reconciliación, dijo: “puedes mirar mi teléfono o el ordenador ahora mismo si así te vas a convencer de que digo la verdad”; unas toses, unos sorbos de agua, la cara compungida y un ruego esbozado en la boca.

—Déjame sola —pidió Macarena desviando su mirada hacia las copas de los árboles.

Adrián le dijo que Begoña —esa mujer, fueron sus palabras— no iba a renunciar a su objetivo si Ricardo, y nadie más que él, no lo impedía de la única manera posible. Le dijo que Ricardo no había demostrado esa voluntad, al contrario, pensaba Adrián. Le dijo para terminar que en su opinión, y que lo tomara como quisiera, Ricardo seguía a lo suyo, sin variar un ápice sus intenciones, y que ya era tarde para ella: “Ya es tarde para ti, Macarena.”

—Tienes que creerme —sonó la voz de Ricardo camino de la habitación de matrimonio.

Macarena palpaba a distancia el sobre que no quiso abrir con las pruebas que no quiso ver. “Gracias, Adrián. Pero esto es cosa mía.”

Siempre hay una excusa a la que aferrarse para no dar crédito a la evidencia.

—Estoy casi bien —dice Ricardo el martes por la noche.

Macarena hojea una revista en el salón.

—Me alegro.

—Me parece que he ganado la partida a la gripe.

—El jueves es Reyes. Yo voy a estar con mi familia —anuncia sin mirarle—.

Mañana voy a comprar los regalos.

Ricardo carraspea para aclararse la garganta.

—¿Quieres que te acompañe?

No lo esperaba Macarena.

—Sí, claro.

Él sugiere y Macarena elige los regalos. La experiencia es positiva, nada de segundas intenciones ni resentimientos en apreciación de Macarena.

—Pues ya lo tenemos todo.

—Ha sido divertido —dice Ricardo satisfecho—. ¿Y si picamos algo?

—Bueno.

Macarena está encantada.

“Esto sí es un cambio. Menos mal.”

El optimismo realza las facciones de Macarena.

“Voy a conseguirlo.”

Los rigores del invierno sólo le afectan en las mejillas y en las manos si ha olvidado los guantes. Aumenta su confianza en Ricardo y ve el futuro con mayor nitidez que al comienzo y durante el transcurso de las fiestas navideñas. Algo que le gustaría saber ha producido ese esperado cambio en él y que ella deseaba.

“Voy a conseguirlo.”

La voluntad y la constancia son unas ayudas imprescindible para alcanzar cualquier meta. Ella ha puesto de su parte todo para recoger el premio que atisba a muy corta distancia esa primera quincena de enero, asentada su seguridad en la transformación de Ricardo que comunica con pocos matices desde su mirada y su sonrisa y con la voz.

—La pesadilla toca a su fin —dice a Cora en el estudio.

—Es una noticia fantástica.

Comiendo con Patricia.

—Quiere agradarme, quiere que olvide —comenta con la esperanza prendida en los labios.

—¿Lo notas de verdad? ¿Te parece que es sincero?

—Sí.

Aunque Macarena sabe que es pronto para cerrar una historia con capítulos ocultos, su voluntad —siempre ella presidiendo sus decisiones— anima y empuja para que abandone recelos y conjeturas. Le pide que olvide.

“¿Puedo o no puedo olvidar así, de repente?”

En ese momento es una duda insignificante, ni siquiera contemplada como un escollo amenazador en la naciente travesía.

“Lo comprobaré.”

Era martes y pese a su favorable percepción aún quedaban cabos sueltos. Tumbada en el sofá después de comer se relajaba unos minutos con la mirada hacia las copas de los árboles y el pasado inmediato, “qué lejos y qué cerca”; también le dio tiempo para buscar en el armario aquellas cartas que no quiso coger ni abrir cuando las descubrió en ese lugar privado. Ahora salieron al encuentro de su curiosidad y aunque no llegó a leerlas más que por encima, supo de su autora, su destinatario y las fechas. Le llamó la atención que cada sobre contuviera diferentes cartas, quizá siguiendo un orden, de una extensión similar, con sus respectivas fechas; remontada la correspondencia a una época bastante anterior al verano de 2010.

“Todas son de ella.”

La letra y la firma de Begoña. Unos inicios y unas despedidas de un afecto incompatible con la interpretación benevolente suscrita a la amistad. Sin matasello, sin la intervención del servicio de correos. Una ambientación clandestina.

“¿Y él?”

Cabía la sospecha de una actuación a la recíproca. Lo estuvo sopesando mientras su sentimiento echaba un pulso ganador a la racionalidad.

—Las señales que recibo son positivas. Cada día me convengo de su sinceridad. Estamos en el buen camino —dice a Cora.

—Nadie mejor que tú para darte cuenta. Yo creo que es imposible que te engañe si está contigo, si te demuestra que quiere estar a tu lado como dices. Puede que todo fuera un mal momento, ¿no?

Cora se pone un instante en la piel de Macarena.

Patricia le ha telefoneado.

—¿Comemos? Tengo algo importante para ti.

—Vale.

Le enseña la fotografía de una prenda que va a reservar para ella si le gusta.

—¡A qué te encanta!

Macarena asiente con la cabeza.

—Es una preciosidad. ¿Está rebajado?

El precio es una tentación.

—Si no te la quedas tú hago un esfuerzo y la compro.

—Es una oportunidad —admite Macarena imaginando el efecto sobre su cuerpo—. ¿No te supone un problema apartarla?

—Si es cuarenta y ocho horas no.

—Has hecho la venta. Gracias.

Patricia suspira.

—Voy a enviarte... un poquito. ¿Me la dejarás?

—Claro.

Le regala la foto.

—La semana que viene te la traigo.

—Puedo pasar por la tienda.

—No hace falta. Así quedamos para comer y me cuentas cómo va la cosa.

—Vale.

Patricia refleja contento en su cara.

—Si ya está todo arreglado podrías celebrarlo con una cena —sonríe y propone—. Tú estrenas esta preciosidad y a él se le cae la baba y te declara su amor.

Macarena le guiña un ojo.

—Es una buena idea.

Justo una semana después, también a mediodía, la curiosidad y en alguna medida el firme propósito de no llevarse a engaño la impulsan a revisar las cartas.

“Voy a leerlas.”

Una lectura rápida que incida en la cronología.

“Quiero saber desde cuándo. Quiero saber por qué.”

Pero las cartas han desaparecido. Tampoco está el encendedor ni el paquete de tabaco pieza de coleccionista.

“Qué raro.”

Del armario emana un extraño vacío. No lo ha imaginado, ha visto las cartas y las ha tenido en sus manos.

“Qué bien.”

Su reacción es de complacencia. Cree que es la señal inequívoca de que ya todo es normal. Deduce que Ricardo ha roto las cartas, se ha deshecho del encendedor y tirado el paquete de tabaco.



“Eso es.”

Por la vía de los hechos Ricardo ha terminado su relación con Begoña, se convence.

“Es evidente. La prueba que necesitaba.”

Pinceladas de felicidad decoran su imagen al mirarse en el espejo antes de ir al estudio. La vida, que para ella es el don más preciado, le proporciona esa satisfacción.

A las siete de la tarde el cielo es oscuro. Begoña ha dejado levantada la persiana de su habitación y retirada la cortina. Desde la cama, sumida en una obsesión, escruta la noche y las ventanas iluminadas de los edificios colindantes. A su lado, fumando y en silencio, Ricardo pierde la mirada en la pared y en el techo.

—La he visto —dice Begoña a media voz—. La he visto en la calle y en su coche. Ricardo carraspea.

—¿De quién hablas?

—De ella. He visto a Macarena.

Traga saliva y recoge las piernas.

—¿Cuándo?

—Hace días, pocos. Y ayer.

—¿Dónde?

—En todas partes.

Apaga el cigarrillo y sale de la cama. Begoña le hace un gesto.

—No te vayas —ordena.

—Iba al lavabo. Ahora vuelvo.

Ha visto a Macarena con su porte habitual, en el papel de la persona dueña de su destino, sin otras arrugas que las características líneas de expresión.

—Es como un retrato —murmura Begoña.

Lo que ha visto en Macarena le disgusta, no era lo previsto. O es una maestra del disimulo, piensa Begoña, o por ella no ha pasado el dolor y ninguna cicatriz ha dejado suficiente huella como para delatarla a los ojos del mundo.

—O no le afecta como yo imaginaba —vuelve a susurrar—. O se cree que lo tiene todo bajo control.

Ricardo se sienta en la cama de espaldas a la ventana.

—¿Dices algo?

Begoña le dirige una mirada torva.

—Quiero que la llames y le digas que vas a llegar tarde.

—¿Por qué? Tú y yo hemos quedado...

—Llámala —exige, pero suaviza el tono de voz—. Esta es como si fuera tu casa, Ricardo. ¿A que estás bien aquí?

—Sí...

—Nos gusta estar juntos, nos gusta compartir el máximo tiempo posible. No quiero que te marches todavía, no quiero sentirme como una fulana.

Silencio. Roce de sábanas. Pesa en el ambiente la definición que Begoña ha hecho de sí misma. Ricardo enciende un cigarrillo que se consume en el cenicero.

—Pero... tenemos que organizarnos. No es fácil para mí...

—¡Excusas! —interrumpe el lamento Begoña—. Yo me llevo la peor parte y no estoy dispuesta a seguir ocupando la plaza de reserva. ¿Lo entiendes?

Otra andanada en la línea de flotación. Ricardo mira el suelo y el humo del cigarrillo que ha cogido en la mano, por lo que no aprecia la ironía de Begoña emergiendo al trasluz de la lámpara de pie que ella acaba de conectar.

—La llamo.

—Yo preparo la cena. Hoy nos quedamos en casa. Hace una noche fría y aquí estoy a gusto.

—Le digo que voy a llegar tarde.

—Abriré una botella de vino. Brindaremos por nosotros.

Ricardo apaga el cigarrillo. Su estómago se debate entre la conformidad y el desasosiego; una sensación urticante, de manejo complicado llegado este punto.

—Vamos a celebrar que estamos juntos.

Ricardo piensa unos segundos lo que va a decir a Macarena para que suene convincente; y en el día después.

—Hagamos de esta una noche especial. Una noche nuestra —dice Begoña con la voz melosa—. Llámala.

—Voy.

—Ahora. Delante de mí. Quiero oír como se lo dices.

Ricardo expele una bocanada de aire, carraspea. Piensa en los días siguientes, en lo que le apetece, en su ambición, en el placer de ser solicitado para un uso exclusivo. Piensa en sí mismo, acepta la apuesta, asume el riesgo. Hasta ahora le ha salido bien.

—Voy —dice acariciando la copa que le tenderá una mano caliente.

Begoña saborea la copa de néctar servida por una voz seca, carente de emoción.

—Y mañana me vienes a buscar en el coche a eso de... las siete. Iremos a cenar. Lo pasaremos muy bien, como una pareja de enamorados —avanza ella satisfecha con la actuación.

Ricardo guarda el teléfono en su abrigo; si suena prefiere no oírlo.

—Mañana es jueves —comenta con voz débil.

—Perfecto día para salir —apunta ella—. Vamos a la cocina, tengo hambre.

Macarena prepara su cena escuchando las noticias. Suena el teléfono.

—Hola, Marian.

Come distraída, con poco apetito. “Tengo que esforzarme.” Pero su estómago se ha declarado en rebeldía y le cuesta dominarlo. “Y ahora por qué?”

Retira la mesa y coloca los platos y el vaso en el lavavajillas. Suena el teléfono.

—Hola, Mirta.

A las once le pesan los párpados como si hubiera vivido una madrugada de trabajo. “Me voy a la cama.” Quiere pero no quiere.

“Me conviene dormir.”

Mira el teléfono. Lo tiene sobre la mesa del salón, sobre la mesa de la cocina, en el tocador, en la mesilla de noche, al lado de la almohada. “Habla”, le pide. Lo coge, aprieta su mano, pulsa con un dedo en marcación rápida, lee el número en el visor, suspira, “qué hago”, cierra los ojos, lleva el teléfono al pecho, “qué espero”, abre los ojos, imagina que cuenta lo que siente sin omitir nada, imagina que escribe una carta.

Ricardo saca del maletero de su coche la bolsa de plástico, serigrafiada con el logotipo de una cadena de supermercados, donde guarda las cartas que le ha entregado Begoña desde que empezaron a escribirse.

—Nos inventamos una historia con dos protagonistas —propuso Begoña.

—¿Tú y yo?

—Sí. Yo creo un personaje para ti y tú lo creas para mí.

—De cualquier época.

—Me da igual la época. La única condición es que tú has de crear mi personaje y yo el tuyo—recalca Begoña.

—Puede ser divertido.

—Muy divertido. Tú escribes la primera carta y cuando la hayas acabado me la das en persona.

Las conserva todas, y ella las de él. Se las enseñó anoche después de cenar y leyeron alguna.

—Lo tuyo no es escribir, pero le pones voluntad —reía Begoña.

—Tu tampoco eres un genio de la literatura y a mí no me va lo de escribir cartas —protestó Ricardo incómodo con la velada ya superadas las diez—. ¿Seguimos mañana? No me apetece una escena al llegar a casa.

Begoña se mordió los labios.

—A las siete me esperas... —arrancó una hoja del taco de anotaciones y garabateó la dirección—. Ven en tu coche.

El semblante de Ricardo mudó hacia la palidez.

—¿Aquí?

Una esquina enfrente del estudio de Macarena.

—Sí. Tengo cosas que hacer por la zona y así ya no he de volver a casa hasta que me dejes a última hora.

—Pero..., y si...

—A las siete en punto. Quiero que seas puntual. Me gustan los hombres puntuales —clavó su mirada en la dubitativa de Ricardo—. Y un caballero jamás hace esperar a su dama. Eso es lo que me dices en tus cartas.

La bolsa de plástico con las cartas de Begoña abulta pero es manejable. La lleva a su despacho y la mete en un armario con llave que encierra otra con el encendedor, el paquete de tabaco y el resto de obsequios de Begoña.

“Tenía que haberlo hecho antes.”

En una o dos horas telefonará a Macarena para decirle que esa noche no irá a cenar a casa.

—Un asunto de negocios con la central. Lo siento, este mes se presenta de lo más movido. Cosa de la crisis —justifica con pesadumbre a los oídos de Macarena—. En cuanto pueda me largo de la reunión. A ver si no llego muy tarde.

Cora revisa las existencias de material de oficina.

—Escasea el papel y los bolígrafos —dice.

Macarena contesta a un correo electrónico.

—¿Porque los utilizamos mucho o por lo contrario? —bromea.

—No lo sé. Pero lo soluciono en seguida. Bajo a la papelería y compro lo que nos falta.

—¿Ahora?

—Me apetece estirar las piernas. Estoy reteniendo líquidos y me las noto hinchadas, pesadas.

—¡Uf! Dímelo a mí cada tanto.

Al cabo de un cuarto de hora regresa con las hojas, los bolígrafos y dos calendarios de mesa.

—Estos son más bonitos que los nuestros. Toma.

Macarena solicita información por correo electrónico a un proveedor.

—Sí. Me gustan. Ponlo... ahí. Gracias.

Cora mira por la ventana.

—Oye, ¿te viene a buscar Ricardo? —pregunta mirando la calle.

Macarena envía su correo.

—No. ¿Por qué?

—Me ha parecido verle dentro de un coche. Yo creo que era él.

En Macarena despierta un eco casi olvidado.

—¿Dónde?

—Allí enfrente —señala Cora.

La vista de Macarena es aguda. Cree que es Ricardo, pero de noche todos los gatos son pardos.

—No sé...

—Vuelvo a lo mío —dice Cora con un mal presentimiento naciente.

Macarena decide comprobar a pie de calle.

—Es un momento. Si llama...

—Le digo que no tardas.

—Gracias.

“Es él.”

Por instinto gira la cabeza y la ve acercándose al coche, con ese andar deslavazado, cargada con dos bolsas y una sonrisa de oreja a oreja. Son las siete y veinte.

“Es ella.”

El eco adquiere una sonoridad patética.

Ricardo apremia para que no lleguen tarde a la fiesta de aniversario de sus padres.

—¿Aún no estás?

Macarena continúa metida en su cuarto de baño. Hace rato que ha compuesto su imagen y vestido su cuerpo con discreta elegancia y un toque fragante. Sensual y atractiva se contempla en el espejo, pero no reconoce a esa mujer que le devuelve una mirada entristecida, sin brillo, ausente de lo que pasa al otro lado de la puerta.

“¿Cuándo volveré a ser yo misma?”

—Venga, Macarena.

Conduce él.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

Ricardo la mira un instante.

—Tu cara no dice eso.

—He dormido mal.

“No logro despertar, maldita sea.”

—No sé...

Macarena mira las calles de Madrid ese sábado de invierno. Poca gente, pocos coches. Los peatones caminan enfundados en ropa de abrigo, con guantes y bufandas. Se fija en la longitud de las bufandas y en los colores de los guantes.

—Tranquilo. Yo siempre estoy en mi lugar —dice con voz fría—. Nadie va a notar que hoy no es el mejor día de mi vida.

“Ni que esta es la peor época... de la que soy consciente.”

—Lo digo porque...

—No hace falta que digas nada, lo sé todo. Es una cualidad femenina, como la de saber estar.

“Ojalá supiera la mitad de lo que necesito saber.”

Ricardo busca aparcamiento.

—Cumplimos el expediente y nos vamos —ofrece conciliador.

“Vete, Macarena. ¿A qué esperas?”

—Por cierto, ¿te has mirado al espejo? Si mi aspecto te preocupa, el tuyo puede alarmar a tu familia en pleno. ¿También duermes mal? ¿Alguna pesadilla? —

“Remordimiento seguro que no”—. ¿Cosas del trabajo? Menuda semana. A este ritmo no llegas al verano —“O al final del invierno.”

—¿Hablas en serio? Yo me veo bien. Es verdad que la semana ha sido dura, pero estoy acostumbrado a trabajar muchas horas.

—¿Dentro o fuera del coche?

—¿Cómo?

Macarena alisa un pliegue de su falda.

—Era una broma.

—¿Pero te parece que tengo mala cara? —pregunta Ricardo lanzando una ojeada al retrovisor—. Yo me veo... normal.

Un semáforo en rojo, giro a la derecha, primera travesía a la izquierda, siguiente manzana.

Macarena distingue el edificio de sus suegros y el coche de su cuñado.

—Qué suerte. Ahí delante tienes un aparcamiento —indica sin mover un dedo. Respira hondo, parpadea fuerte, acopia diplomacia y pide a una instancia superior que a Cronos le salgan alas en los tobillos y vuele, vuele, vuele.

“Vamos allá.”

Cora ríe por mimetismo. Cuando Macarena cuelga el teléfono se la queda mirando y ambas siguen riendo como si les hubieran explicado algo muy gracioso.

—¿Quién era? —pregunta sin poderse contener—. Es de lo más contagioso.

Macarena seca una lágrima.

—Qué hombre este —dice.

—¿Pero quién?

—Alejandro. Mi amigo Alejandro. Nos hemos puesto a contar anécdotas de las que hacen partirse de risa.

—Yo me reía de verte y de oírte —dice Cora.

—Es que ha sido una tras de otra.

—Ya, ya. Me hubiera gustado participar contando alguna de esas que traen cola. Desde luego, no hay mejor manera de empezar la semana que con buen humor. Los lunes no suelen ser tan cómicos.

Macarena suspira.

—Y que lo digas. Me hacía falta.

Las ocho y diez.

—¿Nos vamos? Por hoy hemos terminado.

—Vale.

Suena el teléfono móvil de Macarena.

—Hola, Mirta.

Queda con ella para comer mañana.

Mirta camina pensativa por el Paseo de Recoletos al encuentro de Macarena. Las dos horas anteriores han sido de ajeteo y rostros graves en la sede central del banco. Cuando pisa la calle se sacude la tensión y respira aliviada el aire frío. La situación es complicada y empeorará los próximos meses, esas son las previsiones; se ha desencadenado la tormenta y ningún consuelo, por mal generalizado, o humano convencimiento, queriendo ignorar o minimizar la marea, pueden oponerse al rumbo de la historia.

Ante los acontecimientos, reflexiona Mirta, sólo cabe adaptarse con grandes dosis de resignación no exenta de autoengaño e implícito mantenimiento del estatus por razones personales, en mayor o menor medida difíciles de explicar y aún más de entender por el criterio ajeno independiente si se le consulta; o salir a por la vida propia con una gran dosis de iniciativa, que es la antítesis del conformismo y el producto de la determinación y el valor.

—¿Tú dónde te mueves? —preguntará a Macarena al final de la comida, de nuevo en la calle, con el frío de la media tarde escociendo la piel desnuda.

“Tengo que tomar una decisión.”

Macarena recorre despacio, sumida en sus pensamientos, la arquitectura urbana del Paseo de Recoletos, con el sombrero calado, botas altas, guantes gruesos y las gafas de sol pese a que no es un aditamento necesario ese día.

“No puedo seguir así.”

El frío exterior lo combate la ropa; el interior es otra cosa, y ni siquiera una esmerada aplicación de maquillaje logra disimular su pesadumbre e inquietud.

“He llegado al límite.”

Todavía desconoce la frontera con el límite. Todavía pugna en la intimidad de la cocina, el cuarto de baño y el salón cuando Ricardo no está en casa, con sus contradicciones y con ese irreductible afán por conocer la verdad; porque para ella sin descubrir la causa el efecto no es absoluto, no es todo lo real que su juicio exige para emitir una sentencia definitiva.



“Me lo ha de decir.”

Hablará con Ricardo. Será el enésimo intento por atravesar una red de ficción que ella misma ha permitido fuera tejiendo a su alrededor, en público y en privado.

“He perdido la confianza.”

Tiembla, le sobrecoge el panorama futuro. Ha de enfrentarse a los hechos sin otorgarles el beneficio de la excusa.

“Ya está bien de engaños.”

El peso de la evidencia se impone a la hasta hace muy poco infranqueable potestad del sentimiento. La embarga una amargura creciente que, no obstante, es síntoma de respuesta a su parálisis.

“Basta de mentiras.”

Depende de ella.

—De ti depende —dirá Mirta una vez sentadas en el Café Gijón.

—Lo sé.

Mirta adivina lo que le pasa. La saluda unos metros antes del beso en las mejillas y la toma del brazo. Macarena acusa una debilidad extraña, en ella impropia, muy preocupante en opinión de Mirta.

—Qué ganas tenía de verte. ¿Cómo estás?

—Bien.

Mirta niega con la cabeza.

—La última vez que nos vimos fue... ¿Lo recuerdas?

—Hace tiempo —dice Macarena a gusto con la calidez que trasmite Mirta. Aprieta su brazo.

—Sí, hace tiempo. Pero no hace tanto que hablamos y me dijiste que las cosas iban a mejor.

—Sí —susurra Macarena.

—Me dijiste que veías en Ricardo un cambio positivo. ¿Es así?

Directa Mirta.

—Sí, eso te dije.

Insegura Macarena.

Árboles, plantas y aves soportan la crudeza del invierno con la esperanza puesta en la resurrección de la primavera.

—¿Tienes apetito?

—De picar, más que otra cosa.

Mirta elige.

—Aquí nos quedamos.

—Vale.

Frente a frente observa a Macarena y advierte la huella del insomnio.

—No tomes pastillas para dormir —le pide.

—No lo hago. ¿Tan mal me ves?

—Yo te veo mal.

—Pues...

—No acabé de creerte —sigue Mirta—. Pero no porque quisieras engañarme sino porque me sonaba a que te estabas engañando.

Son palabras que hielan la sangre.

—Yo lo creía —se defiende Macarena—. Por eso te dije que mi matrimonio estaba salvado o muy cerca de volver a la normalidad. No me acuerdo exactamente pero ese era el mensaje.

—Da igual. ¿Qué ha cambiado en dos semanas?

Macarena pellizca sus labios, cierra los ojos, piensa. Quiere ser sincera, quiere ser contundente.

—Puede que yo.

Mirta asiente y compone una sonrisa de inteligencia.

—¿Te has precipitado al dar por hecho la... dijiste rehabilitación... sí, de tu matrimonio?

—Dije rehabilitación. Se ve que mi subconsciente pensaba en clave laboral más que afectiva. Desde hace tiempo lo que siento y lo que pienso van en direcciones opuestas, incluso en perpendicular y... chocan...

“¿Es un sueño? Lo he soñado.”

Espectadora de mi tragicomedia. Macarena eres una obstinada. Sí, lo soy, tengo razones para mantenerme en mi propósito. ¿Y para cambiar de propósito tienes razones, Macarena? Es inevitable pero me resisto a creerlo... Chocan. ¡Crash! Un golpetazo, pierdo el equilibrio y voy a estrellarme contra la puerta del acompañante... Acompañante... ¿Qué oscuro está esto?, acompañante... ¿Nos vemos a la luz del día?, acompañante... Demasiada compañía. Yo conduzco... bueno, no lo sé porque en mis manos no hay volante que valga. ¡Pum! Ruidos, quejidos y gruñidos. ¡Crac, crac, catacrac! Me parto de risa. Lloro. No lo sé, me

digo; no tengo ni idea. Es como si respondiera a una pregunta que yo misma me hago, pero sin voz. Soy una mujer muda, soy una mujer ciega, canturreo en la ducha. Soy yo y mi circunstancia, me burlo, me desespero. Estoy desconcertada. Descorro una cortina y aparece otra y otra y otra. Qué sueño. Es un sueño terrible, me digo al despertar. Pero también me digo que es un sueño, y como es un sueño nada es real o casi nada es real y ni siquiera el temblor de mi cuerpo es real.

—Un conflicto de sentimientos —deduce Macarena—. ¿Hay algo peor para la estabilidad emocional? ¿Habría manera de ser juez sin ser parte? Esto es un lío tremendo. Me faltan piezas para completar el maldito rompecabezas.

Mirta le pide sosiego.

—Con calma. Todo tiene solución.

Macarena la tranquiliza con el gesto. Y sigue relatando su peripecia que por fin entiende viene de lejos.

—Está claro. No hay nada nuevo, debo concienciarme de eso si quiero salir a flote.

¿Fantasía o realidad? Saca una carta del sobre y lee su contenido. Lee las líneas, lee entre líneas, lee la posdata, lee el encabezamiento. La fecha: a tantos de tantos. Destinatario y remitente. Lee la vida, duerme y luego despierta como todo el mundo. Despierta, bosteza, levántate y anda. Pisa el suelo, pisa la tierra, pisa fuerte. Piso agua, piso una resbaladiza tabla de salvación. Náufraga en un mar sin orillas. ¿Dónde me lleva la corriente?, me pregunto. Me sostengo sobre unos maderos atados con tela de araña que me repugna tocar, es pegajosa y sisea. Reptil marino, reptil anfibio, reptil de cloaca, ponzoñoso. Por debajo de la balsa impactan las olas. Me digo que abajo hay gente buceando con ganas de volcar mi frágil embarcación, o son monstruos de formas viles, mutantes mezquinos. ¿Ficción o cuaderno de bitácora con candado y llave dorada? Querido diario... ¿Y yo qué coño hago allí? Me pregunto por mi vida. ¿Dónde está mi vida? Vamos, Macarena, haz un esfuerzo y decídete. Llevo meses con la misma música en la cabeza. Decídete, decídete, decídete. Acierta de una vez. Balanceo. Duérmete niña, duérmete ya. A merced de la resaca. Las olas me llevan, las olas me traen. ¿O es que pretendo hundirme?

—Saldrás adelante —confía Mirta—. Depende de ti.

—Depende de mí.

¿Despierto o no despierto? Niebla espesa. Conduzco un coche que no es mío por una carretera de curvas entre zanjas. El coche no tiene matrícula, ¿cómo lo sé? El coche no tiene luces ni pedales ni salpicadero. Llevo las manos agarradas al volante, me pican las piernas y los brazos, en las piernas y en los brazos noto el tacto lascivo de un fluido viscoso; me duele el cuello, me pesan los párpados, tengo la garganta estropajosa; me hormiguean los dedos de las manos y de los pies si los muevo; el cabello me cubre un lado de la cara, me toco con cuidado la cara y sólo palpo el lado desnudo de cabello; siento un escalofrío; soy medio yo, adelgazada por un cincel de sentimiento, escoplo y martillo, figura de barro, nube pasajera, brizna de hierba. Conduzco un coche enfermo, pálido como una estatua de cera, renqueante, achacoso, próximo a su entierro; por una carretera sinuosa, sobre un asfalto reptante. Me pregunta el silencio si sé lo que hago, si sé adónde voy, si veo más allá de la curva inmediata, del cambio de rasante, del mojón kilométrico saturado de intemperie. Me habla la voz de un poeta satírico.

Mirta le apremia a recomponerse.

—Tú eres lo único importante en esta historia —anima con énfasis—. Te vales por ti misma. Echa el cierre a la puerta falsa, enfréntate a tus fantasmas y cómete el mundo. Mírate al espejo y pronuncia tu nombre.

Macarena suspira.

—Sí...

—Pero te conozco. Yo no he pasado por esto, doy gracias a Dios, pero puedo ponerme en tu lugar como amiga, como mujer y como persona. Como las tres cosas a la vez. Y me consta que para ti las pruebas no son suficientes porque a estas alturas además de lo evidente quieres conocer el resto. Necesitas mirar al otro lado del espejo. A mí me pasaría lo mismo, y aunque quizá sea un error, algo innecesario o una pérdida de tiempo, el coste de esa experiencia merece la pena. ¿Me equivoco?

—Aciertas.

—¿Damos un paseo?

—Vale.

El sueño, ¿o es una metáfora representada para un solo espectador con mi nombre y mi aspecto?, ha de acabar en algún momento. La tensión me agarrota las extremidades, y la espalda y el culo se quejan por la rigidez de la postura. Les pido paciencia; la niegan. Les pido aliento; lo niegan. Les pido... Me piden que

acelere. Me piden que salga cuanto antes y por mi propio pie. Me río de la paradoja. ¿Por mi propio pie? Tengo la cabeza, el estómago, los brazos y las piernas ocupados en la resolución del enigma. ¿Cuánto hace? ¿Qué inició la relación? Siguiendo fase. ¿Me importa? ¿Pongo el punto y final? Punto y seguido, punto y aparte, punto y final. Final. ¡Qué bien suena! Me llamo Macarena Ruiz de Mendizábal, tengo 48 años, soy interiorista, sociable y sincera; me gusta mi trabajo, me gusta mi familia, me gustan mis amistades; soy competente, me valgo por mí misma, me ilusiona la vida. La vida es un don precioso. Ten cuidado, Macarena, escucho dentro de mí, escucho al otro lado de la ventanilla. Ten cuidado, escucho unos golpes de aviso en el cristal del conductor. Se prudente, escucho voces que pronuncian con dulzura mi nombre. Repito: soy Macarena Ruiz de Mendizábal, adoro la vida y soy valiente. Todo depende de mí, Macarena, me digo. Es una conducción deslizante la de ese coche siniestrado. Mantengo el cuerpo rígido, mi sexto sentido alerta; le dejo actuar. ¡Vamos, ayúdame! le pido. ¿Puedo?, ¿de verdad puedo?, me dice entre sarcástico y contento. Los golpes en la ventanilla son de advertencia pero los que resuenan bajo el coche y en la carrocería son de accidente. ¡Crash! ¿Cómo ha sido?, me pregunto. Sigo viva, eso es lo primordial. ¡Estoy viva!, grito. Gritan los cristales rotos; chilla el metal estrujado; y sobre el asfalto sucio proliferan charcos de aceite y gasolina. ¡Esto está que arde!, Macarena, ríe el blanco y sedoso espíritu de la liberación. Ja, ja, ja, replico con una mueca de dignidad. Salgo del coche, estiro el cuerpo, compongo mi vestido, miro alrededor, me lleno de aire y exclamo al mundo: Soy Macarena Ruiz de Mendizábal, una mujer hecha y derecha en plena posesión de sus facultades que decide y elige su vida.

—Imagina que es un sueño —propone Mirta ya en la calle.

—Una pesadilla, eso es lo que es.

—De acuerdo. Y como es una pesadilla, o un sueño amargo, tienes que despertar.

—Tengo que salir de la pesadilla, sí.

Mirta incide en el fondo del asunto.

—Me sonó raro. Tu historia me ha parecido extraña... No, la palabra no es esa... Incoherente. Me inclino por calificarla de incoherente. Es una historia incoherente —ratifica—. No quiero que te ofendas —añade—. Cada uno tenemos

que apechugar con lo nuestro y de una u otra manera los aciertos y los errores deben llevar la firma personal.

Macarena ajusta los guantes a sus manos.

—Efectivamente, Mirta, es mi vida —dice con la voz renovada—. Soy la responsable de mi vida. Te doy la razón en lo de que es una historia extraña e incoherente.

“Incoherente.”

Macarena está asombrada de que le pase a ella. Más que incredulidad es falta de reacción lo que acusa y de lo que se lamenta al buscar soluciones; y aun siendo consciente de los hechos y las consecuencias, le supone un esfuerzo ímprobo racionalizarlos.

“Depende de mí.”

Le ayudaría escuchar las respuestas a sus preguntas. Una, dos respuestas; con eso basta para tomar la decisión.

“Soy yo la que decide.”

Esa certeza no le abandona y, como le dirá Alejandro esa semana en una conversación telefónica interrumpida varias veces por las exigencias del horario laboral, es un asidero que le permite adaptar la forma al fondo. Le dirá que la repetición interior de una frase no supone ni el acuerdo con su sentido estricto ni su cumplimiento.

Macarena silabea las frases, las exprime y bebe de su esencia.

“Me protegen.”

Le dirá Alejandro en la tercera o cuarta conversación breve en el mismo día — es lo de menos el número—, alrededor de las ocho de la ya noche en invierno —la hora sí la recuerda—, que es una protección deficiente si a la teoría, el querer hacer algo, no se le suma la práctica, el hacerlo. Se lo dice silabeando las frases, no para burlarse sino como revelando un motivo personal. Macarena comprende que en la intención de Alejandro no figura el sarcasmo ni otro objetivo que el didáctico.

“Me habla la cabeza con voz fuerte. Me habla el corazón con voz alta.”

Son voces diferentes, pero espontáneas como es ella, que escucha confundidas en los momentos privados o de provocada intimidad.

“A ratos me habla la cabeza. El corazón me habla siempre.”

En opinión de Alejandro, basada en los dos tipos de experiencia, ambas voces pueden expresar lo mismo a pesar del tono o el rol que cada cual les haya adjudicado.

“¿Es posible que digan lo mismo? ¿Es verdad que es un mensaje único?”

A esa hora Ricardo envía un mensaje a Begoña desde su teléfono móvil; es el segundo del día. Ella responde un poco después. Ayer obraron a la inversa, anteayer la iniciativa fue compartida. Ricardo borra el mensaje una vez enviado o recibido, para no dejar rastro. Begoña los guarda, los relee a solas o con él, pronuncia en alto lo que se han escrito, le exige arrojo, le promete el mundo, le exige audacia, le promete una felicidad idílica, le garantiza que ellos son para sus respectivas aspiraciones el complemento perfecto; pero todavía acepta el anonimato y al igual que él lo fomenta desde la mímica, el susurro, una acordada discreción, una estudiada cautela y el sigilo al planear la nueva cita.

—Pon tu firma a la vida —dijo Mirta al despedirla en la Plaza de Colón. Macarena asintió expeliendo vaho con fuerza.— Y estrena algo bonito cuanto antes.

Un chaleco de piel, por ejemplo.

“La vida empieza a diario. ¿De quién es la frase? A lo mejor es mía. A ver... Cada día se nace y se muere. Etcétera. Vale. A ver... Conclusión, dos puntos: quiero vivir, no quiero estar muerta. Punto y seguido Está claro que de mí depende. Por lo tanto yo decido. Punto y aparte. Yo decido. Punto y final.”

Un precioso chaleco de piel a medio muslo que ciñe la cintura e insinúa la ondulación del escote. Una deferencia de amiga.

Ha quedado con Patricia pasado mañana, no puede ser antes.

—Envuelto para regalo —ríe Patricia al entregarle la bolsa con el chaleco.

—¿Lo abro?

Le apetece acariciar la suavidad de la piel.

—Resiste... —aconseja Patricia, pero añade—: Yo no sé qué haría.

—Cuando llegue a casa.

Patricia contrae los labios en una mueca graciosa.

—¡Cuidado! —previene extendidos los brazos hacia el mundo detrás de Macarena.

—¿Qué...?

Busca a su espalda sin advertir nada raro. Patricia suelta una carcajada.

—¡Cuidado con el fantasma del armario! —anuncia jocosa.

—¿Pero qué dices? ¿Qué pasa con ese... fantasma?

—El fantasma de la ropa que se esconde en los armarios. Es una historia que contaba mi padre cuando era una niña —explica Patricia con el ánimo alegre—. Verás. Mis hermanas y yo éramos presumidas y un poco o mucho coquetas, pero en casa no sobraba el dinero sino las bocas, decía mi madre. Nos gustaba la ropa nueva, todas queríamos estrenar un vestido, la chaqueta que habíamos elegido por si caía la breva del regalo, un abrigo que escapaba de nuestras posibilidades o un par de zapatos preciosos que sirvieran para buena parte del año. ¡Ah!, menudas peleas entre las hermanas para llevarse el gato al agua. Porque de tanto en tanto nos dábamos un capricho.

—¿Un capricho? ¿No era algo más?

—Sí, bueno. Pero tal y como estaba la cosa, mi madre lo llamaba un capricho. Yo creo que exageraba, porque en casa se vivía bien, quiero decir que no faltaba lo imprescindible y tampoco un lujo, así lo llamaban mis padres, cada uno en su tono.

—Eso tenía entendido —conviene Macarena.

—Lo que yo no soportaba era compartir la ropa, lo llevaba mal y me volvía... espera... se dice...

—Por ejemplo pedante o tal vez veleidosa, frívola en pequeña escala —sugiere Macarena con tinte chistoso.

—Vale... Supongo que también aunque me pierdo con esas palabras. Yo me refiero a... ser una criatura, una niña con rabieta estúpida —confiesa Patricia.

—Ya.

—Bueno, a lo que voy. Mi padre lo pasaba en grande con nuestras discusiones, como si a él no le afectaran, y mi madre procuraba que las batallitas y las demandas de sus hijas no pasaran de castaño oscuro. Pero tarde o temprano se calentaba el ambiente y aunque nosotras intentábamos disimular las peleas fra... fra...

—Fratricidas.

—Eso. Pues que no. Y venía el palo por la puerta o el pasillo. Así que el hombre se inventó lo del fantasma del armario para mantenernos a raya.

—¿Lo consiguió?

—Al principio sí. Con diez, once o doce años, la historia del fantasma nos tenía...



—¿Acongojadas? —ríe Macarena.

Patricia niega con una especie de gruñido.

—Precavidas. ¿Lo he dicho bien? Vale. Pero con los años el efecto es menor.

—Imagino.

—Pero no creas. Con quince y... dieciocho, sí, sí... el fantasma continuaba poniéndonos la carne de gallina. No veas el cuidado al abrir los armarios y al meter la mano.

Macarena le pide un receso.

—A ver, Patricia, al grano. ¿De qué armario salía el fantasma?

—De todos. Mi padre decía que el fantasma vigilaba que ninguna de nosotras le quitara la ropa a sus hermanas. Si te atrevías a buscar lo que no era tuyo izas!, susto, reprimenda y castigo.

Macarena ríe con la teatralidad de Patricia.

—O sea, que para ponerte algo de tus hermanas tenías que pedir permiso. Y ellas lo mismo.

—Sí.

—Lógico.

—Bueno, pero mis hermanas y yo nos las ingeniábamos para coger lo que nos gustaba y luego... pues ya se vería. ¿Sabes lo que te digo?

—Claro. Y el fantasma cambiando la ropa de sitio para que nadie descubra dónde se guarda. Toda una película.

—Una película de miedo —ríe Patricia.

“Una película macabra conmigo en un papel secundario”, asume Macarena con un estremecimiento que le muda el semblante camino del estudio.

Evoca aquellas cartas, el encendedor y el paquete de tabaco dentro del armario —¿qué más habría o hay?, piensa—, pero sin celo, sin una mínima precaución al ocultar unos objetos tan personales y comprometedores.

“Los ha destruido. Los conserva.”

Demudada y con el pulso alterado camino de su casa.

“¿Son valiosos? ¿Qué significan?”

Ansiosa por escribir la frase de cierre a este capítulo inesperado de su vida.

“¿Aún me importa?”

Las luces apagadas, silencio de hogar vacío. Sola en casa a las nueve de la noche.

“Los fantasmas existen.”

La imaginación los viste de blanco espíritu, con cadenas o abalorios mates, provocando ruidos escalofriantes y corrientes de aire gélido que sobresaltan a los vivos. Algunos son almas en pena implorantes de misericordia, otros vagan por las estancias lúgubres de las mansiones deshabitadas, vengativos, feroces. Y un tercer grupo, que es el más numeroso, renuncia a la caracterización tradicional porque su reino sí es de este mundo y en él obran a su antojo, con ciertas prevenciones no sea que caiga el disfraz, la máscara y los cortinajes.

Los fantasmas tienen que demostrar su condición, le dirá Alejandro por teléfono, al hilo de un comentario de ella que sin señalar a Ricardo lo define desde hace dos semanas.

“Es un fantasma.”

Distraído y taciturno, con la cabeza en otra parte cuando está en casa con ella, según observa Macarena. Reducida la comunicación entre ambos al protocolo marital de saludo y despedida, unas frases sueltas que no siempre vienen a cuento y las preguntas de rigor para resolver cuestiones de orden doméstico.

—Qué día más pesado —suele decir—. No paro. Tengo la agenda a rebosar.

—Y eso que no hay ventas —puntualiza Macarena.

Ricardo elude su mirada y el matiz irónico.

—Estoy cansado, me duelen los ojos —lamenta frotándoselos. Enciende un cigarrillo—. Venga redactar informes, no sé cuántos esta semana, una barbaridad —se queja agitando la mano libre—. Venga leer instrucciones que no sirven para nada. Esta época es pésima para mi negocio, ¿lo duda alguien? —pregunta a la pantalla del televisor, a la alfombra, a la vitrina, a los dos apliques—. Y con buena cara y derroche de amabilidad atiende a ese cliente que te hace perder el tiempo y la paciencia.

—Pero tú disimulas, ¿verdad?

—Por supuesto. Mi comportamiento es profesional al cien por cien.

“Me enferma su descaro.”

Los fantasmas del tercer grupo descuidan la memoria selectiva, por eso dejan rastro de sus acciones y de los bienes no declarados. Ricardo confiaba que Macarena olvidara ese lugar que él había hecho suyo y desde el que administraba su secreto y sus posesiones; confiaba que ella no cultivara la ocasión de meter la nariz en ese armario o la mano en los cajones de la mesa. Cuando reparó en que eso podía suceder el paso siguiente fue sacar todo lo comprometedor de su

escondite y trasladarlo a su oficina en el concesionario. Pensó que se había movido a tiempo.

“Me he dejado engañar”, acepta Macarena.

—¿No crees que le has estado protegiendo siendo tan crédula? —le reprochó con suavidad Mirta—. ¿No crees que has colaborado en el juego que se traían ellos dos?

“Me hablaba la cabeza con voz fuerte. Me hablaba el corazón con voz alta y esa es la que escuchaba.”

La luz de la cocina y una del salón encendidas. Prefiere esperar en la cocina su llegada; ha dicho por teléfono que no tardaría más de una hora. Va a hablar con él.

“¿De qué voy a hablar con él?”

—Hola —dice Ricardo.

Han pasado dos horas.

—Es tarde —dice ella camino de la habitación.

—Un día duro.

—Muy tarde —dice ella de vuelta a la cocina.

Ricardo bebe un vaso de agua. Le pregunta si ha cenado, le pregunta si está bien, le pregunta si ha tenido un buen día. Ella responde afirmativamente a todo.

—Estupendo —dice él.

Se muestra ensimismado, su voz carece de inflexión; suena afónica.

—Me voy a dormir —anuncia como si soportara una carga tremenda que le hunde el pecho y le encorva la espalda.

Al rato entra Macarena en la habitación. Ricardo yace como un muerto en su lado de la cama. Ocupa una superficie exacta a su volumen, con los brazos arriba y abajo del tronco, a centímetros de la imaginaria divisoria que parte el colchón y la ropa de cama en dos mitades iguales.

“Qué insignificante.”

Ella le mira con hastío.

“¿Por qué no acabo con esto?”

Sale de la habitación para tomar aire y ordenar sus pensamientos.

“Reflexiona, Macarena.”

En el sofá está a gusto, pero también exiliada. Es un dilema que debate de puertas adentro en la madrugada. Una campanada, dos campanadas.

Dormitando presa de fatiga y familiares dudas, arropada por la amorosa manta comprada al efecto, que vela los gratos insomnios que ha propiciado su intimidad a lo largo del matrimonio.

“¿Qué hago yo aquí?”, se pregunta.

Los dos pies en la alfombra, la manta tapando las piernas, la cabeza apoyada en las manos y los codos hincados en los muslos.

“¿Qué hace él en mi cama?”

La casa a oscuras, los vecinos en silencio. El sueño domina el mundo en el hemisferio occidental.

Macarena se moja la cara. Ricardo duerme.

“Hay demasiada gente aquí.”

Se acuesta en su lado de la cama pegada a la frontera exterior. Los dos cuerpos separados por una manga de viento, por un muro de actitud. Pero no es suficiente para Macarena. Quiere establecer una diferencia esencial entre él y ella; quiere que en el presente y en el futuro —aunque después del presente ya nada tenga importancia para nadie con relación a su actual pareja, “no es mi pareja, es un extraño, un usurpador, un canalla”—, la diferencia entre ambos sea absoluta en todos los ámbitos con independencia de cualquier opinión.

“No habrá dudas sobre cada uno de nosotros.”

Necesita espacio una vez hecho acopio de voluntad. La habitación ha de crecer, “crece”; la cama ha de agrandarse, “se agranda”; los mundos han de alejarse, “se alejan”; ellos dos han de separarse, “me separo”; la altura que contempla a uno y al otro ha de variar, “varía”. Desde su atalaya, Macarena observa un paisaje artificioso, un mero decorado, y algo similar a un punto flotante —un individuo a salto de mata—, que va y viene envuelto por una bruma perenne.

Visto el transeúnte mientras cruza la frontera, su voz lo detiene e interroga.

—¿Estás cansado, Ricardo?

—Sí.

—¿Has trabajado mucho?

—No.

—¿Has hablado con Begoña?

—Sí.

—¿Le has escrito una carta?

—Sí.

—¿Un remedio de poema?  
—Sí.  
—¿Me lo lees a mí?  
—No.  
—¿Has visto a Begoña?  
—Sí  
—¿Os habéis ocultado de las miradas ajenas?  
—Sí.  
—¿Has estado en su casa?  
—Sí.  
—¿Lo has pasado bien>?  
—Sí.  
—¿Vas a menudo a su casa?  
—Sí.  
—¿Has dejado de verla desde hace...?  
—No.  
—¿Te hace regalos?  
—Sí.  
—¿Los rompes, los tiras?  
—No.  
—¿Los guardas, los usas?  
—Sí.  
—¿Le compensas?  
—Sí.  
—¿Te gusta?  
—Sí.  
—¿Qué te ha dado?  
Silencio.  
—¿Qué te ofrece?  
Silencio.  
—¿Qué te dice?  
Silencio.  
—¿Qué le dices?  
Silencio.

—¿Habláis de mí?

—Sí.

—¿Quién soy yo?

—Silencio.

—¿La quieres?

Silencio.

—¿Vas a dejarla?

—No.

—¿Quieres vivir con Begoña?

Silencio.

—¿Quieres vivir conmigo?

Silencio.

—¿Quieres vivir con las dos?

—Sí.

—¿Te gustaría tenerlo todo?

—Sí.

Desde su desvelo, Macarena contempla un escenario de falsedad con actores mezquinos, ebrios de soberbia, interpretando un guion escrito a dos egoísmos.

“¿Cuándo voy a comprender que nada de esto me concierne?”

La voz del interrogado se pierde en la madrugada, tan débil e indiferente al oído como los cientos de sonidos que nacen y mueren en todas partes sin alcanzar notoriedad.

“¿Cuándo?”

Sale de la cama y de la habitación sin hacer ruido. Bebe un vaso de agua, piensa; camina el pasillo despacio, piensa; abre y cierra cada puerta de la casa, piensa; acuesta su cuerpo en el sofá y lo cubre con la manta de tacto suave, piensa. Piensa en ella y en su vida hasta dormirse, hasta que despierta con la sensación de haber viajado en el tiempo, de atrás hacia el futuro, para aprender una lección indispensable.

—Buenos días —saluda a las filtraciones de luz que proyecta la mañana—. ¿Sigue ahí fuera el mundo? ¿Y la vida? —pregunta.

Los sonidos llegan aminorados del exterior y salvo su voz no hay otra señal de vida cerca.

“¿Qué me llevaría a una isla desierta? ¿Qué sacaría de mi casa?”

Por un momento duda si es sábado o domingo.

“Respuesta a la primera pregunta: No quiero ir a una isla desierta. Respuesta a la segunda pregunta: Lo que estorba.”

Al fin de semana le quedan horas y circunstancias que pasar. Hace memoria de alguna obligación ineludible entre sábado y domingo.

“¿Qué apartaría de mi vida?”

Junta las manos bajo la manta y aspira el calor de su cuerpo. Vuelve a hacer memoria para encontrar en los lugares donde llevan expuestas más o menos años las fotografías enmarcadas mostrando la mirada añorante, la mirada curiosa, la mirada inquisitiva, la mirada harta, los hechos y los personajes del pasado.

“Respuesta: Lo que la desvirtúa. Lo que sobra.”

Ladea la cabeza hacia un porvenir rasgando su envoltorio, flexiona las piernas recreando la primera intimidad, suspira. Ahora sabe que las suposiciones son ciertas, eso significa un problema resuelto; pero aún no lo sabe todo y eso significa un problema a resolver.

—¿Por qué te niegas una explicación sencilla, real porque no hay otra; porque es la que es? —le reprobará Alejandro al empezar la semana.

—¿Sólo hay una? ¿Tú crees que sólo hay una? —preguntará Macarena con verdadero interés en la respuesta.

—Lo que yo creo es que reconocer la verdad da miedo. En mi opinión, tú continúas anudando la amarra al bolardo del muelle por razones de tu absoluta incumbencia.

Macarena sentirá un renovado dilema pugnando en su conciencia.

—Porque es mi vida. Yo decido sobre mi vida.

—Sí, es tu vida y tú decides sobre ella. Entonces, ¿por qué sigues metida en un laberinto de dudas? ¿Soy yo el único que te dice esto? Piénsalo, si te apetece.

Un desapacible fin de semana con dos extraños, varias recriminaciones y una presencia usurpadora bajo el mismo techo, en lo que fuera hogar dulce hogar, para pensarlo.

Lunes 31 de enero, siete y cincuenta de la tarde. Macarena habla con Alejandro por teléfono.

—¿Es una epidemia? Últimamente sólo hago que oír casos de infidelidad en boca de mis amigas —dice Macarena.

—¿Que afectan a tus amigas?

—No. Bueno, alguna ha tenido problemas. Pero lo que me cuentan es de conocidas tuyas. Pone los pelos de punta tanta traición.

—¿Ellas son siempre las víctimas? —pregunta Alejandro sin cuestionar la veracidad de la información que llega a Macarena.

—Sí. ¿Qué te parece?

—Lo que me parece es que es un pésimo consuelo. Cada persona es un mundo...

—Lo sé...

—Y tu historia es peculiar porque es tuya...

—Ya...

—Pero seguro que guarda semejanza con esas otras, aunque desconozco si en el prólogo, en el desarrollo o en el epílogo.

Tras el malestar de Macarena por su situación asoma un incipiente enfado con la sutileza de Alejandro.

—¿Crees que es para tomárselo a broma?

—Nunca bromearía contigo al respecto. Hace una hora que damos vueltas a lo mismo. Estamos compartiendo por mutua voluntad la confesión y la confusión, cosa que te agradezco; y lo que advierto es que no acabas de decidirte. Pero tampoco pides consejo, suponiendo que alguien pueda dártelo o quieras recibirlo, ni planteas alternativas o soluciones que podamos discutir y que sirvan para iluminar el túnel. Hablamos sin concretar, te desahogas pero hasta cierto punto. Y yo querría escuchar a la Macarena que conozco, a mi amiga Macarena. Sí, de verdad te digo que eres otra persona.

—Soy yo, no he cambiado.

—Acuérdate de lo bien que se ve de puertas afuera cuando te dejan mirar.

—No he cambiado, Alejandro —dice ella en tono grave—. Las circunstancias de mi vida sí han cambiado, son distintas y... contrarias a mi deseo. Pero yo no he cambiado, mantengo mis principios y mis valores. Soy la Macarena de siempre.

—Y yo el Alejandro de siempre. Por eso te hablo con total franqueza. Te veo metida en un túnel, es mi opinión y como tal la expreso.

—Vale.

—Me molesta y me duele verte a oscuras, por la simple y para mí extraña razón de que no deseas encender la luz. Si algo me parece es que roto el sentimiento...

—Macarena calla un amago de protesta—, todavía te mantienes apegada a las



excusas y por lo que sea no rompes ni olvidas. Estás haciéndote daño... Estás poniendo en riesgo tu salud.

Macarena suspira.

“Como si fuera fácil despedir un sentimiento, romper tantos años en común y olvidar lo que ha pasado sin leer en un libro abierto todas las respuestas.”

Son las ocho y cinco de la tarde que en invierno es noche cerrada. Cora se ha marchado hace cinco minutos con un cariñoso apretón en el hombro.

“¿O no es tan difícil?”

A enero le quedan menos de cuatro horas para convertirse en febrero.

### **Para nacer hay que morir**

Cora repasa la agenda del estudio.

—Tenemos bastantes visitas este mes —informa.

Macarena aprueba el calendario de actividad.

—Bien. Pese a la crisis, nosotras seguimos trabajando.

—Yo me doy con un canto en los dientes —sonríe Cora.

—Esto no quita para que seamos prudentes en las expectativas —reflexiona Macarena—. La situación en general es mala, sólo hay que ver y oír para darse cuenta de lo que nos ha caído.

Cora suspira y pregunta

—¿Cuándo saldremos de este marasmo?

—Vaya manera de llamarlo —señala Macarena con gesto simpático en su cara.

“Y yo del mío, ¿cuándo saldré?”, se interroga con un gesto severo en la cara.

Cora cierra la agenda tras anotar la fecha de la reunión y los datos del cliente en una hojita del taco de papel.

—Toma —entrega a Macarena.

Es el procedimiento habitual. A Macarena le gusta recordar sus obligaciones con notas.

—La modernidad tiene un límite —bromea.

Al día siguiente antes de comer, Cora le desea buena suerte esa tarde de reunión.

—¿A las cinco? Vale —confirma Macarena—. Según la hora que acabe te llamo o vengo.

—Como siempre. Hasta luego.

Hora y media reunida en un despacho con la calefacción alta. Sale con el calor metido en el cuerpo pero satisfecha y con moderada ansia de aire fresco. Hay posibilidades de negocio a dos o tres meses vista si no se tuercen las cosas.

—Ha sido positivo —comunica a Cora—. Le explica a grandes rasgos lo que han hablado y lo que ambas partes proponen.

—Estupendo. ¿Vienes?

—¿Hay algo pendiente para hoy que no pueda eludir?

Cora ríe.

—No. Haz recados. Date un paseo.

—Sí, eso voy a hacer —conviene Macarena.

—Es una terapia fantástica.

—Hasta mañana.

Una hora de asueto y caminar entretenido por el barrio de Salamanca.

“Tengo una sensación rara”, pero no es un presentimiento. Su hermana Marian le envía un mensaje cerca de las siete: quiere saber cómo se encuentra y si le apetece hablar un rato por la noche.

Ha aparcado en Diego de León esquina General Pardiñas. A las ocho decide coger el coche para ir a casa. Desciende la escalera, busca la plaza donde ha estacionado, “era por aquí, la número...”, no se ha fijado en el número rotulado en el suelo, “ya lo veo”, abre la puerta con el mando, “he de pagar antes”, cierra la puerta, retrocede hasta la máquina de pago y aguarda su turno porque hay una pequeña cola.

A escasos diez metros, una pareja oculta sus respectivos y notoriamente desiguales físicos a los ojos de Macarena si es que ella los hubiera advertido al pasar. Los dos agachados en el lateral de un vehículo invisible desde la posición de espera. Macarena no percibe nada extraño. Paga, se dirige al coche, coloca su abrigo y el bolso en el asiento del acompañante, comprueba que todo está en su sitio, arranca con la mirada al frente, circula tras un vehículo que también abandona el aparcamiento, observa de refilón a un hombre —¿un hombre?—, casi arrodillado como si comprobara la presión de los neumáticos y a una mujer —

¿una mujer?—, con medio cuerpo introducido en el maletero del mismo coche, no presta atención a esa pareja y conduce hacia la rampa de acceso a la calle.

“¿Es o no es un presentimiento?”

Ricardo Samper bebe una cerveza en un bar en tierra de nadie; está solo, no tiene ganas de hablar y piensa distraído en los acontecimientos del día, “otro día”.

Begoña Osma bebe una cerveza sentada en el salón de su casa, sin cambiarse de ropa y con el televisor encendido. Ha despedido a Ricardo hace unos minutos sin concretar la próxima cita, “cuando me dé la gana”. Se siente ridícula por la escena del aparcamiento. Ha sido ella la que vio a Macarena, “qué mierda de coincidencia”, y la que empujó a Ricardo hacia la clandestinidad, “¿por qué me escondo?” La pregunta le escuece y la abochorna, pero eso son males menores; la vida le ha acostumbrado a esconder la cabeza y todo aquello que la identifica ante los demás, “qué asco”. Le duele su cobardía y la de Ricardo.

Al principio él no había reparado que Macarena estaba allí, “qué puta casualidad”, pensó al cabo de unos segundos, pero continuó agazapado por orden de Begoña y disimulando a la altura de las ruedas por iniciativa propia cuando ella eligió el maletero para no ser descubierta. No se cuestionaba qué estaban haciendo ellos dos, al contrario que Begoña, que a solas con su crítica evalúa con la peor calificación su comportamiento, “parezco una furcia y él es una mierda cobarde”.

Ricardo se consuela de ese episodio para él intrascendente, “porque no me ha visto, porque no sospecha, porque actúo con habilidad”, reforzando su estrategia, “no me conviene que me vea, no me conviene que sepa más de lo que le cuento”; porque Macarena cree en su palabra, “se fía de mí”. Pero como toda precaución es poca, deduce que una dosis de afecto conyugal en su grado máximo, en apariencia espontánea y pretendida, es el remedio ideal para ir disipando dudas en ella y reforzar la confianza mutua.

—Macarena —la llama tenue, sin entrar en la habitación despacho.

Ella no vuelve la cabeza ni contesta. Concentrada en la revisión de papeles ignora la figura de Ricardo apoyada en el vano de la puerta.

—Oye... ¿Puedo pasar?

Desde el principio Macarena se propuso no traer obligaciones laborales a casa, y lo acordaron. El hogar debía ser la expresión de la vida en pareja, decidió ella dando ejemplo.

—¿Tienes trabajo? —se le ocurre preguntar a Ricardo.

—Sí.

—Es buena señal.

—Muy buena. ¿Quieres algo?

Ricardo carraspea. Una calada le infundiría aplomo.

—Sí...

Macarena consulta las notas tomadas en su última reunión.

—Date prisa. Tengo cosas que hacer.

Una calada le proporcionaría valor.

—No quiero estorbar.

Macarena calla, se mantiene distante, pero le molesta tenerlo cerca oliendo su hipocresía.

—Dime que quieres. Estoy ocupada.

Una calada le dispondría a la seducción.

—Pues... —Con paso lento, muy medido en la longitud, llega a su espalda—. Estamos pasando una época difícil. Hace tiempo que entre nosotros hay... como un... como una... barrera. Sé que es por mi culpa, pero tú también has provocado que me sienta mal... desplazado... incomprendido. Te digo la verdad, pero tú no me crees como a mí me gustaría —Macarena calla y oye la voz en falsete, frena su deseo de réplica y traga saliva—. Estás recelosa... Me acusas sin pruebas y me sometes a un control que me desquicia. No puedes imaginar cómo me siento —Macarena calla, recuerda—. Soy sincero, no tengo nada que ocultar. Pregúntame lo que quieras —Macarena calla, piensa—. He tenido dudas, no sabía lo que realmente quería. Necesitaba centrarme y tomar mis propias decisiones. ¿Entiendes eso? —Macarena calla, escribe—. Me agobiaba la rutina, todo tan igual, siempre lo mismo... un día y otro y otro. ¿Me comprendes? —Macarena calla, respira hondo. Ricardo le roza el cabello con los dedos de una mano—. Yo sé que tú confías en mí. Yo sé...

—Apártate —pide sin moverse, tajante aunque serena.

Ricardo añora esa calada que le aportaría seguridad.

—Eres injusta —dice retirando la mano pero sin retroceder el cuerpo—. ¿Qué quieres saber? Pregunta. Pregunta lo que quieras. No tengo nada que ocultar.

Macarena calla, rememora.

Ricardo insiste, inmóvil sobre la alfombra. Soporta la tensión con calma, convencido de superar la prueba, “es mi mujer, me cree a mí, conozco sus sentimientos y soy capaz de volverla a mi favor”, según el guion previsto.

—Pregunta.

Macarena eleva sus ojos sin mirar nada.

—¿Cuántas mujeres hay en tu vida? —pregunta.

Una pregunta directa, inesperada.

—¿Cómo?

—Responde.

Una calada para cobrar impulso.

—Ninguna... Bueno, tú... Naturalmente. Tú eres mi mujer.

—Estamos casados, cierto. Pero eso no significa que seamos marido y mujer, o al menos no lo que yo entiendo y deseo que sea mi matrimonio —señala. Y sin solución de continuidad pregunta—: ¿Estás enamorado o es un capricho? ¿Es un amor platónico, la mujer de tu vida que por fin has encontrado tras una interminable búsqueda plagada de errores o has consumado la pasión al estilo de los instintos primarios?

—¿Qué?

—Responde.

Ricardo carraspea, emite una tos corta y un suspiro por la boca.

—Bromeas —contesta—. Me estás tomando el pelo.

Macarena gira brusca la cabeza ante el nuevo intento de caricia.

—No me toques.

Ricardo da un paso atrás sorprendido.

—Me voy a cenar —dice cuando reacciona—. Pero esto hay que aclararlo. No puedes tener esta actitud conmigo —reprocha esgrimiendo una dignidad voluble.

—¿No puedo?

Suena el teléfono y apaga la protesta de Ricardo al desafío de Macarena.

—Hola, Marian. Esperaba tu llamada. Dime.

Ricardo desaparece hacia la cocina. Su plan ha fallado pero no se da por vencido. Aún cree influir en los sentimientos de Macarena, “sólo es un desahogo, si aguanto el chaparrón me vuelvo a hacer con ella”, no está dispuesto a perder.

Macarena habla con Alejandro por teléfono.

—No estoy de acuerdo.

Ella ha soltado una frase tópica y él ha replicado.

—Es una forma de hablar, le sacas punta a todo —dice con fatiga en la voz—.

Necesito cerrar frentes y no abrirlos, compréndeme por favor.

Alejandro chasquea la lengua.

—Me conoces de sobra. Tú tienes una forma de hablar y yo mi forma de ser. No hay disputa entre nosotros, no la ha habido nunca. Sabes que me molestan las generalizaciones...

—Ya, ya. Olvídalo. No todos los hombres son iguales ni dicen ni hacen ni piensan lo mismo. ¿O debo decir sois iguales, hacéis, pensáis, decís lo mismo? Me has entendido perfectamente. Viva la diferencia.

—Sí, te entiendo. Y yo también digo viva la diferencia.

Siete y veinticinco de la tarde, en el estudio. Cora atiende la llamada de un proveedor.

—Detesto la incoherencia —dice a Alejandro.

Macarena le resume los capítulos de su vida que recuerda plagados de incoherencia ajena; y luego apostilla con su situación personal esa primera semana de febrero.

—Viene de lejos —señala él.

—Voy aceptándolo, aunque me cuesta mucho... mucho.

—Nada sucede de un día para otro —recalca él.

—Es lo que dice mi amiga Mirta. ¿Te acuerdas de Mirta?

—Sí. Ella también te habrá dicho que tú eres su amiga y no él su amigo.

—¿Cómo?

—Tú eres mi amiga, Macarena. Ricardo nunca ha sido mi amigo. Probablemente tampoco de Mirta.

“No lo había pensado.”

Macarena retoma el hilo de la coherencia.

—Y eso es lo que llevo peor.

—Ya, como si te engañaras. Eso es lo que sientes.

—Pues... sí. No tanto... o sí. Creo que sí.

Alejandro le propone que visualice su historia desdoblada.

—Imagina que la vives a través de una proyección. ¿Me sigues?

—Sí.

—Te sitúas en el plano equivalente al de un espectador.

—Vale.

—Lo que ves en esa dimensión paralela es tu vida exenta de subjetividad, de condicionantes intelectuales o aspectos relacionados con tu idea del presente, del pasado o del futuro. Es, pura y simplemente, la contemplación de la realidad. Tu realidad en pase privado.

—Ya.

—Desde esa contemplación limpia de excusas interesadas, que son perjudiciales porque justifican hasta el mayor disparate, podrás analizar tu historia.

—Ya.

—A partir de ahí la asimilas, la repruebas y modificas o directamente la rechazas y hasta aquí lo que se daba.

Macarena esboza una sonrisa y respira hondo.

—O sea, me quedo como estoy o me sacudo de encima el lastre y la carga emocional. ¿Voy bien?

—Sí —confirma Alejandro.

—No hay término medio en este asunto. Es lo que opinas, lo sé, y te doy la razón. Otra cosa es que...

—No hay medias tintas en mi opinión, a no ser que medien cuestiones de negocio, egoísmos o miedos —interrumpe Alejandro sin levantar la voz—. Cada uno conoce por lo que pasa y eso es una influencia decisiva. Tú sabrás lo que hay en la trastienda. Es una forma de hablar.

Macarena enfatiza un suspiro.

“Tendría que saberlo. Tendría que haberlo adivinado hace tiempo.”

—Lo intuyo, lo deduzco. ¿Sirve?

—A mí me serviría.

—Entonces a mí también.

La película se proyecta en sesión continua, en versión original, en tres dimensiones y a pantalla completa.

“Qué bien se ve de puertas afuera, es verdad. ¿Acaso no lo sabía?”, ríe con amargura. Presiente el final, “¿por qué no antes?... Si total...” Son las últimas páginas, “¿cuántas me quedan por leer... o por escribir?” Al alivio se le une el eco de una responsabilidad antigua, todavía persistente, adhesivo. “¿Voy a ser capaz de dominar mis sentimientos?”

—¿Tienes a tus sentimientos en contra? —le preguntó Alejandro. Se lo había preguntado Mirta con sutileza. Quería preguntárselo Marian. Su hermano Adrián imaginaba que eso era imposible, por lo que no comprendía que tardara tanto su reacción.

—¿No te das cuenta, Macarena? —insistía Adrián.

Se daba cuenta. Pero, ¿cómo se domina un sentimiento con carta de naturaleza?

—Yo creo que tienes los sentimientos a favor —le dijo Alejandro—. Yo creo que el buen viento te empuja hacia la salida. Lo de poner las velas en la posición adecuada depende de ti.

“Depende de mí. Es una de mis frases favoritas”, sonríe Macarena enjuagándose el asco de la boca.

—Son mis sentimientos —le dijo a Alejandro—. Vivo con ellos. Los he hecho y me han hecho.

—¿Hasta anularte?

—Nunca —contesta sin vacilar.

—Me gusta oírlo.

Macarena apretó los puños y se mordió los labios.

—Un sentimiento que anula es dañino... es equivocado.

—Es una mentira —le dijo Alejandro. Se lo había insinuado Mirta.

“Confusión. Viaje a la deriva”, admite Macarena.

—Niebla cegadora.

—Yo no lo hubiera expresado mejor —le dijo Alejandro.

“La convenceré”, se anima Ricardo antes de cenar. Ha llegado pronto a casa. Cuando Macarena abre la puerta él la recibe con dulzura, se acerca a besarla.



—Buenas noches... —pronuncia un apelativo cariñoso que ahora suena falso y obsceno en los oídos de ella.

Le rehúye con un mínimo escorzo.

—¿No me saludas?

“¿Cuándo se te caerá la máscara?”

—Hace frío. ¿Has graduado el termostato?

—No. Yo no tengo frío. Aquí en casa se está bien.

“Aquí en casa sobras.”

Metida en su cuarto se siente incómoda en su propia casa.

“Esto es ridículo. Es insostenible.”

Después de cenar Ricardo se propone convencerla de lo erróneo de su trato hacia él. Para ello enumera los puntos débiles de Macarena en busca del óptimo, el que con menos esfuerzo le conceda un aval inmediato, la renovación de su crédito y, a la mayor brevedad, le saque del trance y de los sucesivos apuros a medio plazo. Fuma un cigarrillo acelerando la consumición y se sienta junto a ella en el sofá.

—Mira yo te comprendo —empieza aún prudente el movimiento de sus brazos—, pero tú has de comprenderme a mí. Con voluntad por parte de los dos cerraremos este capítulo de nuestra vida porque es...

—Un malentendido —completa Macarena con voz neutra.

—Sí, un malentendido. Algo pasajero que nos ha afectado demasiado. No puede ser, Macarena, nos estamos haciendo daño sin ninguna necesidad.

—¿Nos?

—No sé explicarme muy bien...

—Yo creo que sí, pero no quieres.

—Lo mío no son los discursos. Soy un hombre...

—¿Eres un hombre?

La sonrisa de Macarena le parece ambigua a Ricardo.

—Te espero en la habitación. Podemos seguir hablando en la cama.

Una garra de cinismo araña el estómago de Macarena, junto a un tropel de imágenes y emociones pugnando por adquirir relevancia en ese momento.

“Me gustaría ver una película de suspense. Me gustaría ver una comedia o un musical. Me gustaría ver fragmentos de ballet y danza o un espectáculo de patinaje sobre hielo. En buena compañía.”

Ignora, desprecia. Acciona el mando a distancia del televisor.

—Te espero.

“No ensucies mi casa. No ensucies mi habitación. No ensucies mi cama.”

—Te espero —repite saliendo del comedor.

Begoña le ha pedido que se vean el fin de semana, el sábado o el domingo indistintamente.

—No sé... —titubeó Ricardo.

—El sábado o el domingo —señaló Begoña autoritaria—. Mañana voy a la peluquería.

Quiere que su cabello se asemeje al de Macarena en peinado y color. Una sorpresa para Ricardo —le trae sin cuidado lo que él opine al respecto de la variación estética— y otro peldaño en su anhelada mimesis con Macarena.

—A ver...

—Me da igual el sábado o el domingo. Pero uno de los dos días seguro.

Ricardo pensaba cómo enfocárselo a Macarena.

“Si hago... Si digo... Si accediera...”

Macarena sopesa dormir en el sofá.

“Sólo si me apetece. Y hoy no me apetece.”

Va hacia la habitación a paso lento, rozando con las yemas de los dedos los marcos de las puertas, los tiradores, los cuadros, la delicada rugosidad de la pared, el galán de noche.

“Esta es mi casa.”

Ricardo permanece despierto. Observa como ella rodea la cama, se sienta dándole la espalda, comprueba la altura de la persiana y el despertador, apaga la luz y se acuesta con los ojos entornados.

—Macarena —susurra Ricardo.

Silencio.

—Macarena, oye...

Apenas siente la proximidad de su cuerpo Macarena se aparta e incorpora.

—No me toques.

Ricardo enciende la luz de su mesilla.

—Pero...

—Vete con ella.

—¿Qué?

Un cigarrillo le ayudaría a capear el temporal.

—Hazlo de una vez —pide Macarena—. Te doy la oportunidad de ser valiente.

Aunque fuera una calada, quizá dos, para encontrar un argumento con suficiente fuerza que le permitiera retomar la iniciativa.

Begoña prepara una fiesta en su piso. Dentro de unos días celebrará algo de su interés, llamativo, resonante. Lo está pensando y casi tiene organizado el ambiente y los discursos. A Ricardo no le ha dicho palabra porque quiere que sea una sorpresa también para él.

“También.”

Por lo pronto, el fin de semana ha de depararle una gran satisfacción, dispondrá de Ricardo el sábado o el domingo; y de ahí en adelante, marcado el camino, el mejor augurio le sonrío.

“Voy a conseguirlo.”

Es una sorpresa para Ricardo que Macarena se ausente el fin de semana.

—¿Tienes algún plan para el sábado o el domingo? —había preguntado para tantear sus posibilidades.

Macarena le dijo que se iba a casa de sus padres.

—Seguramente todo el fin de semana. Tengo ganas de estar con ellos.

“Necesito alejarme un tiempo para sentirme libre y tranquila.”

—¿Los dos días? —balbuceó Ricardo. No podía creerlo.

—Los dos días. Pero si cambio de opinión no cuentes conmigo. Estoy muy ocupada y bastante cansada, por cierto.

Una sorpresa mayúscula para Ricardo.

“¿Qué está pasando?”

Desagradable.

“¿Por qué actúa así?”

Imprevista, en absoluto contemplada.

“¿Qué ha cambiado en ella?”

Desconcertante. Peligrosa.

*Traviesa* daba saltos de alegría. Para ella era un regalo el paseo con Macarena por La Rosaleda en el Parque del Oeste.

—Me la llevo —anunció a sus padres el sábado por la mañana.

“Tú y yo vamos a hablar de mujer a mujer. Espero tus consejos.”

Bien abrigadas para combatir el frío reinante.

“Hay que empezar por el principio, *Traviesa*.”

Un didáctico paseo por todos los capítulos de la historia personal, expuestos al análisis, dispuestos a la memoria que compara y al juicio crítico.

“Si me preguntas cuáles son mis sentimientos, te diré que estoy muy cerca de poder responderte y esta vez es la definitiva. Lo prometo.”

*Traviesa* recopila información de los elementos naturales esparcidos para su deleite en el pequeño gran mundo del parque.

“Te avanzo que son varios mis sentimientos, pero ya en nada contradictorios. ¡Es un gran paso! He reflexionado... He dejado de engañarme... A ti te lo confieso, me he estado engañando. ¿Y para qué?”

Posa su mirada en los estoicos árboles y en los parterres de sufridas plantas unos momentos. Respira la libertad del momento y reconoce sus fallos.

Sentada en un banco con la perra avistando el mundo en torno.

“Necesito sentirme bien conmigo misma. ¿Sabes? He de dar el paso.”

*Traviesa* ladea su cabeza, presta atención, aguarda lo que ella determine.

“He demorado una decisión y eso me ha ido socavando, me ha trastornado. Pero la espera toca a su fin. ¿A qué suena a película? Pues sí, como en una película. He hecho caso a la sugerencia.”

Se siente libre y acompañada.

“Ahora he de elegir.”

Pasean disfrutando cada una de lo que le brinda la vida.

“Yo decido. Yo elijo.”

Vuelven a casa para comer, ambas satisfechas con lo que ha deparado la sesión matinal.

Macarena ayuda a su madre en la cocina.

—Marian vendrá luego.

—Hablaré con ella.

—Adrián ha quedado en pasar mañana.

—También hablaré con él. Quiero que me ayude.

—¿Puedo ayudarte yo? ¿Puede ayudar tu padre?

Macarena muestra su gratitud.

—Lo hacéis desde el principio.

—¿Qué podemos hacer nosotros para que te sientas bien de una vez por todas?

—Nada. Y espero que no me haga falta otra ayuda...

—Nunca se sabe. Por si acaso...

—Voy a solucionar esto. Sé lo que tengo que hacer.

Marian respinga congestionada.

—No me libro del resfriado.

—Es el tiempo —consuela Macarena.

—Me gustaría tener tu aguante.

—¿Lo dices por los resfriados?

Marian sonrío.

—Sí, por eso lo decía. Y ya que lo mencionas, también me refiero a...

—Lo soluciono pronto. Muy pronto.

Marian percibe una ligera vacilación.

—¿Qué necesitas?

—Dar el paso.

—Es lo más difícil.

—Pues sí.

Sentadas en la habitación de Macarena, ella encima de la cama con la espalda en la pared y las piernas flexionadas y Marian en la única silla, la de las mil utilidades cuando era un elemento esencial en su vida privada. Habla Marian de antiguas impresiones que ha certificado el tiempo. Recuerda en voz alta lo que antes, dadas las diferentes situaciones que motivaban la calificación, un sentido de la responsabilidad a examen había proscrito, “cada persona es un mundo, cada pareja es un mundo y sólo a ellos compete la solución de los problemas”, siempre y cuando exista tal problema o sea conocido y elevado a esa categoría por la parte afectada, “perjudicada, traicionada, engañada”. Marian expone su opinión y confiesa con meses y años de retraso sus deducciones y noticias que bien pudiera haber puesto a disposición de su hermana, “lo personal a un lado, porque importan los hechos”, que trascienden antes o después pese a los disimulos de unos y otros, “y nos implican de lleno, nos delatan y nos denuncian”.

—Es verdad. Dime lo que te parezca sin imponerte censura —anima Macarena—. Te pido absoluta sinceridad.

Ricardo fue ganando terreno en el extrarradio de la pareja, comenta Marian. “¿Eras consciente, Macarena?” No destacaba por nada en concreto, ni era un hombre con iniciativa que pudiera distinguirse en público. “¿Estás de acuerdo?” Probablemente te envidiaba, siempre escaso de personalidad; diría que junto a ti él mismo se anulaba, quizá por sus complejos. “¿No te dabas cuenta?” Estaba acomplejado... No, el concepto es otro: tenía complejos, arrastraba complejos. Y era muy egoísta, como un niño mimado. “Consentías tanto... Creo que lo tomabas como una obligación, pero no sé por qué.” Mediabas para favorecerle en las relaciones sociales y en las profesionales, aunque a ti te costase un esfuerzo porque es incómodo lo de ir solicitando ciertas cosas sin que se entere el beneficiario. “¿Te lo hubiera agradecido?; ¿le hubiese resultado ofensivo?; ¿te hubiera hecho preguntas que cuesta responder con una frase?; ¿se dejaba querer?” Su egoísmo aceptaba todo lo que le convenía, incluso aquello que mirado objetivamente resultaba innecesario o fuera de lugar.

—¿Por qué lo dices? —salta Macarena.

—Sólo es una observación. Pongo sobre la mesa un montón de cuestiones para que las analices.

—Ya, pero...

—Es lo que siento y es lo que sé, Macarena.

—Me suena raro. Me cuesta creer...

—Te ha costado creer. ¿Todavía te cuesta?

Macarena cierra los ojos y apoya su mejilla derecha en las rodillas.

—Es un paso gigantesco —musita.

Hay que arriesgar para conseguir un propósito. “Tú has arriesgado y te has entregado.” El matrimonio exige un compromiso íntegro, total, cree Marian, cree Macarena; no puede haber reservas, no pueden darse caminos alternativos que sedimenten la ficción, no puede establecerse una vía de servicio exclusiva para uno de los cónyuges.

—¿Me hablas de una doble vida?

—Es obvio en su caso. ¿O aún tienes dudas?

Macarena expele el aire de sus pulmones con la boca pequeña.

—No.

—¿Seguro?

Es un aire tibio, cosquilloso.

—No me queda otra, Marian —dice con una sonrisa triste, con la mirada velada por la memoria crítica.

Hay que admirar para que la unión sea efectiva, sólida y duradera. “¿Le has admirado? Se sincera y respóndete. ¿Y él a ti? Con sinceridad tu respuesta. Hazte ese favor.” Añade Marian si, visto en perspectiva, ha habido verdadero y recíproco amor. “¿Los intereses en juego dentro del matrimonio han sido compartidos?” Las cosas suceden por algo, recuerda Marian esta frase de Macarena.

Nada sucede de un día para otro, recuerda Macarena la frase de Alejandro.

—La realidad golpea fuerte si pones la cara —dice Macarena.

—Cuando dejas de engañarte —apostilla Marian.

—Ojalá nunca pases por esto —desea Macarena.

Marian se sienta a su lado. Le coge las manos.

—¿Estás decidida?

Una sensación placentera recorre su cuerpo al contacto de la piel de Marian.

—Vas a verlo.

Ricardo conduce su coche en dirección a casa de Begoña. Son las diez de la noche, sábado; una hora intermedia con tráfico fluido y la cabeza embotada por dos copas, atisbos de inseguridad, un dilema y un temor. Macarena se lo ha puesto fácil el fin de semana que Begoña ha presionado para situarse por encima de su mujer en la elección. “Ha salido a pedir de boca. Pero...” Ha estado a punto de comentarlo con su amigo César, apodado el audaz y también el jeta, el putero, el vivales; casado a su manera, con tres hijos y mucho desparpajo en el trato. Se lo presentó su cuñado Nacho y congeniaron rápido. La primera salida a un club de alterne fue a finales de 2008, “una casualidad, nada significativo ni buscado”, justificaba a sí mismo. Y desde entonces, sin una frecuencia establecida, las visitas a ese y otros clubes, “cosas sin importancia, unos desahogos que no perjudican a nadie”, han conformado una doble vida casi anunciada, “aquel día se lo insinué a Adrián, pero no lo entendió como yo lo contaba o creyó que la cerveza me había tirado de la lengua para decir tonterías, machadas de pícaro achispado harto de familia en Navidad. Palabras entre cuñados que se las lleva un viento cómplice: somos hombres, qué caramba. Mejor para mí.”

Piensa que su crédito está intacto y que goza de buena suerte. Piensa que es un hombre de recursos, hábil, precavido y fuerte.

Begoña espera en su casa, “¿qué habrá preparado?, ¿querrá salir?”, resopla, enciende un cigarrillo, conduce despacio; no tiene prisa. Se siente cercano al bienestar, “no puedo quejarme”, parece que los hados trabajan para allanarle el camino a sus ambiciones, “veamos...” Las enumera, repasa el presente y su proyección hacia el inmediato futuro, “Vale, vale...” Aparca, respira hondo, canturrea el último ritmo que sonaba en el club. Sonríe. Estornuda, moquea, tose. El ambiente es frío y húmedo. Le pesa la cabeza y asoma un recuerdo incómodo, picajoso, “vamos, vete...” Se pregunta por Macarena, en realidad por su decisión de pasar fuera de casa el fin de semana, “una afortunada casualidad.” A veces imagina que Begoña es bruja, “menuda tontería.” Enciende un cigarrillo y enfila el portal de Begoña. “Estoy cansado. Con suerte nos quedamos en casa y duermo.”

Begoña la llama por teléfono cuando suena el timbre del interfono.

—Vas a verlo —dice Macarena a Adrián el domingo después de comer, metidos en la habitación que ayer citara a las dos hermanas.

—Es lo mejor.

—Sí.

—La única salida digna.

—Ya lo sé —admite Macarena.

Encima de la mesa que fuera de estudio y depósito de los más diversos objetos, Macarena ha colocado el sobre que le entregara Adrián y unas tijeras.

—No he necesitado abrirlo.

—Es tu decisión.

—Y esta también —afirma cortando el sobre en tiras longitudinales y transversales—. Siempre te he creído, Adrián; no me hacía falta ninguna demostración.

—Vale.

Cortes intencionados, precisos.

—De todos modos, gracias.

Culminada la operación, le pide un favor que Adrián acepta.

—Ha de ser lo antes posible.

—Mañana voy a tu casa y nos ponemos a ello. ¿A qué hora?

—La que te vaya bien a ti...

—Dime la hora y allí estaré.



—Las cuatro.

Puntual llama Adrián a la puerta de Macarena.

—Gracias.

—No perdamos tiempo.

Van a la habitación despacho y mientras Macarena abre puertas y cajones, saca cajas, carpetas y papeles sueltos del armario, de la estantería, del escritorio y de la vitrina, Adrián estudia y descarga en un dispositivo de almacenamiento personal los contenidos del ordenador sin eliminar que a ella infunden sospecha o en apariencia se hallan vinculados con la administración del hogar.

“Me he excedido en la confianza.”

Seleccionados los documentos que considera han de obrar en su poder, pide a Adrián que los fotocopie en la copistería que hay a dos manzanas de allí, le devuelva los originales y luego deje las copias en casa de sus padres junto con el dispositivo de almacenamiento que analizará en el estudio cuando le sea posible.

—Lo prefiero.

—Como me digas.

Mañana volverá a su habitación de soltera para extraer conclusiones definitivas.

“Voy a asegurarme al máximo. No quiero dar un paso en falso.”

“He de ser cauto para no dar un paso en falso que envíe todo al traste”, sopesa Ricardo en el domicilio conyugal ese lunes por la noche antes de que llegue Macarena. “Tengo que ir con mucho tiento, midiendo los tiempos y las acciones”, evaluando los factores de riesgo a su alcance.

El cálculo era una de sus especialidades en la época estudiantil y es una de sus aficiones ejercida de forma automática.

Ricardo Samper tiene mal aspecto. Ojeroso e inquieto recorre la casa hablando solo en voz baja y el tono agudo.

“Esto no puede ser”, dice. “No, no es posible”, repite. Los cigarrillos apenas le calman. Necesita algo más fuerte, un ansiolítico. Más fuerte, un antidepresivo. Ríe. “Los médicos, ya se sabe...” Piensa en Begoña, “es una buena persona, lo ha pasado mal en la vida...” Piensa en Macarena. “Qué raro.” Duda, se asombra, no

comprende. “Ha cambiado... No, no es posible... Sí, sí... No lo creo... La conozco, la conozco.”

La casa huele a tabaco. El ambiente es humoso en el salón y en el pasillo. Tose, jadea, le lagrimean los ojos.

“¿Dónde se mete?”, se pregunta al pensar en Macarena. El domingo al anochecer se hizo la misma pregunta. “¿Dónde?” Su ausencia le había salvado de una discusión con Begoña, pero el fin de semana no había sido nada del otro mundo. Begoña presiona y él cede. Macarena quería saber y él callaba. “¿Qué le digo?” Qué puede decirle. Piensa las respuestas reclamado por el ansia, persigue entre sombras y agobio un argumento convincente y paliativo. “Tarda mucho.” Al anochecer el domingo se decía “tarda mucho” mordisqueando un pedazo de embutido, bebía una cerveza de lata y trasegaba impaciencia y tabaco, “algo se me escapa, lo presiento... Tengo que convencerla.” Piensa en Macarena cuando oye el ascensor, pasos elegantes, el tintineo de las llaves, la puerta al abrirse, el golpe suave al cerrarla, el paso discreto e independiente de Macarena hacia la habitación de matrimonio y su cuarto de baño.

—¡Hola!

Dijo Ricardo el domingo por la noche.

Silencio.

—Hola —dice este lunes de llovizna.

Silencio.

Pasa un rato hasta que Macarena visita la cocina.

—¿Estás bien? —pregunta él.

—Sí.

—¿Todo va bien? —pregunta él.

—Sí, claro.

Se esfuerza en dar con la frase adecuada.

—Cómo has llegado... ahora —comenta, pero inseguro de acertar con las palabras. “¿Por qué me cuesta tanto?” Por qué, buena pregunta. Silencio en Macarena—. No sueles llegar a estas horas.

—Estoy muy ocupada.

“Tenemos que hablar”, no se atreve a decir Ricardo. Es una frase manida, demasiado reveladora de una anormalidad.

—¿Cenamos? —propone.

Macarena niega con la cabeza.

—Ya he cenado.

Son las once menos diez en la cocina.

Las once y cuarenta frente al televisor. Ricardo cambia los canales por inercia, sin fijarse en los sucesivos programas. “Tengo que convencerla.”

Macarena tan pronto está en una habitación como en la cocina o su cuarto de baño. No para de moverse y pensar.

“Esto es insoportable.”

Le asquea sentirse extraña en su hogar. Rechaza la compañía de su marido, “no es mi marido, este matrimonio murió hace...” Pero continúa queriendo saber, no tiene todas las respuestas que su dignidad exige, por eso aguarda el momento para escribir el epílogo.

—A lo mejor equivocas las preguntas o te empeñas en ignorar las respuestas —le dirá Alejandro—. A lo mejor es que son unas respuestas simples y conocidas por ti. Nada nuevo o sorprendente, Macarena.

—¿Eso crees?

—Eso creo —le dirá Alejandro.

—¿Por qué miras desde la platea? —preguntará ella.

—Porque mantengo los ojos abiertos. Porque no niego la evidencia. Porque me he sacudido los sentimientos perniciosos y las obsesiones —le dirá Alejandro.

“Me ahogo”, siente Macarena, “pero no voy a confundirme otra vez. Ya no.”

Ricardo apaga el televisor, se dirige a la cocina, asoma medio cuerpo observando el perfil de Macarena, carraspea, traga saliva, habla en falsete.

—¿Vienes a la cama?

De inmediato aprecia el error. “Mierda”, lamenta.

—A la habitación... Si vienes a la habitación y...

—Tengo cosas que hacer —ataja ella.

El aspecto de Ricardo es preocupante. La tez pálida, el pulso alterado, con oscilaciones en sus movimientos que en otras circunstancias serían graciosos; la cabeza gacha, el parpadeo nervioso. Una figura encogida que sostiene una actitud críptica.

“¿Cuál es tu juego?”, no le va a interrogar Macarena. “Esto se ha acabado.”

—De ti depende —le recordará Alejandro, le incitará Mirta.

“Yo decido”, escucha Macarena.

—¿Vienes? —insiste Ricardo.

—¿Me vas a contar algo nuevo?

—¿Nuevo?... ¿A qué te refieres? Podemos hablar...

Precipita la idea. Deduce que si la lleva a un terreno favorable para la intimidad aumentarán sus posibilidades de crédito y el antiguo poder de seducción, que supone en el marido hacia su mujer, retomará los parámetros de la convivencia a beneficio de inventario.

—Estoy muy atareada. Tengo que ordenar la ropa, preparar el lavavajillas, leer un informe, revisar unos documentos... Nada puede esperar.

Ricardo esgrime un resto de arrogancia.

—Me voy a dormir. No te canses mucho.

Una hora después Macarena se acuesta en el sofá, bien arropada y con la radio puesta sólo para ella. Ricardo descubre por la mañana que la almohada de Macarena, al igual que su cuerpo, no han ocupado el lugar correspondiente.

—Te pido paciencia —dice Macarena a Cora en el estudio el martes por la mañana.

—Claro. Lo primero eres tú.

—Gracias. Es cosa de poco tiempo... supongo.

—Lo que haga falta —reitera Cora—. Cuenta conmigo para lo que necesites. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias. Creo que me basto para hacer lo que debo. Esto ya...

Suena el teléfono en el estudio. Es un proveedor que atiende Cora.

“Esto es el final, Macarena. ¿Eres consciente?”

Cora ha de hacer unas compras para la casa.

—El frigorífico vacío y el aprovisionamiento de productos de limpieza en mínimos. No sé dónde tengo la cabeza estos días. ¿Te importa que me vaya ahora mismo?

—Vete tranquila y compra despacio. Las prisas hacen que una se olvide de lo esencial.

—Muy cierto. Cuánto trajín.

—Somos mujeres que trabajan dentro y fuera de casa. Eso es lo que pasa.

—Nuestras prioridades son todo y ya —ríe Cora.

“Estoy de acuerdo. Ha de ser ya.”

A las siete y veinte habla con Alejandro. Le parece que el cielo ha oscurecido hace poco. Los días alargan, las noches se reducen pero todavía mantienen la tensión del frío, esa humedad penetrante mezcla de lluvia y niebla y una soledad adquirida en el prólogo de una decisión trascendente.

—Era noviembre, ¿verdad? —pregunta Macarena recordando una frase que aun sin sorprenderle retumbó en sus oídos y anidó en la intimidad de su ser.

—A finales de noviembre —confirma Alejandro.

—Muy seguro me dijiste...

—Dije: te traiciona.

Macarena aspira el aire cálido del estudio. Pese a lo que le acucia y le embarga el ánimo, se siente bien; por lo menos mejor que días, semanas y meses antes. El desenlace le confiere aliento y como está en su mano le proporciona seguridad.

“Si fallo es cosa mía. De mi única y exclusiva responsabilidad.”

—Me lo dijiste. Y con una voz...

—Que me salió del alma.

—Una voz poderosa, muy convincente. Pero no era suficiente para mí.

—Tenías que convencerme.

—Tengo que convencerme —reconoce Macarena—. Tengo que convencerme —susurra queriendo ser escuchada.

Alejandro evoca ese momento en el que pronunció la sentencia: “Te traiciona.”.

—Después de un año... o más, volvía a hablar contigo. Me ilusionaba saber de ti. Iba a contarte mi peripecia vital y a compartir esa experiencia con la tuya. Tras ese, digamos, periplo con propósitos diversos... o quizá uno solo por ser decisivo, algo te he apuntado, deseaba recuperar un tiempo y un espacio que me pertenecen porque además de míos guardan lo que soy y el compromiso de búsqueda al que nunca he renunciado.

—Pero has encontrado, ¿no? Mi memoria dice que sí.

Alejandro sonríe.

—¿Y qué dice tu intuición?

Macarena sonríe y suspira con notoriedad, teatralizando.

—Lo mismo que la memoria. Pero sólo a mí —apostilla tornando grave su voz.

Una llamada entrante en la línea del estudio interrumpe la conversación unos minutos. Al cabo, Alejandro retoma la síntesis biográfica para desembocar en el presente.

—Si has liquidado tus dudas el resto es sencillo.

—Confieso que estoy en ello —se sincera Macarena.

—Cuando liquides tu dilema, fruto de las contradicciones, el resto es cosa hecha —matiza Alejandro.

Macarena chasquea la lengua, sus dedos reproducen sobre la mesa la vorágine que ha soportado y todavía colea.

—Los sentimientos...

—¿De quién?

—Míos... claro. Mis sentimientos.

Alejandro introduce una pregunta capciosa.

—¿Sentimientos, emociones u obsesiones?

—No entiendo. ¿Qué me quieres decir?

—Es una suposición —dice Alejandro—. Yo creo que no eres del todo consciente de tu papel en esta historia.

—¡Es mi historia!

“Soy consciente.”

—Es tu historia en la medida que te afecta. Pero, y es mi opinión, deja de ser tuya cuando lo que persigues se distancia, quizá inconscientemente, del dilema, de sus consecuencias y del objetivo primordial que te has marcado...

—Salvar mi matrimonio.

—Ese es un objetivo secundario desde hace mucho tiempo, permíteme expresarlo sin rodeos.

Macarena traga saliva, se incorpora cuanto le permite el cable del teléfono, endurece sus facciones. No comprende dónde quiere ir a parar.

—Salvar mi matrimonio ha sido mi intención siempre.

—En todo caso una intención paralela a no dejarte arrebatarse lo que consideras tuyo compitiendo con alguien que es nadie.

—¿Compitiendo...?

“¿Soy consciente?”

—Compitiendo por alguien que es nadie contra alguien que es nadie —redunda Alejandro—. Es mi opinión.

Mirta abundará en ello cuando cenar el jueves en su casa.

—Ya. Quieres decir que me he rebajado, que corro peligro de perder mi dignidad. ¿Es eso? Pues...

—Escucha...

—Es... —rectifica Macarena en el acto—, era mi marido.

—Una traición lo empaña todo. Una traición horneada en la mentira. ¿Acaso no es lo que tú me has explicado?

—Sí —asiente Macarena desasiéndose de las viejas contradicciones—. No voy a negarlo.

—La pérdida de confianza anula cualquier proyecto en común. La convivencia en pareja, el matrimonio, requiere de seguridad y de confianza además de...

—Amor, pasión y voluntad —completa Macarena.

—La traición y la mentira convierten la historia en cenizas. La destruyen.

—La terminan.

—Y duele.

—Quema, escuece, te mortificas, no quieres creer que te está sucediendo. Te haces mil preguntas... —dice a Alejandro y le dirá a Mirta el jueves, un día de sol radiante, durante la cena.

—Desprecias las respuestas.

—Respuestas... —murmura Macarena.

“¿Soy consciente?”

Distingue a través de la niebla su imagen. Alrededor de ella una pregunta con su voz le pide una respuesta concluyente.

—Estoy bien, Alejandro. Volveré a ser feliz.

—Por supuesto. Escucha...

Quiere incidir en el criterio de dignidad personal.

—Hablamos mañana, ¿vale? Me voy a comprar antes de que cierren las tiendas. Soy una mujer a pleno rendimiento orgullosa de su condición y de su actividad. Me siento realizada y me encanta crear hogar.

“Y vivir. Y compartir. Soy consciente.”

Ricardo sale de casa de sus padres a las diez y media. Ha sido una visita acordada para hablar de cosas de la familia, en palabras de su madre; pero a pesar de la insistencia de ella no se ha quedado a cenar.

—No te veo bien.

—Estoy perfectamente —dice Ricardo.

—Come algo más. Sólo picoteas. Te estás quedando en los huesos.

—Es el trabajo. Estoy estresado. La crisis lo arrastra todo.

—Es una época mala, qué me vas a contar. Pero, ¿y tú...?

Ricardo levanta las dos manos en señal de tregua.

—Cansado. Soy un hombre responsable que cumple con sus obligaciones —dice con la voz débil—. Me marcho.

Macarena está en la cocina cuando él llega.

—Hola.

Silencio.

Se le ocurre darle un beso. Ella retrocede y le mira con frialdad.

—No me toques. Déjame pasar.

Camina hacia su cuarto de baño para desmaquillarse. Cierra la puerta con pestillo y conecta la radio.

Ricardo echa un vistazo a la cocina. No tiene hambre ni sed. Acusa fatiga y algo de aturdimiento.

“¿Qué se me escapa?”

En el salón se acentúa la soledad de un hogar descompuesto. Toma asiento, reclina la cabeza y fija la mirada en el techo.

“Tengo que poner remedio a esto.”

El silencio y la opresora sensación de vacío le quiebra la de por sí inestable determinación.

“Puedo hacerlo.”

Desde las paredes y el suelo emana un olor a limpio, a desinfección perfumada, que penetra el olfato.

Enciende el televisor, coge el mando y el cenicero individual y fuma pendiente de los sonidos en el otro extremo del piso. El segundo cigarrillo trae un acceso de tos, la consabida carga de impaciencia, un reflujo de pesadumbre, “qué hace tanto rato allí metida” y de agenda, “mañana me veo con Begoña. ¿Dónde hemos quedado? A ver... Uf, no cambia. Por qué...”

Piensa que la solución está en el dormitorio. Pero en seguida se da cuenta de que tampoco esta noche Macarena se acostará en la cama de matrimonio.

—Oye...

Ella pasa distraída, como si estuviera sola en casa.

—Macarena. Oye... Ven...

Sin voz, con el leve sonido de un cuerpo que se aleja.



—Macarena...

Entorna la puerta acristalada del salón, “mi hogar”. Respira. Es acre el olor del tabaco, irritante, “he de ventilar la casa”. El termostato a 18 grados, el ligero edredón que aísla del frío desplegado, la radio a bajo volumen en el vértice del respaldo y el brazo del sofá, “una parte de mi mundo”.

Ricardo carraspea, la garganta le pica. Vuelve sobre su lado de la cama contrariado. “No aguantará. Es un enfado pasajero. Tiene que escucharme y voy a convencerla.” Le duele la cabeza, le incomoda el vientre y nota la amenaza de calambre en los dedos del pie izquierdo.

Seca la garganta, áspero el paladar.

“Hola, Macarena. Siéntate. Quiero hablarte de Begoña, lo que aún no sabes. Pero antes voy a hablarte de mi amigo César, todo un personaje. Oye... Macarena, ven aquí... Tengo que hablarte de nuestra amiga Begoña. Los tres estamos muy bien, ¿no? Sabes que sí. Que es un malentendido, que no hay nada que deba preocuparte. Macarena... yo no miento. Esta es mi casa, esta es mi habitación, esta es mi cama. Yo no te engaño, Macarena... No te engaño, Begoña. Hola, Begoña. Sí... Mañana a las...”

Desvaría en sueños.

Crisis. Las noticias titulan con acento dramático y explayan comentarios, opiniones y vaticinios acerca de la crisis económica y la financiera. Las crisis de la crisis.

“Ha estallado la crisis”, concede Macarena.

Las sucesivas crisis se abaten certeras y sañudas en terreno abonado.

“Desborda todas las previsiones.”

Lo peor está por venir, lee, escucha, presente.

“No hay vuelta atrás.”

Cora es una mujer animosa, positiva; ella también. Infunden mutua esperanza ante la adversidad.

—De esta salimos. No podemos quejarnos hasta ahora —dice Cora.

—Nosotras estamos capeando la crisis con bastante fortuna. No me quejo y podemos aguantar un tiempo razonable, suponiendo que no firmemos más contratos.

“Tengo que sacudirme el lastre. Tengo que salir del laberinto. Tengo que poner punto y final a mi crisis.”

Patricia confirma por teléfono su resfriado y la comida.

—Me encuentro mejor, podrás soportarlo —ironiza, resignada a los siete días de secreción nasal y picores en el cuello.

Macarena conduce despacio, camina despacio, piensa con sosiego asumiendo de la cruz a la raya su protagonismo en el desenlace del más penoso episodio de su vida.

“No hay justificación que valga. No seas débil, Macarena.”

Llega antes que Patricia, elige la mesa y observa el mundo que la rodea sin fijarse en los detalles.

“No juegues con tu vida a perder.”

—¡Hola! —saluda Patricia y después estornuda.

—¡Jesús! Hola. ¿Vas a contagiarme? No puedo permitirme el lujo de meterme en la cama a esperar que el amante resfriado me deje por otra. Haz el favor de apuntar los virus a mi espalda. Con suerte das de lleno a los fantasmas.

Patricia ríe.

—¿Te gustó mi historia de fantasmas?

Macarena sacude la cabeza y frunce cómica los labios.

—Me refiero a la mía. A mis fantasmas.

—Capto. ¿Hacen mucho ruido?

—Al contrario. Son auténticos fantasmas.

Resume a Patricia lo que siente y lo que conoce en lo que llama la etapa final del proceso, pero no cómo va a actuar.

—Bueno, pues adelante —aconseja Patricia con el amable desparpajo de quien ha decidido tomar la iniciativa.

—Noto que mi vida ya ha cambiado.

“Y que si me detengo o doy marcha atrás me traiciono.”

—Te apoyo. ¿Quieres qué...?

—No me hace falta nada de momento. Gracias.

Patricia da una palmada en la mesa, marca sus líneas de expresión y eleva los dos dedos índices.

—Perdona el atrevimiento por lo que voy a decirte —se disculpa por si acaso—. Es una frase de mi madre —puntualiza—: No te quedes a medias.

“Sería catastrófico para mis neuronas.”

Llega muy poco antes que Cora al estudio.

—Te lo cuento —dice a Macarena.

Ha visto a Ricardo y Begoña metiéndose a toda prisa en un portal. Macarena recuerda con asco la presentación que hizo de Begoña a todas sus amistades.

—¿Dónde? —pregunta por inercia.

—Aquí al lado. Vamos, muy cerca.

—No me sorprende.

—A ti no, pero a mí sí me sorprende que tropiecen con el escalón de entrada y se pongan de cara al interfono como dos ciegos.

—Patético.

—Patético.

Cora se dirigía al estudio con la cabeza en sus cosas, casi distraída. Pero un movimiento precipitado a escasos metros de ella le desvía la mirada hacia esa pareja, empujando él, eso lo vio nítidamente, que aborda un portal con rótulos en el forjado sin especial relevancia cromática o de diseño.

—Eran ellos, Macarena.

—Qué casualidad.

—Eso pensarían cuando me vieron.

—¿Te han visto?

—Sí. Por lo menos Ricardo. Pero no sé si él se ha dado cuenta de que yo les he reconocido. Cogió a la otra por el brazo arrastrándola hacia ese portal. Yo me quedo un segundo parada, creo, y les miro. “Son ellos”, me digo, “mira tú por donde por poco chocamos.” Cómico... En fin...

—Cómico —suscribe Macarena soltando aire —Qué cosas pasan.

—Y se pone Ricardo a buscar un timbre, supongo. ¿Qué iba a hacer si no con la nariz pegada al interfono? Y la otra pasmada, creo... Porque fue un segundo.

—Tiempo suficiente para reconocer a los fantasmas.

Cora ríe.

—No te importa, ¿verdad?

Macarena reflexiona, se levanta, camina por el estudio.

—Me importa en la medida que me afecta. Él no es nada para mí ya en cuanto a sentimientos. Ella es menos que nada. Pero la traición existe, el engaño continúa y la mentira me rodea. Fue mi marido, aunque legalmente lo sea aún; y ella fue

mi amiga, le entregué mi amistad, la introduje en mi mundo, deposité mi confianza sin reservas. Yo nunca he sido hipócrita, Cora.

—Lo cual te honra. Nadie tiene amigos verdaderos si engaña, si finge, si dice que es quien no es; a la larga todo se descubre.

—A veces muy tarde.

—Pero no demasiado en tu caso —asevera Cora en un tono que no admite réplica.

—No en mi caso, tenlo por seguro.

“Puedo prescindir de respuestas si como dice Alejandro siempre las he tenido delante; es cuestión de querer verlas. Pero no soporto la presión de la mentira, me asfixia, me ensucia, me trastorna. Basta. No voy a perder mi dignidad. ¡Basta!”

Conduce despacio, camina despacio repitiendo con voz renovada que no va a perder su dignidad. “¡Basta!”

—Hola —saluda Ricardo al entrar en casa.

Hace una hora que Macarena ha cenado. Descansa en el salón con el televisor conectado.

—¿Qué miras?

Un debate al que presta mínima atención.

—¿Vas a hablarme?

—¿Qué has hecho esta tarde? —dispara sin buscarle los ojos.

Ricardo palpa el exterior de los bolsillos de su abrigo, luego de la americana desabrochada y de los pantalones.

—Te dije ayer que tenía una comida con el jefe de zona.

—No me acordaba. ¿Y qué más has hecho?

—Nada. Ha sido una tarde pesada.

—Ya. Otra tarde aburrida por culpa de la crisis.

Ricardo se lleva una mano a la frente.

—Esta maldita crisis.

—Bendita crisis —pronuncia Macarena.

—¿Cómo?

—Estoy viendo la televisión. Déjame tranquila.

Ricardo duda entre sentarse con ella o desaparecer. Su imagen en el salón se reduce a una silueta anodina, frágil, despersonalizada. Vacila, carraspea, busca un cigarrillo, va a encenderlo.

—Fuma lejos de mí. Me molesta el humo —advierte Macarena.  
“Basta de humo y fantasmas en mi vida.”

Con Mirta, por teléfono.

—Prefiero en un lugar reservado —dice Macarena.

—Ven a casa.

—Sí. En tu casa estaremos tranquilas. Necesito aislarme de cualquier influencia “y de todos los ruidos, las luces, las sombras”. Es jueves y los jueves sale mucha gente.

—Te espero a las nueve.

—Nueve o nueve y media —puntualiza Macarena—, depende del trabajo.

De las visitas, de las novedades, de los imprevistos o de las llamadas.

Macarena habla con Alejandro por teléfono. Son las siete y cinco de una tarde con alternativas.

“Yo decido, yo elijo.”

—Hay decisiones que no admiten prórroga.

—¿Pero cuándo se sabe? —pregunta Macarena deseando averiguarlo.

Alejandro le lanza un desafío.

—Si todavía no lo sabes es que continúas a merced de una maraña de contradicciones. ¿Hace falta que te lo explique?

La mueca de Macarena es una secuela de desconcierto.

—No. Sólo quiero estar completamente segura.

—La seguridad reside en ti. Tú tienes la facultad de llamar a las cosas por su nombre y de ponerlas en su sitio —dice Alejandro. Sonríe afable pero incisivo—. Fíjate, con dos frases hechas he compuesto un manual de resistencia ante las estúpidas adversidades que no merecen el tiempo que se les dedica.

Macarena recoge el guante.

—Bien. Entonces respiro hondo, mantengo el pulso y disparo.

—Me gusta la metáfora.

—Tengo buena puntería.

—Demuéstratelo. Ponla en práctica.

—Vale. Y además...

—Recuperas la dignidad.

Macarena guarda silencio unos segundos.

—¿Tú crees...?

—No importa lo que yo crea.

—Me importa la opinión de alguien que me conoce—dice a Alejandro y le dirá a Mirta esa noche de cena en un ámbito privado.

—Haz lo que consideres. Pero hazlo pronto. Hazlo inmediatamente —concluye Alejandro desviando su mirada hacia la calle. Le molesta la incertidumbre y le carga la reiteración en los planteamientos para no llegar a nada—. Eso opino.

Macarena comprende el sentido de su petición.

—Tú estás cansado de esto. Imagina yo que lo vivo a diario...

—Eso es lo intolerable.

—Ya.

—Puede que te acostumbres a navegar entre dos aguas. No serás la primera persona...

—¡Ni hablar!

—No queda espacio para la duda.

—Soy consciente, Alejandro.

—Mira la puerta. Señala la puerta. Pronuncia la sentencia.

—Como en una película —ríe Macarena intentando liberarse de los pegajosos fantasmas.

—Eso te recomendaba hace unos días, que vieras tu vida como una espectadora, sentada ante la pantalla atenta al decorado, a las grandes escenas y a los pequeños planos secuencia que cuentan los capítulos ocultos de la historia.

—Como en una película —repite Macarena recostando la espalda en su butaca. “Guionista y directora de una película. Mi película.”

Mirta ha dispuesto la mesa para una cena informal.

—Perfecto. Se trata de hablar un rato tranquilas, sin agobios —conviene Macarena.

—¿Te encuentras mejor?

—Estresada. Es por decir algo que se entienda.

Mirta observa los gestos inconscientes de Macarena.

—Acumulas asuntos pendientes. ¿Qué tal si les das salida?

“Hay eco en la casa”, piensa Macarena evocando por un instante la reciente conversación con Alejandro.

—Queda poco —murmura.

Mirta descorcha una botella de vino.

—¿Te sirvo?

—Por favor.

A las diez suena el teléfono de César.

—Hablamos el lunes —se despide y cuelga—. Un negocio.

—¿Un buen negocio? —pregunta Nacho—. Estoy disponible para un negocio rentable. Cuenta.

—El lunes. ¿Qué tomas?

El *Ulyse's* es un bar de copas en la *City* madrileña.

—¿Acabaremos donde siempre?

—Ya veremos —responde César. Hoy no tengo el cuerpo muy flamenco. Qué le vamos a hacer.

—Yo también estoy cansado. Una copa y adiós.

—Ya veremos.

César bebe un trago largo. La clientela es la habitual a esa hora un jueves.

—¿Has quedado con Ricardo? —pregunta.

—No. ¿Habíamos quedado en eso?

—No sé. Me llamó ayer... Está gilipollas.

—Es por Begoña... Supongo.

—¡Begoña la insinuante! —espeta César.

—Esa misma. Lo tiene pillado.

César suelta una risa burlona.

—No pudo conmigo. Qué tía más pesada. ¿Conociste a su marido?

—No.

—Begoña encaja con Ricardo.

—¿Tú crees?

—Es una forma de hablar —dice César.

—Mi cuñado va a lo suyo.

—Begoña también.

—No pudo conmigo —recuerda Nacho.

—Ni con todos los que lo ha intentado desde que la conozco.

—Salvo Ricardo.

—Estaba cantado que caería. Y es porque tu cuñado se las trae. Parece que se come los mocos, pero no tiene un pelo de tonto y se apunta a un bombardeo cuando tercia la ocasión.

—A escondidas.

—Hombre, claro. Está casado y yo creo que se lo monta fatal.

—Dice que hace lo que quiere, que está contento con su vida.

—Dice que está confuso —añade César—. Lo has oído igual que yo. Por lo que sea da tumbos, quiere y no puede, vete tú a saber.

—Actúa con descaro pero a escondidas. Una contradicción.

—Yo lo defiendo. Está bien eso de volar un rato sin decir ni pío. Otra cosa es que la tontería siente sus reales en la cabeza y en el resto. Ahí se equivoca y va a tener problemas —analiza César—. Algunas mujeres casadas salen con sus amigas hasta las tantas de vez en cuando, como la mía; yo hago lo mismo con mis amigos, los que pueden o quieren, y santas pascuas. No coincidimos en los lugares, es natural, es la principal diferencia.

—Ni en las intenciones —añade Nacho.

—Así sea —resopla César—. Tú también te apuntas a la juerga y no se hunde el mundo. Se trata de pasar un buen rato, algo que ayude a soportar la rutina sin hacer daño a nadie. Los años pasan, nos hacemos mayores y... venga, hombre, a quién le amarga un dulce. Y aún más, ¿a quién perjudica si el asunto no trasciende. Pero si uno juega con fuego como Ricardo es harina de otro costal.

—A ver cuánto dura —comenta Nacho sin concretar.

—Lo que le dejen —ríe César.

—Acepta tu responsabilidad —aconseja Mirta.

—De acuerdo.

Mirta describe un paisaje que a Macarena le resulta familiar.

—El matrimonio, y hablo de matrimonio porque es tu caso y fue el mío, si es como debe potencia a cada uno de los cónyuges en sus virtudes y en sus habilidades. Ambos, convencidos de la vida en común, se apoyan, comparten, idean y se integran en un proyecto singular, propio, que protagonizan desde sus respectivas individualidades.

“Yo he apoyado todas las iniciativas de Ricardo.”



—Si uno de los dos se deja querer o por hábito permanece a la expectativa falla lo esencial —asegura Mirta.

—Aparece el egoísmo.

—Eso es. Con lo que sólo camina una pierna.

—El matrimonio cojea.

—A trancas y barrancas, un imposible.

Dice Mirta que la experiencia indirecta es útil para evaluar el propio comportamiento más allá de los sentimentalismos o un exceso de prurito con relación al papel tradicional asignado a cada integrante de la pareja.

—Tu puedes ver con claridad lo que te rodea y desde esa perspectiva recomiendas o explicas a quien a ti acude en demanda de consejo. Lo que se conoce como que antes de limpiar la paja del ojo ajeno te ocupes de quitar la viga del tuyo.

—Entiendo. Sería más fácil decidirme por lo que fuera si juzgo los acontecimientos como si le pasaran a una amiga, por ejemplo.

“Le he permitido crecer en vanidad y en ambiciones al margen del matrimonio cuando yo creía que estaba favoreciendo su autoestima.”

—Si por un momento tú pasas a ser yo y viceversa, ¿qué me dirías?, ¿cómo resolverías mi dilema?

“Te has vaciado por una causa perdida. Pon el punto final antes de perder la dignidad. Estás en el límite de tu autoestima y a un tris de caer en el pozo. Reacciona ya. Hazlo por ti y por la vida que es un regalo maravilloso, insustituible a diferencia del resto.”

—¡Di basta! —exclama Macarena.

“¡Basta!”

Mirta asiente.

—Di basta.

En Macarena aflora una leve sonrisa.

—Sin darte cuenta transiges con el engaño —dice Mirta retirando platos y vasos de la mesa.

—Lo sé.

—Cedemos a un impulso engañoso creyendo que no hay complejos, injerencias, terceros ni frustraciones capaces de abortar la relación deseada y, de una u otra manera, conseguida.

—Una relación deseada, voluntaria y conseguida —acompaña Macarena—. ¿Por qué incluyes la frase “de una u otra manera”? ¿Qué te hace pensar que...

—¿Que el cimiento es falso? No lo tomes al pie de la letra. Sólo barajo probabilidades, es mi forma de ser. Cuando me refiero al cimiento, a la base de la pareja, hago constar el requisito de la solidez. Y nada más sólido y, desde luego, fiable, que la sinceridad.

—Sí, por supuesto.

—Con reservas, con medias verdades, con parcelas a oscuras o mal iluminadas, esa base, ese cimiento es débil; aunque yo prefiero decir falso, canalla, imposible. Lo he vivido con mi hijo.

Macarena recuerda. Fue hace tres años.

—Hace tres años —confirma Mirta—. Sé de lo que hablo. Nadie es intrínsecamente bueno por ser mujer u hombre; o es peor y siempre malos sus instintos o hay doblez en su intención por ser hombre o mujer. No creo que el sexo determine la bondad o maldad de las personas.

—Yo tampoco lo creo. Pero, a veces...

—Ya. A veces lo parece.

Macarena le pide una taza de chocolate.

“La solución está en mí.”

—Extrae la conclusión positiva del asunto —propone Mirta.

—Buf.

—¿Demasiado caliente? ¿Poco espeso?

—El chocolate está perfecto. El ¡buf! es por lo de la conclusión positiva.

—¡Claro! Imagina que esto mismo lo vives dentro de cinco años, de diez años. Te has ahorrado mucho tiempo de permanecer en la inopia sospechando, engañándote, sufriendo decepciones que tú misma disimulas o acallas, siendo cómplice de la traición, la mentira, el juego repugnante que a ti te deja al borde de la depresión o impulsa a actuar a la recíproca. Porque no es descabellado suponerlo, ¿estás conmigo?

Macarena es consciente. Puede que haya llegado a pensarlo.

—Sí.

—Ahora que le has descubierto ya sabes como es.

“Ahora sé que la realidad hace imposible compartir el sueño.”

La taza de chocolate sienta bien, entona el ánimo.

—Lo he intentado con todas mis fuerzas, Mirta. He hecho todo lo que ha estado en mi mano... y en mi corazón —confiesa Macarena, y al decirlo en ese tono de voz confidencial es como si de una vez quisiera convencerse de que ya nada le queda por hacer para revertir una situación insostenible y, por esa razón, agotada—. No voy a gastar más energía, no voy a intentarlo de nuevo implicándome en el engaño, como tú dices. No siento lo que sentía por él y quiero recuperar mi vida. Es mi derecho y mi deseo. Tengo la conciencia en paz. He llegado al final y ya he decidido.

Ricardo ha decidido abordarla en cuanto llegue a casa. Son las nueve de la noche. Tiene el teléfono en la mano.

“Tengo que recuperar la iniciativa.”

A las once calienta en el microondas un resto de carne y pan. Coge el teléfono.

“Es mi mujer.”

A las doce termina de fumar el quinto cigarrillo en dos horas. Coge el teléfono.

“Es mi casa.”

A la una de la madrugada le pesan los párpados, le escuece la garganta y nota cierta presión molesta detrás de las orejas.

“Esto no se me hace. Es una burla.”

Coge el teléfono de nuevo, marca el número de Macarena, espera que conteste.

Macarena conduce despacio. Ignora la llamada que recibe su teléfono, también el posterior mensaje.

“No hay nadie.”

Sin tráfico, una noche menos fría que las anteriores, despejado el cielo. Madrid en calma, amable, vital en su reposo, querido. Memoria grata del tiempo propio.

“Estoy viva.”

Es un paseo reconfortante.

Ricardo teme.

“Ha pasado algo.”

Le da miedo que ella sepa más que él. Le da miedo perder su refugio. Le ha cogido el gusto a nadar y guardar la ropa. Creía tenerlo todo controlado,

“suficientemente controlado”, y a expensas de un crédito ilimitado, “dado por ella”.

Percibe un problema, quizá su reflejo, pero le cuesta dar con la solución.

“Tengo que ser convincente.”

Fuma, bebe la primera cerveza del día.

Macarena entra en casa despacio. Una de las luces del salón la recibe, es la única encendida; el resto permanece en penumbra y en un silencio artificioso. Hasta que lo rompe una tos provocada.

Va a su cuarto de baño.

—Hola —llama Ricardo.

Macarena da la vuelta.

“Es el momento.”

Ricardo la busca en la cocina.

—No me habías dicho que salías esta noche.

—¿Por qué iba a decírtelo?

—Es lo... normal —titubea Ricardo—. Yo te lo digo.

—No. Tú mientes.

—¿Cómo?

Macarena bebe un vaso de agua. La taza de chocolate le ha sentado muy bien.

—Eres un canalla. Eres un mentiroso.

—¿Por qué me insultas? Estaba preocupado. ¡Te he llamado! ¡Te he enviado un mensaje! —casi grita.

Asoma el miedo a su piel y a continuación el dibujo de un complejo de inferioridad. Macarena lo advierte nítido, absolutamente delator.

—No eres nada —le dice con la voz suave, directa y silabeando.

Ricardo tiene mal aspecto. Le cuesta mantenerse en pie; en él hay algo enfermizo, supone Macarena.

—Tenemos que hablar —pide esforzándose por conservar el porte.

Macarena le aguanta la mirada, pero él cede, la aparta y espera. Busca desesperado un argumento que le dé ventaja. Pero es ella quien habla en el mismo tono, con la misma seguridad y con idéntica indiferencia.

—Mañana por la noche hablaremos —le anuncia. Consulta el reloj—. En realidad, dentro de unas horas.

Amanece uno de esos días invernales luminosos, de cielo azul despejado, con la atmósfera transparente incluso en la ciudad. Un día de presagios favorables.

Macarena se asea, desayuna y viste en pocos minutos. Quiere salir de casa cuanto antes para evitar el tropiezo con un espectro, una estampa caduca y mortecina de lengua atascada.

“Será esta noche.”

A media mañana la espera un cliente en Las Rozas. El tráfico es fluido circulando dirección Noroeste por una carretera hartamente conocida.

“Hace un día precioso.”

La reunión se prolonga hasta la una y media.

—Puede ser interesante —informa a Cora.

Tiene sensación de apetito.

“¿Me quedo por aquí?”

Hace demasiado que no ingiere alimento y con el aire no basta para saciar el estómago.

“Tengo que comer algo.”

El día continúa espléndido, pero no basta para suministrar todo el aporte energético que precisa.

“Me quedo.”

Elige al azar un restaurante y con cuidado el menú. Come ausente del mundo, ensimismada en las horas venideras, en el futuro inmediato.

“Dios mío.”

Camina por calles que la ven pasar distraída, ni triste ni feliz, ni más ni menos dolida por un pasado que empieza a disiparse en un horizonte que el afán reclama posible.

“Ha llegado el momento.”

Conduce despacio hacia Madrid por una carretera de circunvalación. Mira. Para.

“Dios mío...”

Son las cuatro. Dentro del coche llama a Ricardo.

Silencio.

Le envía un mensaje: “A las seis en casa.” Lo borra. Rectifica: “A las seis estaré en casa.” Lo borra. Escribe por tercera vez: “Te espero a las seis.”

Silencio.

Conduce despacio, con el Sol a su derecha.

“Esto ya está.”

—Era imposible seguir así —dirá a Ricardo—. La traición hace mella, cala hasta lo más profundo y no desaparece aunque se echen toneladas de buena o estúpida o equivocada voluntad. La traición no se olvida. El engaño y la mentira no se olvidan. Has dejado de existir para mí.

Mira. Aparca. Camina un rato.

“Tengo la vida por delante. Mi vida.”

Begoña acaba de colgar a Ricardo. Coloca el teléfono móvil encima de la cama, junto a la maleta. Prepara el equipaje.

—¿Cuándo regresas? —ha preguntado Ricardo.

—El lunes o el martes, aún no lo sé.

—¿Me avisarás?

La maleta abierta sobre la cama, la ropa para el fin de semana dispuesta en su interior, la persiana en alto y la cortina a los lados.

Sonríe.

“Qué divertido.”

Coge el teléfono inalámbrico y marca un número. Habla apenas cinco minutos. Vuelve a la habitación. Ríe. Selecciona los complementos. En otra bolsa comprime su calzado.

Piensa en Macarena.

“Te he jodido y esto no es nada.”

Ayer se tiñó el cabello de rubio. En el espejo le parece ver el resumen de su propósito. Le divierte. Ha sido fácil cambiar el color, pero con el vestuario no es lo mismo. Ha de olvidar ese aspecto de la imitación.

“Todo para mí.”

Macarena es un pensamiento obsesivo.

“Te veré humillada y desesperada, arrastrándote.”

A las seis entra en casa.

Silencio.

No ha recibido contestación de Ricardo.

—Soy Macarena Ruiz de Mendizábal, una mujer hecha y derecha, una persona con sentimientos y conciencia —le dirá—. No me importa dedicarte unos minutos porque son los últimos. Este es el final. Yo soy quien lo decide.

Las siete, las ocho.

—No voy a consentir, no voy a rebajarme, no voy a competir, no voy a perder la dignidad —dirá a Ricardo.

Le llama al teléfono móvil. Contesta. Se excusa con un asunto de trabajo. Es mentira, deduce Macarena.

—Ya voy.

—No tardes.

Las nueve, las nueve y media.

—Has dejado de ser; hace mucho tiempo que has dejado de ser —le dirá.

Las diez.

—En seguida llego —anuncia Ricardo por teléfono.

Macarena puede esperar hoy.

—Me he negado lo que pasaba. He suprimido multitud de escenas y avisos de mi memoria. Creía posible recuperar lo que era mío —le dirá—. Hasta que me he dado cuenta de que no hay nada tuyo en mí ni mío en ti. He actuado en conciencia. Asumo todo el tiempo perdido, mis errores inducidos por ese deseo ya extinguido y las veces que he acallado la verdad para que no me influyera. Hasta este momento. Adiós.

Ricardo entra en la casa con una idea preconcebida. Ha tenido mucho tiempo durante el día para elaborarla.

—Hola —saluda a Macarena al verla en el salón.

Silencio.

Su aspecto es dejado. Una apariencia fingida, siente Macarena.

—Bueno... Dime.

Ella le dirige una mirada fría, calculada en su intensidad.

—Adiós.

—¿Cómo?

—Coge lo indispensable y vete de mi casa.

—Qué...

—Fuera de mi vida.

La una de la madrugada. Silencio de hogar. Una luz tenue en el salón.

Macarena se ha tumbado en el sofá, arropada. Los ojos abiertos. Piensa.

“El primer paso. Dios mío...”

No va a meterse en la cama de matrimonio, todavía no. Antes ha de encontrar el equilibrio entre la puerta que se cierra y la ventana que se abre.

“Podré con lo que venga.”

Se siente bien dentro de lo que cabe. Ha hecho lo que debía y en conciencia.

“Yo decido.”

Es un sueño tímido, insuficiente para abrazarlo pero amable.

“Yo elijo.”

Tiene la vida por delante.

“Mi vida.”

Y la satisfacción de haber sido consecuente consigo misma.

“El primer paso. Necesito...”

Una buena taza de chocolate.

“Caliente y aromático.”

La casa olerá a limpio y su vida a nueva.

Es domingo por la mañana. Nubes y claros en el cielo. El artista observa su obra no expuesta, luego la calle y lo que únicamente los ojos de la creación divisan. Ha quedado con ella hacia el mediodía.

Macarena ha madrugado. Rompía el alba cuando el agua templada de la ducha le acariciaba la piel. Un desayuno ligero con los titulares informativos de la jornada y el aspecto deseado la proyectan a un mundo en recomposición.

Camina despacio, entretenida con la oferta urbana que despliega ese atractivo concedido por el observador.

“Cuánto tiempo.”

Paseo por el Barrio de las Letras.

“Bonitos recuerdos.”

Calles empinadas, peatonales, grabadas con ilustre literatura y rótulos artísticos. Plazas con solera y encanto.

—¿Has dejado de competir con nadie y por nada? —preguntará Alejandro, sabiendo la respuesta.

—Sí.



Monumentos, blasones, estatuas que alzan su historia y un guiño de complicidad entrañable. Puerta del Sol, Plaza Mayor.

“Cuánto tiempo.”

—¿Se ha producido la catarsis? —preguntará Alejandro.

—Sí —responderá ella—. He llorado, he reído... He mirado alrededor, he mirado de frente... He sentido la soledad como un zarpazo y me he sentido maravillosamente acogida por una soledad deseada... por el futuro.

—El renacimiento.

—Un curioso renacimiento que me motiva a vivir con más ilusión que nunca.

Por la calle Mayor, andando despacio hacia el Teatro Real.

Macarena le recuerda una promesa.

—Tienes que enseñarme el cuadro. ¿Lo has acabado?

—¿Qué cuadro? Ah... ¿Lo has acabado? —remeda Alejandro—. ¿Me lo enseñas?

—Hablo de tu cuadro —se sorprende Macarena un instante—. ¿De qué cuadro me hablas tú?

—¿Mi cuadro, dices? ¿Estás segura de que te refieres a mi cuadro? Yo creía que era tu cuadro.

Ella sonrío ahora. Entiende la metáfora. Las lecciones magistrales son compartidas por el profesor y el alumno.

—Mi cuadro —confirma Macarena—. ¿Te gusta?

—Está muy bien. Pero lo que importa es que te guste a ti.

—Me gusta mi obra en la vida, Alejandro. Y lo que venga me gustará porque yo lo elegiré.

—Bien dicho. Elegir es una de las claves de la vida; puede que la esencial en mi opinión.

—Y encontrar, ¿verdad? —apostilla Macarena.

—Sí.

—Cuéntame lo que has encontrado.

Alejandro suspira con un leve gesto, la boca cerrada sin presión. Eleva su mirada al cielo, la devuelve al mundo, a la vida que se palpa y se respira.

—Te lo contaré, de principio a fin.

—¿Hay tanto? —bromea Macarena.

—Sí.

—Vale. Suena apasionante.

—Para mí lo es.

Cuenta Alejandro que ha encontrado lo que buscaba, “el motivo principal de mi búsqueda”; y si no puede quedarse con ello entonces no quiere vivir.

—¿Cómo?

—Es una forma de expresar el significado.

—Ya.

Alejandro habla de su historia con cariño, sinceridad y distancia; se remonta en el tiempo, “porque viene de lejos”.

—He encontrado lo que buscaba cuando he sabido lo que quería, después de saber lo que no quería; que es antes y fundamental.

—Estoy de acuerdo.

—Para no ir dando palos de ciego.

—Entonces, una vez sabes lo que quieres...

—Lo buscas con toda el alma porque deseas encontrarlo.

Macarena reflexiona.

—¿Y si no lo encuentras? —pregunta.

Deciden comer en el Café de Oriente.

—Tendrás que preguntar a otra persona.

Macarena busca la vida donde está.

“Mi vida.”

—Sé que has encontrado —afirma.

—Te lo dije hace unos meses.

Ella niega con la cabeza.

—No es por eso. Lo percibo. Sale de ti.

Alejandro agradece el comentario.

—He encontrado —dice contundente.

Macarena respira hondo un aire limpio, fresco, nuevo.

—¿Me lo cuentas?

—Sí.

## **Viviendo**

La vida es la misma ayer que hoy, dice Macarena.

Ha pasado el tiempo desde que pusiera el punto y final a un capítulo extenso de su historia. Un tiempo lógico.

La vida continúa y es siempre un regalo, afirma cuando habla del presente y del futuro.

No ha cambiado su percepción de la vida ni los sentimientos que la han hecho como es; pero algo que supera a las circunstancias sí ha cambiado en ella, cree que para bien, y es mayor su experiencia. Vive a plena intensidad, con ilusión, con sus inseparables sentimientos, consciente y esperanzada, el nuevo capítulo.

No hay que desperdiciar ni un día, recomienda Macarena.

“Yo decido.”

Macarena se reivindica con su característica determinación en todos los ámbitos. Su vida le pertenece y al vivir comparte lo que es propio.

Del pasado se aprende, acepta.

“Yo elijo.”

Ricardo Samper lo intenta a su manera, desde varios registros, aunque similares, con un patrón común que fracasa en el objetivo. Es pertinaz, mientras ella le ignora, y obstinado, hasta que Macarena anula la comunicación salvo para un fin concreto: el reparto de los bienes muebles y la venta de los inmuebles.

“Borrón y cuenta nueva.”

Macarena es dueña de su vida y la dispone desde esa premisa.

Los caminos despejados se andan mejor.

Las cosas pasan por algo, se convence Macarena.

“Lo que tiene que pasar acaba pasando”, resuena en sus oídos. Y por fin liberada de la vorágine proclama a los cuatro vientos que ella ha ganado.

***Luz Trujillo***

***Miguel Ángel Olmedo***

---